



Las Grietas del Multiverso

LAS RAÍCES DEL
GRENMESSLIT

ALEJANDRO FERNÁNDEZ

Las Grietas del Multiverso

Libro 1

Las raíces del Grenmesslit

Por Alejandro Manuel Fernández

Índice

[I](#)
[II](#)
[III](#)
[IV](#)
[V](#)
[VI](#)
[VII](#)
[VIII](#)
[IX](#)
[X](#)
[XI](#)
[XII](#)
[XIII](#)
[XIV](#)
[XV](#)
[XVI](#)
[XVII](#)
[XVIII](#)
[XIX](#)
[XX](#)
[XXI](#)
[XXII](#)
[XXIII](#)
[XXIV](#)
[XXV](#)
[XXVI](#)
[XXVII](#)
[XXVIII](#)
[XXIX](#)
[XXX](#)

I

El bar estaba concurrido, como de costumbre. Pearce, se detuvo al entrar. Observó que había cuatro enanos en una mesa, y se lo estaba pensando dos veces. Los enanos podían oler el metal valioso desde muy lejos y él quería pasar desapercibido esa noche. Era la última en el poblado. Los hechiceros superiores no se darían cuenta hasta mañana de que algo faltaba en la torre. Contaba con eso, de lo contrario no se hubiese detenido a beber algo. Bueno, tampoco ahondó mucho en la posibilidad de que la bebida estaba por encima de la posibilidad de morir lenta y dolorosamente en manos de unos hechiceros furiosos. Caminó hasta la barra sin mirar a nadie. La camarera lo interceptó. Era una media orco pintada como un payaso de circo. Cuando miraba al cliente mostraba una sonrisa que revelaba más de lo que un ser vivo quisiera sobre la fealdad de esas criaturas. Unos enormes dientes que parecían puntas de flechas de piedra estaban clavados desprolijamente en unas encías de color verdiazul dándoles el aspecto de carne putrefacta. Pearce hizo un gesto con la boca que cualquiera podría interpretar de disgusto o de náusea. En cambio, la media orco no se dio por aludida, e incluso amplió la sonrisa para demostrarle a Pearce que el encanto no terminaba allí.

—¿Te sirvo algo cariño? – preguntó ajustándose las tetas por el escote. Dos bolas de pelambre verde que se movían como si fuesen pequeños animales que se removían a cada paso de la camarera.

—Mejor me siento en la barra y hablo con Leof – fue la respuesta de Pearce mientras se hacía a un lado evitando tocar ni un milímetro de la camarera.

—Puedes pedirme a mí, ternura, y de paso puedes mirarme el trasero todo lo que quieras cuando me dé la vuelta.

Pearce no tenía respuesta para eso, así que siguió moviéndose de costado entre ella y la mesa de atrás, deslizándose hasta que pudo girar completamente y seguir camino a la mesa, mientras la media orco meneaba la cabeza de tal forma que en alguna otra galaxia, eso podría considerarse sensual.

En la barra había poca gente. Pearce suspiró de alivio por eso. Eligió un banco alejado por tres lugares de los clientes que había a ambos lados. Apoyó

los codos en la barra y miró al camarero que estaba de espaldas colocando una botella en las estanterías del otro lado. Era un tipo que rondaba los cincuenta, calvo con algunos restos capilares en el punto donde se unía la nuca con la cabeza. Para simular que poseía varias hebras se las había atado formando una cola de caballo que podría ser la caricatura de todas las colas de caballo. Cuando giró, enseguida reconoció a Pearce y se acercó a él, resoplando.

— Otra vez por acá, ¿eh? – dijo Leof y se oyó más como una queja y menos como afirmación – ¿Sabes? Eres el único mago que he visto en este bar. Bueno, que haya confesado que es mago, al menos.

— Hechicero, Leof, ¿cuántas veces tengo que repetírtelo? Hechicero, los magos son un tanto diferentes y más aburridos.

— Entre el sorete de un caballo y el de un burro yo no veo gran diferencia. Los dos apestan.

Pearce rio, golpeando la barra con los puños. Iba a extrañar el humor de Leof. El viejo no tenía problemas para decirle a nadie que se sentaba en esa barra lo idiota que era si así le venía en gana. Hubo una ocasión, en que un mercenario cansado y sediento luego de una jornada de luchas sangrientas, entró al bar para celebrar que aún seguía vivo y con dinero, bebiéndose una cerveza. Buscó un lugar en la barra y le pidió a Leof que le inyectara alcohol hasta que noqueara su conciencia. Leof le dijo algo así de que para tener conciencia se necesitaba primero un cerebro. El mercenario desenvainó su espada manchada con sangre reseca desde su hoja hasta la empuñadura y dio un salto hasta quedar de pie en la superficie de la barra. Leof lo miró sin dejar de limpiar una jarra de vidrio. No se mostraba ni preocupado ni sonriente. Solo tenía esa mirada de alguien que mira a través tuyo cuando le hablas. Antes de atacar, el mercenario lo amenazó. Leof se agachó para buscar algo debajo de la barra y sacó una ballesta enorme cargada y lista para disparar. El mercenario arrugó la frente y entrecerró los ojos para asegurarse de que éstos no le engañaban. Y antes de que pudiera blandir el arma, Leof disparó la suya. El virote le atravesó el cráneo y fue a clavarse en la madera del techo, justo encima de un borracho que estaba durmiendo con la cabeza sobre la mesa. Leof no distinguía entre tipos jodidos y no jodidos. Para él eran bocas que escupían monedas luego o antes de probar la bebida.

— Bueno Leof, no sé si te interesa, pero no me verás por este bar otra vez. Al menos por un buen tiempo, quizás para siempre.

— Te habrás mandado una buena, ¿no?

Leof acertó, Leof siempre acertaba. Pero Pearce no iba hablar de ello, ni con Leof, ni con nadie. Sabía que los hechiceros de Rodam utilizaban métodos inimaginables para lograr que alguien soltara información. Incluso Leof, por más inmune al miedo que demostrara ser, se derrumbaría como un castillo de arena frente al tsunami que podían despertar los altos hechiceros. Lo que llevaba Pearce consigo era algo que si salía a la luz en ese momento, su cabeza valdría un castillo repleto de oro. Afortunadamente ninguno de los que allí estaban tenía idea de qué cargaba ese flacucho de túnica marrón que hablaba con Leof. Pearce observó a los enanos hablar en su dialecto inentendible de las lejanas tierras montañosas. Ninguno le prestaba atención. Su piel se puso de gallina allí donde estaba el bolsillo que contenía el “metal”.

— Digamos que me tomo unas largas vacaciones.

— ¿Qué pasa? ¿A tus amigos de la torre no les gusta que vengas a tomarte unos tragos a esta taberna de mala muerte?

— Algo así, Leof – mintió Pearce—. Entonces yo les dije que si un hechicero no puede quedarse como una cuba y seguir siendo hechicero, nuestros caminos debían tomar rumbos diferentes.

— ¿Te echaron a la mierda, no?

— Maldito Leof, nadie puede engañarte a ti, ¿eh?

— Uno aprende a escuchar en este antro y termina sabiendo quién miente y quién dice la verdad.

Luego del tercer tarro de cerveza, Pearce se dijo a sí mismo que si quería salir con vida de la ciudad, era mejor que lo hiciera lúcido, de lo contrario las chances disminuirían. Un leve mareo le indicó que ese era el último trago. Estaba a punto de pararse cuando vio a su lado un hombre barbudo vestido a la manera de un comerciante. Llevaba una camisa de mangas holgadas con temas florales, un sombrero de fieltro y calzas negras. Estaba mirando hacia adelante, los ojos clavados en algún punto de la estantería de Leof. Pearce no había notado en qué momento el hombre había llegado, lo que indicaba que el alcohol lo estaba dominando. Ya era suficiente. Se levantó, dejó que una nube blanca pasara por sus ojos y saludó a Leof, dejando en el mostrador tres monedas de cobre.

— Hasta la vista, borrachín – dijo Leof mientras tomaba la paga con la rapidez de un parpadeo.

Pearce avanzó dando un par de tumbos hasta la puerta de salida. No estaba borracho, pero no le faltaba poco. Su organismo no tenía mucha resistencia al alcohol. Era una debilidad de los hechiceros. El manipular las energías del universo, de alguna manera hace que el cuerpo se viera indefenso ante el sabor sedante del alcohol. Había una clase de los cambios a los que se veía sometido el cuerpo físico al usar la magia, pero a Pearce esa parte del estudio no le apetecía. Una de las razones que lo llevó a robar un objeto tan preciado en la torre de hechicería, fue que los altos hechiceros no toleraban un aprendiz autodidacta. En eso no se diferenciaban en mucho de los magos.

Antes de abrir la puerta, se dio vuelta. De repente sintió como que se había olvidado algo y buscó con la mirada el lugar que ocupaba en la barra. Pudo ver a Leof atareado con un par de enanos. Uno de ellos le enseñaba una jarra de cerveza que levantaba por encima de su enorme cabeza. Luego, volvió a dar un medio giro y salió de la taberna. El aire frío de la noche le llenó los pulmones y el mareo menguó.

Le pagó a un cochero lo suficiente como para que le diera algunos bocadillos durante el viaje. No solo se había llevado el “metal” de la torre. Había metido mano también del dinero que otro hechicero guardaba en su cofre. Había tenido que usar un conjuro para abrir cerradura mágica, pero no fue tan complicado. La parte verbal fue simple tanto como la somática. Generalmente tenía problemas con la primera. El decir las palabras con el ritmo y fluctuación del tono que cada caso merecía, nunca fue su fuerte. Le iban mejor los hechizos con menor cantidad de palabras y mayor uso de las figuras. Amaba los que requerían objetos, esos eran los más rápidos y prácticos. Pero de todas maneras, rompió el candado mágico y se llevó todas las monedas que encontró. Las había de plata y muchas más de cobre. Sumado a su dinero, tendría suficiente como para vivir unos meses en cualquier albergue. Se sintió tentado a dormir, pero quiso permanecer despierto un rato más, observando la noche a través de la ventanilla del conductor. De repente, comenzó a sentir un olor extraño que provenía desde afuera. En la parte superior de esa carroza, enfrente de él, había una rendija por la que el conductor podía hablar con las personas de adentro, en el caso de que tuviese que avisarles de algún problema y para que los pasajeros hicieran preguntas u ordenaran un cambio de rumbo. Por allí entraba ese olor, al principio indefinible. Pero con unos cuantos olfateos más, Pearce se dio cuenta. Era el aroma embriagador de un cuerpo sucio que ha pasado varios días, tal vez semanas sin probar el agua. El poco viento que había bastaba

para lanzar la fragancia del conductor hacia el interior de la carroza. Pearce arrugó la nariz, se dio vuelta, abrió la ventanilla del vehículo para aspirar el aire del exterior, pero ni así pudo librarse de la peste.

— Disculpe, buen hombre— dijo el hechicero—, ¿no siente un olor extraño allí afuera?

El cochero no lo oyó. Pierce veía solo una figura enfundada en un sobretodo desteñido por el uso y las inclemencias.

— Hey, buen hombre— elevó la voz para sortear los ruidos de las ruedas del carro sobre el camino— le pregunté si no huele raro ahí.

El cochero lanzó una mirada de perfil hacia la rendija y enseguida volvió a centrarse en el camino que tenía delante.

— Nada señor – dijo con la voz reseca y ronca de alguien que se ha pasado la vida hablando a los gritos o desintegrando su garganta con el humo del tabaco— el mismo aroma de siempre. Naturaleza, algún animal u hombre muerto y la deliciosa bosta de los caballos que han pasado por el camino.

— Claro, pero verá, no me refiero a eso – Pearce estaba intentado sacar el tema sin que el otro se sintiese aludido, con el mayor tacto posible— hay algo más. Tal vez alguien haya dejado algo escondido en la carroza, no sé...un bromista.

— ¡Me llevan todas las putas! – el cochero detuvo los caballos de golpe. Pearce casi cayó de cabeza en el otro asiento. Se dobló un dedo cuando quiso frenar su caída apoyándose en el lado delantero de la carroza – ¡Juro que si me han arruinado la tapicería de nuevo, voy a cobrárselas caro!

Pearce se acomodó en su asiento y vio por la ventanilla cómo el cochero se bajaba y abría la puerta del pasajero, echando humo por la nariz.

—Sal, idiota, quiero revisar el interior – dijo el cochero mientras entraba con medio cuerpo y examinaba los asientos y el piso de la carroza. El olor a suciedad se agravó y Pearce se llevó la mano a la nariz en un movimiento reflejo. En solo dos segundos pudo identificar algunos olores. Bosta de caballo, sudor, sudor viejo, alcohol adherido a la ropa y orina. No entendió cómo no se había dado cuenta antes de subir que el tipo era un hedor andante. Estaba preocupado por escapar sin ser visto y además seguía pensando que había olvidado algo en el bar de Leof. Por

esa razón, cualquier pestilencia había pasado desapercibida. El cochero lo miró y antes de que pudiera soltar otra orden para que Pearce abandonase el carro, vio que tenía la mano tapándose la boca y la nariz.

— ¿Qué mierda le pasa? Yo no siento ningún olor.

—Creo que me equivoqué – dijo Pearce con una voz apagada y casi inentendible porque apretaba su boca con la mano.

— Ah, ahora entiendo – dijo el cochero, irguiéndose un poco y clavando los ojos en Pearce – soy yo, ¿no es verdad?

Pearce tuvo que soltar el aire porque se estaba asfixiando, debía renovarlo a pesar de que eso significara volver a recibir la fragancia del cochero.

—No, nada de eso, hombre. Tal vez fue un animal muerto en el camino.

Pearce no pudo más y volvió a llevarse la mano a la nariz y boca.

—Perdóneme, usted majestad – manifestó el cochero haciendo ademanes de respeto e inclinándose ante Pearce, después salió del coche y siguió inclinándose con suma delicadeza—, perdón por ser un pobre cochero apestoso que no está a la altura de una persona tan distingu... — interrumpió su propio discurso con un flemático estornudo— distinguida como usted.

—Mire – dijo Pearce, volviendo a respirar con normalidad— dejemos esto, no importa. Sigamos el camino.

El cochero cambió su rostro de bufón por uno que cuadraba con el de alguien que no pudo dormir en toda la noche a causa de un vecino ruidoso.

—Bájese del coche— la orden fue simple y esa simpleza la dotaba de determinación.

—Oiga, si lo ofendí, le pido perdón. Es que estoy con apuro. Le diré que haremos. Voy a doblar su precio. Listo, acá no pasó nada.

—Bájese del coche— para mostrar que iba en serio, el cochero mostró un puñal, cuya hoja relució a la luz de las estrellas.

Pearce entendió que si insistía otra vez, podía darse por muerto, o por

gravemente herido. De cualquier manera, el robo del “metal” no hubiese servido de nada. Terminaría cayendo en las manos de ese cochero apestoso o de algún otro idiota. Así que asintió, se deslizó hasta la puerta y descendió del vehículo sin apartar la vista del puñal que el cochero había bajado a la altura de su muslo derecho.

—Está bien, está bien, si tú lo dices

El cochero sonrió con un aire de maldad subrepticia que Pearce conocía muy bien. Entendió que la cuestión no iba a terminar ahí.

— Me dejas en mitad de la nada, de noche— dijo Pearce enfatizando cada palabra para que el otro supiese que ya no había más por hacer.

— Sí, tengo olor, apesto – confesó el cochero— pero todo tiene un motivo, estúpido – esta última palabra la dijo con un quiebre en la voz. Fue un sollozo.

— Claro, claro, te repito...

— ¡Cállate! – gritó el cochero alzando el puñal y apuntando con la hoja a Pearce— Tú no sabes lo que he pasado en estos últimos tiempo. Mi mujer se ha ido con un porquero, se ha llevado todo lo que tenía de valor de casa cuando yo me encontraba ausente en uno de mis viajes. Esta puta carroza la tengo hipotecada por un comerciante que a cada segundo que pasa me aumenta los intereses...

La hoja bailaba en su mano. Ora se acercaba a Pearce, ora se alejaba para formar círculos alrededor del cochero mientras éste se desahogaba. Pearce retrocedía imperceptiblemente mostrando una falsa cara de interés por lo que el otro decía.

—... y por eso estoy acá, sin bañarme durante tres semanas – “eso debía ser”, pensó Pearce— bebiendo, ganando miseria que uso para pagarle al comerciante, comiendo mendrugos viejos de pan, y ahora llevando a tipos desconsiderados como tú.

— Mire, amigo, yo no sabía que su vida era una mierda, lo único que hice fue taparme la nariz, pero en ningún momento lo culpé a usted de nada.

Pearce seguía alejándose, el cochero se sonaba la nariz y escupía flema constantemente. Detrás de Pearce, unos arbustos se sumergían en la oscuridad de la noche. Si llegaba hasta ellos, podía empezara correr. Luego se ocuparía de regresar al camino.

—Yo soy el único que puede decir que mi vida es una mierda.— el cochero se acercó, tensando la mano que llevaba el puñal.

—¡Es una mierda!— continuó—, y por eso no me importa abrirte como un pescado para sacarte algo de valor.

—Me lleva el diablo con estos locos – dijo Pearce y acto seguido salió corriendo hacia los arbustos.

—¡Ven aquí cobarde!—el cochero se lanzó a la persecución.

Realmente le había caído mal eso del olor. Pearce usó todas sus fuerzas para mantenerse en la carrera, pero su estado dejaba mucho que desear. Había estado bebiendo y hacía mucho frío. Encima no podía lanzar ningún conjuro, porque los que se le ocurrían en el frenesí de la carrera necesitaban del elemento verbal que debía pronunciarse con el tono y las pausas correctas. Miró hacia atrás y el cochero no había cedido. Le llevaba unos diez metros de distancia pero, ¿por cuánto tiempo? El tipo podía ser sucio y apestoso, pero su condición física era la de un atleta en comparación con Pearce. Rebuscó en sus bolsillos cualquier cosa. Se había traído algunos objetos mágicos de la torre en caso de que tuviese alguna urgencia. Pensaba usarlos para escapar de los hechiceros o mercenarios enviados por su cabeza. No estaba dentro de los peligros previstos, un sensible cochero oloroso. Sacó un trozo rectangular de tela negra con ribetes dorados en sus lados más cortos. Un parche camaleón. Justo lo que necesitaba. Lo frotó entre sus manos. Debía hacerlo hasta que la tela recibiera un poco de calor. El cochero estaba a cinco metros de distancia. A pesar de que tenía viento en contra, Pearce podía sentir su olor. Se imaginó al tufo del hombre persiguiéndolo y ganándole la carrera a su dueño. Finalmente los ribetes dorados del parche se volvieron negros y Pearce lo pegó en su pecho.

Instantáneamente, el cochero dejó de ver a Pearce. El monte salpicado de árboles y arbustos se extendía delante de él. Maldijo, insultó y buscó a su alrededor algún rastro de ese flacucho hijo de puta. Nada. Se había ido. El cochero se volvió. A unos doscientos metros estaba el camino donde había dejado su carroza. Luego de unos minutos de examinar cada sombra que tenía cerca, el cochero se rindió y se marchó, mascullando palabras, tratando de entender qué había pasado.

Pearce, en cambio no se había marchado, continuaba allí, de pie, bajo la claridad de la noche. Se había encontrado solo a unos pocos metros del cochero, evadiéndolo cuando éste pasaba a su lado, sin poder verlo. El parche camaleón otorgaba a quien lo utilizara, un camuflaje perfecto que se adaptaba en cada movimiento, es decir que ni siquiera hacía falta quedarse quieto para que surtiera efecto. El parche solo duraba una media hora antes de que se

despegara, por eso lo mejor que hubiese podido hacer Pearce es seguir corriendo por si el cochero no tenía suficiente y persistía en la búsqueda más de la cuenta. Pero el hechicero estaba enfadado y quería ver la cara de imbécil que hacía el cochero por sentirse un fracasado también como asesino. Cuando vio marcharse a la carroza, Pearce ya estaba de nuevo en el camino. Se sintió aliviado por haberse librado de una muerte poco digna, pero molesto por haberse quedado sin transporte. Tenía que caminar, al menos todavía seguía teniendo su ...

—Oh, no —le dijo a la soledad de la noche— ¿Dónde diablos está el “metal”?

II

A Betlic solo le gustaba robar de noche. De día solo viajaba y disfrutaba de lo que los caminos le deparaban. La noche era el momento perfecto para recaudar lo suficiente para vivir y continuar el viaje. Había estado en un par de clanes de ladrones, pero la última vez le bastó para entender que no soportaba tener que lidiar con otros de su calaña. Así que se dio a la fuga, porque esa era la única manera de salirse de esas comunidades. Escapando. Si uno no lo lograba, entonces su cabeza iba a rodar. O tendría un destino muy doloroso, como escarmiento para otros que pensarán hacer lo mismo. Los clanes eran cosa seria, por eso Betlic optó por arreglárselas solo. Por supuesto, seguramente había muchos integrantes de los dos clanes que lo buscaban, movidos por el deseo de una buena recompensa. Por eso Betlic se había mudado el rostro. Siempre se le había dado bien eso de los disfraces. Creía ser el único de todo Gimm que tenía una técnica superior para fabricar máscaras con la savia del árbol Oruk, mezclándolas con algunas plantas Ivonne que se podía encontrar en casi cualquier parte. El resultado que se obtenía al unir estas dos sustancias en medidas proporciones, era un producto resistente, flexible y duro. Nadie fabricaba las máscaras como Betlic. Como viajante que era y curioso, él siempre mantenía buenas relaciones con los comerciantes de los caminos y los que visitaba en las ferias de cada poblado. En ningún lado encontraba máscaras hechas con la calidad y el realismo de las suyas. Tampoco se las enseñaba a nadie. Era un secreto que se iba a llevar a la tumba. De cualquier manera, eran sus herramientas de trabajo y supervivencia. Desde que había escapado del último clan, Betlic hacía cinco años que no veía su verdadero rostro en el espejo. No se quitaba su máscara ni para bañarse, ni para dormir. Y así y todo, la máscara permanecía en perfectas condiciones como el primer día de su fabricación.

Sí, Betlic era un hombre moreno, de larga barba entrecana, con unos ojos tallados por la vida de viajante incansable. A simple vista, su edad se acercaba a los sesenta años, pero la que él afirmaba tener eran unos recientes cuarenta y cinco. Ofrecía dulces de diferentes regiones de Gimm, e incluso aseguraba vender delicias del otro lado del Mar Fondeado, desde donde los comerciantes de Gimm, generalmente traían especias y vestidos. Un vendedor de dulces que se ganaba la vida honestamente. El nombre de ese Betlic moreno

era Merton, y así lo conocía la gente. Betlic había desaparecido para quien todavía lo recordara, aunque él pensara que no fuese posible que alguien más que sus colegas del pasado, evocaran su imagen. Nunca tuvo mujer, ni hijos accidentales, ni padres que le hayan dado un nombre. Betlic era un fantasma, una sombra en la oscuridad. Merton era real, Merton el comerciante de dulces, nacido en el sur de Gimm, en un pequeño pueblo de pescadores llamado The Blue Gift, no buscaba problemas, ni era un estafador, ni mentiroso. Merton ofrecía su deliciosa mercancía a los tenderos que quisieran ganar el triple de lo que pagaban.

Esa noche, Merton estaba en un bar iluminado por una fogata que se apagaba cada vez más, y algunas antorchas que llenaban el sitio de sombras bailarinas. Los clientes se encontraban cada uno en su paraíso de alcohol. No había nadie causando problemas, o buscándolos. Raro, en un ambiente como ese a tales horas. Merton se atusó la barba al entrar en el bar. Saludó a la mesera medio orco que estaba retirando la copa de una mesa donde un tipo roncaba en la novena nube y caminó hasta la barra. Vio a un grupo de enanos conversar en su lengua, animosamente. También los saludó. El comerciaba con los enanos. De ellos conseguía las mejores ganzúas, llaves maestras y corta fierros que utilizaba para sus incursiones nocturnas en mansiones de adinerados. Uno solo de los enanos inclinó la cabeza, respondiendo a su cortesía. El resto continuó con la charla.

En la barra vio a un sujeto de contextura delgada que llevaba una túnica marrón. Estaba algo encorvado y muy quieto. Se sentó a su lado y el tipo ni lo miró. Merton notó que sus ojos estaban entrecerrados, y apretaba con sus manos el borde de la barra, señal de que estaba esforzándose por ganarle a la borrachera. Todo esto Merton lo vio en una centésima de segundo, por el rabillo del ojo. Una de las cosas que uno aprendía en esa profesión era a observar sin llamar la atención de nadie, los ojos debían captar todos los detalles del entorno en la menor fracción de tiempo posible. Enseguida se puso manos a la obra. Conocía esas túnicas, estaban llenas de bolsillos por doquier, lo sabía por los ángulos y ondulaciones que formaban sus dobleces. Una túnica de mago o de hechicero. Dentro de ella había varios compartimientos escondidos. Y en esos compartimientos generalmente había cosas de mucho valor: pociones, talismanes, gemas, objetos que se podrían vender a muy buen precio en algunas torres de magia. Le jugaba en contra que el lugar estuviera bastante silencioso para ser un bar, ni siquiera había un juglar cantando sus historias en un rincón. Lo único que se oía era el chocar de

las copas en las mesas, y algunos de los murmullos que llegaban de los enanos. De cualquier manera era una buena oportunidad que Merton no iba a perder. Hizo lo suyo. Con una rapidez instantánea, su brazo se movió por detrás del flacucho y volvió a su sitio. Ni siquiera alguien que estuviera viéndolo todo estaría seguro de que Merton había hecho algo más que permanecer quieto en su banco.

Cuando su mano se trasladó a la manga de su camisa para depositar el botín en uno de sus bolsillos, volvió a su lugar en la barra, como si nunca se hubiera apartado de esta. Después, el sujeto de la túnica giró la cabeza para mirar a Merton. No creía que se hubiese dado cuenta de nada, pero Merton pensaba que no existía algo que fuese cien por ciento seguro en esta vida. De igual manera no lo observó, se concentró en mirar una botella de ron que había en la estantería de en frente. Su rostro era el de alguien que está anhelando volver a una vida mejor que ha perdido hace tiempo, o ese era el sentimiento que él quería mostrar. Cuando el sujeto se levantó, Merton imperceptiblemente cerró el puño de la mano izquierda. Si el sujeto lo atacaba, él iba a responder de un modo rápido y limpio. Pero el tipo de la túnica dejó la barra y caminó con un ligero tambaleo hasta la puerta de salida. Merton, iba a llamar al cantinero pero antes de soltar la primer sílaba, dos enanos se instalaron a su lado corriendo con brusquedad el banco que había ocupado el tipo de la túnica.

— Óigame, cantinerrrrro...¿a esto le llama usted cerrrrveza de montaña?

— dijo uno de los enanos enseñando una jarra medio llena de cerveza que sostenía a la altura de los ojos del cantinero.

— Esto podrrría tomárrrselo mi hija y rrrrecién tiene cinco meses – señaló el otro enano dejando su jarra en el mostrador.

Merton vio que el cantinero se los había quedado mirando, con las cejas enarcadas, los párpados caídos y una sonrisa burlona que le daba todo el aspecto de alguien que tiene un chiste para cada ocasión.

— Apuesto a que tu hija se parece a ti –dijo el cantinero mirando al segundo enano.

— Pues verrrrrá, dicen que se parrrece a su madrrrre – presumió el enano

— ¿Y qué acabo de decir?

Merton estuvo a punto de reirse, pero eso le hubiera metido en un posible problema. Es fama de los enanos, que no tienen sentido del humor. O mejor

dicho, odian cuando alguien les hace una broma. Hasta son capaces de llegar a matar a alguien por hacer una referencia inocente a su aspecto o su particular acento para hablar en la lengua común. El primer enano lanzó la jarra de cerveza contra la estantería del otro lado. Dos botellas estallaron en pedazos cuando recibieron el impacto.

— ¿Qué dijiste sobrrre mi sobrrrina?

El cantinero volteó para ver algunos trozos de botellas en el suelo y otros goteando desde el lugar que ocupaban en el estante. Luego encaró de nuevo a los enanos.

— Esto que hiciste me lo vas a pagar –dijo el cantinero con un tono severo y frío.

Los enanos sacaron dos hachas que tenían colgadas de sus cinturones. El cantinero seguía en su misma posición, inmutable.

— Son quince monedas por las botellas, dos por la jarra y tres más por las molestias que me causaron. Veinte monedas de cobre en total.

El segundo enano levantó el hacha y la clavó en la mesa. La hoja se hundió entera, como si la madera fuese de mantequilla. Una hermosa hacha pequeña enana. Merton calculó unas dos monedas de plata en el mercado de Austin, donde sabía por buenas fuentes que escaseaba el metal de los enanos. Lástima que no era momento para robarles. Bueno, si se arriesgaba a perder un brazo o algo más importante podía intentarlo. Otros dos enanos que estaban en la mesa, se levantaron y sacaron sus hachas. Los borrachines que quedaban conscientes en el bar se levantaron como si una mano gigante los hubiese alzado y puesto de pie. No quisieron esperar a saber cuál iba a ser el desenlace de todo eso. Prefirieron abandonar el local, tropezándose con cada silla y mesa que encontraron de camino hasta la salida. Merton permaneció observando detenidamente la escena. Se había corrido unos pocos metros para tener una mejor perspectiva de las cosas, y también para evitar los golpes. Esa debía ser la última noche del cantinero. Cuando los enanos empezaban una pelea, la llevaban hasta el final. Para colmo de males, eran cinco enanos, preparados para la acción, y a dos de ellos, por lo menos, le habían ofendido un familiar. Merton quería quedarse para recoger lo que quedara de valor y por pura curiosidad. En realidad, la curiosidad no era suya, sino de Betlic. Merton no era más que un simple comerciante de dulces.

— Ahora, son unas cincuenta monedas de plata para reparar la barra. –

dijo el cantinero, impasible — ¿No sabes lo que cuesta un carpintero estos días?

Merton estaba entusiasmado. Hasta se había olvidado del robo de hacía unos segundos. Quería ver acción, es decir, Betlic lo quería. No sabía a qué estaba jugando el cantinero, pero cuando los dos enanos de la mesa avanzaron, rodeando la barra y el cantinero subía la cuenta de los gastos sin prestarles atención, Merton sospechó que un conflicto de esta naturaleza no era algo nuevo para el hombre.

—¿Porrrrr qué no sales de detrrrás de la barrrrra, humano? – dijo uno de los enanos que estaba esperando con su hacha apoyada en el hombro, en el sitio donde se abría la superficie de la barra. Era el más corpulento de los cuatro y en su rostro únicamente se veían los ojos. Era una bola de pelos negra y roja, cargando un hacha.

— ¿Por qué no me sacas tú, gordito? Así te puedo golpear en la cabeza con estas manos para que pierdas un poco de esas erres que te sobran, pedazo de analfabeto.

El enano levantó la barra y estuvo a punto de dar el primer paso cuando su compañero a quien el cantinero había ofendido miró a Merton y detuvo a la bola de pelos.

— Esperrrra, Borrrc.

— ¿Qué tienes Rorrrric? ¿Quierrres darr tú el prrrimerrr golpe?

— Tú, vete de aquí, esto no es asunto tuyo.

Merton, o mejor dicho, Betlic, reflexionó las palabras de Roric, luego giró el banco para quedar cara a cara con el enano.

— ¿Qué hay si me quiero quedar? Me gustan ver estas peleas – confesó Betlic. Si había algo que odiara, era que le ordenaran cosas. Fue también uno de los motivos por el que había abandonado su vida como miembro de cofradías,

— ¿No escuchaste a mi amigo, idiota?— preguntó el otro enano, hermano del insultado— Piérrrdete ahora.

El tío apartó a Roric y se puso a escasos centímetros de Betlic. El ladrón podía oler la cerveza y el mal aliento del enano, lo que colaboró a cambiarle el humor. Volvió a apretar el puño izquierdo. ¡Maldición! Solo quería ver como hacía el cantinero para resolver esa complicación. Ahora él era parte de ella.

— Escucha, enano. Éste no es mi taberna, ni la tuya. ¿Por qué no dejamos que el cantinero decida si me tengo que ir o me puedo quedar?

— Rrrrrrosc, parrrrtele carrra a ese viejo y sigamos con el cantinerrro

— dijo Borc, con los músculos tensos, dispuesto a descargarse la rabia con cualquiera.

Los labios de Rosco se curvaron hacia abajo y las ventanas de su nariz se abrieron. Señalesde que iba a atacar. Betlic estaba listo, pero de repente cerró los ojos y sonrió con un gruñido.

— Está bien, me parrrrrece muy bien. ¡Cantinerrro! – Rosco seguía mirando a Betlic—¿Qué quierres que haga este idiota?

El cantinero observó a Betlic con el rostro imperturbable. Luego se encogió de hombros.

— Que haga lo que quiera. El problema no es él, sino cuatro montañeses horribles que no saben hablar.

Lo que sucedió luego fue que el tiempo se transformó, y cada segundo hubiese podido ser descompuesto en múltiples partes para un ojo experto. Pero si lo ponemos en término simples, cada segundo se convirtió en un minuto.

Borc levantó el hacha y atacó al cantinero. El otro enano que todavía no había dicho ni una palabra, estaba cruzado de brazos mirando a Borc. Roric arrojó una jarra de vidrio contra el cantinero. Rosco, en cambio, miró hacia atrás, ignorando a Betlic. Quizás pensaba que no valía la pena, o que la pelea que se había disparado atrás era lo más importante del mundo para mirar en ese momento. Cualquiera que fuese el motivo, le dio a Betlic una enorme ventaja. De la manga izquierda del ladrón emergió una delgada hoja de acero con una inscripción que rezaba SNEHTGLENT, que significaba CARACOL, en el idioma de las tierras frías de Vidhr, al noroeste de Naphatek. En el exacto momento que la cabeza de Rosco se detuvo en su trayectoria hacia atrás, Betlic clavó la hoja en el cuello del enano. Ya había matado antes enanos. Sabía muy bien dónde latía la carótida, y cuán rápido se desvanecían estos tipos una vez que su cerebro perdía oxígeno. La hoja metálica entró y salió en un parpadeo. Un chorro de sangre salió expulsado, como si lo hiciera desde una fuente. Mientras esto sucedía, el cantinero esquivaba el hacha de Borc, al mismo tiempo que una jarra de cerveza le pasaba volando por la cabeza. Los enanos no tenían buena puntería con armas arrojadas, pero eso era ridículo. El enano con los brazos cruzados, continuaba así. En la siguiente

fracción de segundo, Rosco cerró los ojos y comenzó a caer, Betlic se había puesto de cuclillas en el banco y se disponía a saltar. Roric, el padre ofendido, se trepó en la barra y estaba deslizando su cuerpo hacia el otro lado. El cantinero tomó impulso y asiendo una botella de la estantería se la arrojó al rostro de Borc, alcanzándolo de pleno en la nariz, con la base dura. Y ahora retomemos el curso normal del tiempo, si es que se puede.

Betlic dio un salto felino desde el banco y cayó encima del enano que estaba trepado en la barra. Su snehtglent se clavó en la nuca dos veces, pero por la rapidez pareció una. El enano de brazos cruzados, con los ojos abiertos de incredulidad, llevó una mano a la espalda y tomó el mango de un hacha más pequeña y la arrojó hacia Betlic, quien la esquivó, dando un salto hacia la derecha, pero pisó al borde de la barra, perdió el equilibrio y cayó del otro lado.

— ¡Hijo de putaaaaaa! – gritó Betlic, con el rostro encendido— ¡Me hiciste caer enano de mierda!

Borc tenía un reguero de sangre brotando de su nariz. Se había tambaleado un poco, por la fuerza del impacto, y Leof, atacó de nuevo. Primero desarmó al enano, quitándole el hacha con las dos manos sin prácticamente ninguna resistencia, luego blandió el arma y dibujando un arco en diagonal, le clavó la hoja del hacha en la cabeza. El enano trastabilló con fuerza hacia atrás y Leof soltó el arma. Borc estaba mascullando algunas palabras inentendibles, mientras levantaba los brazos espasmódicamente con una mirada perdida y vacía que se movía en todas las direcciones. El hacha colgaba de su cráneo y se movía con tensión con cada movimiento de Borc. El enano que había lanzado el hacha arrojadiza, ya estaba sacando otra para lanzársela a Leof. Cuando el arma empezó a dar círculos en el aire en dirección al cantinero, un destello emergió del suelo del otro lado de la barra y golpeó el hacha, desviando su dirección, que terminó reventando otras dos botellas de las estanterías. El aroma de las bebidas mezcladas en el suelo le producía picazón en la nariz a Betlic, quien sin perder ningún segundo, saltó de nuevo sobre la barra y otra vez al suelo, junto a dos bancos. El enano tenía los dos brazos colgando a los costados, con los puños bien apretados. Enseguida Betlic se dio cuenta que ya no tenía armas. Confiaba en su puntería, a pesar del mito instalado sobre ellos, que decía lo contrario.

— Mierda, tienes buena puntería – afirmó Betlic—, a cualquier otro podrías haberle dado. Sin dudas.

El enano vió como Borc, después de moverse con torpeza, con un hacha colgando de su cabeza, caía hacia atrás, sobre una mesa que se volcó cuando recibió su peso. El cuerpo de su compañero se desplomó y el mango del hacha hizo un último “ploc” cuando golpeó contra el suelo. Se había quedado solo. El enano, que al comienzo había cruzado los brazos, con un porte cargado de confianza y orgullo hacia sus camaradas, ahora tenía una máscara de cachorro asustado que no sabía bien que rumbo tomar para evitar una paliza.

— Malditos bastarrrrrdos – logró decir el enano con manifiesta inseguridad en su voz— han matado a mis amigos. Esta ofensa no la olvidarrrrremos.

— Buen...— dijo Betlic pero se interrumpió. Su mirada periférica había visto una mancha al costado de su calza negra, a la altura de la cadera. Pasó un dedo por ella y la olfateó. Era una mezcla de perada y cerveza. La calza estaba fabricada con una de las mejores telas de Balu, del otro lado del Mar Fondeado. En Gimm era difícil hallar una calza hecha con la resistencia y la elasticidad de esa. Pero se había manchado. La mente de Betlic quedó en blanco por un momento. Eso no debía haber ocurrido. Él se cayó al sucio suelo de esa tabernucha por caer mal sobre una barra. ¿Qué pasaba? ¿Estaba perdiendo el ritmo de la pelea? No, imposible. Los errores existen, pero...!esa mancha!

— Mira lo que hiciste, asquerosa petaca— dijo Betlic, con la cabeza baja, mirando su mancha. Luego, buscó los ojos del enano— No solo te voy a matar, sino que voy a robarles a ti y a todos tus compañeros para poder comprarme una calza igualita a ésta. Ahor...

Un zumbido apenas se oyó en el silencio del bar, roto únicamente por las palabras de Betlic. Sin embargo, el zumbido fue suficiente para interrumpir al ladrón. El primero que se dio cuenta qué había provocado ese zumbido, fue el enano, quien se miró el pecho, y vio que entre su larga barba entrecana había crecido la punta de un virote. Se llevó una mano para tocar esa punta y cerciorarse de que sus ojos no lo engañaban. Betlic le hubiese dicho que no era necesario corroborarlo, ya que él también veía sobresalir el virote. Unos hilillos de sangre comenzaron a descender por los pelos y la ropa del enano. Luego, una tos ahogada fue el último sonido que Betlic le oyó emitir. El enano se desplomó de cara al piso. Betlic se dio vuelta y miró a Leof que apuntaba con una enorme ballesta. El cantinero al ver que todo había acabado, bajó el arma,

examinó los daños provocados en su establecimiento y puso los brazos en jarra.

— Bueno, no fue demasiado. Las he visto peores – dijo y enseguida se puso a la tarea de arrastrar el cadáver de Roric y colocarlo sobre el de Borc.

— ¡Me hubieras dejado ese a mí, hombre! – dijo Betlic, sacudiendo los brazos para manifestar su enojo ante la imposibilidad de ver cobrada una de sus promesas – El hijo de puta arruinó una excelente pieza de vestir. Ahora, para conseguir otra tengo que viajar hasta Balu, que en esta época del año está muy concurrida. Odio las multitudes, y además la temperatura de ese lugar... Mis planes se desbarataron y...

— ¿Puedes ayudarme con estos cadáveres?— interrumpió Leof, mientras empujaba al suelo el cuerpo de Roric que yacía cómodamente acostado sobre la barra— Te daré algo por tus molestias, y créeme soy bastante generoso.

Betlic, observó los cadáveres, luego la mancha de su calza, luego la destrucción de la taberna. Finalmente tomó una silla y la estrelló repetidamente contra el suelo hasta que quedó hecha astillas. Al finalizar, aspiró hondo y se tranquilizó.

— Descuéntame la silla de tus favores – dijo Betlic —, y te daré una mano.

— Hay que deshacerse de los cuerpos inmediatamente. Si hay otros enanos en el pueblo, se enterarán de esto. Lo mejor es que llevemos los cuerpos a otro lugar. Y luego... bueno inventaré una excusa.

— Si hubiese otros enanos, estarían todos aquí. Cuando están lejos de sus tierras, los enanos raras veces se separan. Van juntos a los mismos lugares, comen juntos..., mierda, hasta deben coger todos al mismo tiempo.

Leof y Betlic rieron. Después se quedaron un momento escuchando el silencio. Afuera, se oyeron los pasos de un caballo que se perdió en la noche.

En pocos minutos tuvieron los cuerpos amontonados sobre una carretilla que Leof guardaba en el cuarto trasero. La usaba para sacar borrachos que se quedaban dormidos, o como en estas ocasiones, algún cadáver que necesitaba trasladar a su carro para desaparecerlo luego. Betlic, no quería tener nada que ver con la ley, o con familiares de los idiotas que habían decidido buscar su propia perdición al ir demasiado lejos en su taberna.

— Bien – dijo Leof, asiendo el mango de la carretilla—, manos a la obra.

III

Bajo un cielo nocturno despejado, hacinado de enjambres de estrellas, Pierce caminaba con la cabeza baja por el camino, en dirección al siguiente poblado. Había terminado de darle vueltas y vueltas al asunto de cómo había hecho para perder el “metal”. Recorría mentalmente todo el curso de su último viaje. Cuando estaba en la taberna aún tenía el metal, estaba seguro de eso. Sentía su peso, y el extraño hormigueo en la piel que estaba en contacto con el bolsillo secreto que guardaba el tesoro. Además, ¿era un bolsillo secreto de hechicero, por todos los dioses!, solo un hechicero sabría llegar a él, e inclusive un hechicero que no fuese dueño de la túnica, debía hacer un gran esfuerzo para acceder al bolsillo. ¿Caerse? Menos probable aún. Una vez que algo entraba en esos compartimentos, no volvía a salir, excepto por la voluntad de su dueño. Pearce estaba desconcertado. Si bien había bebido lo suficiente para evitar la borrachera, salió algo mareado del bar. El cochero sucio no lo había tocado en ningún momento, así que no creía que fuera él. Tampoco se lo veía como un hábil ladrón, así que el tipo que lo había dejado varado en el medio de la nada quedaba fuera del asunto. Después de descartar todas las posibilidades, Pearce se sentó sobre una roca al costado del camino. La concentración era una disciplina imprescindible que debían practicar todos los aprendices de la magia. Pierce había pasado tres años perfeccionando una concentración profunda y cada vez más eficiente para el uso de la magia. Todavía le quedaba mucho por aprender. A veces su inclinación a la pereza le impedía mejorar su técnica como él quería y como los hechiceros maestros le exigían. No obstante, para tareas simples como recordar cada detalle de un evento pasado del que no había transcurrido mucho tiempo, Pearce se consideraba a él mismo, un experto. Pearce apoyó los brazos en las rodillas, irguió la cabeza y cerró los ojos.

En pocos segundos se sumergió en el túnel de las imágenes pasadas. Se vio a sí mismo entrar en la taberna de Leof, mirar la mesa con cuatro enanos conversando en su idioma, toparse con la medio orco que sobrevaloraba su belleza, sentarse en la barra, hablar con Leof y tomarse sus tres cervezas. Hasta ahí, el metal seguía con él. Pearce recordaba hasta la sensación de sentirlo dentro de su túnica. Llegó al punto en que estaba pensando en dejar la

taberna antes de que sintiera la necesidad de pedir otro trago, cuando vio ese rostro. Un semblante negro con barba, arrugas esculpidas por la experiencia y el cansancio. Una camisa con mangas holgadas, pintadas con flores entrelazadas a lo largo de los brazos y espalda. El sujeto llevaba puesta una calza negra que marcaba sus huesudas piernas. Parecía un comerciante. Pearce vio que el hombre no le devolvió la mirada cuando él se quedó viéndolo. Estaba contemplando la estantería de bebidas de Leof. Luego recordó que se levantó y caminó hasta la puerta sin que nadie se interpusiera en su camino. Al llegar a la puerta, se detuvo. ¿Por qué? Recordó la sensación, como si se olvidase de algo. En una persona común, esa sensación puede no tomarse en cuenta en la mayoría de los casos, pero en un hechicero, la mente funcionaba de otra manera. Era extraño que un hechicero tuviera lagunas mentales, y cuando esto ocurría, había un problema serio al que atender. Pearce dio un mayor empuje a su concentración. La imagen del interior de la taberna se tornó más nítida, con toda clase de detalles. Pearce pudo contar tres jarras de cerveza en una mesa, dos copas de vino en otra y contemplar cómo el humo que se desprendía de una pipa ascendía y formaba una figura grotesca del puño de un hombre expandiéndose hasta desintegrarse. Vio a los enanos hablando con Leof, pero estaban paralizados, igual que todos. El movimiento, a ese nivel de concentración, se atisbaba muy levemente, casi como una ráfaga que se deslizara por el rabillo del ojo. Pero lo que no se escapaba del examen, eran las sensaciones, ya que las mismas son el vehículo más rápido que llevan a uno a revivir los recuerdos. A ese nivel, Pearce podía hacer un inventario completo de cada estado de ánimo por el que atravesara su espíritu. Pero a él no le interesaba tanto recordar qué sensaciones tenía en ese momento, sino, de cuál sentía la ausencia. Y por supuesto, Pearce lo supo. No sentía más el ligero peso del “metal”, o su presencia electrificante en su piel. Lo había perdido. No, nada de eso. Se lo habían sacado. ¿Quién? Examinó la barra, y a la gente que estaba allí. Dos enanos, Leof, y el tipo que parecía un comerciante. Se detuvo en este último. Con minuciosa atención, miró cada centímetro de la imagen que tenía de él a esa distancia. Solo un viejo comerciante, vestido con elegancia en una taberna a esas horas. Mientras más se lo quedaba viendo, le parecía menos convincente su figura, aunque solo estuviese de espaldas a él. ¿Pero qué veía extraño en él? Su subconsciente lo sabía, pero tenía que concentrarse más para desentrañar el enigma. Y con un esfuerzo más, Pearce fue más profundo en sus recuerdos. Ahora podía ver la imagen con un mayor acercamiento. Contemplaba cada hebra de cabello del

comerciante. Un cabello negro y duro. El sombrero de fieltro tenía pequeños relieves de florituras hechas con delicada destreza, lo que indicaba el alto valor que podía tener esa pieza de indumentaria. Una franja del cuello del hombre, podía apreciarse entre el cabello y el cuello de la camisa. La piel era tan negra como el rostro, con algunos pequeños lunares como pecas. Pero lo que desencajaba del conjunto, era el lóbulo de la oreja. El mismo tenía un color blanco, casi rosado. Pearce pensó que, o esa oreja no pertenecía al cuerpo de ese sujeto, o el sujeto no encajaba con esa oreja. Se tiró más por la primera opción. El tipo llevaba una máscara. Quería esconder su rostro por alguna razón. Estaba desfigurado o escondía su identidad por seguridad. Cabía la posibilidad de que fuese un actor muy excéntrico al que le costara despegarse de sus personajes luego de una función. Sea cual fuese el caso, no parecía entrañar nada regular. Pearce siguió buscando en busca de otro indicio en el resto de su imagen, pero no halló nada más. Finalmente, abandonó su estado de concentración, y volvió a encontrarse al costado del camino. Una corriente de viento le trajo el frío de la realidad y una luna menguante despedía un brillo mortecino entre las estrellas parpadeantes. Pearce decidió que el tipo que parecía comerciante era el ladrón. El único motivo que daba crédito a esa acusación era la máscara del hombre. Se inclinó a pensar que era un fugitivo de la justicia o de otros ladrones que le seguían la pista. Eso ya no importaba. Era menester encontrar a ese hijo de puta y quitarle el “metal”. El tipo no tenía ni idea de lo que estaba cargando. Todo podía terminar en una catástrofe de proporciones colosales. Además, Pearce no había arriesgado todo lo que poseía para que un ávido ladrón se lo arrebatara.

Entre los objetos útiles que cargaba Pearce, se hallaba un pergamino que contenía un conjuro de hallazgo menor. Le fastidió tener que hacer uso de ese conjuro en una situación que no estaba en absoluto prevista, pero no le quedaba otra salida inmediata, así que el hechicero sacó el pergamino y lo desenrolló. Una runa de color rojo que formaba la imagen de un pájaro con el cuerpo en forma de triángulo estaba dibujada en el centro del pergamino. Abajo, en caracteres antiguos de los elfos de la luz, estaba la inscripción que debía ser pronunciada con la entonación y ritmo apropiado para poder activar el conjuro. El conjuro de hallazgo menor, le permitía a una persona obtener una referencia directa y actual del lugar en donde se encontraba lo que estaba buscando. Quien lo activaba veía aparecer el objeto de su búsqueda dentro de su cabeza, así también como el sitio que lo rodeaba, las personas que pasaban a su lado, los ruidos que había, los olores que flotaban en el aire, todo. De esa

manera, guiándose por algún elemento reconocible en el lugar, podía viajar hasta allí y hallar lo que buscaba. Pearce solo había podido encontrar un pergamino de hallazgo menor antes de abandonar la torre de hechiceros. Hubiese querido llevarse más consigo porque eran conjuros sumamente útiles para alguien que perdiera algo de valor inestimable como él. Pero no pudo revisar más bibliotecas de pergaminos por temor a ser sorprendido por otro hechicero. Era su única oportunidad de recuperar el “metal” y comenzar a estudiarlo bajo sus propios términos y no los de su orden. Una de las particularidades del conjuro de hallazgo menor era su duración. Quien lo activara, disponía de veinticuatro horas hasta que el efecto finalizase, después de eso, la ventana mental que mostraba el objeto desaparecía. Pearce no sabía cuánto tiempo había viajado por el camino desde la salida de Rodam, pero en todo caso se debía tratar de un par de horas. De todas maneras, si volvía caminando, podía llevarle medio día, eso si no encontraba otros inconvenientes en el camino. Tenía que utilizar su único conjuro de hallazgo menor con sapiencia. Un hechicero sabía que en ningún caso tenía que sucumbir a la desesperación. Y aunque él fuese un aprendiz relativamente avanzado dentro de la torre, conocía muy bien los peligros a los que conducía la desesperación en los que manipulaban la magia. Por eso Pearce volvió a enrollar su pergamino y comenzó a caminar en dirección a Rodam. Esperaba encontrar a algún jinete o carruaje que se ofreciera a llevarlo por una paga. Se felicitó a sí mismo por conservar con él las monedas y agradeció al ladrón no haberse hecho con ellas también.

Luego de una hora de andar, a Pearce le dolían los pies y sentía tirones en las piernas. No estaba en un buen estado físico, se dio cuenta. El paisaje había cambiado un poco. El monte ligeramente poblado de árboles había dado lugar a una vegetación más tupida a ambos lados del camino. Pearce no recordaba esa parte del viaje. A veces se sumía tanto en sus pensamientos, que el mundo exterior dejaba de contar para él, como si apareciera y desapareciera cuando él salía de sus meditaciones. Sabía que esa parte del camino se adentraba apenas en el Bosque Morado, llamado así por las plantaciones de moras que un antiguo rey tenía en ese lugar. En una invasión, los enemigos del rey entraron al bosque y se llevaron todas las moras que pudieron, arrasando con el resto. Desde entonces, lo único que ha crecido en el bosque son abetos, sauces y plantas de varias especies. Nadie encontró ni una mora, jamás. Esa parte del sendero era peligrosa si uno iba a pie. Un bosque, cualquiera fuese su tamaño, no era lugar para un paseo. En su interior habitaban criaturas

hostiles, o individuos que no veían con buenos ojos a la humanidad, entonces se aislaban en esos lugares, apartados de la sociedad. Tales ermitaños podían ser tan asesinos como un hombre lobo, un vampiro o algún lobo hambriento. Antes de adentrarse en esa parte de su recorrido, Pearce bebió de un pequeño frasco que sacó de uno de sus múltiples bolsillos. Era un líquido verde, llamado “paso del viento”. Solo bebió una pequeña cantidad, la suficiente como para atravesar el camino del bosque en absoluto silencio.

Tuvo que iluminar el camino con una “vela mágica”, que no era más que una pequeña esfera de luz que flotaba delante de él, iluminando un diámetro de tres metros. Pearce no quiso hacer más intensa la luz para no delatar demasiado su presencia. A lo sumo, quien viera a lo lejos un pequeño resplandor, pensaría que era un fuego fatuo y preferiría evadirlo. Ninguna persona normal se arrimaría a un fuego fatuo. Los pobres tenían muy mala fama dentro del imaginario vulgar. Pero existían otros tipos de individuos, como los brujos que estarían encantados en apresar un fuego fatuo, para preparar uno de sus nefastos conjuros de magia negra. Esperaba que ninguno de ellos anduviese por la zona. Luego de media hora de atravesar el bosque, Pearce entró a preocuparse. No se había apartado del camino, pero esa parte parecía no tener fin. A pesar de contar solo con la claridad que le brindaba la “vela mágica”, Pearce no estaba seguro de que la extensión que debía recorrer para salir del bosque fuese tan larga. Había escuchado historias de bosques controlados por dríadas hostiles o brujas eremitas que engañaban a los viajeros desprevenidos para atraparlos entre marañas de árboles y utilizarlos para copular con ellos o como alimentos para otras criaturas carnívoras. Pearce sabía que esto ocurría en bosques de mayores dimensiones, en lugares muy apartados de cualquier aldea o comunidad, pero en el Bosque Morado, tan frecuentado por los viajantes, nunca se había enterado de alguien a quien le ocurriese un accidente que no se explicara por causas razonables o humanas. Se quitó las fantasías que él mismo estaba alimentando en su imaginación y continuó avanzando, mirando con atención a todos lados, para prevenir cualquier desgraciado incidente.

De un momento a otro, Pearce oyó que algo se acercaba adelante. Al principio no distinguió bien de qué se trataba. Aguzó todo lo que pudo el oído, y por encima del ruido de los grillos, los sapos y el ulular de los búhos, oyó un tenue silbido intermitente, como el que hace una persona muy agitada que intenta llevar aire a los pulmones, respirando con mucho esfuerzo. No le bastó nada más a Pearce para reconocer ese sonido. Se salió del camino y se ocultó,

agachándose dentro del primer matorral que encontró. Allí quedó oyendo cómo el silbido crecía en intensidad a medida que se acercaba. La “vela mágica” se apagó a su orden. Ya la encendería de nuevo si todo salía bien. Cuando llegó a la parte del camino donde había estado él, el silbido cesó. La oscuridad casi era total, de no ser por algunos débiles haces de luz plateada que se filtraban entre algunas hojas y ramas. Aún así, Pearce supo quién era el causante de ese silbido que le resultaba familiar. Un “ave rastreadora”. La usaban los druidas, magos y hechiceros para rastrear personas o animales. Cumplía casi la misma función que un conjuro de búsqueda menor, pero a diferencia del primero, el “ave rastreadora” era inmune a los conjuros de “disipación mágica”. Los hechiceros podrían tranquilamente haber usado un hechizo de búsqueda menor o mayor para localizar el “metal” y por ende a su portador, pero gracias a la naturaleza del “metal”, aún desconocida en lo que tenía que ver con sus potenciales mágicos, Pearce sabía que hasta el momento ningún conjuro de los usados por los hechiceros de su torre, afectaba al metal, por lo tanto, utilizar magia para rastrearlo habría resultado inútil. Pearce agradecía eso, pero un “ave rastreadora” podía ver, oír a su presa, y si le habían dado a olfatear el aroma de la persona a quien se buscaba, también la hubiese podido oler. Y Pearce estaba seguro no haber previsto esa posibilidad antes de salir de la torre. Las sábanas de su cama habían preservado su olor. Las hubiera arrancado antes de salir y quemado en algún lugar. Pero no había tiempo, y tampoco se le pasó por la cabeza. Se reprendió por su estupidez. El silbido se oyó otra vez, más alargado y pausado. Significaba que el ave estaba cerca de su presa. Si lo llegara a localizar, la señal llegaría a los hechiceros y por el tiempo que ellos decidiesen podían seguir los pasos de Pearce, por más que éste se ocultara en el centro de la tierra. Pearce no se atrevía ni a respirar. Sus músculos eran un amasijo de nervios en tensión. Era su fin, todo había terminado. Y ni siquiera llevaba el “metal” con él, lo que hubiese dado algún sentido a su captura. Estaba a punto de terminar con el juego de la escondida y salir para que el ave lo detectara, cuando de repente el silbido se interrumpió totalmente y sintió el ruido seco de algo que caía al suelo del camino. Luego, notó un movimiento rápido, pasar sobre su cabeza y remover alguno de sus cabellos. Enseguida, eso, lo que fuera, cayó en el camino, justo delante de él. No se escuchó más el silbido del “ave rastreadora”. Algo le había ocurrido. La habían derribado, no había duda. Pero ¿quién o qué? Pearce no se atrevió a moverse. Podría haberse librado del pájaro y de los hechiceros, pero la cosa que había saltado por su cabeza podía ser algo mucho peor. Un cazador

salvaje, o una dríada desquiciada. Uno de esos locos lo hubiesen transformado en un esclavo sexual o en un pedazo de carne para alimentarse en el crudo invierno. Esperaría a que se fuera y entonces saldría pitando de allí hasta abandonar ese maldito bosque.

— Sal de ahí, humano – dijo lo que estaba en el camino. Tenía el tono de una mujer jóven, pero la firmeza de una vieja cortesana en su tono.

Le hablaba a él. Pearce no creía que hubiese alguien más allí. ¿Cómo lo podía ver en toda esa oscuridad, cómo sabía que era un humano y que estaba justamente allí?, eran cuestiones que pasaban por la cabeza de Pearce en ese instante. El motivo poco importaba como el hecho de que ya no había razón para seguir escondido.

— Vuelve lumni— dijo Pearce. Eran las palabras que él había escogido para encender la “vela mágica”. En seguida, el pequeño globo que había soltado de sus manos ascendió unos centímetros y se prendió. Pearce pudo ver a su salvador o siguiente enemigo.

No era nadie más que una mujer de aspecto muy particular. Tenía la cabellera verde y dorada que le llegaba hasta las pantorrillas. Su piel era de un color cobrizo. Pearce no alcanzaba a ver con claridad el color de sus ojos, grandes y esféricos, como el de una lechuza pero de una profundidad que causaba algún estremecimiento si uno permanecía observándolos. Llevaba puesto un vestido hecho de flores, hojas y atado con lianas que se cruzaban por todo su cuerpo. Su rostro era andrógino, con rasgos en su piel y surcos bajo sus ojos que podrían poner en duda la edad de aquel ser. Pearce salió de su escondite, sacudiéndose la ropa.

— Por favor – dijo Pearce— solo soy un viajante que se ha quedado varado en este camino e intenta volver al poblado.

— Para ser alguien buscado por un “ave rastreadora”, tienes una baja estima en ti mismo – dijo el ser parecido a una mujer, extendiendo la mano donde tenía el ave, que ya no volvería a moverse.

— Me escondí porque pensé que era un animal salvaje que me estaba siguiendo el rastro – mintió Pearce, intentando imprimirle un tono de miedo a su voz.

— Vamos, no me vegas con esas – dijo la criatura, con gesto de escepticismo— ¿quién eres? Tu nombre. Y no me mientas porque me puedo dar cuenta.

— Me llamo Ismael...

— Intenta de nuevo – dijo ella, dando un paso en dirección de Pearce.

Pearce se tentó a retroceder, pero el ser podía malinterpretarlo. Esta vez dio un suspiro y levantó los brazos con las palmas abiertas.

— Está bien, soy Bruzzo, un ladrón. Me buscan por robarle una joya a un mago. Pero mi mala suerte hizo que perdiera esa joya. Ahora soy un hombre buscado y ni siquiera le saqué provecho a mi botín.

Ella se acercó más hasta quedar pegada a Pearce. La cabeza de ella le llegaba a la altura del estómago. No elevó la mirada para mirarlo a su cara. Su nariz empezó a olfatearlo. Pearce veía como las ventanas de la nariz se abrían, ampliando el doble los orificios nasales. Pearce mostraba tranquilidad, pero la miraba con inseguridad. Una de las ventajas de perfeccionar la concentración, era que podías hacerle creer a tu mente cualquier cosa que quisieras hasta el punto de que todo tu ser no dudaba un ápice de esa invención. Ese tipo de concentración es la que trabajaban los hechiceros que se especializaban en el ilusionismo. Ellos decían que para hacer más poderosos los hechizos de ilusionismo, el hechicero debía convencer a su propia mente de que sus ilusiones eran tan reales como la dureza y el peso de una roca.

— No parece que estés mintiendo, pero aún tengo mis dudas.— dijo ella, mirando a Pearce. Sus enormes ojos eran dos agujeros negros que te hacían sentir un ligero vértigo— No siento el olor agrio de los que mienten, pero tampoco tu aroma es puro.

— No estoy mintiendo – aseguró Pearce—, y ahora tengo que irme.

Pearce salió del matorral y empezó a caminar lentamente por el camino, alumbrado por la “luz de vela”. Pero no hubo dado tres pasos, cuando el ser habló.

— ¡Detente! – ordenó.

Pearce obedeció y se dio la vuelta. Ella tenía en su mano derecha una cerbatana y la agitaba lentamente para que Pearce le prestara atención. El hechicero sabía que si no obedecía, un dardo tranquilizante o envenenado le pondría fin a su viaje en ese lugar.

— ¿Qué quieres de mí?— preguntó Pearce— ¿Las gracias? Pues te agradezco que me libraras de esa maldita ave. Ahora puedes comértela si eso es lo que quieres. No tengo nada en contra tuya y quiero salir lo más

rápido posible de este bosque.

— No me interesan tus gracias ni lo que quieras hacer. Eres un tipo buscado, y da la casualidad que esos tipos son mi especialidad.

— ¿Qué quieres decir?— la pregunta no fue más que una formalidad. Su fortuna no hacía más que empeorar.

— Te habrás dado cuenta de lo que soy.

— ¿Alguna bruja del bosque? —preguntó Pearce. Su conocimiento de bestias y criaturas mágicas era deplorable para tratarse de un hechicero. Otro punto en contra que le había ganado varias sanciones en la torre de hechiceros.

— Por favor – dijo ella negando con la cabeza y estirando la comisura de sus labios— ¿Qué nunca te habían hablado de las dríadas?

Pearce abrió los ojos. Claro que había oído hablar de las dríadas, pero el comportamiento y rasgos del carácter de esos seres no eran precisamente los que ella estaba manifestando. Ni siquiera cuando se lo dijo, Pearce estaba seguro de que ella fuese una dríada.

— ¿Una dríada? – preguntó Pearce y la criatura asintió—
¿Cazarecompensas?

El ser volvió a asentir.

IV

Leof sabía muy bien qué calles y caminos tomar con la carreta, de modo que ningún guardia lo detuviese para interrogarlo, ni los curiosos advirtieran el carruaje conducido a horas de la noche en donde solo los perros y algunos vagabundos circulaban en la ciudad. Betlic—Merton lo acompañaba, sentado a su lado. Leof daba pitadas a su cigarro de vez en cuando y observaba cada rincón en donde, según él, podría haber escondido algún ladrón o algo más desagradable. Casi no había cruzado palabras desde que cargaron al último enano en la parte de atrás y lo cubrieron con una lona negra atada a los lados para que el viento no develara los cadáveres. Habían puesto encima de los enanos algunos trastos viejos y botellas de cervezas rotas que Leof guardaba para ocasiones como esa. En caso de que tuvieran la mala suerte de que un guardia de la ciudad los detuviese, deberían escarbar entre la basura para encontrar los cuerpos. No fueron inmunes a los ladridos de los perros mientras traqueteaban por los caminos semi empedrados de Rodam.

— Esto no se va a terminar pronto – rompió el silencio Leof, cuyo rostro mostraba una paz que no se condecía con esas palabras—, otros enanos empezarán a preguntar por éstos, y muchos dedos apuntarán a mi taberna.

— Tú sabías lo que te buscabas – dijo Betlic detrás de la máscara de Merton—, estos tipos tienen mal carácter. ¿Cómo suponías que iban a reaccionar?

Leof no dijo nada por unos segundos. Aspiró una larga bocanada de humo. Luego de soltarlo, continuó.

— Es que no puedo contenerme. Me gusta llevar a la gente a sus límites. Me divierte que pierdan sus cabales.

— Eso no es una actitud muy inteligente. Divertida sí, pero no inteligente.

— A veces la inteligencia no es suficiente para dejarnos conforme, Merton.

El nombre le sonó extraño a Betlic. Había dejado de lado su personaje en la taberna, cuando atacó a los enanos. En realidad, Leof no sabía que estaba hablando con otra persona, muy diferente a ese comerciante negro que no tuvo tiempo de darse a conocer.

— ¿Dónde me dices que llevaremos a nuestros amigos? — preguntó Betlic mientras daba un vistazo a la parte trasera de la carreta.

— Conozco un campesino, a pocos kilómetros saliendo de la ciudad. Vive con su mujer, y se dedica a estos trabajos.

— ¿A cambio de qué?— preguntó Betlic, con una sonrisa en sus labios tapados por la barba

— A cambio de lo que quiere la mayoría. Dinero, alcohol. Verás, hace mucho tiempo, una epidemia asoló este lugar, y muchas personas, como este campesino, no volvió a ser la misma. Creo que se volvió un poco loco, aunque esa locura me benefició a mí.

Betlic lo sabía. La enfermedad del “trasgo cojo” había llegado a la ciudad desde allende al Mar Fondeado hacía unos diez años atrás. En ese entonces Betlic pertenecía a la Cofradía de la Rosa Negra, en Brazas, una ciudad al noreste de Naphatek, donde el desierto es amo y señor del territorio. Le habían llegado noticias por los viajeros de que en Rodam, las muertes se multiplicaban todos los días, tanto como las causas que circulaban en boca del vulgo. El castigo de algún dios que se sentía olvidado, la maldición de una familia rica que cargaba con la culpa de varios asesinatos en el pasado, los hechiceros que querían ganar poder por sobre los sacerdotes, desplegando el lado mortal de la magia, y otras tantas sandeces más que Betlic se tomaba como cuentos de bardos fracasados que cantaban historias por algo de comida. Hasta que vio los efectos de la enfermedad, pocos días después, en el mismo viajante que había traído la noticia. Al hombre empezó a fallarle una de las piernas, por lo que caminaba cojeando. De ahí el nombre de la enfermedad. Lo de trasgo, Betlic lo adjudicaba al ensañamiento de los campesinos contra estas criaturas. Horas después la otra pierna dejaba de responder. Fue el momento en que el pobre diablo se daba cuenta de lo que le estaba pasando. Otro par de horas después y vinieron los temblores. El hombre tiritaba de pies a cabeza a pesar de estar cubierto con varias pieles, en el interior de una cabaña, ante la leña encendida. La piel se ponía tan blanca, que todas las venas del cuerpo se traslucían en ella. Finalmente, al pobre desgraciado se le inflamaba la garganta y moría a los pocos segundos por asfixia. Betlic nunca antes en su vida había visto esa forma de morir. Pensó que sus asesinatos eran hasta piadosos al lado de ese horror, porque sus víctimas se iban rápido y casi sin dolor.

— Con respecto a la epidemia — continuó Leof —, las leyes dispuesta

por el rey fueron muy duras. La enfermedad amenazaba con diezmar a más de la mitad de la población. Los enfermos más pobres fueron asesinados. Los que tenían algo de dinero fueron obligados a abandonar la ciudad. A los extranjeros se les ordenó volver a sus tierras. Los que podían, morían solos en su casa, por temor a ser asesinados y sacados de sus hogares. Había unos pocos afortunados que sanaban y todos pensaban que habían sido bendecidos por algún dios.

— Había oído de esa catástrofe— dijo Betlic, esta vez con la voz avezada de Merton, hombre de mundo— yo me hallaba muy lejos, al norte, haciendo negocios con los mercaderes de Braza. También tenían prohibida la entrada a cualquier extranjero, ya que creían que eran portadores de la enfermedad.

— La ciudad era un hervidero de infecciones...y lo peor era la peste. Todo olía a muerte, hasta los jardines bellamente decorados de los ricos. La descomposición de los cuerpos dominaba toda la ciudad.

— ¿Y tú dónde estabas? – preguntó Merton

— ¿Dónde crees? Ni todas las enfermedades, ni los putos guardias lamebotas de esta ciudad podrían sacarme de mi taberna. Yo decido cuando irme.

Betlic miró a Leof para descubrir si lo que decía era pura vanidad o la más clara verdad. Pero cuando pensó en los cadáveres que transportaban detrás, el ladrón no tenía dudas de que Leof no era de esos que tenían más grande la boca que el ánimo. Empezaba a agraderle el tipo. Era una lástima que si no empezaba a tomarse esa situación más en serio, su vida correría un grave peligro. Los enanos no descansarían hasta encontrar al culpable. En eso eran implacables. Hasta que una de sus filosas hachas no cortaba la cabeza de quien los había ofendido de la manera en que lo hizo Leof, no descansarían. Jamás.

— Mira por esas ventanas, Merton— indicó Leof, señalando con un movimiento de la cabeza, las apretujadas viviendas que se sucedían al costado de la calle—, cada familia ha perdido dos de cada tres miembros en esa epidemia.

Betlic observó las casas. Algunas ventanas dejaban ver un tenue resplandor en su interior. Eran aquellos que no podían conciliar el sueño o temían a la oscuridad o tal vez se habían marchado hace poco, dejando sola a la vela, para consumirse con lentitud. Betlic también sabía todo

eso. Pero no podía decírselo a Leof. Su identidad a la que ya le quedaba poco de vida, debía morir a solas.

— ¿Sabes que es lo que creo? — preguntó Betlic, con los ojos puestos en las casas— Que la muerte sabe lo que hace. Cuando las personas mueren de a una a un ritmo normal, todo parece ir bien. Es el orden de las cosas. Pero cuando empiezan a caer de cientos de forma simultánea, no creo que sea por una maldición o castigo divino. Para mí solo es una misma muerte dividida en varios hombres, mujeres y niños. Pero nosotros no lo creemos así.

Leof estaba en silencio, meditando las palabras de Merton, sin saber que era Betlic quien las había pronunciado. Luego dio la última pitada a su cigarro y lo arrojó a la calle. El trote de los dos caballos que llevaban la carreta era adormecedor para el ladrón.

— No sabías que eras un pensador, Merton. ¿Los comerciantes tienen mucho tiempo para pensar, no?

— Los viajes son largos — rio Betlic—, uno tiene que entretenerse con algo.

— Entiendo. Tememos a la muerte pero no perdemos oportunidad para lanzarla sobre el otro. Guerras, asesinatos... indiferencia.

— No hay que temerle a la muerte. Es un placer más que nos ofrece esta vida, Leof. Hay que aprender a sacar el mejor partido de ella, eso es todo.

Habían salido de la ciudad y el camino doblaba hacia el sur. En poco tiempo estarían en la zona rural, que tenía más del triple del tamaño de la ciudad. Allí residían el mayor número de habitantes de Rodam. Betlic dio un bostezo y se dejó arrastrar de a poco al sueño, mientras la brisa nocturna removía los cabellos que le salían por debajo del sombrero, y la carreta se movía con el traqueteo del viaje.

Leof no necesitó despertar a su acompañante. Betlic abrió los ojos cuando la carreta se detuvo. Su cuerpo entendía los cambios exteriores para poder actuar con la celeridad requerida. Estaban al final de un camino que desembocaba a pocos metros de una mediana casa de piedra. La paja que formaba su techo estaba ennegrecida, como si alguien la hubiese chamuscado. Sin embargo era la suciedad y el descuido lo que le daba ese color. A ambos lados dos cercas rodeaban de forma irregular un terreno rectangular. La tierra estaba cubierta por los tallos del trigo, cuyas espigas apenas comenzaban a

asomar. Betlic oyó el mugido prolongado de una vaca a la distancia. El resto de la vida dormitaba bajo la noche estrellada.

— Espérate aquí – dijo Leof al bajar de un salto de la carreta—, el sujeto es un poco raro. Tal vez no quiera ayudarme si ve un extraño conmigo.

Leof siempre había hecho ese trabajo en solitario. Excepto una vez que le dio algunas monedas a un muchacho para ayudar a cargar un enorme ogro obeso que había decidido caerse muerto en su taberna. El chico tenía fuertes brazos, pero a pesar de que agradeció la paga, Leof nunca más lo volvió a ver. Pero en lo que respectaba a llevar los cuerpos a casa de Vulture, debía hacerlo solo. El campesino se lo había pedido, sin mucha convicción, o eso le había parecido al cantinero. Cuando se lo recordaba, Vulture siempre se reía, dándole a su prohibición un aire irónico. Pero para evitarse cualquier malentendido con él, Leof siempre llevaba sus cadáveres, solo. Por la razón de que no se podía confiar en nadie. El muchacho fue una excepción. Muy estúpida, había pensado más tarde Leof. Pero ese día estaba muy enojado por haber tenido que cerrar el local cuando recién estaba empezando a llenarse porque el maldito ogro no tuvo la consideración de morirse fuera de su taberna. Con la muerte de los enanos, la del ogro y la del mercenario, ya eran tres veces que la clientela de Leof presenciaba acontecimientos de ese jaez. Hubo otros decesos, pero secretos. Leof podía ser un tipo muy temperamental con la gente que se pasaba de lista. Claro que era frecuente que los borrachines muriesen en una pelea o por sobredosis en las tabernas, pero Leof prefería saldar cuentas en su bar personalmente, sin espectadores. Sino siempre tenía que ser el blanco de los interrogatorios no muy amables de los guardias de la ciudad. Aunque él sabía muy bien cómo hacer que se fueran conformes, dejando que el cantinero siguiera con su vida.

Leof tocó a la puerta de la casa. Un perro viejo y con el andar cabizbajo se acercó como pidiendo disculpa y olfateó sus botas. El cantinero lo apartó empujándolo con su pierna. El animal soltó un bufido, se alejó hasta la punta de la casa y se echó a dormir. Alguien encendió una vela en el interior de la vivienda. La luz se agrandaba a medida que se acercaba a la entrada de la casa.

— ¿Quién anda ahí? – preguntó una voz algo ronca del otro lado de la puerta

— Tu madre. He vuelto de entre los muertos porque me han dicho que te has estado portando mal, pequeño Vulture.

La puerta se abrió y un hombre pequeño y bastante gordo tenía le vela a la altura del rostro. Los ojos estaban hinchados por el sueño y los entrecerraba para poder ver quién estaba adelante.

— Primero – dijo con una voz grave y áspera como quien se ha pasado toda su vida gritando y fumando sin descanso— Mi madre no me llamaría pequeño Vulture, ese nombre lo adquirí poco tiempo después de haberme mudado a esta hedionda ciudad. Segundo, si mi madre volviera de entre los muertos, lo primero que haría es ponerse en cuatropatas en el puerto y mostrar el culo a todo marinero y pirata que pasara por allí.

— Ah, Vulture, viejo desgraciado. ¿Sabes por qué estoy aquí, no?

— ¿Vas a alimentar a los cerdos y te parece que la noche es un buen horario para que nadie te vea haciendo ese trabajo de mierda?

— No, Vulture, no quisiera quitarte el trabajo que todos saben que tú haces muy bien. Naciste para la mierda.

— Auch!— dijo Vulture llevándose la mano al corazón y haciendo una mueca de dolor.

Vulture se refregó los ojos y salió de la casa. Cuando vio la carreta y al extraño hombre negro encima, dio media vuelta en seguida hacia Leof.

— ¿Quién es ese? – preguntó Vulture y su voz se había hecho más ominosa.

— No te preocupes. Esta vez he traído a alguien que me salvó la vida en la taberna. Es de confianza.

Vulture se volvió para mirar a Betlic, quien lo saludó, esbozando una sonrisa. El campesino se acercó más a la carreta y examinó al ladrón como si fuera un animal que le vendían en el mercado. Merton conocía esa expresión.

—¿Este viejo?... Ja! Pero si apenas sus huesos resistirían una simple caminata. No me jodas, Leof.

Betlic gruñó, sin embargo aceptó el cumplido del campesino con una inclinación de cabeza.

— Creo que puedo caminar de aquí hasta tu intento de granero en menos tiempo de lo que te tomaría encontrarte tu pito debajo de toda esa grasa.

Vulture estalló en carcajadas. Su risa sonaba como los graznidos de las urracas mezclado con el chirrido del hierro contra la piedra.

— Me agrada este viejo. Sabe cómo responder.

— ¿Qué te dije? No traería a cualquier palurdo.

— Bueno, ¿qué te traes esta vez? Espero que no sea otro ogro. Fue difícil aguantarse la peste de ese. Tuve que desenterrarlo porque ni siquiera la tierra nos libraba de la pudrición. Tuvimos que quemarlo con mi esposa y al otro día tenía al bocazas de Primus, diciendo que los vecinos se quejaban del olor a mierda que venía de este lado. Le tuve que obsequiar un corte de un cerdo que estaba reservado para un festín del rey. Esa vez – dijo Vulture mirando ahora a Betlic— este hijo de perra casi me mete en un serio aprieto.

— Cada vez que vengo tienes que contarme esa historia – se quejó Leof— . Ya la conozco de memoria. Déjame de fastidiar. Ayúdame a sacar los cuerpos que no falta poco para que amanezca.

— Dímelo a mí – dijo Vulture mientras Betlic descendía de la carreta de un salto—, que me cortaste un sueño hermoso.

— ¿A quién te cogías esta vez, gordo? – preguntó Leof.

— A tu madre. No sabes las tetas que tenía esa perra.

— Por favor, Vulture, ¿qué te hizo mi madre a ti para que la metas en tu sueño?

— Ella se apareció solita– dijo Vulture y se pasó la lengua por los labios.

— Por todos los dioses, Vulture – dijo Leof—. Vamos, terminemos con esto. No me gusta cuando te pones romántico.

Cuando levantaron la lona y removieron un poco las chatarras, Vulture dio un largo y estridente silbido. Unos cuantos perros a la distancia respondieron con ladridos.

— ¡Enanos! – exclamó el campesino – ¡Hey, mamá, ven aquí! Mira lo que nos trajo el bueno de Leof.

— Cállate, imbécil. ¿Qué estás de remate o qué? Vengo a ti porque eres discreto aunque sea en esto. ¿Quieres atraer la atención de alguien?

— Me importa una mierda lo que quieras, cantinero de mierda. En este lugar voy a gritar todo lo que quiera. Sabes muy bien que si quiero puedo entregarte en cualquier momento y obtener un buen valor por ello.

Esta vez Vulture no habló en broma. Su ceño se había fruncido y su mirada irradiaba todo el desprecio del que es capaz un hombre. A Betlic no le gustó lo que veía. ¿Confiaba Leof en este tipo? Tal vez estaba loco, y solo había que seguirlo para el lado que iba. No estaba seguro, para Betlic, Vulture era una bomba de tiempo que podía estallar en cualquier momento, bajo cualquier

circunstancia.

Leof lo observaba con la mirada del niño que contempla un fenómeno gracioso, aunque un tanto peligroso. Estaba por decir algo, pero de la entrada de la casa había salido una mujer menuda y encorvada con el cabello gris y largo que le caía por el rostro ocultándole un ojo. Llevaba un camisón del mismo color de su cabello y por lo que Betlic pudo notar, caminaba descalza. La mujer se puso al lado de su marido para observar el interior de la carreta.

— Qué lindo, mi vida – dijo ella, sonriendo y pestañando lentamente, como si los párpados le pesaran – Nunca habíamos tenido enanos. Para enterrar. Enanos para enterrar.

— Claro Yinda— afirmó Vulture—, nos divertiremos, ¿no es cierto?

— Mucho, cielo. Cuánta barba que tienen, nunca había visto a uno de cerca.

— Bueno – dijo Leof moviendo las manos en círculos para indicar la prisa—, saquemos estas linduras de una vez.

— Espera a que se vaya Yinda –masculló Vulture—. Ve a la casa, querida, luego nos divertiremos con ellos.

— Sí, sí – decía Yinda embelesada con la imagen de los enanos—, después nos divertiremos.

Vulture giró el escuálido cuerpo de la mujer con sus manos para que apuntara a la casa y le dio una palmada en el trasero. La mujer se alejó caminando con la misma parsimonia con la que había venido. Cuando la puerta de la casa se cerró detrás de ella, Vulture hizo a un lado un poco de la basura que cubría a los enanos y asió al primero por los brazos.

— Alguno de los dos – ordenó el campesino—, de las piernas, vamos.

Habían trasladados los cuerpos al granero, apilándolos en el fondo, sobre un montículo de heno. Leof y Vulture los habían revisado en busca de monedas y elementos de valor. Se hicieron con algunos anillos, cadenas con piedras preciosas, aros que contenían pequeños fragmentos de diamante y rubí y veinte monedas de plata en total, en excelentes condiciones. Un buen botín. Un excelente botín. Vulture había mudado por completo el semblante que le había quedado desde que Leof le había pedido que se midiese con las palabras. Ahora estaba radiante. Tanto, que incluso se puso a saltar en una pata y les daba palmadas en la espalda a los otros dos.

— ¡Me alegraron el día muchachos! Otro botín como este y considérenme retirado del puto campo.

— Creo que lo mejor será que repartiésemos todo en partes iguales – opinó Leof, examinando si no se había olvidado nada en los cuerpos.

La sangre se había secado en los cuerpos de los enanos y solo uno de ellos miraba a los tres hombres, con los ojos opacos y ausentes.

— Ejem... – expresó Vulture—, creo que eso tendría que decidirlo yo. Digo, tengo que hacer la parte más difícil.

Leof y Betlic intercambiaron miradas. Lo que pasó por la cabeza de ambos tuvo el mismo significado. “Maldito campesino, hijo de puta”.

Luego de unos segundos, Leof iba a hablar, cuando Betlic lo interrumpió.

— ¿Por qué no vamos adentro, caballeros? – preguntó el ladrón— Lo podemos discutir con un buen vaso de vino.

Al principio Vulture miró a Leof, como buscando alguna aprobación del cantinero que respaldara la propuesta de Betlic. El cantinero se encogió de hombros, alzó los brazos y dejó caer las manos sobre las piernas.

— ¿Todavía tienes esa botella, Vulture?— preguntó el cantinero— ¿Recuerdas?

— ¿Qué si la tengo? – dijo el campesino— Solo para ocasiones especiales. Vamos adentro. Se está más caliente. El fresco de la mañana me pone de mal humor.

Cubrieron los cadáveres con heno, “por cualquier eventualidad”, dijo Betlic y se dirigieron hacia la casa. Iban en fila india. En primer lugar Vulture, con un andar bamboleante pero enérgico, seguido por Leof que interrogaba a Merton con la mirada. Le parecía algo extraña la sugerencia del comerciante. Sabía que nadie sería capaz de hacer cambiar de opinión a Vulture. El granuja era un avaro por naturaleza, y si pudiera cambiar a su mujer por una vaca que ni siquiera estuviese en perfectas condiciones, lo haría sin pensarlo dos veces. Pero eso Betlic no lo sabía. Nunca había visto a Vulture ni oído de él. ¿Querría solo beber? ¿Qué esperaba conseguir? Pero lo único que Leof obtuvo del comerciante fue un ademán que le indicaba que siguiera avanzando.

Adentro, una sola vela, dispuesta en el centro de una mesa, iluminaba la estancia. Vulture no tardó en encender otras y pronto la sala principal de la modesta casa quedó iluminada.

— Tomen asiento, muchachos – dijo Vulture señalando unas sillas alrededor de una mesa redonda, donde la primera vela que habían visto al entrar, se consumía y se inclinaba cada vez más hacia la izquierda,

sugiriendo la figura de un jorobado.

Cuando los tres estuvieron sentados, Leof miró a Betlic, instándolo con un gesto a que fuese él quien comenzase, después de todo, había sido su idea. Pero el ladrón había estirado sus piernas y miraba a Vulture con un aire de complacencia.

— Bueno –comenzó Vulture—. Creo que hay que tener en cuenta un par de cositas— mirando a Leof—, Leof, nos conocemos hace tiempo y tú sabes que siempre has podido confiar en mí. Y ambos estamos de acuerdo que con este tipo de relación comercial que los dos llevamos a cabo hay que tener mucho cuidado. Estamos hablando de desaparecer cadáveres, aquí. Si cualquiera lo supiera mi trasero y el tuyo se estarían quemando en la plaza, a la vista de todos los apestosos de esta ciudad. Está bien, tú pagas por mi trabajo, pero... ¡Vamos! –exclamó, extendiendo las palmas de la mano hacia el frente— No somos ingenuos. Sabemos que la parte difícil la tengo yo.

— ¿Por qué sales ahora con esto, Vulture? Aceptaste las condiciones del trato desde el comienzo.

— Sí, sí, claro –admitió Vulture, con tono agudo y una duda infiltrada en su voz—. Sin embargo, uno es de buen corazón – y se llevó la mano al pecho— y espera que algún día, el buen juicio de las personas les hagan brindar al otro lo que se merece. Pero a ese buen juicio a veces hay que darle un empujoncito.

Betlic observaba que el semblante de Leof se había oscurecido. El cantinero era una llamarada de ira pero trataba de no demostrarlo. Vulture sonreía, muy a gusto de lo que decía. Betlic se había cruzado de brazos y se dedicaba a ser un espectador de los otros dos.

— Mira, gordo. Creo que no nos entendemos. Si tú has interpretado nuestro negocio como se te ha dado la gana, no es mi problema. La cosa es simple, yo traigo los cuerpos, tú recibes un pago por tus servicios. Un muy generoso pago. Y lo que cargue el cadáver nos lo repartimos en partes iguales. Sea justo o no, nadie lo puede saber. Pero no importa. Tú y yo estuvimos de acuerdo con que así iba a ser.

Vulture permaneció un rato en silencio. Sus dedos tamborileaban en la superficie de la mesa. El campesino fruncía la boca y rumiaba alguna idea que se le pasaba por la cabeza.

— Traeré el vino – dijo Vulture, saliendo repentinamente de sus reflexiones.

Leof y Betlic vieron cómo el camarero caminaba unos tres metros hasta unos estantes donde descansaban unas enormes jarras de vidrio. Vulture tomó una, asió tres cuernos de buey y regresó a su lugar. Repartió los cuernos y sirvió la bebida.

— Nada como resolver un pequeño conflicto con la mejor cerveza de Rodam — dijo Vulture, mostrando entusiasmo—, que digo de Rodam, de todo el puto Gimm.

— Volvamos a lo nuestro –dijo Leof, con la severidad de alguien que no estaba para perder el tiempo—, no quiero beber— apoyó el vaso de cuerno en la mesa.

En cambio, Vulture, sí que quería beber. De un solo trago, vació el cuerno. Se limpió la cerveza de sus labios con la manga y miró a Leof con una mirada de soslayo.

— No estás siendo un buen invitado, a—mi—go.

— Y tú eres un pedazo de mierda como anfitrión – dijo Leof enfatizando la palabra mierda.

El gordo río. Luego de unos segundos le siguió Leof y finalmente Betlic, que había escupido la cerveza al soltar la carcajada.

— Entonces, si soy una mierda, con más razón decidiré cuánto es mi precio, ¿sabes por qué? Porque te tengo agarrado por las pelotas. Mi sobrino trabaja como ayudante de cocina en el palacio del rey y se ha ganado una gran reputación por sus tortas.

— ¿De qué mierda estás hablando? – preguntó Leof

— La reputación lo ha codeado con algunas personas de influencia, cercanas a su majestad.

La impaciencia de Leof había crecido. Todo su cuerpo estaba en tensión y se había inclinado un poco hacia Vulture.

— ¿Por qué no me dices de una puta vez eso a lo que le das tantas vueltas?

— Si quiero, estúpido, puedo gritar a los cuatro vientos quién me ha estado trayendo cadáveres por los últimos diez años y tu vida valdría menos que ahora. En cuanto a mí, estoy seguro que mi sobrino me libraría de todos los cargos.

Leof asintió con la cabeza y en seguida tomó el cuerno lleno de cerveza y lo arrojó al otro lado de la casa. El cuerno fue a estrellarse contra una puerta cerrada que daba a la única habitación de la vivienda. Luego, Vulture y el cantinero se pusieron de pie. Sus ojos se cruzaron y los puños de Vulture se cerraron.

— Vas a pagar por esa cerveza, hijo de puta.

— ¡Vulty! – gritó Yinda desde la otra habitación con una voz cargada de miedo— ¿Qué fue ese ruido? Tengo miedo, necesito que vengas.

Vulture emitió una serie de gruñidos y se alejó unos pasos de la mesa en dirección a la otra habitación.

— Maldita sea, tengo que ocuparme de ella. Pero esto no ha terminado. Espérenme aquí.

Vulture entró en la habitación y cerró la puerta.

— Ese gordo tramposo, ignorante – dijo Leof pasándose la mano por la barbilla—. Eso es todo. Voy a romper esta sociedad.

— ¿Escuchas eso? – preguntó Betlic.

— ¿Qué cosa?

Betlic tenía los ojos apuntando hacia arriba. Estaba paralizado, y así estuvo por unos segundos.

— Hay alguien más aquí. –aseguró Betlic.

El ladrón empezó a pasearse por la casa, con mucho cuidado, sin hacer el menor ruido, siempre atento. Hasta que llegó a un rincón, donde el piso de madera sonó hueco. Allí se detuvo. Bajó la mirada y se puso de cuclillas.

— ¿Qué diablos estás haciendo, Merton?–inquirió Leof, desconcertado por lo que hacía el comerciante. Él no podía oír ni una maldita cosa.

Betlic pasaba la mano por el suelo de madera, acariciándola. Dio una vuelta de ciento ochenta grados hasta que su mano se detuvo. Con una uña levantó lo que a Leof le pareció una pequeña argolla metálica. Betlic se apartó un paso y poco a poco fue levantando una parte del suelo que formaba un cuadrado de menos de un metro de área. Leof controló que Vulture no saliera de la habitación. Fue hasta la puerta y pegó el oído al dormitorio del señor y la señora Vulture. Oyó cómo Yinda sollozaba y Vulture intentaba calmarla con unas patéticas frases sentimentales que transmitidas por el campesino, provocaban un malestar en quien las oyera.

Betlic tomó una vela y alumbró la oscuridad que había dentro del agujero que se había formado en aquel lugar.

A unos cuantos centímetros de profundidad, Betlic vio una forma que se removía, envuelta en una manta blanca. Había unas manchas rojizas y marrones que se destacaban a medida que Betlic movía la vela.

— Que hijo de puta— dijo Betlic cuando la vela alumbró un rostro.

Era el rostro de un hombre, su boca estaba amordazada, sus ojos estaban hundidos en las cuencas y estaba totalmente lampiño. Ni barba, ni cejas, ni pestañas. Tampoco brazos, ni piernas. Cuando la luz cayó sobre él, sus párpados se entrecerraron y movió su cabeza de un lado a otro, intentando escapar de la claridad.

— ¿Qué encontraste? – susurró Leof, cerca de la puerta de la habitación.

— Creo que debes ver esto – dijo Betlic

— Maldita sea.

Con renuencia, Leof caminó hasta el agujero y echó una mirada. No le asombró tanto ver a alguien allá abajo en esas condiciones como de saber de quién se trataba.

— Es Harn, el timador, lo reconozco. Dioses, pensé que ya estaría dos metros bajo tierra o hecho cenizas. ¿Qué le ha hecho esta basura?

— Parece que tu amigo Vulture tiene unos gustos particulares.

— Ya hace diez meses que se lo traje. Una vez se metió en problemas con cierta gente y quiso asaltar mi taberna. Lo había dado por muerto, por eso lo traje aquí. Lo apuñalé tres veces.

— Y luego resucitó a una vida mejor.

La puerta del dormitorio de Vulture se abrió. El único que giró sobre sus talones para ponerse de frente al campesino, fue Leof. Betlic seguía mirando en el agujero. Metió la cabeza dentro de la trampilla y ayudándose con la luz de la vela descubrió que Harn no era el único que se hospedaba en tan envidiables condiciones. Otros “fardos” más estaban distribuidos por el precario sótano que Vulture había construido para guardar a sus inquilinos.

— ¿Qué están haciendo, bastardos? – se escandalizó Vulture mientras se abalanzaba corriendo hacia Betlic y Leof.

Pero el cantinero le cerró el paso con su cuerpo. El campesino quiso empujarlo con el peso de su obesidad pero Leof frenó la embestida y le lanzó un puñetazo en el rostro. Vulture se desplomó como una bolsa de papas hacia

atrás, gimiendo y escupiendo insultos.

— Me vas a decir qué te has propuesto con todo esto, gordo. ¿Sabes lo que has hecho, verdad?

— ¡Cállate, maldito idiota! Tú no me vas a venir a sermonear a mi casa. Aquí hago lo que quiero. Si tu hermana estuviese aquí y yo me la quisiera violar, lo haría en tus narices, perro.

Vulture se arrastraba hacia atrás mientras Leof se acercaba a pasos cortos. Cuando el cantinero alcanzó a Vulture, le puso un pie en el estómago y apretó con fuerza.

— ¡Aaaaayyy! Saca tu pezuña, idiota. ¡Sácala!

Los gritos de Vulture podrían haber despertado a todo el vecindario si estuvieran en el poblado. De igual manera al cantinero no le pareció prudente seguir haciendo chillar al gordo.

— Te preguntaré de nuevo – dijo Leof disminuyendo la presión sobre el estómago de Vulture—¿Sabes lo que has hecho, verdad?

— Siiiiiii, ¡ME LOS ESTOY COMIENDO! ¡ME LOS ESTOY COMIENDOooooooooo!

Leof dio una patada al rostro de Vulture, quien dejó de gritar para tomar una siesta.

— Me has condenado contigo, rata— dijo Leof, resollando—. Ahora sí que estoy jodido.

Betlic abrió la puerta de entrada de la casa y examinó el exterior. Todavía, los rayos del crepúsculo no daban señales de vida. El perro viejo se acercó hasta él y empujaba la puerta con su hocico para entrar. En la distancia no se veía un alma. El aire se había enfriado aún más y al norte, los muros de la ciudad, formaban una barrera oscura contra el cielo estrellado. Betlic cerró la puerta y miró a Leof, que tenía el rostro macilento y abatido.

—Tenemos que actuar rápido – dijo Betlic, con un tono resuelto, frotándose la barba—. Tienes que escucharme ahora, Leof.

V

— No te hará daño – dijo la dríada, señalándole a Pearce un animal con la forma de un caballo pero muy extraño.

Las piernas del animal eran cuatro enredaderas que terminaban cada una en la base de un delgado tronco. Todo su cuerpo estaba compuesto por largas y gruesas hojas que tenían la consistencia de un cuero curtido. En su cabeza, lo único idéntico a un caballo normal que mostraba eran los dientes y las encías que le enseñaba a Pearce mientras éste se acercaba. Sus ojos eran dos brotes de una flor violeta, sus orejas eran unas ramitas de color negro, entrelazadas.

— ¿Qué es esta criatura? – dijo Pearce al acercarse a ella y extender una mano para tocarla.

— Es un Rootfast, — dijo la dríada—, una montura que solo quien es hijo del bosque puede montar. Por cierto, mi nombre es Blinda.

— Y ¿qué haremos con esa montura? – preguntó Pearce, sin prestar atención al ritual de presentación.

— Iremos al Valle de los guerreros, al norte de aquí. Tengo que hablar con Satell.

— ¿Para qué? ¿Por qué tengo que ir contigo?

— Creí que eso ya estaba claro— dijo Blinda—. Eres un tipo buscado y me gustaría saber quién te busca. Es mi trabajo. Si la suma lo amerita, te llevaré a la persona que ha puesto precio a tu cabeza.

— Está bien – dijo Pearce mientras movía la cabeza—, escucha Blinda. No soy una persona buscada. Te he mentido porque soy un gran mentiroso. Lo sé, verme escondido de un ave rastreadora en el camino que cruza el bosque no es nada inocente. Pero solo me escondí porque el sonido que hacía esa cosa me asustó. ¿Qué quieres que haga? Es de noche, estoy en un bosque tenebroso, esa cosa venía hacia mi y tú apareciste como un fantasma, una dríada a la que se le da bien el manejo de armas de proyectil. Te dije que soy un ladrón para hacerte creer que puedo ser un tipo peligroso y me dejaras en paz.

Blinda rió y hasta se dobló por la gracia que le causó lo que Pearce decía.

— ¿Tú? ¿Alguien peligroso?— preguntó Blinda, con tono sardónico— Me resulta difícil creer eso. Sé detectar la mentira, como te dije. Ah, se

me olvidaba. Antes de subir al Rootfast, déjame registrarte.

Pearce retrocedió un paso, extendiendo las palmas de las manos. Por su mente pasaban algunos hechizos que le podrían servir en ese momento. Pero tendría que ejecutar la parte verbal con exactitud y para eso era indispensable el tiempo. La dríada se daría cuenta en el acto lo que él intentara hacer y saltaría para darle una buena tunda. Había visto lo rápida y sagaz que era.

— Quédate quieto y déjame ver que llevas. Si lo quieres, puedo hacerlo por la vía difícil pero no te lo recomiendo.

Pearce dejó que sacara todo el equipaje de mago que cargaba en los bolsillos. Por cada objeto que Blinda sustraía, sus esperanzas de escapar disminuían.

— Vaya, vaya – dijo Blinda cuando terminó de vaciar los bolsillos de la túnica del mago—, para ser un ladrón, tienes gustos muy particulares.

— Ten cuidado con todo eso— advirtió Pearce—, algunos pueden ser muy peligrosos en manos torpes.

Blinda se acercó a Pearce hasta quedar pegada a él.

—¿Torpe?— manifestó Blinda con tono irónico— Mírame a los ojos.

— ¿Para qué? – preguntó el hechicero

—Hazlo, o ¿tengo que obligarte a hacerlo?

Pearce fijó sus ojos en ella. La dríada unió su nariz con la del hechicero y Pearce pudo sentir el embriagador aroma del rocío bañando un jardín exuberante en una mañana fresca. Era la fuerza arrolladora del verano que empuja al cuerpo a realizar las más osadas hazañas, era el gélido abrazo del invierno, recibido frente a las llamas de una hoguera. Era la calma del otoño y su sabiduría escondida. Pearce sintió todo eso y se sumió en un estado de contemplación, como si de pronto la naturaleza misma revelara todos sus secretos.

— ¿Te parece que puedo ser torpe?— susurró la dríada, y su aliento a moras y fresas encendió en Pearce un hambre sumisa.

— ¿Qué pasa, te comió la lengua el ratón?

Pearce no podía hablar, porque si lo hacía sabía que su voz sonaría como la de un hombre que apenas pudiera recordar su nombre. Blinda se alejó y caminó hasta el rootfast. El animal dio unas coces cuando su dueño lo acarició.

— Ponte de pie y siéntate detrás de mí— dijo Blinda subiéndose a su

montura— Cabalgaremos por el bosque. A Thure le gusta mucho la noche.

Pearce se levantó como un perro ciego y caminó hacia el rootfast como si siguiera la voz de su amo. Su mente le gritaba desde muy lejos palabras que se escuchaban como el sonido distante de tambores. Una voz que había quedado tapada por la fragancia intensa de flores salvajes, se preguntaba: “¿Qué está pasando?”

Pearce se aferró al pelo del caballo como pudo, mientras todo su cuerpo parecía estar escurriéndose de su control. ¿Qué veneno le había lanzado ese maldito ser?

— ¿Te das cuenta, porque ni siquiera necesito maniatar a los que llevo? — preguntó Blinda, sin esperar respuesta de Pierce que parecía tener la mirada perdida en los confines de la noche— Mis instrumentos son de otra especie.

El rootfast se movía como un relámpago en la oscuridad del bosque. Pearce, solo veía sombras y destellos a su alrededor. No supo cuánto tiempo estuvo subido a ese animal. El ruido que hacía Thure al correr era el mismo que producían las hojas en las copas de los árboles frente a un viento moderadamente fuerte. Su cuerpo permanecía quieto, haciendo solo los movimientos ordenados por su menguada voluntad. Se sentía como si el aire lo condujese sin encontrar ningún obstáculo. Nunca había encontrado semejante comodidad sobre un caballo normal.

La noche estaba cediendo paso a la luz del crepúsculo, cuando Pearce despertó de su sueño, aunque no creía que hubiese estado durmiendo, y se halló acostado a orillas de un riachuelo, cuyas aguas saltaban entre guijarros y ramas que yacían en el fondo. Se sentía descansado, pero también tenía la sensación de haberse perdido de los eventos de la noche pasada. Intentaba forzar su mente para traer los recuerdos, pero cuando alcanzaba a vislumbrar la silueta de algo significativo, enseguida se desvanecía en la nada. Pearce se sentó y buscó a Blinda con la mirada. La dríada no se hallaba en ninguna parte, ni tampoco el rootfast. El “metal”, tenía que encontrarlo. Revisó sus bolsillos pero Blinda también le había sacado el pergamino de “Búsqueda menor”. Sin embargo, tenía que escapar mientras pudiese. Se puso de pie. Tenía sus piernas débiles, surcadas por el molesto cosquilleo del adormecimiento. Pero, ¿hacia dónde correr? No conocía ese lugar. Si atravesaba el arroyuelo y se internaba en el bosque que había delante, podría encontrarse con alguna bestia o se podía perder hasta morir de hambre. No contaba con ninguna poción,

pergamino ni objeto que le pudiera haber servido de utilidad en su viaje. Se sabía de memoria algunos hechizos, pero en el tiempo que le tomaría activar uno, podría volver Blinda. En cualquier dirección que mirase, Pearce siempre veía lo mismo. Bosque. Podía seguir el curso del arroyuelo hasta encontrar su desembocadura. Por sus conocimientos de la geografía de Gimm, ese arroyuelo podía terminar en el río espumoso, que corría a veinte kilómetros aproximadamente de Brandian, una pequeña aldea ubicada unos trescientos kilómetros al noreste de Rodam. Pero también podía terminar en el río tumor, en cuyas costas habitaban los no—muertos que se harían un festín con su carne. Si Pearce no sabía que resolución tomar, la repentina aparición de Blinda sobre el rooffast, lo sacó de su atolladero. Debía quedarse.

— Ah, ya estás despierto – dijo Blinda, al descender de Thure—. Creía que te encontraría disfrutando de tu siesta.

— ¿Dónde estamos? – preguntó Pearce

— En un claro, por supuesto. A unas cuántas horas del Valle de los guerreros. Pronto llegaremos.

Blinda arrojó a los pies de Pearce, un par de manzanas y unas fresas. Las frutas se veían muy maduras y jugosas. Pearce se relamió los labios. Se daba cuenta de que estaba hambriento.

— Mira – habló Pearce—, si vamos a hacer esto, puedes devolverme lo que me quitaste. Son mis cosas y te habrás dado cuenta de que no puedo hacerte daño con ellas. Solo las quiero conservar porque significan mucho para mí.

— ¿Para qué las quieres, si no te servirán de nada cuando te las entregue?

— No importa eso – manifestó Pearce—, quiero tenerlas cerca. Es algo sentimental.

— Puedo creerte eso – contestó Blinda y por un momento, el hechicero creyó que accedería a su ruego—. Pero también puedo creer que prepararás algún veneno con esas pócimas y lo utilizarás en contra de mí.

— Puedes apostar lo que sea a que no haré nada de eso— juró Pearce, elevando una mano en señal de que estaba diciendo la pura verdad.

— O – continuó Blinda—, puedes hacer explotar una de esas botellitas cerca de mí y volarme en pedazos.

— Está bien, está bien – indicó Pearce— no me des las pócimas, pero solo te pido un favor. Dame mis pergaminos. Son mensajes cifrados de viejos amigos que he perdido en mis aventuras. Por favor, es lo único que

me queda de ellos.

Blinda buscó en una bolsa que había colgada en los flancos de Thure y sacó dos pergaminos. Los únicos que Pearce cargaba con él. Uno era el conjuro de “Búsqueda menor” y el otro “El viaje de Archibald”, un conjuro de teleportación que él nunca había tenido la oportunidad de activar. En la torre de hechiceros, era un estudiante con un buen potencial en lo que se refería a magia de conjuración y del tiempo, sin embargo, la complejidad de “El viaje de Archibald”, merecía toda la habilidad de un maestro o de un estudiante prodigio. Y él no era ninguna de las dos cosas. Era un conjuro relativamente nuevo que los hechiceros estaban perfeccionando cada vez más. Quien lo activara, podría viajar unos cientos de kilómetros a la redonda, sin necesidad de mover un paso. Era impresionante. Se decía que algunos magos estaban trabajando en su propia versión de la teletransportación, a través de portales, pero hasta ahora eran solo rumores. Lo único que Pearce había podido hacer con ese conjuro, al igual que con el otro, fue protegerlos contra la incidencia mágica de otros.

— ¿Por qué clase de estúpida me tomas?— preguntó Blinda, haciendo saltar los pergaminos en su mano— Dijiste que eras un ladrón, pero aunque pasaste mi prueba de la verdad, mi olfato se quedó con la duda. Detrás de toda esa actuación que armaste, estaba el tufillo del fraude. Y cuando le eché un vistazo a tus adorables tesoros con valor sentimental, entendí la presencia de aquel tufillo. Eres un maldito hechicero.

La dríada no era tonta. Ahora sabía qué cosa era él. Así que guardaría sus herramientas con celo, si entendía lo qué eran capaces de provocar en manos de un hechicero. Afortunadamente para él, Blinda, no conocía su identidad. Era lo único que tenía a su favor. No parecía la gran cosa, pero ahora tenía que pensar. La única arma de la que disponía era su inteligencia, tenía que explotarla si quería deshacerse de es demonio e ir tras la búsqueda de su “metal”. Pearce no entendía por qué la idea de no ver más a Blinda lo invadía con cierta tristeza, que no necesitaba en esos momentos. La cazarecompensas era buena. Pero todas las criaturas tenían su debilidad. Eso era una de las pocas enseñanzas que guardaba de sus clases de bestiario.

Pearce comió las manzanas y las fresas con voracidad. Tenía que hacerse con toda la energía posible. La magia requería que el ejecutor estuviese lúcido y con buena salud. Cuando se manipulaban las energías del universo, no se podía evitar perder un poco la de uno. Un hechicero experto podría evitar gastar una gota de su propia energía realizando los conjuros. Pearce siempre

necesitaba una media hora o más de descanso cuando lanzaba algún conjuro. Y si el conjuro era más complejo y nunca lo había ejecutado, entonces el deterioro en la reserva de energía era mucho mayor. Un conjuro como el “viaje de Archibald”, suponía un enorme esfuerzo por su parte. Había muchas posibilidades de fallo, y en ese caso, el pergamino quedaba inutilizado y solo se convertía en un trozo de papel con el cual limpiarse el culo si el hechizo no tenía ningún efecto. También cabía la posibilidad de que el conjuro se activase por actuar de una manera equivocada. Esa posibilidad era la peor. El hechicero podría quedar muy malherido o inclusive morir. Los eruditos en magia lo consideraban como una explosión de energía, donde la magia, al ser usada de manera indebida, se volvía en contra de su usuario y lo dañaba de alguna manera. Como si el universo se desquitara por la impericia del mago.

Pero Pearce poco se preocupaba de los efectos del hechizo en esos momentos. Estaba ideando cómo quitarle el pergamino a Blinda. Había demorado la partida diciéndole que no se encontraba bien y hasta se auto provocó el vomito para convencer a la dríada. A la mierda las frutas. Blinda le dio algunas bayas que cargaba consigo, asegurándole que el dolor de estómago desaparecería en un parpadeo pero consintió en que Pearce descansara un poco más. Pearce se sentó a la orilla del arroyo y puso a trabajar a su mente. No podía meditar, eso le llevaría mucho tiempo. No disponía de ningún pergamino para lanzar un hechizo. Ni siquiera se había llevado una poción de invisibilidad consigo. Esas, el boticario de la torre las guardaba en un lugar especial al que solo él podía acceder. Pasaron algunos pocos segundos que para la mente de Pearce fueron meses. Había estado revisando el inventario de los pocos conjuros que se había memorizado, y no había ninguno que no le exigiera una parte verbal con buena entonación y ritmo. De repente cesó en sus intentos por encontrar una salida y su atención se esparció en la contemplación del paisaje que tenía a su alrededor. El bosque era un lugar enorme y misterioso, que guardaba a las más extrañas criaturas de Gimm. Se podrían encontrar cavernas, que servían de nido a goblins, trasgos, orcos e inclusive a algunos ogros. Estos últimos preferían siempre aldeas o castillos abandonados, pero la expansión del hombre siempre los ahuyentaba de sus lugares. Cada vez era menos raro, decían los libros, encontrar algunos ogros en las profundidades de un bosque o en túneles subterráneos, llevando una vida solitaria y muy precaria. Los elfos voladores abundaban entre los árboles más ancianos y grandes de los bosques. Según los expertos, se creía que ellos eran los encargados de cuidar de la desaparición de la vegetación y

los animales que caían víctimas por las correrías de los depredadores más rapaces o la caza del hombre. Tuviesen razón o no, el bosque era un lugar misterioso, que guardaba maravillas aún no reveladas. Y por esa razón, el bosque poseía una gran concentración de energía que podía ser la delicia de todo hechicero. Pero había un problema. Un mago estaría muy desprotegido en un lugar en donde existían toda clase de criaturas mágicas. Y no solo ese tipo de seres harían peligrar su vida. Había comunidades de fanáticos que odiaban a los hechiceros y a los magos, acusándolos de todos los males del mundo. Ellos creían que los hechiceros ofendían a los dioses por querer parecerse a ellos haciendo maravillas. Los consideraban una aberración, algo antinatural que traía todas las calamidades como enfermedades, inundaciones, terremotos, plagas, embarazos fallidos, y todos esos fenómenos que desencadenaban muerte y destrucción. Si tan solo tuviese una mínima oportunidad.

Pearce contemplaba ahora, cómo la corriente del arroyo hacía ese murmullo que invitaba al sueño, a la paz. El agua cristalina revelaba un fondo sembrado de pequeñas piedras de colores que brillaban con los primeros rayos de esa mañana. Agua. Era un elemento básico en el uso de la magia. Los conjuros que requerían el agua para poder activarse eran muy numerosos. Y no era menor el número de los que se usaban para causar grandes estragos. A decir verdad, dentro de su escaso repertorio de conjuros memorizados, Pearce tenía uno que...

El crujido de un enorme tablón de madera que se astilló lo hizo saltar y girar su cuerpo. Un enorme árbol había caído al suelo haciendo temblar la tierra. Lo que lo había derrumbado era un brazo que tenía casi el mismo grosor que el tronco del árbol. Una enorme criatura apareció bramando desde una boca que mostraba la dentadura más grande y dispareja que Pearce había visto nunca. La cabeza de la cosa era un tocón de piedra con pequeños ojos y nariz ancha y aplastada. Pearce lo reconoció por una imagen en los bestiarios de la biblioteca.

— ¡Un ogro!— gritó Blinda que estaba junto a Thure, acariciándolo y dándole de comer.

Pearce no supo que hacer y permaneció paralizado. El ogro lo miró y se lanzó corriendo hacia él desde una distancia de treinta metros.

— ¡Corre y escóndete!— le ordenó Blinda a Pearce.

La dríada sacó rápidamente su cerbatana y arrojó un dardo al ogro que se clavó justo en su mejilla. La bestia se quitó el dardo con un gruñido estentóreo

y sacudió la cabeza. Enseguida cambió la dirección hacia donde estaba Blinda. El ogro levantó su brazo y lo dejó caer sobre la dríada pero la rapidez de ésta la salvó. Con un salto hacia la derecha hizo que el ogro estrellara su mano contra el suelo en el último segundo. Blinda aprovechó la oportunidad para lanzar otro dardo que dio en la nuca del ogro. La bestia llevó la cabeza hacia arriba y golpeó con furia el suelo con su otra mano. Pearce no se había dado cuenta que estaba parado sobre el agua. El miedo lo hizo retroceder cuando su razón había quedado nublada por la presencia de aquel monstruo. Miró hacia atrás y pensó en huir pero al ver que el ogro se había entretenido con Blinda, decidió que debía hacer algo mejor. Primero tranquilizarse. Segundo, mojarse las manos. El conjuro que estaba a punto de activar requería esto último.

Las venas del cuello del ogro estaban tensas y palpitantes, señal de que no iba a parar hasta aniquilar a Blinda. Irguió toda la mole de su cuerpo y dio vueltas en su sitio mirando al suelo. Blinda estaba alerta observando cada uno de sus movimientos. Thure se encabritó y empezó a correr alrededor del ogro, tan rápido como el viento. Al principio los ojos del ogro giraban siguiendo al animal, pero después sacudió la cabeza como despertando de una hipnosis y enterró las manos en la tierra delante de él. Blinda abrió muy grandes los ojos cuando vio a la bestia extraer un buen pedazo de tierra que tenía la forma de un triángulo, lleno de piedras, césped y raíces. Además pudo ver cómo algunas lombrices y gusanos caían mientras el ogro elevaba el trozo de suelo por encima de su cabeza. La fuerza de la criatura era superior a lo que Blinda había esperado. El ogro fue cerrando sus manos para apisonar su carga y sobre él caía una lluvia de piedras y tierra. Después de amasar bien el tocón, la tierra había quedado reducida a una bola de masa compacta y negra que el ogro se preparó para lanzar sobre Blinda. Con un grito que desgarraba los tímpanos, el ogro expulsó su proyectil contra la dríada.

— Es más estúpido de lo que pensé – se dijo Blinda cuando se enteró de lo que preparaba la bestia.

— Anith Tre cre tia, Anith tre blen pra– repetía Pearce, pero solo alcanzaba a elevar unos chorros de agua hasta su cintura antes de que el arroyo se los llevara.

El verbal del conjuro tenía que ver con la pausa que había entre el Tre cre tia, que significaba en idioma común algo así como “me atraviesa”. Anith era

agua. Y la segunda parte, decía “el agua me lleva”. Pero lo difícil era la primera parte. Pearce seguía intentando corregir el ritmo y la fluctuación en el tono para activar el conjuro pero la situación con el ogro le obligaba a actuar de prisa. Tenía que concentrarse más. Aspiró profundamente el aire llevándolo al diafragma. En su mente debían existir solo las palabras del conjuro. El “jinete del río” era un conjuro de nivel intermedio. Pearce lo había practicado varias veces en la torre, pero le había atinado a uno de cada tres intentos.

— Anith Tre cre tia, Anith tre blen pra – pronunció. Esta vez, las angostas columnas de agua le llegaron a la altura de la cabeza, pero se volvieron a desplomar en la corriente.

Pearce dio otra bocanada de aire y alcanzó otro nivel de concentración. El sonido de afuera dejó de existir. Los eruditos magos consideraban el sonido como parte integrante de la creación, y aseguraban que la música era una especie de magia pura y que lo que hacía el mago era unir la música con otros elementos para producir el efecto de los conjuros.

— Anith Tre cre tia, Anith tre blen pra – dijo Pearce y esta vez el resultado fue distinto.

Blinda estaba segura de que esquivaría la bola de tierra endurecida. Le costaría menos que haber esquivado el puño del ogro. Por lo tanto permaneció en posición tensa, esperando que la bestia se lo lanzara. Cuando lo hizo, Blinda se hizo a un lado mientras el proyectil estaba a la mitad de su curso y preparó su cerbatana para lanzar el tercer dardo. En un ogro, las dosis debían ser mayores que las utilizadas en un hombre común. El veneno debería estar actuando, pero el pequeño cerebro del ogro no se daba cuenta. Antes de soplar en la cerbatana, Blinda comprendió en una ráfaga que atravesó su pensamiento, que algo no andaba bien. La bola de tierra cayó sobre un punto muy cercano a donde estaba la dríada, pero no fue por mala puntería del ogro. Cuando Blinda vio que Thure había recibido todo el impacto del proyectil, estuvo a punto de tragarse el dardo.

El animal no emitió ningún sonido al caer. Su velocidad no lo había salvado del golpe. La gran bola había enterrado su cabeza y la mitad de su cuerpo en el suelo. Solo se podía ver sus cuartos traseros.

Las columnas de agua dejaron a Pearce encerrado en una prisión acuática. Luego, los barrotes se cerraron sobre el hechicero y finalmente se deshicieron en el arroyo. Pearce había desaparecido. El hechicero ahora viajaba convertido en partículas de agua, oyendo el lenguaje de la corriente,

complaciéndose en su movimiento liviano y sintiendo el mundo a través de su nueva piel cristalina.

VI

Betlic estaba sacando el último cuerpo cuando oyó el canto del gallo que anunciaba la hora en que el granjero debía levantarse para dar inicio a su jornada de duro trabajo.

— Creo que este es el último – anunció Betlic—. Ya suman siete desgraciados mutilados.

— Que bueno que terminamos— dijo Leof, secándose el sudor de los ojos—, ya estaba preguntándome cuántos más podrían yacer allí abajo.

— ¿Los conoces? – preguntó Leof

— A cuatro de ellos sí, los otros tres creo que jamás los he visto, pero no puedo asegurarlo.

A todos les faltaban los brazos y piernas como al primer individuo que descubrieron, pero además los habían privados de otras partes. Había un sujeto que carecía de orejas y ojos. Su boca se abría para sacar la lengua como un animal que siente el contacto del mundo a través de ella. Otro tenía la mitad del cuerpo desollada pero su semblante era la máscara de la insensibilidad, miraba de perfil un punto en el vacío y de no ser por su respiración, cualquiera juraría que estaría muerto. Otro lloraba lágrimas inexistentes mientras movía un pequeño muñón, que era la única extremidad que le quedaba. A este le habían arrancado las mejillas y a través de los agujeros que le dejaron se podía apreciar la dentadura y la saliva que se escurría hacia afuera. Leof sintió náuseas al ver a un anciano mostrar una eterna sonrisa porque lo habían privado de sus labios y Pearce contemplaba un niño sin párpados que los observaba con una expresión de asombro mudo. El séptimo había expirado cuando lo sacaron del pozo. Era una mujer de unos cincuenta años que tosía sangre y la mitad de su rostro estaba quemada. Antes de morir, les dedicó a Pearce y a Leof una sonrisa cargada de sufrimiento y placer al mismo tiempo.

— Este amigo tuyo es todo un caso – dijo Betlic, limpiándose las manos en los pantalones.

Todos los mutilados estaban impregnados con el olor de la inmundicia y la gangrena.

— ¿Dónde lo hacemos? – preguntó Leof, como desoyendo el comentario de Betlic.

El cantinero estaba muy preocupado. Los infelices que estaban allí eran un boleto seguro para su ejecución si alguien se enteraba. Si no era que algún curioso no hubiese descubierto la terrible verdad. Tal vez alguien ya sabía, y había estado vigilando al gordo desde hacía un tiempo, esperando encontrar algo que confirmaran las sospechas. Pero no era posible. En casos como estos, y por tratarse de alguien tan insignificante como Vulture, no enviaban espías, directamente venían algunos guardias del rey, te molían a golpes y después te llevaban a la plaza para quemarte sin demora. Pero Leof no iba a quedarse tranquilo hasta desaparecer lo que había quedado de esas personas.

— Te conozco— dijo el anciano sin labios, haciendo una mueca que bien podía ser una sonrisa o una expresión de tristeza—, eres el cantinero... ¿no tienes algo de cerveza? Traje dinero esta vez.

— Aquí mismo— contestó Betlic—, no podemos arriesgarnos a levantar ninguna sospecha.

— Esta bien – aceptó Leof— terminemos con esta mierda de una vez.

Los dos se pusieron a la tarea de disponer los cuerpos todo lo más cerca que pudieron. Ninguno de los mutilados se quejó ni les preguntaron qué hacían con ellos. La humanidad que les había quedado se había ido con las extravagantes maneras de Vulture para tratar a sus inquilinos.

— No quiero ver esto – dijo Leof.

— Espera afuera – dijo Betlic, sacando un puñal de una de sus botas.

— ¿Quién eres realmente? – preguntó Leof, frunciendo el ceño— Ya no me creo que seas solo un comerciante.

— Ahora no – dijo Betlic—. Los cuerpos.

Leof movió la cabeza y se encaminó hacia la puerta. Antes de dar dos pasos, la puerta del dormitorio se abrió de para en par y una Yinda enloquecida, salió gritando y sosteniendo un enorme machete sobre su cabeza, en dirección a Leof. El cantinero dio media vuelta y se cubrió, con los brazos, de la hoja que Yinda hacia descender hacia su pecho. En el último segundo, la mujer soltó el puñal y lanzó un gemido de dolor, agarrándose la frente y cayendo de rodillas. Una roca del tamaño de un limón maduro, cayó y dio algunos vuelcos por el suelo. Leof, que ya se estaba imaginando cómo sacarse la hoja del machete de uno de sus antebrazos, reaccionó y pateó el arma de Yinda al otro lado de la habitación.

— Mi papi – lloriqueó Yinda— ¿qué hicieron con mi papi?

— Maldita loca estúpida – dijo Leof agarrando de los cabellos a la mujer

— ¿Qué querías hacer con un puñal que te dobla en tamaño?

— ¡Ayyyyy! – se quejaba Yinda, asiendo la mano de Leof con unos dedos manchados de sangre, mientras que la otra mano cubría la herida en su cabeza.

— Así que tú y la bestia de tu marido se comían a los que yo les traía. Ese no era el trato, inútiles. ¡Dementes!

Leof abofeteó a la mujer y la pateó en el estómago. Yinda se ahogó y tosió algunas veces, expulsando saliva y rabia, luego se arrastró hasta donde estaba el cuerpo de Vulture, todavía fuera de combate. Yinda acarició la cabeza de su marido mientras su cuerpo se contraía por las lágrimas.

— Me han golpeado, papi— le decía Yinda a Vulture—, y ahora van a quemar nuestra comida.

Vulture entreabrió los ojos y miró a su mujer, luego a Leof, que junto a Betlic observaban al matrimonio con la curiosidad que se tiene ante lo extravagante.

— Ahora sí que estas jodido, cantinero de mierda – dijo Vulture— Mi sobrino se enterará de todo esto y tu vida se convertirá en un martirio hasta que mueras gritando de dolor como esos que están ahí.

— No creo que eso suceda – dijo Leof—. El que se va a hundir con estos desgraciados y esa perra loca que tienes por mujer, eres tú, grandísimo hijo de puta. Nuestro trato se cancela.

Leof pateó el rostro de Vulture y mando al campesino de nuevo al país de los sueños. Su mujer se arrodilló, y abrió su boca para chillar pero el cantinero la cerro de un puñetazo que hizo girar sus ojos en las cuencas. Yinda se desplomó con su cabeza sobre la barriga de su marido.

— Juntemos a estos dos con los otros – dijo Leof.

— Como quieras –contestó Betlic—. Todo será cenizas de todas formas, esta casa y el granero donde están los enanos.

— Que los putos guardias crean lo que se les antoje. Que haya caníbales en esta ciudad, no es sorpresa. En época de la peste, el hambre afectó a muchos. Se creía que la enfermedad estaba en el campo, así que el idiota del rey mandó a quemar todas las cosechas. La realeza logró alimentarse con lo que traían de otras ciudades aliadas, pero los pobres...Así que

tuvieron que recurrir al ser vivo que más cerca tuvieran para saciar su hambre. Algunos, abandonaron esas prácticas cuando la enfermedad retrocedió y los cultivos volvieron a aflorar, pero otros le tomaron el gusto y continuaron. Nunca pensé que este hijo de puta fuese uno. El rey ordenó que cualquiera que comiera carne humana fuese entregado para ser ejecutado en la hoguera a ojos de todos, sin pasar por ningún tribunal que lo escuchara. Era una muerte segura.

— ¿La has probado? – preguntó Betlic

— ¿A qué?

— Ya sabes –dijo el ladrón guiñando un ojo.

— Solo una vez – confesó Leof después de una pausa

— ¿Y?

— Prefiero la res, eso es seguro.

Cubrieron los cuerpos de los enanos con heno y paja. Cuando todo estuvo dispuesto para iniciar el incendio, Leof se apoyó en su carreta y sacó un cigarrillo. Betlic salía del granero llevando una antorcha en la mano. Detrás de él, el fulgor de las llamas se abrió paso con suma rapidez. El humo negro ascendía al cielo y el crepitar de la madera acompañaba el canto de las aves que despertaban al nuevo día. Betlic caminó hacia la entrada de la casa. La puerta estaba abierta. Leof alcanzaba a ver la paja que sepultaba a los cuerpos de los mutilados y al matrimonio que se había alimentado de ellos. Betlic arrojó la antorcha hacia dentro de la casa y cerró la puerta, luego le hizo una seña a Leof para que se subiera a la carreta y tomara las riendas. El cantinero y el ladrón habían salido al camino cuando las llamas se alzaron como titanes furiosos devorando toda la granja de Vulture.

Leof y Betlic entraron al bar. El estrago de la noche que ya se había ido, le recordó a Leof que tenía que limpiar todo para poder abrir al caer el sol, sin embargo, el cantinero tenía deseos de echarse a la cama y dormir una semana.

— Supongo que esperarás alguna compensación por tu ayuda – dijo Leof, levantando las sillas y los ceniceros del suelo.

— Eso lo podemos arreglar de otro modo – dijo Betlic.

— ¿Qué quieres decir? – preguntó el cantinero

— Bueno, verás, tal vez no he sido muy honesto contigo acerca de lo que

hago.

— Mira, eso no importa mucho. A veces es mejor dejar las cosas en el anonimato.

— Pero para lo que quiero decirte, debo desmentirme.

Leof dejó un cenicero en el centro de una mesa llena de cenizas de tabaco y se sentó, dando un largo suspiro.

— Eso de comerciante, es pura fantasía – prosiguió Betlic—. Lo que quiero decirte es que tal vez mis servicios te sean útiles en los tiempos que vienen.

— ¿Quién eres realmente? – preguntó Leof

— Soy alguien que puede velar por tu seguridad. Los enanos vendrán aquí y cuando vean que tu rostro se asemeja a la descripción hecha por alguien, entonces esa vez no tengas tanta suerte.

— No te preocupes – dijo el cantinero –. Si me dieran una moneda de cobre por cada vez que alguien me amenaza, sería más rico que el puto rey.

— Estamos hablando de enanos aquí – indicó Betlic —. Estos tipos no descansarán hasta cortarte en pedacitos y dárselo a los perros.

Leof meditó unos instantes. Esa noche le había dejado la impresión nefasta de que las cosas cambiaban con el súbito estallido de un estornudo. Lo de los enanos era cierto. Una cosa era un idiota descerebrado que no valiera nada para nadie, a simple vista, y otra muy distinta, un clan de enanos barridos del mapa por un cantinero y un viejo que se hacía pasar por comerciante. Ese tipo de color que había conocido la noche anterior, ahora le decía que no era quien le había hecho creer que era. Sin embargo demostró sus habilidades, salvándole el trasero y ayudándole a hacer algo que a nadie que él conociera se podría confiar. Porque de algún modo, Leof confiaba en él. Tenía que hacerlo sino quería sumar un problema más a los que ya tenía.

— ¿Y tú que quieres a cambio por tus servicios?— preguntó Leof – no gano tanto como para mantener un matón. Eso podías preguntárselo a Kuff del “Demonio embriagado”, el bar más grande y popular de Rodam.

— No te preocupes por la paga, por el momento. Solo quiero un lugar para dormir, comida y bebida.

— Eres un tipo extraño. Pero todavía no me has dicho, ¿cuál es tu nombre? Porque Merton seguro que no es.

— Betlic. Pero esta apariencia debe irse. Muchos me han visto esta noche. Así que a partir de mañana tendrás otra imagen de mí. Espero que no te moleste.

— Con tal que me des una mano, vístete de prostituta si quieres.

— Si la ocasión lo amerita, el disfraz de prostituta puede serme muy útil.

El cantinero se encogió de hombros con una sonrisa. Betlic tomó un vaso medio lleno que había en una mesa y lo olfateó antes de llevárselo a la boca. La cerveza bajó por su garganta y sintió como se deslizaba por su interior. Estaba caliente, pero el ladrón la disfrutó. Tenía la garganta seca desde que había salido del bar de Leof rumbo a la granja de Vulture. Luego, dejó el vaso sobre la mesa y se secó los labios.

— Mañana nos volveremos a ver, Leof, a partir de entonces, viviré aquí. Hazme un sitio en una de las habitaciones que tienes arriba. Te dejo con tu limpieza.

El ladrón se fue. El sonido de sus pasos al alejarse le indicaba a Leof el desorden que le esperaba en el bar. Descartó el sueño para después. Quizás se tomaría la noche libre. Afuera, un gallo cantó y el casco de unos caballos empezó a poblar las calles de Rodam con las primeras almas.

Lo primero que se sacó fue la barba. Estaba muy bien adherida, por eso cuando empezó a cortarla, parecía que realmente era su pelo. “La falsedad que permanece mucho tiempo en nosotros, adquiere el sabor de la verdad”, le había dicho una vez Sand, el único compañero que había hecho en la Cofradía de la Rosa Negra. Sand era de tirar algunas frases como esa cuando se encontraba un poco melancólico. Su compañero extrañaba su lejana tierra, pero jamás quiso regresar. Esa parte de la historia no se la confió ni a Betlic, siendo la única persona con la que cruzaba palabra. Luego siguió el turno de la máscara. La piel negra fue abriéndole el paso a otra tan blanca y lampiña que parecía hecha de cera. El rostro de Merton estaba estirado sobre el mueble del espejo. Un pergamino de arrugas cuyos ojos eran dos agujeros rellenos del color de la madera donde estaba apoyado. Ese rostro se había convertido en la imagen para los otros y para Betlic, en cierta manera. Los pensamientos de Merton eran los suyos pero también eran otros. Los de ese comerciante de dulces que vagaba por los caminos y que cuidaba muy bien su vestimenta. Ahora Betlic estaba allí. La piel suave y tersa. Un rostro nuevo pero siempre antiguo. Un muerto que volvía a la vida. Una cara buscada. Una cara con un precio sustancioso para quien pudiera encontrarla y llevarla con los ojos

abiertos o cerrados. Su cabello, antes ensortijado, ahora estaba aplastado hacia atrás, sin ningún rastro de rulos.

—Hola— dijo Betlic—, ¿lo has pasado bien?

El rostro sonreía y sus ojos todavía conservaban el recuerdo de Merton.

—Lástima que nuestro reencuentro sea tan breve. Debemos seguir escondidos.

Betlic también puso sobre el mueble las cosas que cargaba en sus bolsillos. Dejó algunas monedas de cobre y plata, dos collares con imitaciones de piedras preciosas, un anillo arrancado al cuerpo de un noble, cuyo funeral visitó haciéndose pasar por un tío que justo ese día se había enterado que tenía un sobrino del hermano que lo había ofendido en el pasado. Betlic había recogido algunas historias de la familia, y ciertas o no, el engaño había funcionado. Siempre llevaba ese anillo consigo, como cábala. Según Sand, robarle a un muerto rico, traía buena suerte. Merton había tenido una buena vida, pero la prudencia dictaba que el show debía terminar en su punto más álgido. Además el nuevo trabajo necesitaba sangre fresca. Por último sacó el botín obtenido en la taberna y su ceño se frunció cuando lo que había sobre el mueble parecía una roca del color del bronce, aunque podía llegar a ser más dura que éste de acuerdo al examen que hizo Betlic. Un ladrón sabía conocer muy bien la calidad de los objetos, por su peso, colores, formas y detalles. Y Betlic era un experto en valuar casi cualquier cosa que fuese comercializable. Sin embargo, esa roca... ¿de qué estaba hecha? No era bronce, aunque a cualquiera podría parecerle tal a simple vista. No era fría al contacto, ni tampoco tibia. Era más, si sus ojos no la estuvieran viendo al tocarla, Betlic podía jurar que estaba tocando el aire. Pero ese sujeto flaco con una túnica de mago la estaba cargando, así que algo debería ser, o lo más importante. Algo debería valer. No tenía olor, y el peso era algo que Betlic no podía definir. Por un instante le parecía que tenía cinco kilos, pero antes de soltarla, su peso podía subir hasta diez, o bajar hasta solo dos kilos. Era imposible. Tal vez se tratara de un artefacto mágico. En ese caso, Betlic conocía algunos magos y hechiceros que estarían complacidos en comprarle a buen precio una roca que mudaba de peso y que no se parecía a ninguna que el ladrón conociera. La dejó en el mueble y preparó su próximo rostro. Ahora sería un tipo pelirrojo, con una cicatriz que formaba un arco desde la comisura izquierda de su boca hasta su oído. Su mandíbula era ancha y angulosa. La nariz aguileña le daba un aire extranjero y recio. Todd sería su nombre. Su profesión, matón, guardaespaldas, mercenario de buena cepa. Su atributo, por

supuesto, un gran sentido del humor. Cuando hubo terminado de enterrar el rostro de Betlic, Todd se sentó en la cama y se desnudó por completo. Abrió un guardarropa pequeño que tenía esa precaria residencia a las afueras de Rodam y escogió su nueva indumentaria. Una camisa negra de mangas cortas, un pantalón con refuerzos de cuero y cordones dorados y sobre eso, una armadura liviana de cuero. Para terminar se ajustó un cinturón provisto de una evilla de plata con forma ovalada. Cuando terminó, se miró al espejo, como siempre hacía cuando cambiaba su identidad, para acostumbrarse a su nuevo personaje. Siempre era útil recordar quién era ahora, cómo lo verían los demás, qué apodosos podrían ponerle, qué efecto causaba su apariencia en los otros. Así su atención siempre estaría bien enfocada.

— Saludos – dijo Betlic a Todd—. Bienvenido. Espero que te sientas a gusto.

— Ni que lo digas, hombre –respondió Todd—, aunque este lugar es una pocilga. Huele a sudor de ancianos.

— Ahora que lo dices, tienes razón.

Todd se acostó en la cama y cerró los ojos. En pocas horas tenía que presentarse en la taberna de Leof con su nueva apariencia y había enormes posibilidades de que el cantinero lo corriese a patadas por considerarlo un demente. Pero si Leof estaba más preocupado por su vida que por los tratos que hiciera con los locos que le ofrecían su ayuda, entonces todo marcharía bien. Lo mejor sería dormir. Cerrar los ojos y... Algo lo asustó. Se enderezó en la cama y se dio cuenta que su corazón latía con fuerza, azotando sus costillas. ¿Qué había pasado? ¿Una pesadilla? Pero si no recordaba haberse quedado dormido todavía. Tenía una sensación de tiempo perdido muy común en los que se dormían mucho antes de cerrar sus ojos. Miró a su alrededor y le pareció que las cosas se movían con una ligera ondulación. El espejo reflejaba la ventana desde el ángulo en que él estaba y por alguna razón apartó la mirada rápidamente. Creía que si seguía mirando, algo iba a aparecer en el espejo. Algo que no debería mostrarse allí, pero que no dudaría en hacerse visible si Betlic continuaba observando. Se levantó de la cama y anduvo caminando por la habitación, evadiendo el espejo. Para distraerse tomó la roca del mueble y volvió a la cama. Se sentó con la espalda apoyada en la pared y le dio vueltas al objeto en sus manos. Nada especial. La roca fluctuaba su peso y de a ratos se calentaba y de a ratos adquiría la temperatura de un trozo de hielo. Cuando se sintió más tranquilo, Betlic fue doblándose hasta que su cabeza cayó sobre

la almohada. Con la roca todavía en las manos a la altura de la nariz, el ladrón se durmió. Sintió un cansancio tan grande antes de sumirse en la inconciencia, que sintió que su vida se estaba escapando con cada respiración.

Cuando abrió los ojos de nuevo, la roca estaba en sus manos, cubierta con una sábana que antes no estaba allí. Y sus manos eran más pequeñas. Por supuesto, eran manos de una niña. Y él no era ni Betlic, ni Merton, ni Todd. Si no Brittany, una niña de diez años que había sido castigada por saltar por cuarta vez de un árbol sobre la cabeza de un desconocido. Esperaba que su mamá no siguiera enojada. Hasta le había quitado su celular. Ahora ni siquiera podía entretenerse, escribiendo en el grupo de wassap de sus amigas. Y mucho menos hablar de salir afuera. Allí había muchos árboles a los cuales Brittany podía trepar. Una vez había subido a un enorme árbol viejo que estaba en la Plaza Montgomery del centro de la ciudad en contra de las órdenes de su hermano que la amenazaba con acusarla con papá y mamá. Brittany no lo oyó y se reía cuando oía cómo la voz de Richard, su hermano mayor que la superaba en dos años, se hacía cada vez más débil y lejana. Era muy chistoso. Ese día ella subió muy alto, pisando en ramas de todos los tamaños. Algunas tenían muy poca resistencia porque estaban viejas y secas, pero Brittany no se amedrentó. Siguió trepando hasta que las ramas y las hojas del árbol le ocultaron lo que había debajo. Desde esa altura Brittany descubrió un mundo que nunca se había imaginado que existiera. Era como si estuviera flotando sobre unas nubes de hojas, donde el canto de las aves era el único ruido que existía con el viento. Ni el motor de los autos, ni los gritos de su hermano podían llegar allí. Solo ella había podido ascender a esas alturas, y eso la hacía una niña muy valiente. No podía entender como su hermano se asustaba tanto con la oscuridad o los monstruos de las películas. Ella siempre le decía que si era capaz de trepar un árbol, tan alto como pudiese, entonces no habría nada en la tierra que le causara miedo. Estando allí, en la cima del mundo, Brittany se preguntó que se sentiría si se lanzaba desde esa altura sobre alguien. Podría matarlo o matarse ella misma. En cualquier caso, sería genial animarse a intentarlo. Pero Brittany era muy pequeña todavía. Cuando creciera más, ella lo intentaría. Saltaría sobre alguien desde esa altura, y desafiaría a la muerte. Dejó la piedra debajo de la almohada. Desde que se la había quitado a su amigo Willy, “el come piedra”, Brittany no se apartaba de su tesoro. Su madre no se la había quitado. Por suerte. Le gustaba mucho esa piedra, aunque no sabía por qué. Era una piedra como muchas otras, pero algo en ella la hacía sentir...poderosa. Como la vez que había subido a ese árbol de la plaza, y

sabía que tenía todo el mundo a sus pies, y las nubes se hallaban más cerca y el aire golpeaba con más fuerza en las mejillas. Su madre le había dicho que estaría castigada todo el día, la noche anterior. Pero Brittany no estaba dispuesta a aceptar su castigo. Para ella, lo único que había hecho había sido caer sobre la espalda de un hombre malo, que se negaba a devolver los frisbees que ella y su hermano habían dejado caer en su patio. Cuando ella se lanzó de la rama de un nogal plantado en la acera y cayó con todo su peso sobre el hombre, éste cayó al suelo y ella obtuvo un pequeño raspón en el codo. Pero el malo de los frisbees, según su mamá estuvo unos días en cama para recuperarse del dolor en su espalda. Valió la pena para Brittany, aunque el hombre hizo venir a la policía para que metieran presa a sus padres por educar tan salvajemente a su hija. El hombre malo les gritaba fuertes insultos a los padres de Brittany, mientras los agentes de policías le pedían que se calmara. Luego, sus padres querían comérsela viva. Hasta su padre había dicho que era una niña muy desagradecida, después de que ellos le daban todo, ella no tenía nada mejor que hacer que atacar a los vecinos. Pero esa iba a ser la última vez. Entonces la encerraron con llave en su cuarto y le quitaron Internet y el celular. Pero a Brittany casi no le importaba demasiado eso. Lo que ella quería era salir de casa para trepar otro árbol. Un fresno o un gran cedro. Árboles con incalculables ramas y bifurcaciones que se abrían paso hasta el cielo, formando una fortaleza verde que Brittany disfrutaba en soledad. Por eso, decidió terminar con su castigo. Sus padres habían asegurado la ventana, pero ella se había tomado la molestia, un día, de sacar una copia a la llave del candado.

Se sentó en el alféizar de la ventana. Abajo las tejas de la casa estaban sucias de polvo y pequeños frutos del árbol que estaba en el patio. Brittany ya se había escapado muchas veces de esa manera, por lo tanto creyó conveniente vigilar si sus padres no estaban afuera, ni en ningún lugar desde donde pudieran verla. Luego se deslizó hasta las tejas y desde el borde, saltó hasta la rama del árbol que muchas veces le había servido para evadir la ley de sus padres. Trepó hasta la cima. Se palpó el bolsillo de su pantalón para saber si la roca seguía allí. Tal vez cuando su madre se enterara de su fuga, le quitara eso también. Cualquiera cosa menos la roca, se había encariñado en poco tiempo con ella. Se enteró por una amiga de que “el come piedras” había berreado como un recién nacido cuando descubrió que le habían robado esa roca. El chico era raro, le gustaba la geología y sus padres le regalaban libros ilustrados de todos los tipos de roca conocidas. En la escuela no hacía nada

más que devorar esos libros. Cuando, Brittany le preguntó que era lo que encontraba tan fascinantes en ellos, el chico le había respondido que muchas de esas rocas habían visto un pasado de la tierra que pocos imaginaban y que ellas eran las únicas huellas que quedaban de lo que había ocurrido. Fue la única vez que había hablado con él. Sus libros le aburrían. En realidad, toda la escuela le aburría a Brittany. Ella no entendía por qué los padres preferían que sus hijos pasaran horas tediosas en salones de clases aprendiendo las tablas de multiplicar o qué diferencias existían entre sustantivos y adjetivos cuando podían estar escalando montañas, navegando océanos o buceando en sus profundidades, mirando por la boca de un volcán o saltando desde grandes alturas en paracaídas. Era absurdo todo o que hacían los adultos que ella conocía. Después de la escuela, el aburrimiento continuaba en trabajos tan rutinarios y predecibles que muchos de los adultos necesitaban de píldoras recetadas por médicos para no sentirse tan miserables al cumplir con su deber. A Brittany ese futuro le parecía un horror. Su madre siempre le decía que debía tener las mejores notas para tener el mejor trabajo, como su padre. Él era un ingeniero informático que trabajaba para una compañía que hacía esos programas de computación que necesitaban grandes empresas parecidas a la empresa en donde trabajaba su padre. Pero Brittany siempre lo veía cansado, serio, con poco tiempo para hacer algo que le retribuyera alguna alegría. Para su madre, su papá se había labrado un futuro brillante y les había dado a ella y a Brittany una gran vida. Pero Brittany tenía su propia opinión al respecto. Ella no veía nada de lo que veía su madre. Para ella, su padre era infeliz. Si ese era el futuro que sus padres querían para ella, entonces preferiría morirse. O escapar. Siempre había soñado con dejar su casa, la escuela, sus pocas amigas atrás y salir de aventuras. Pero iba a esperar a estar un poco más crecida. Todavía necesitaba ejercitarse más. En poco tiempo ella pensaba convertirse en una experta escaladora y entonces dejaría su presente y el futuro que le pintaban sus padres.

Brittany bajó del árbol y salió corriendo por el costado de su casa, saltando la cerca que dividía su patio y el del vecino. Cuando se había alejado unas cuerdas de su casa, continuó a paso normal. Sacó de su bolsillo la piedra y le dio un beso. La roca no tenía ni olor, ni sabor. Tampoco pesaba mucho. No tenía llamativos colores como las rocas que siempre buscaba “comepiedras”, ni se podían ver figuras extrañas en ella. Era solo una roca de un color parecido al óxido. Se podría decir que era algo ordinario pero a Brittany le hacía sentir bien llevarla consigo. Cuando la tenía cerca, las aventuras que

tanto deseaba no parecían sueños, ni quimeras lejanas. Todo eso estaba muy cerca cuando la roca estaba con ella. Por eso, el objeto le caía bien, mejor aún que sus amigas. Brittany se internó en la plaza más grande de la ciudad y fue a su lugar favorito. Dos inmensos y ancianos olmos se elevaban por encima de toda la vegetación de la plaza, y en medio de esos dos titanes, un roble extendía sus numerosas ramas en todas las direcciones. De cada rama del roble nacían muchas otras y a su vez, cada una de ellas formaba otras más pequeñas pero resistentes y largas. Brittany amaba ese árbol porque podía pasar horas saltando de rama en rama sin que ninguna se quebrara o astillara. Trepó al tronco del árbol, subiéndose en una roca y saltó para agarrarse de la rama más baja. Con un impulso ya estaba de cuclillas, probando el equilibrio. Subió y subió hasta llegar a una rama que se curvaba formando un asiento muy cómodo para ella. Allí se recostó y contempló su roca que hacía desfilas sobre ella como si fuese un avión que planeara. El sol hacía que las sombras de las hojas bailaran sobre las ramas, dando a todo el interior del árbol la iluminación de una pista de baile. Allí, los pájaros se oían más cercanos y nítidos, mejor que el sonido envolvente de su *home theatre*. Brittany se guardó la roca dentro de su remera cuando sintió que la ganaba el sueño. “El año que viene”, se dijo antes de perderse en la oscuridad.

Se despertó con un grito. Cuando sus ojos dejaron de ver una nube de colores borrosos, recordó que estaba cayendo en su sueño. No recordaba desde donde caía, ni adonde le tocaba estrellarse. Solo era la sensación de caída. También estaba ese árbol y los círculos de luz y sombras que parpadeaban sobre las ramas. Salió al exterior. El albergue donde se hospedaba era una cabaña casi abandonada donde la naturaleza casi se había convertido en dueña y señora de la misma. Las raíces de los árboles estaban levantando los cimientos en algunos lugares y del techo había emergido un pequeño arbusto que extendía las raíces por detrás de la casa hasta hundirse en la tierra. De pronto le nació un ligero deseo de treparse al techo y después a un árbol, pero al pensarlo la idea le pareció ridícula. Betlic volvió al interior y juntó sus pertenencias. Puso toda su ropa dentro de una mochila que tenía escondida debajo de la cama. Juntó el botín de sus viajes, incluida la roca, y los guardó en los compartimientos de su vestimenta. Lo más valioso siempre lo llevaba en sus bolsillos. Para robarle eso, debían luchar contra él. La mochila cargaba con algunas armas pequeñas, tabaco y una botellita de licor de menta que había comprado en sus recientes viajes. Solo cargaba lo necesario. El viaje ligero era un placer. El dinero también iba en bolsitas

dispuestas en sus bolsillos. Todd, silbando una canción compuesta en honor a una batalla de hace cuatro años en la que él participó como mercenario para el rey de Brima, una ciudad al norte del Mar Fondeado. El rey había entrevisto una buena oportunidad para invadir Abdila, cuando esta se hallaba en guerra con un enemigo del este. Brima había sido vencida antaño por Abdila cuando esta quiso unificar todos los reinos menores bajo su gobierno y obligada a pagar un excesivo tributo. Entonces, quince años después de esa derrota, Brima quiso sacudirse el yugo de su enemiga y llevarle la guerra directo a su corazón. Pero el rey se apresuró y confió en que el grueso del ejército de Abdila estaría lejos, así que asedió la ciudad por algunas semanas sin causar grandes daños a la misma. Hasta que un día un emisario le comunicó al rey de Brima que los abdilianos habían derrotado a su otro enemigo y que retornaban a casa, dispuestos a ajustar cuentas con él. Esa sola noticia, bastó para que el rey cediese y regresase a su ciudad para hacer los preparativos de negociación antes de que Abdila descargara cualquier golpe. Todd recibió su paga y se fue de Brima unos días antes de que llegara el rey de Abdila. Después supo que este rey estaba furioso, pero no destruyó Brima por que en ella se levantaba un templo dedicado al dios a quien él profesaba su fe. Sin embargo aumentó el tributo de la ciudad a un valor que causaría risa a cualquier tesorero. La ciudad se empobreció y muchos de sus habitantes emigraron. De Brima solo había quedado un fantasma, un lugar de paso donde el viajero cansado podía encontrar prostitutas y viejos que esperaban la muerte dentro de casas derruidas y oscuras. Cuando un bardo le cantó la historia del asedio de Abdila por dos monedas de plata, Todd nunca más se la olvidó. Después de todo era una canción que hablaba de él, de alguna manera.

Caminó todo el trecho hasta la taberna de Leof. El sol había ascendido un poco más cuando entró en la taberna. La puerta estaba con llave, pero eso no era un problema para Betlic. Gracias a él, Todd pudo entrar. Adentro todo estaba a oscuras. Todd subió las escaleras que llevaban a las habitaciones donde los clientes podían llevar a las mujerzuelas o pasar la noche. Había tres puertas. En una de ellas, Leof debía dormir profundamente. Todd aguzó el oído en las tres puertas hasta descubrir dónde roncaba el cantinero. La del medio estaba ocupada así que escogió la de la izquierda. Entró y encendió una antorcha que estaba en la pared. Guardó sus cosas en un baúl que estaba a los pies de una cama con un colchón de plumas bastante sucio y volvió al bar. Abajo se sirvió un trago e hizo una mejor limpieza que Leof. Todavía quedaban algunas manchas de sangre de enano en el piso. Todd las refregó

bien y barrió la suciedad del suelo. Terminó de lavar los vasos que Leof había dejado para el otro día y cuando todo quedó presentable, se sentó a fumar y beber una copa de vino. Leof se alarmaría al ver a un extraño cuando se levantara, pero lo primero que notaría, sería el bar en perfectas condiciones, así que el contraste entre lo último y la presencia de un colorado con el rostro endurecido por el combate le daría tiempo para explicarse, para decir la verdad. Que él era Merton, pero con un nuevo rostro y que sería su guardaespaldas hasta que el problema de los enanos se solucionara.

Las horas pasaron y Leof seguía pegado a la almohada. Todd estaba tomando la tercera copa de vino. Esperaba que el cantinero no se lo tomara como un abuso. Antes de terminar el trago, vio una sombra pasar por debajo de la puerta de entrada y luego la sombra tapó el sol que entraba por la rendija. Leof se acercó a la puerta, tan silencioso como un ratón en una despensa y se pegó a la pared, del lado de la puerta que se abría. El picaporte se movió y luego alguien hurgó en la cerradura. Leof desenfundó su hoja secreta y esperó.

VII

A Colin se le había ocurrido descender, siguiendo el curso del Río Espumoso. Habían recorrido miles de kilómetros porque Colin quería ensayar en la parte de la costa donde el Espumoso y el Tumor se acercan más que en cualquier punto de sus recorridos paralelos. Fueron casi veinte días de viaje en una carroza real, impulsada por caballos especiales del reino de Cadwgan, que podían viajar el triple de distancia que un caballo normal sin cansarse. De igual manera, la opción de Colin fue excesiva para Bradley, y más aún para el príncipe Greg. Colin siempre salía con una nueva. Decía que la naturaleza era su musa y que le indicaba en qué lugar estaría a gusto para componer las mejores canciones. Para las baladas lentas, prefería las noches en que el viento silbaba entre los árboles y el frío se abría paso entre los huesos. Para una canción que celebrara la gloria de algún rey, Colin decía que lo mejor eran las costas rocosas del mar. Allí el agua era una furia que golpeaba la tierra con el ímpetu de una guerra eterna. La música había nacido en la naturaleza, entonces no era nada descabellado escuchar lo que ella tenía que decir al respecto. Bradley, en cambio era un bardo con una idea más práctica de la composición musical. Ensayo, mucho ensayo, hasta que resultara algo agradable al oído y a la imaginación. El arte era cuestión de práctica y revisión. Sí, por supuesto la cuota de talento ayudaba mucho a reducir los tiempos, pero nada más. Aunque sus opiniones acerca de su oficio eran diferentes, Colin y Bradley formaban un dúo brillante de juglares. La Corte siempre los solicitaba para las fiestas. Inclusive, en los torneos de poesía, si por alguna casualidad, no ganaban, el rey o la reina no querían terminar las celebraciones sin deleitarse con alguna sus historias. Cuando Colin propuso ir hasta esa costa, Bradley accedió con un gruñido, sabiendo que si querían empezar a ensayar para el casamiento del príncipe Greg, en Cadwgan, era mejor seguir los caprichos de su amigo, aunque estos fuesen extravagantes. Debían componer una canción en honor al valor y la capacidad para dirigir el ejército del príncipe contra los rebeldes de Daga, la provincia de la Península de los Conejos que nunca había aceptado el dominio del reino unificado de Gimm. Pero también debían resaltar la clemencia del príncipe por dejar casi intacto a Daga, y no convertirla en cenizas. El príncipe Greg tomó como prisionero a Assik, el rey de Daga para mantenerlo en cautiverio en Cadwgan.

De esa manera también se ganó el favor de los daguenses, que hace décadas querían ser gobernados por Cadwagan, ya que Assik les impedía todo tipo de comercio con las ciudades dominadas por el reino de Gimm. Los habitantes tenían que pagar elevados impuestos y los más pobres morían por docenas todos los días ya que el poco alimento que cultivaban en los campos era retenido por Assik para sus nobles y familiares, dejando una parte ínfima para las familias del campo. A la mayoría de los habitantes le correspondía vender un hijo varón y una hija mujer como esclavos para los generales, consejeros y la familia real. Por más dolor que esto significara para las familias, obtenían por los esclavos una importante suma de dinero que les permitía costearse los suministros básicos para poder vivir un par de años. Los habitantes de Daga veían en Cadwgan un paraíso en donde se podía trabajar con menos presión por parte de la realeza, donde podían procrear todos los hijos que quisieran para continuar la familia e inclusive, habían oído que a muchos campesinos hasta se les permitía comerciar con una parte de la producción total. Los daguenses, cuando se enteraron de que Assik había perdido la guerra y encima fue hecho prisionero, hicieron un brindis con cerveza en la plaza pública de la ciudad. La alegría fue mayor al saber que sus casas y cultivos no iban a ser destruidos por el príncipe de Cadwgan.

Colin y Bradley habían estado de acuerdo en que el punto más sublime de la historia debía ser cuando el príncipe había recibido el mensaje de la rendición de Assik, entonces, Greg, acompañado solo de dos de sus mejores hombres entró en la ciudad y ante él, Assik caía de rodillas elevando las manos abiertas en señal de arrepentimiento, suplicando la misericordia del futuro rey de Cadwgan. Obviamente así no había sucedido. Bradley se había encargado de averiguar los hechos por su cuenta, a expensas de las negativas de Colin, ya que para él los hechos eran algo accesorio en una canción. Solo hacían falta los nombres de los protagonistas e inventiva para recibir una buena paga al final. Pero Bradley tenía sus métodos, y más allá de lo que los juglares arreglaran después, él siempre necesitaba recolectar la historia verdadera, para calcular la medida de la mentira que luego cantarían. Resultó que el príncipe Greg era un tipo dado a los grandes placeres, sobre todo a satisfacer y dejar que lo satisficieran las mujercuelas que componían su harén que llevaba a todas partes en las campañas, justificando siempre que eran para el entretenimiento de sus hombres en las largas y solitarias noches de la guerra. El príncipe contaba con mariscales brillantes que prácticamente se encargaban de todos los preparativos, informándoles de cada movimiento en

sesiones cerradas en las que solo intervenían sus más íntimos allegados. El príncipe también era muy generoso con sus hombres, pagándoles exorbitantes sumas y prometiéndoles títulos, expandían el rumor de que todo el éxito de las batallas era debido a la pericia del príncipe, y si acontecía algún fracaso, entonces la culpa recaía sobre algún general que no había sabido escuchar la sabiduría de Greg y había decidido actuar bajo sus propios y egoístas términos. Los generales, complacidos por este trato, convertían al príncipe en un experto en la conducción del ejército cuando en realidad estaba sudando la gota del sexo en una orgía de todos los sabores en una carpa alejada del campamento. Pero un general habló una noche, en una taberna de Cadwgan, emborrachándose con el vino que Bradley le había pagado. “Una copa por una anécdota de la batalla de los piernas largas”, le había dicho Bradley al general Dukens que había estado a la cabeza de la caballería en la batalla. Le habían dado ese nombre a la batalla por los mercenarios que había usado Assik para cargar contra el enemigo. Unos tipos duros, altos y delgados que corrían como demonios con sus largas y huesudas piernas. Bradley había esperado a que el general empezara a emborracharse solo para aparecer y ofrecerle bebida gratis...si únicamente soltara la lengua un poco. Dukens, en vez de abrirle la garganta con su espada, se desternilló de risa y fue contando algunos detalles hasta llegar a desenmascarar al príncipe. Cuando terminó su versión de la historia, incluso los episodios más succulentos de las actividades orgiásticas de Greg, Dukens apenas se podía mantener con la cabeza erguida. Bradley se fue, dejando al general hablando solo. Seguro que pensaba que ese simpático hombrecito que le había regalado los tragos continuaba junto a él escuchándolo y que cada sorbo que daba, era un vaso más.

Así fue como el desapasionado Bradley, que era como Colin lo llamaba a veces, había revelado los hechos, mientras que el talento de Colin era el que dotaba de magia a las canciones, mediante los secretos que la naturaleza rebelaba a sus oídos, y la desenfrenada erupción de su imaginación. Que Colin creyera eso, a Bradley le tenía sin cuidado. Con tal que el tipo se pusiera a ensayar cuando fuera necesario, que le dijese mediocre en la cara y se riera. Los dos juntos creaban maravillas y eso era lo que realmente importaba, lo que pagaba la comida, el hospedaje y los caros trajes que a Colin le gustaba usar, muchos eran pieles de animales que fascinaban a Colin, pero no demasiado como para importarle que los desollaran. Así pues, como se trataba de la boda del príncipe de Greg, Bradley se inclinó más por las mentiras de Colin que por los testimonios recolectados. Después usaría la verdad para

componer otras canciones.

Así que, con todo lo que ya tenían, ir a la costa del Espumoso era pan comido para Bradley, si eso significaba que su amigo sentaría el culo en una roca o tronco y empezarían a componer. Esa parte del río era muy húmeda. El pasto que pisaban era un lodazal, y los mosquitos pululaban por millones. Bradley refunfuñó más cuando su amigo aplaudió el hecho de la llegada y buscó un árbol bajo para sentarse a sus pies, sobre el barro y bajo el ulular constante de un “llorón” que había instalado su nido en la copa de ese árbol.

—¿Aquí, en serio? – preguntó Bradley, buscando un lugar para sentarse y descansar sus piernas.

— Es perfecto, Brad – contestó Colin—. Este terreno mojado, frente al encuentro de los dos ríos, me trae a la mente los dos ejércitos que presentaron batalla en las afueras de Daga.

—Hubieses podido encontrar la inspiración en un lugar donde la humedad no se nos metiese en las pelotas. Ya se me está tapando la puta nariz. Escucha como respiro.

Se escuchaba un silbido entrecortado con cada respiración que daba Bradley. Colin se había sacado la guitarra de la espalda para poder apoyarse en el tronco del árbol. Probó si las cuerdas estaban bien ajustadas y llevó la mirada al río.

— El brazo del príncipe empujó la puerta de Daga, — cantó Colin—
Y ninguna traba se le resistió,
Ninguna espada se le opuso,
Ninguna flecha se disparó...

— ¿Qué te parece? – preguntó Colin, al detenerse.

Bradley respiraba con más fuerza para hacer que su silbido se extinguiese, pero no lo conseguía.

— Ahora este silbido va a estar todo el día. Teníamos que venir aquí. Sabes muy bien que no se me dan los lugares húmedos. Encima los mosquitos ¿Cómo se supone que voy a concentrarme si estos bichos me están chupando la sangre en todas partes? Cada dos segundos voy a tener que espantarlos.

— Vamos, Brad – dijo Colin— no pienses en eso. Escucha, solo escucha. Un buen juglar tiene el mejor oído para las cosas. Sabe sacar los mejores acordes hasta del pedo de un gordo.

Cuando pronunció la última palabra, el excremento de un pájaro cayó

sobre los labios de Colin. El juglar se puso de pie y se limpió la boca con las manos tantas veces que parecía que se quería borrar la boca del conjunto de sus facciones.

—Que pájaro hijo de mil puta – dijo Colin escupiendo y sacudiendo la cabeza —, tiene todo el mundo para cagar y justo lo hace sobre mí.

Bradley sacó su guitarra y carraspeó antes de empezar a cantar.

— El viento aulla,
Y Colin entiende sus rumores,
El río corre,
Y él entona sus dichas,
La montaña gobierna las alturas,
Y Colin eleva sus versos a los dioses.
El pájaro caga sobre su cabeza,
entonces escupe su propia torpeza.

¡Ésto es una canción! –terminó Bradley dando vítores a su interpretación.

— Empecemos de una vez, chistoso –dijo Colin, sentándose en una pequeña roca plana a orillas del Espumoso.

— Al fin dijiste algo sensato – indicó Bradley, sentándose sobre su mochila en la que cargaba algo de ropa limpia en caso de que lo sorprendiera una lluvia y tuviesen que buscar una posada de urgencia, a pesar de que tuviesen que marchar unos cuantos kilómetros para encontrar el poblado más cercano. Puso la mochila sobre una parte seca del terreno, en un pequeño montículo, a unos tres metros de Colin.

— Empieza, como siempre – instó Bradley—, yo te seguiré.

— Con mucho...

Colin, se interrumpió. Su mirada había quedado fija en la corriente del río.

—¿Qué pasa? – preguntó Bradley, tocando las cuerdas de su guitarra.

—¿Puedes ver eso que esta ahí? – señaló Colin hacia un punto del río.

Bradley, que apenas había prestado atención a las aguas del Espumoso, llevó la vista hacia donde Colin le indicaba y lo vio. No supo muy bien qué era. Pensó que se trataba de algún remanso del río, pero mientras más lo observaba más cambiaba su parecer. Hasta que unas columnas de agua no saltaron en medio de la corriente, Bradley no se había alarmado.

Las columnas de agua no permanecieron demasiado tiempo para el solaz de sus dos espectadores. Descendieron hasta formar un rectángulo de burbujas en la superficie del agua. Cuando las burbujas también desaparecieron, Colin

y Bradley vieron en la orilla, golpeado por la corriente, un hombre, tumbado boca abajo, vestido con una túnica que debía pesar el doble que él, ahora que estaba totalmente empapada. Era un tipo muy flaco, sus frágiles brazos se contorneaban a través de su túnica. Su rostro mostraba la palidez de alguien que ha estado muerto por un buen rato. Sin embargo, para salir de las dudas, Colin se acercó a él, mientras Bradley examinaba si a la distancia no se podía ver nada relacionado con aquel cuerpo. Tal vez, si alguien lo había arrojado al río, cerca de allí, estuviese siguiéndolo para comprobar que había hecho un buen trabajo.

—Está vivo – dijo Colin, con su mano en el cuello del individuo—, ayúdame a sacarlo de aquí.

—Hey, Colin –replicó Bradley—, tal vez no nos corresponde a nosotros ocuparnos de él. Digo...no creo que sea buena idea.

—¿De qué estás hablando? Vamos, que le puede quedar un poco de vida.

—¿Qué tal si alguien lo busca? – preguntó Bradley— Incluso puede estar viniendo hacia aquí ahora. Unos asesinos, unos elfos anti humanos...o algo peor.

—Si no fueras porque eres el mejor que conozco, tocando la flauta, ya había disuelto esta sociedad hace mucho.

—Deja un poco esa cobardía de lado – continuó Colin—, y ayúdame a sacar a este sujeto del agua antes de que su corazón se detenga.

Bradley, inseguro, fue hasta el cuerpo del individuo y lo tomó por los sobacos. En seguida los dos juglares lo sacaron del río y lo pusieron boca arriba.

—¿Y ahora qué? – preguntó Bradley, rascándose la cabeza, un hábito que se activaba cuando no quería pensar en algo que parecía inminente.

—Bueno, supongo que hay que darle aire a sus pulmones – contestó Colin, examinando al hombre que tenía apenas entreabierta la boca.

—Quieres decir...

—A menos que tengas un fuelle a mano para colocárselo en la boca, sí, eso quiero decir.

—Hasta aquí llegué. Suficiente con tener que salvarle la vida a alguien que quizás me la quite cuando despierte.

—Vamos, no digas estupideces. Aún vivo, míralo – señaló Colin al hombre—, inclusive tú podrías tumbarlo si le das un bofetón de mujer.

—¿Me estás llamando marica? – preguntó Bradley—. El bofetón, también es un golpe válido, y deja de ser de mujer si lo da un hombre.

—O sea que tú llamarás a un hombre para que se lo dé.

Bradley movió la cabeza y expulsó aire por su boca.

—Por qué no te callas y le das tú el besito. —increpó Bradley— ¿No tienes problemas con eso, verdad?

—Si te refieres a esa noche específica en Balu, ya te lo he dicho, había tomado cuatro copas de ese exótico trago ardiente y el tipo no tenía nada de masculino.

—Excepto por las bolas y el tronco que lo usaba como cinturón.

—Cuando tú lo viste dijiste que querías acostarte con él, pensando que era una de esas bailarinas criada para los placeres.

—Al menos solo lo dije, no lo puse en práctica como tú.—rió Bradley

—¿Y qué me dices...

Un espasmo de tos interrumpió a Colin y Bradley. El tipo estaba expulsando agua y flema como si no existiera mañana. Los músicos se pusieron de pie y se apartaron. Ninguno se animaba a intervenir. Esperaban que el desconocido se recuperase por su cuenta. De pronto, a Colin, la idea de Bradley acerca de un posible peligro no le resultó tan descabellada.

Cuando pareció que el hombre había sacado todo el líquido de sus pulmones, comenzó a abrir los ojos. Los párpados se levantaban con esfuerzo, como si hubiesen estado pegados por siempre. Colin iba a decir algo pero Bradley lo frenó, extendiendo su palma.

El hombre tenía la mirada fija en el cielo en un primer momento, luego giró lentamente su cabeza para contemplar el lugar. Finalmente, notó la presencia de los dos juglares y su mirada se expandió.

—Hola —saludó Colin—, ¿cómo te sientes?

El tipo no dijo nada, se pasó la mano por el rostro para secarse el agua que le resbalaba por su frente y mejillas, y después se incorporó un poco con sus codos.

—Mi nombre es Colin, y mi compañero se llama Bradley. Te hemos sacado del río.

Bradley tenía el semblante cubierto de preocupación. Colin notó que había levantado una roca del suelo, queriendo pasar inadvertido.

—Yo...—dijo el individuo y fue interrumpido por un ataque de tos. De su nariz y garganta salían varios hilillos de agua— Tengo frío, mucho.

Bradley le dio sus prendas secas para que se cambiase. El individuo estuvo temblando de frío unas dos horas antes de entrar en calor. Le dieron de beber un poco de vino. Esto le devolvió más el color a su rostro. Cuando pudo

dominar el castañeteo de sus dientes, el hombre habló.

— Gracias— fue su primer palabra—. No sé cuánto tiempo estuve “viajando” en la corriente.

— ¿Cuál es tu nombre? – preguntó Bradley quien ya se hallaba más relajado al ver la expresión del rostro del desconocido. La misma que podía tener un niño que comprendía por vez primera que se había convertido en huérfano. Nada de la imagen de un tipo duro se reflejaba en él.

— Pearce— dijo el hechicero. Su estado de ánimo se había desplomado cuando su mente recordó los últimos eventos. Ya no iba intentar ocultar quien era. Que la tierra se lo tragara si fuera por él.

— Encantado Pearce. Yo soy Bradley y éste gracioso tipejo es Colin.

Pearce asintió. Tenía la cabeza baja y una mirada de impasibilidad que escondía su desolación. Ninguno de los músicos podía apostar que el hombre podría repetir sus nombres si se lo preguntaran.

— ¿Sabes? Nos pareció interesante la manera en que apareciste en la corriente – dijo Colin—. Al principio solo se produjo una especie de remolino, después el agua se elevó, volvió a descender y ¡pum!, tú apareciste.

Un silencio prolongado. Pearce tomó otro trago de vino. Por más que se hubiese tomado una botella de veneno si se la tendían, Pearce tuvo que admitir que la bebida tenía una soberbia calidad.

— ¿Qué vino es este? – preguntó el hechicero olisqueando el interior de la botella.

Colin miró a Bradley y se le encendió una sonrisa.

—Ah, bueno. Veo que tienes buen paladar. Estás probando un ejemplar de las mejores cosechas de la casa Cadwgan. Esa botella que tienes ahí vale para que puedas vivir cómodamente durante un par de años.

—Es buena, sí – dijo Pearce con una voz que parecía provenir de muy lejos.

— Entonces – dijo Bradley—. ¿Cómo es que llegaste al río?

—Con un hechizo – dijo Pearce—

Los dos juglares levantaban las cejas y movían los labios, incitando al otro a que dijese algo. Lo que fuese.

— Un mago, ¿eh? – dijo Bradley, y se encogió de hombros, mirando a

Colin.

— Hechicero – corrigió Pearce—. Bueno, tampoco tanto.

— Así que estabas realizando un conjuro y te salió mal.

— No, el conjuro me salió bien, lo que me salió mal fue otra cosa.

— ¿Cómo qué? – preguntó Colin y Bradley le hizo un gesto de amonestación.

— Perdí algo –soltó Pearce, luego de un largo suspiro.

— Mmmm...¿sería una grosería preguntarte qué perdiste?

— Ninguno de los dos lo entenderían –dijo Pearce, inclinándose más hacia abajo y entrelazando sus manos en la nuca.

— Pruébanos, —manifestó Bradley—. tal vez no tengamos la capacidad de un hechicero, pero sabemos muchas cosas. La música nos permite conocer diversos fenómenos del mundo.

Luego de otra pausa, Pearce levantó la cabeza y miró a Bradley.

— ¿Qué dirías si te revelo que existe algo en este mundo que no esta hecho con ningún elemento con el que están formadas todas las cosas?

Bradley estuvo masticando la pregunta antes de contestar. Sin embargo, Colin, que no estaba acostumbrado a meditar antes de hablar, se le adelantó.

— Esa está difícil, ¿no Brad? Veamos. Se me dan bien las adivinanzas.

— Eso es mentira – dijo Bradley —, y lo que dijo no fue una adivinanza.

— Claro que sí. Reconozco una adivinanza. Mi madre me contaba siempre adivinanzas. Está bien, nunca fui muy listo para encontrar las soluciones, pero puedo saber cuando algo es una adivinanza.

— Tu madre fue una muda toda la vida y además me dijiste que era retrasada.

— ¿Quién recuerda todos los detalles, siempre? – preguntó Colin, levantando los brazos.

— Yo –contestó Bradley.

— Bueno, basta –dijo Pearce, y luego, mirando a Colin—. No fue una adivinanza, sino una pregunta.

— Pues te confieso que si existe algo como lo que dices, realmente me gustaría verlo. Un elemento que no está hecho con ningún material conocido. Algo realmente notable. Se podría componer docenas de canciones sobre algo tan inusual.

— Único – corrigió Pearce

— ¿Perdón? – expresó Bradley

— Único, no inusual. Algo único. A lo mejor es el único elemento del que podríamos afirmar verdaderamente que es único.

— Y dime – dijo Colin —, además de ser algo único, ¿qué otras cosas puede hacerse con ese elemento?

— Eso es lo que yo iba a averiguar—respondió Pearce—, pero las circunstancias me lo impidieron. Ahora ya no importa. Creo que nunca más lo tendré en mis manos.

— Si te sirve de consuelo... – dijo Colin

— Colin, no— interrumpió Bradley

— Si te sirve de consuelo –repitió Colin, lanzando una mirada despectiva a su compañero—, las circunstancias no existen.

— Ahí vamos de nuevo –se quejó Bradley, palmeándose las piernas.

— Tú cállate. Que seas un miserable, no quita que hagas a los demás tan miserables como tú.

— Mira, Pearce – prosiguió Colin—, lo que tú llamas circunstancias no son en realidad más que eventos que se encaminan hacia una salida que estuvo predeterminada desde un comienzo.

— No te ofendas amigo – dijo Pearce—, pero eso que dices mejor enséñaselo a un príncipe ignorante o alguna prostituta para que caiga rendida con tus palabras y no te pida ni un cobre. Para mí son habladurías baratas usadas para levantar el ánimo de los pobres diablos.

— Si sirve para levantarte el ánimo – dijo Colin, enfatizando sus palabras—, entonces, qué importa si son habladurías.

— Colin, pedazo de idiota— lo reprendió Bradley—, este tipo es un hechicero y tú le sales con ese cuento de que todo tiene una razón de ser. ¿Qué esperabas?

— A veces la inteligencia no lo es todo –gruño Colin, dando media vuelta y tomando la guitarra que había dejado apoyada contra la roca usada como asiento.

Luego de que Colin se hubiese sentado, mirando hacia el río para rasgar las cuerdas de su instrumento, Bradley se sintió menos avergonzado por su amigo ante el hechicero. Era la segunda ocasión en su vida que se le presentaba para hablar con alguien que conociera y usara la magia. Estos tipos no eran dados con las personas comunes. Se la pasaban la mayor parte de su vida en sus torres, estudiando y practicando sus conjuros y las únicas veces

que alguien tenía el privilegio de presenciar un acto mágico era en épocas de guerras, cuando algunos hechiceros discutían con el rey los preparativos para las defensas mágicas de las ciudades. En esas ocasiones, luces, resplandores, corrientes eléctricas se sucedían como relámpagos en muy poco tiempo, y aquellos que alcanzaban a ver ese espectáculo brevísimo, reafirmaban la imagen que tenían de los magos y hechiceros. Tipos con los que mejor no había que tratar. Que se quedaran en sus torres y que hicieran bien su trabajo cuando la situación lo requiriese, pero era mejor dejarlos en paz, y solo tocar a sus puertas, en caso de extrema necesidad. La magia era algo maravilloso para el hombre común, más aún que las extrañas criaturas que habitaban los bosques, cavernas o pantanos. Sin embargo, la magia también despertaba las más oscuras sospechas de que las calamidades de este mundo eran ocasionadas por ella, por los experimentos fallidos de los que la practicaban. Bradley, como músico que investigaba e indagaba, estaba muy al tanto de eso. Si la primera oportunidad que había tenido para cruzar algunas palabras con un mago no había sido tan provechosa, esta vez tenía pensado sacar más partido con el hechicero.

Desgraciadamente, a Colin se le ocurrió que ese era el momento para empezar a ensayar.

— En las calles de Daga, el pastor se ha escondido
Las tabernas cerradas, ya no reciben a los sedientos
Los artesanos abandonaron de inmediato sus instrumentos
Y el llanto de los niños presiente el sufrimiento.

— ¡Vamos! – dijo Colin después del último verso—, ven Bradley. El día no nos esperará. Y tú, Pearce, haznos el honor de ser el primero en oír la balada de las piernas largas.

— Creí que habíamos estado de acuerdo en llamarla “El último golpe de Assik” –dijo Bradley cruzándose de brazos.

— Para ser un investigador, tienes muy poca memoria. Tú te reíste cuando propuse la balada de las piernas largas.

— ¿Y? ¿Eso que tiene que ver?

— Que cuando te ríes, eso es señal de que aprobaste algo...tú sabes... una risa zanja la cuestión.

— Lo que acabas de decir es muy estúpido, Colin— dijo Bradley llevándose la mano a la frente.

— Ensayemos de una vez— insistió Colin.

— ¿Quieres quedarte?— le preguntó Bradley a Pearce.

El hechicero parecía estar atrapado en su propio mundo. Si la ausencia pudiera representarse con una imagen, esa sería la de aquel hombre sentado en un sitio del que ni siquiera estaba enterado ni había pedido enterarse. Colin entendió que no serviría de nada volver a preguntar. Era una lástima, el músico quería saber sobre la magia, sobre el mundo secreto de los hechiceros, sobre lo que ocurría dentro de una torre de hechicería. Pero en especial quería aprender todo lo que concerniera a los conjuros, de qué estaban hechos, las palabras que los activaban, los efectos que producían. La desilusión le hizo abandonar el cuestionario que tenía preparado y en cambio tomó su flauta y buscó un sitio cerca de Colin. En parte, su amigo tenía razón. Tenían que terminar de ensayar. La osadía del príncipe debía ser realzada si no querían terminar en una mazmorra, boca abajo, con los testículos dentro de la boca.

—Bueno, veamos cómo quedó – dijo Bradley, lanzando algunas miradas hacia Pearce, que continuaba enterrado en su silencio.

— Desde el comienzo – indicó Colin

— En las calles de Daga, el pastor se ha escondido
Las tabernas cerradas, ya no reciben a los sedientos
Los artesanos abandonaron de inmediato sus instrumentos
Y el llanto de los niños presiente el sufrimiento.
Los soldados esperan que la orden sea dada,
Los arqueros, sus flechas tensan, resguardados en las almenas
El general de Assik siente el peso de los años en su pecho,
Porque sabe que su señor les ha quitado su honor.

¡Qué las puertas sean abiertas!, se oye el grito del vigía.
Y el suspiro de mil valientes se enciende en uno solo,
¡Bienvenido sea el salvador de Cadwgan! ¡Bienvenido el príncipe Greg de Cadwgan!

Son las voces de los pobres, son los gritos de los niños, son las alegrías de los daguenses abatidos.

Las lanzas tocaron el suelo, las espadas se envainaron y los arcos descendieron.

La victoria era de Cadwgan y la salvación, de todos.

Cuando terminaron, los dos músicos asintieron. Había sido su mejor versión. Colin había cantado con la garganta de las musas. Cada palabra tenía una vida única que calaba muy en el fondo de las sensaciones. Bradley tenía

que admitir, que el hijo de puta no solo tocaba con maestría las cuerdas de su guitarra, sino también esas cuerdas que despiertan los sonidos que yacen mezclados y confusos en el interior y que solo el arte sabe cómo hacer aflorar. Por su parte Bradley, lo seguía con la flauta, brindando esas ondas de fondo que acompañan a las vibraciones de la guitarra y la voz del cantor, pero no sería nada sin Colin. Él lo sabía y Colin también. Sin embargo, Bradley era el de las ideas, quien componía la historia que Colin usaba para cocinar su obra maestra. Ambos habían quedado tan satisfechos que se habían olvidado de Pearce. Pero cuando el fantasma de la belleza se debilitó, Bradley observó que el hechicero los observaba absorto con el rostro entre las manos.

— ¿El príncipe de Cadwgan?— preguntó Pearce, mordiendo sus palabras
— Sí— dijo Colin—, es el héroe de la historia. Bueno, eso es lo que él cree, pero Bradley piensa lo contrario.

— Es un fraude, como casi todos los estúpidos de la realeza. Pero esos fraudes son los que nos dan de comer y nos hacen famosos. Y ser famoso es algo muy importante en la vida de un músico. Claro, si no quieres ser un vagabundo que se hospeda en un gallinero por las noches.

— Ustedes compusieron esa canción para el príncipe de Cadwgan – la afirmación de Pearce tenía el tono de una pregunta.

— Se celebrará en cinco días el casamiento del príncipe con la princesa Alissa de Fabia. La boda terminará con una rivalidad económica de hace décadas. Los comerciantes, campesinos y trabajadores están eufóricos. Están tan contentos por esa unión que se podría pensar que son ellos mismos quienes se casan.

— En Cadwgan está el Círculo de Magos de la Estrella Rampante.

Pearce parecía estar hablando para sí mismo. Bradley lo observaba, pensando en que tal vez sería buena idea brindar algún tipo de ayuda. De ese modo tendría la oportunidad de recabar toda la información que necesitase. Los magos y hechiceros podían ser muy reservados pero Pearce parecía ser el tipo de sujeto que mostraba cierta negligencia con algunas cosas. Después de todo, lo habían encontrado casi muerto en la corriente de un río, tan abandonado como una puta encontrada degollada en un callejón.

— Sí, exacto –dijo Colin—. Esos tipos son bastante raros. Se la pasan haciendo mediciones del cielo y experimentos para obtener la magia que existe más allá del mundo. Según ellos es la magia más pura y la más poderosa que existe. Pero de acuerdo a los rumores aún no han

conseguido nada. Sin embargo el rey los protege porque piensa que en algún momento brindarán conocimientos valiosísimos que ayudarán a engrandecer el imperio.

— Pero su hijo no tiene la misma opinión del padre – intervino Bradley—. Según algunas fuentes cercanas a él, al círculo de magos le quedaría poca vida, cuando Greg asuma el trono.

— Las rencillas de los hombres por su corona me tienen sin cuidado – manifestó Pearce—. Pero sí me interesa algunas cosas de ellos.

— ¿Cómo qué? – preguntó Bradley

— Ustedes están cerca del rey, y el rey guarda una buena relación con el círculo de la Estrella Rampante. Necesito llegar a ellos.

Pearce se puso de pie cuando dijo esto último. Era un hombre que había renacido. La ansiedad de alguien que espera llegar pronto a un lugar desde donde su vida mejoraría, lo había llenado de energía. Miraba con asombro y sus manos se crispaban como si estuvieran a punto de quebrarse.

— Espera, no podemos hacer...— alcanzó a decir Colin hasta que Bradley lo detuvo haciéndole una señal con la mano.

— ¿Si conseguimos que veas a los magos del círculo, podrías hacer algo por nosotros? – preguntó Bradley inclinándose y dejando caer su flauta al césped húmedo.

Colin había fruncido el ceño y pensaba hacia dónde estaba yendo su amigo. La curiosidad era la pasión que alimentaba su vida y sabía cómo se ponía cuando las puertas que le abrían nuevos conocimientos se le cerraban. A lo largo de su vida muchos le habían prometido revelarles importantes secretos de la historia de algún poderoso, del mundo de la magia, de las palabras arcaicas de alguna deidad que servían para realizar maravillas, de ubicaciones de tesoros en lugares arrasados por la guerra, en fin, toneladas de engaños que Bradley creía porque sabía que el mundo era un lugar incierto, que escapaba al entendimiento de cualquier mortal, por más inteligentes y sabios que estos fuesen. Sin embargo, esa fe puesta en esos engaños lo golpeaba duro cuando caía en la realidad. Colin lo salvó de varias ocasiones en que Bradley había decidido que lo mejor era terminar con todo de una buena vez antes de ser el blanco de otra broma pesada. E inclusive en una de esas ocasiones,

Bradley quiso desquitarse con él, y si no hubiera sido por lo débil que había estado su compañero después de unos días de mala alimentación, Colin jamás hubiera podido zafarse de las manos alrededor de su cuello. Por eso, al ver a su amigo forzar su entrada a un territorio que nada tenía que ofrecer a un aficionado al saber, quiso detener todo allí, pero Bradley no lo hubiera dejado. Cuando su entusiasmo se despertaba lo mejor que podía hacer era estar a su lado para evitar la dura caída.

— Si me llevan con el Supremo Mago, sabrás hasta qué usan los hechiceros para limpiarse el culo.

— Bradley, ¿por qué no esperas un poco? —intervino Colin—, sabes que si bien el príncipe nos tiene en buena estima, no creo que acceda a que un extraño, quien parece estar metido en algo complicado, no te ofendas Pearce, tenga una entrevista con el Supremo Mago. Vamos, si sabes que hasta el rey en persona no se reúne con el Supremo, sino solamente cuando éste así lo dispone.

— No le preste atención a mi compañero —dijo Bradley sin apartar los ojos de Pearce—, se toma el asunto de la etiqueta y la condición social muy a pecho. He visto al rey borracho, bromear con sus esclavos mientras miembros extranjeros de la realeza miraban horrorizados el espectáculo. Créeme Pearce, si yo hablo con el rey, no tendrás ningún problema en entrar al círculo. Es más, hasta seguro que puedes hospedarte en el palacio hasta que el Supremo acceda a atenderte.

— Haz eso —dijo Pearce—, y no sabrás que hacer con tanta información. Pero te advierto, tienes que ser prudente con lo que sabrás. Ahora mismo los hechiceros están buscándome para eliminarme y quitarme el objeto que perdí. Debo tenerte al tanto de que si te descubren conmigo, tu vida valdrá lo mismo que una hormiga aplastada por la rueda de un carro.

— Espera, espera —dijo Colin poniéndose de pie, con el rostro pálido de miedo—. Creo que ya tuvimos suficiente. Pearce, mucho gusto en conocerte pero tenemos que irnos. Mucha suerte con todo, pero nosotros queremos seguir viviendo, ¿no, Brad?

Las últimas palabras fueron pronunciadas con un temblor en la voz. Colin preveía la respuesta más probable de su amigo pero rogaba a todos los dioses en los que no creía que Bradley entrara en razón, no ya por la vida de él, sino por la suya propia. Bradley se puso de pie y se acercó a Pearce. El hechicero también se levantó. El bardo le tendió la mano y Pearce la estrechó.

— Lida Bughta Ak – pronunció Pearce.

— ¿Qué es eso?— preguntó Bradley, con una sonrisa

— Es tu pase libre a la torre de hechiceros de Rodam.

VIII

—Te digo, padre, esa sanguijuela Gunnar nos está cobrando más de impuestos que a los otros reinos menores del norte. —dijo Greg Vannagan, el primer hijo del rey Argus Vannagan, soberano de Cadwgan.

—Es una tarifa razonable— contestó su padre acariciando la cabellera rubia de su nieta que estaba divirtiéndose con una muñeca, haciéndola caminar y saltar del suelo a los apoyabrazos de la silla que ocupaba Argus — Los otros reinos no comercian las mismas cantidades de trigo y avena que nosotros, además muchos de ellos han estado en guerras internas que ha afectado profundamente a su economía.

—Ese no es nuestro problema — sentenció Greg—, si los reyes de la costa quieren disputarse las rutas marítimas, allá ellos. Es una afrenta de ese pobre diablo que está sentado en su cómodo trono con su tetona. Digo, por los dioses, si hubiese dependido de él, todavía estaría en su casucha golpeando a su esposa e hijos para que llevaran más peces a la mesa.

—Mermaid Rest es nuestra más grande importadora de peces.— dijo Argus Vannagan— Sus habitantes son muy reacios a ser gobernados por alguien que nunca ha vivido frente al mar. Cuando envié a Thoring a gobernar, no estuvo ni dos semanas por el olor a pescado podrido que se filtraba a su habitación todas las noches y los asesinatos de los guardias que se producían día por medio por asesinos pagado por los mercaderes. Sí, Gunnar es un idiota, pero mantiene las rutas limpias de enemigos hasta las ciudades del otro lado del Mar Fondeado. Las ganancias que provienen de sus ventas nos reportan grandes intereses con cada viaje. Así que está bien sangrar un poco por unos impuestos de mercaderías que nos sobran, si estos le brindan una ilusión de grandeza a Gunnar y nos hace parecer justos frente a nuestros reinos tributarios más inestables.

Greg entendía la política de su padre muy bien. El rey se había encargado de que su hijo tuviese una mejor educación que la que él mismo había tenido. Por eso hizo traer de Muadhati, al este de Naphatek a los mejores tutores para que enseñaran a su hijo todo lo concerniente en el arte de gobernar un imperio. Muadhati era reconocida en todo el mundo por ser un reino ilustrado, formadores de científicos, pensadores e investigadores. Si se había producido un adelanto en las técnicas agrícolas o hidráulicas, seguramente quien había

sido el responsable de tal avance, había hecho su formación en una universidad de Muadhathi. Por supuesto, solo los más adinerados podían costearse el excesivo monto de la educación en esas instituciones. Hijos de reyes, y prósperos comerciantes enviaban a sus hijos a convertirse en un gran provecho para sus reinos y ciudades. Era por eso que el máximo de alumnos que las tres universidades de Muadhathi recibían por año no excedía de diez. No era que hubiese poca gente poderosa y rica en el mundo conocido, que tampoco era tanta, sino que no todos los padres pudientes enviaban a sus hijos a recibir una educación que prescindiera del elemento religioso en el que ellos creían firmemente. Muadhathi se jactaba de ser, ganándose el odio de muchas naciones imbuidas de un gran sentido de la fe, una ciudad de hombres capaces de generar sus propias ideas acerca del mundo y de su propia vida, liberándose o desentendiéndose (a veces más lo último que lo primero) de las tradiciones a las que las generaciones anteriores habían estado sujetas, según una idea imperante de los académicos de Muadhathi, “como ciegos guiados por un necio”.

Estaba bien, los rumores que corrían acerca de su tendencia a las prostitutas y excesos y sus repetidas ausencias en el campo de batalla, tenían algo de razón, pero bueno, eso no le impedía ganar las batallas. Según él, con un ejército bien entrenado y generales leales, expertos en la dirección de numerosos grupos de unidades, un rey podía sentarse y disfrutar del espectáculo mientras una mujer le chupaba el pene. Además, Greg había aprendido acerca de la burocracia inherente al trabajo de gobernar, había profundizado en el pensamiento del pobre y el campesino como elementos necesarios que servían como base al sistema de producción del reino, se había reído a carcajadas con la función de la nobleza que servía para mantener a raya los excesos de un monarca inescrupuloso y a la vez de extender por los siglos la sangre de los padres fundadores y conquistadores de Gimm. Había comprendido cómo el oro convertía a un pobre diablo ignorante en un posible contendiente a la corona si este se armaba con un ejército de mercenarios y empezaba a azotar a sus vecinos más débiles. El comercio no solo propiciaba el crecimiento de los reinos, sino que servía como guía para expandir la cultura o traer los conocimientos de tierras remotas. Conocimientos que muchas veces podían significar una ventaja para el imperio y otras muchas, el germen de una futura revolución.

Greg también entendía que la tecnología era un punto muy importante en el desarrollo de una nación. Y que si uno pretendía protegerse de las invasiones

y de las incursiones de elfos que no cesaban ni un año en querer exterminar a la humanidad en cada porción de terreno que ocupara, entonces Greg debía promover el desarrollo de mejores armas y armamentos más resistentes. Uno no solo podía depender del escudo mágico de los hechiceros del reino. En los últimos tiempos, la magia protectora había demostrado estar perdiendo la fuerza que había poseído en las batallas legendarias de sus antepasados. Tal vez se debía a la incapacidad o impericia de los nuevos aprendices, o el hecho de que eran cada vez menos, ya que los maestros solo reclutaban a aquellos que pasaban unas duras pruebas para acceder al conocimiento de la manipulación mágica y de los arcanos. Y estas pruebas expulsaban a más de los que promocionaban. Tampoco era para atribuirles todos los fracasos a los hechiceros. Lo que sucedía era algo que ningún maestro quería admitir que los elfos dominaban la magia de un modo más natural que los seres humanos. Eran más prácticos. Para ellos la magia era lo que para el herrero es el metal y el fuego. Incluso las hordas de orcos que enviaban para luchar poseían uno de esos estúpidos cerebros de vaca lanzando algún hechizo contra la infantería de Cadwgan o las defensas de su ciudad, cosa muy frustrante para los hechiceros porque los escasos que había, debían debilitar las defensas para atacar al hechicero de los orcos.

En los últimos cien años, la alianza cada vez más consolidada de orcos y elfos por el exterminio de la humanidad era el flagelo y el miedo de cada hombre y mujer que se alejara mucho del cuidado de su ciudad. Por supuesto, no todas las comunidades tenían la suerte de estar bien defendidas. En algunas ni siquiera había un hechicero, por esa manía de los mismos en buscar la perfección en sus acólitos. Esa era otra de las razones por las que Greg peleaba mucho con su padre. Le había insistido en diversas ocasiones exigir a los hechiceros que fuesen más flexibles con sus aprendices pero su padre creía que ese era un campo en el que no debía intervenir. Argus era de la idea de que cada campo de saber tenía sus expertos, y nadie mejor que ellos podían resolver las cuestiones que les competían. Además, le decía su padre, los hechiceros eran personas muy celosas de su arte. No les caía nada bien que los legos le cuestionaran sus métodos en ninguna de sus acciones. Por eso le incordiaban los hechiceros, cada vez se alejaban más de los asuntos del reino, aunque sus hechiceros vivieran a costa de éste.

A veces, Greg no entendía como su padre no ponía en práctica la mayoría de ideas que él tenía para aplicar en el gobierno del reino. ¿Para qué había traído maestros del otro lado del mundo si lo iba a seguir tratando como a un

pedante que solo viviera en las fantasías de su cabeza, incapaz de ver la realidad del imperio?

Greg sabía que Gunnar les estaba robando y seguro se regodeaba de eso con los ignorantes pescadores que le rodeaban en aquel pueblo maloliente. Su padre podía decir lo que quisiera con respecto a los beneficios que le reportaba dejar a Gunnar creerse la gran cosa, pero Greg no lo iba a tolerar. Si tan solo... Su madre le daba la razón en todo y en más de una ocasión intervino a su favor ante su padre para que Argus empezase a dejar algunos asuntos del reino en sus manos y menos en las de sus consejeros que ya estaban viejos y se habían vuelto poco propensos a los cambios. Greg admiraba a su padre. El hombre había traído la prosperidad a Cadwgan luego de una seguidilla de varias décadas de gobernantes incapaces y corruptos que casi habían hecho desaparecer a la ciudad del mapa de Gimm. Su padre fue un general joven que había decidido volverse contra su rey y con un grupo de soldados leales organizó un golpe que había desterrado al gobernante para tomar la dirección del reino. A la familia del anterior rey se les permitió continuar viviendo entre la nobleza pero se les arrebató todos sus derechos a la corona. Desde entonces, su padre llevaba un gobierno de veinte años, que fue lo que le bastó para elevar a Cadwgan como reino dominante de todo Gimm.

Sin embargo, Greg había comenzado a pensar que no todas las decisiones del rey eran acertadas. Si él estuviera en su lugar, haría algunos cambios. El príncipe sabía por los libros de historia que se había devorado y las enseñanzas de Heritato, su maestro de Imperio y Leyendas, que en muchas circunstancias los herederos del trono se habían encontrado a un solo paso de asesinar a sus progenitores y coronarse reyes por la vía rápida. Muchos habían dado ese paso, más de los que uno pudiese imaginar. Solo una porción muy pequeña en la historia, había elegido el otro paso, más complejo pero inteligente a la larga, porque era a la larga cuando los rencores de los infelices se acumulaban como en las aguas de un lago, hasta que por fin se derrumbaban y arrasaban con todo lo que se había construido. Greg quería actuar inteligentemente solo que a veces... Su padre podía ser muy terco. Aún con esa actitud de benevolencia y comprensión que utilizaba cuando hablaba con él, como si Greg estuviera recitando un poema muy bonito para darle un aplauso al final como si fuera solo un actor que jugara bien su papel con objetos de utilería. Cada negativa de su padre de actuar de acuerdo a sus planes lo acercaba más a dar el otro paso. Lo de Gunnar era un golpe más que

recibía su orgullo entre otros golpes que le habían hecho sangrar, pero, como quien dice, fue la pequeña gota que rebasó el vaso. Greg estaba dispuesto en hacer sentir su descontento a Gunnar. Quería mirar a su rostro y ver como su arrogancia prestada se tornaba en una mueca de espanto. Alguien debía hacerle ver a ese poblado de pescadores, que si no fuera por el dinero que Cadwgan les había dado para que construyeran la flota más poderosa de la costa este, todavía seguirían peleándose con sus vecinos por unas pocas almejas, cangrejos y bacalaos. Pero sobre todo, le mostraría a Gunnar que la única razón por la que estaba engordando en el palacio construido por uno de los mejores maestros albañiles de Cadwgan, era porque Greg Vannagan lo permitía.

Su escudero le había informado que los caballos ya estaban listos, al igual que los tres mercenarios contratados. No iba a llevarse ninguno de sus hombres. No sabía quién de ellos era más leal a su padre que a él. Con los mercenarios, se evitaba tener que preocuparse de los espías o los mensajes secretos que podían llegar hasta su padre para revelar la desobediencia de su hijo. Le había dicho a su esposa que se quedaría despierto estudiando algunas cuestiones concernientes al presupuesto de la corona para la construcción de nuevas carreteras y se había despedido sin besarla, como hacía desde que supo que esa mujer iba a ser su esposa. Todavía no habían consumado su unión, eso iba a ser después de la boda, sin embargo a Greg no le apetecía tocarla. Era hermosa, un rostro pequeño de facciones delicadas, tan frágil y discreta que podría ser la envidia de todos los hombres. Pero estaba la cuestión de que era suya por una formalidad burocrática y eso le hacía perder todo su atractivo para Greg. Allí no habría prohibición, ni desafío, ni el temor y la ansiedad de estar follando con alguien que puede matarte o meterte en problemas con la corte, o con un marido noble, celoso que se iría a quejar al rey por la afrenta cometida. Solo era su esposa, la mujer en la que plantaría su semilla para traer los herederos y extender la sangre de la familia. Greg se había vestido de forma sencilla. Una camisa blanca y encima una chaqueta verde, unos pantalones holgados al estilo de los hombres salvajes, del color de la piel. Además la chaqueta contaba con una capucha para esconder su rostro. Lo más difícil sería salir del palacio sin ser visto. Greg tenía que internarse en unos túneles que estaban a la altura de las mazmorras y caminar unos doscientos metros hasta salir por una puerta enrejada que daba al jardín imperial, allí lo estarían esperando los mercenarios con su caballo ensillado y listo para partir. Hasta ahí no había problemas, solo que la puerta que daba a

las mazmorras estaban custodiadas por guardias y adentro, el jefe carcelero era un viejo tuerto al que no se le escapaba ni las cagadas de las ratas en sus prisiones. Además dormía un par de horas de día y luego se dedicaba a custodiar a los presos y entretenerse con la bebida, no tanto como para que esta se convirtiese en una ventaja para Greg. Pero Greg había estado investigando en los planos del palacio y había descubierto que existía una manera de llegar a los túneles sin pasar por las mazmorras. En la cocina había un agujero en la pared con el tamaño suficiente para que entrara un cuerpo de mediana complexión. Este agujero se usaba para arrojar la basura hasta un incinerador que estaba encendido mientras ocupaban la cocina. Generalmente a la hora de la cena lo apagaban, pero había ocasiones en que el rey o los consejeros se quedaban hasta altas horas de la madrugada discutiendo planes de acción para una guerra o cuestiones políticas, entonces los cocineros debían hacer funcionar normalmente la concina y seguir al otro día, sin descanso para el sueño. Esa noche, la cocina estaba tan vacía como los corredores del castillo. Greg se puso en marcha. Caminó hasta la cocina que estaba en la planta baja, y se deslizó a la oscuridad del interior, encendió la vela que llevaba consigo y buscó el agujero de la basura. Desde allí estaría completamente a oscuras hasta llegar al enorme contenedor, donde las llamas pulverizaban los desperdicios. Comenzó a descender muy despacio por el interior del tubo, resbalándose con sus manos y pies. No parecía tan difícil. Greg podría ser todo lo libertino que el vulgo quisiera, pero su condición física no era nada deplorable. Así como entrenaba su cabeza para los asuntos del reino, se preparaba en el arte de la lucha y la sobrevivencia desde muy chico. Descender por el hueco de un castillo era algo que podía sortear si se andaba con cautela. Cuando había bajado unos tres metros, Greg escuchó un ruido que provenía de arriba. Alguien había entrado en la cocina y encendido la candela. Un tenue resplandor se había colado por el hueco de la basura. Greg había detenido su descenso hasta saber si lo que ocurría en la cocina estaba relacionado con su salida encubierta. El único que sabía de sus planes era su escudero, y los mercenarios, incluso estos no sabían todo, solo tenían que estar a la salida de tal puerta de hierro en el jardín del palacio para esperar a las persona que ya les había pagado. No quedaba otra opción que pensar que quien fuese no tenía nada que ver con él.

— Si tuviese las agallas – dijo la voz de una mujer—, le pondría veneno a su té.

Greg escuchó un ruido de trastos al chocarse y algo metálico que caer en el

piso empedrado. Todo se oía mejor que si estuviese en la cocina. De pronto oyó como algo caía rebotando por las paredes y le pasó rozando sus mejillas dejándoselas húmedas. Seguramente algún resto de comida. Greg abrió enorme los ojos y contuvo el aliento. Si a la cocinera se le ocurría prender el incinerador en ese momento, el calor podía... Esperó unos segundos más. Su mente estaba parte en blanco y parte atenta a cada movimiento de la cocinera que hablaba consigo misma mientras esperaba a que el agua hirviese.

—¿Qué te parece una tacita de agua hirviendo en tus bolas, su Majestad? — preguntó la cocinera en un tono que imitaba a las de las altas damas, e incluso las superaba en musicalidad.

Pasos, platos y copas tintineando, más pasos, gruñidos, juramentos, amenazas, más pasos, el burbujeo del agua de la caldera y el crepitar de las llamas al devorar el carbón. Finalmente la luz disminuyó porque el fuego que alimentaba la caldera se extinguió. La cocinera sirvió el té. Greg oyó el sonido del agua al caer en la taza.

—¿Qué haces aquí animal del demonio? — gritó la concinera.

Un maullido. Seguramente la gata de Gwen que le encantaba merodear cuando nadie estaba cerca. Su sobrina amaba ese animal. Le había puesto Lady Viana, como la cortesana de Fabia que se puso la armadura de su marido y guió a su ejército en la defensa de la ciudad hace más de ciento cincuenta años. Lady Viana era muy silenciosa y Gwen se pasaba más tiempo llamándola y buscándola que jugando con ella. Era un animal solitario y el lugar del castillo que más frecuentaba era la cocina.

—Hoy tu pequeña dueña te estuvo buscando todo el día. Hasta se largo a llorar porque nadie podía encontrar a su peluda amiga. ¡Ven aquí!

Otro maullido, unos pasos acelerados y el estallido de un vaso al romperse.

—¡Aja!— exclamó la cocinera—, no eres tan difícil de atrapar. Lo que ocurre es que yo soy más rápida que esa chiquilla consentida. Ahora veamos.

Los pasos crecieron hasta detenerse en el hueco de la pared.

—¿Qué ruidos harías si te arrojó hacia abajo? — preguntó la cocinera— Seguro que caerías parada, pero ¿podrías caminar sobre las llamas y saltar fuera de la caldera antes de convertirte en carne asada?

Luego se escuchó una pausa. Fue ese, para Greg, el sonido más peligroso de todos los que había escuchado hasta entonces. De más abajo le vino un chirrido, como el de un portón de metal oxidado al abrirse. “Hija de puta”, pensó el príncipe. Todo lo que estaba haciendo era para tener absoluto

anonimato de su viaje a Mermaid Rest. Su padre no tenía que enterarse de su visita a Gunnar. No, hasta después de arreglar las cuentas con ese idiota. Cuando su padre viera los resultados, podía hacer lo que se le antojara. Pero Greg podía apostar su vida a que lo único que saldría de la boca del carcamal de su padre, serían felicitaciones y tal vez esa fuese la prueba definitiva de que ya era hora de dejar el manejo del reino a su hijo mayor. Pero morir calcinado por las llamas no estaba en el plan. En ese, ni en ningún otro. Tenía que subir de nuevo y salir antes de que el gato cayera sobre su rostro rasguñándolo y saltando para salvar su vida. La mascota de Gwen pasó del inocente maullido al feroz gruñido. A Greg le temblaron las piernas cuando oyó el aliento de las llamas al despertar. La yesca accionada a distancia desde la cocina había encendido el incinerador. Greg, jurando decapitar a esa bruja cuando saliera, trepó una vez.

— Su majestad dice que te apures con ese té— se escuchó apenas provenir desde otro punto en la cocina. Era la voz del mayordomo del rey.

Como una respuesta inmediata, las llamas del incinerador murieron con la misma rapidez con la que habían sido conjuradas. El gato lanzó un chillido y la cocinera lo soltó diciéndole que se fuera de allí. El mayordomo le dijo que dejara de jugar con el animal y llevara de una buena vez ese té. La cocinera rezongó palabras inentendibles y sus pasos se perdieron en la distancia. Después de unos segundos todo volvía a estar en completo silencio. Tenía que seguir bajando. Luego de cinco metros, Greg llegó al final. Había estado treinta minutos dentro de ese tubo de piedra, y esperaba no volver jamás a él. Cayó sobre el carbón del incinerador. Se veía algunos trozos con un ligero resplandor rojo del reciente fuego que habían recibido. Saltó fuera del gran caldero y encendió su vela para encontrar la salida. Detrás de unas cajas, bolsas repletas de carbón y trozos de leña, estaba la puerta dibujada contra la pared empedrada. Era una pequeña puerta de menos de un metro de altura, cerrada hacía siglos. De los resquicios salía un bosque de telarañas. Nadie había usado esa abertura, quizás desde los primeros tiempos de la construcción del castillo. Esa puerta salía a mitad de un túnel que llevaba directamente al jardín, luego de dar algunos rodeos que a Greg, arquitectónicamente le resultaban innecesarios. A lo largo de esos sinuosos caminos había muchas puertas, algunas falsas otras que llevaban a varios puntos del castillo. Quizás lo habían hecho así para

confundir al enemigo en el caso de una invasión, para darle al rey y a sus familiares, más tiempo para escapar. Greg sabía en qué puertas entrar y en cuáles no. Recordaba muy bien los planos. Anduvo con una caminata rápida. Tampoco había por qué correr. No le parecía que se hubiera retrasado mucho. Los mercenarios podían esperar. Había sido muy generoso con la paga. Greg entraba y salía a pasillos húmedos y mohosos. El olor a encierro y a agua estancada se olía en cada recodo. Finalmente llegó hasta el tramo final. Una puerta del mismo tamaño que la que estaba en la sala del incinerador lo llevaba a una escalera en parte hecha de piedra y en gran parte de maleza. Greg la subió, apagando la vela para salir a una noche alumbrada por una Luna enorme que se alzaba en medio de la brecha entre los muros de tierra por la que Greg ascendía.

IX

Blinda había luchado sin la menor emoción con el ogro. El monstruo era extremadamente fuerte y muy lento. Había convertido un tocón de tierra y piedra en una bola rocosa tan dura que podía lanzarse contra los muros de una ciudadela y hacer un destrozo nada menor. Esa clase de criatura tenía un vínculo ancestral con la tierra hasta el punto de que los sabios del bosque creían que si quería, un ogro podía hacer que la tierra le obedeciera. Blinda no lo había creído hasta ese día. Su rootfast no cabalgaría jamás por la tormenta ni ascendería por el embudo de un tornado. La mitad de él estaba sepultado debajo del proyectil del ogro y la dríada sabía que hacía falta comprobar sus signos de vida. Su montura no se volvería a mover. Cuando el rootfast de una dríada moría, generalmente era enterrado en lo profundo de un bosque para que de su cuerpo naciera otro rootfast que en los primeros veinte años de su vida solo sería un arbusto con las raíces enterradas en las profundidades. Luego de ese tiempo, sus raíces se transformarían en las veloces patas con las que cabalgaría en el viento y volvería con la dríada a la que pertenecía su antecesor.

El ogro no fue ningún problema para Blinda. Había sido un tiro de suerte. La tierra se había aliado con la bestia para sacar de la partida al rootfast, de lo contrario no se explicaba cómo le había acertado a una criatura que se movía como el relámpago. El ogro quiso abusar de su suerte y probar otra vez su puntería con Blinda. La dríada no le dio tiempo ni de agacharse y enterrar sus enormes manos en el suelo. Sin moverse de su sitio, le lanzó al ogro otro dardo. Esta vez el tiro fue más eficaz y la punta del proyectil se hundió en su frente. El ogro lanzó un largo grito de fastidio. Soltó la tierra que estaba levantando y se tambaleó hacia atrás hasta caer sentado. Sus dos manos cubrieron su rostro y lo refregaron como queriendo sacarse algo sucio que le corría por la cabeza. Ni una vez pensó en sacarse el dardo. Sus largos y callosos dedos lo tocaban pero seguro habría pensado que eso ya había estado ahí antes. Luego de un ronco y grave alarido que sonó como el de un elefante lamentándose de su mala suerte, el ogro cayó hacia atrás mirando sin creerse lo que estaba sucediendo. Él había estado hacía unos instantes por matar a esa dríada y ahora tenía mucho sueño. Su boca quería seguir gritando pero sus labios se abrían y cerraban sin que ningún sonido saliera de su garganta. Vio

como la dríada se paraba a su lado y lo observaba sin ninguna expresión en su rostro. Blinda se agachó y sacando un puñal de su cinturón, lo puso en la garganta del ogro.

— Mataste a mi amigo y sin ninguna razón —dijo la dríada

— Arrrgh arrgg...— fue la respuesta del ogro

— Me gustaría que me dijese por qué lo has hecho. Solo eso. Pero no puedes y ahora retornarás al río de lodo, de donde todo proviene y hacia donde todo se encamina.

Blinda pasó la hoja desde un extremo a otro y la sangre se desbordó como una pequeña catarata roja. El ogro cerró los ojos y su boca dejó entrever apenas sus torcidos y anchos dientes.

El rootfast pesaba mucho, pero Blinda pudo arrastrarlo varios metros al interior del bosque. Cuando llegó al punto donde dejaría descansando a su montura hasta que la próxima despertara, estaba exhausta. Pero no se detuvo hasta que el animal estuvo dentro de su tumba de tierra. Blinda amasó un poco de tierra y se lo metió en la boca. Luego lo escupió sobre su mano y lo depositó sobre la tumba de su compañero. De esa manera, cuando el próximo rootfast creciera, sabría encontrar a su ama. Blinda sabía que también tenía que mojar la tierra con sus lágrimas para darle suerte al rootfast contra depredadores o las inclemencias del tiempo, pero ni una gota surgía de su interior. Claro, la entristecía no poder contar más con su montura para viajar rápidamente de un punto a otro, pero ya conseguiría otra manera. Se dio cuenta que la pérdida del animal no la afectaba por sí sola. Eran las ventajas que tenía el viajar en un animal veloz lo que echaría de menos. ¿Quería decir eso que nunca le agradó el rootfast y por eso no manifestaba ningún sentimiento por su muerte? Blinda no se supo contestar esa pregunta. Cuando entendió que ya estaba todo hecho, se puso de pie. Tal vez las lágrimas vinieran luego, pero seguramente ya se hallara muy lejos de allí. Ahora tenía que rastrear al mago. Volvió al arroyo donde lo había visto por última vez. Encima de su cabeza escuchó el graznido de los cuervos que ya se estaban avisando sobre el enorme festín que le habían dejado allí abajo. Algunos comenzaron a descender.

—Un succulento ogro para ustedes, chicos – dijo Blinda—. Yo invito.

Hizo algún examen del suelo, para encontrar las pisadas del mago, pero las mismas terminaban en la corriente del arroyuelo. Le pareció graciosa la idea de descubrir al mago debajo del agua respirando por alguna caña hasta

que la pelea hubiese terminado. Pero no había nada. Bueno, cabía la posibilidad de que se hubiera hecho invisible. Sabía que los hechiceros y magos podían hacerlo de manera muy sencilla. Pero Blinda lo había visto paralizado de miedo cuando el ogro apareció y por lo poco que sabía, estos tipos necesitaban mucha concentración para pronunciar sus conjuros. Además, ella le había quitado todos sus objetos mágicos y los tenía en la bolsa que había colgado en el flanco del rootfast. Antes de enterrarlo, le había quitado la bolsa y se había asegurado de que ningún objeto se había dañado. A simple vista estaban todos a salvos. Esos objetos podían ser muy peligrosos y el daño que eran capaces de causar si se estropeaban no era algo que Blinda quisiera averiguar. Si se hubiera metido en el bosque, Blinda lo hubiera sabido de inmediato, hubiera dejado algún rastro. ¿Entonces, qué? Lástima, hubiera obtenido una buena suma por él. Un mago buscado no era cualquier cosa, como un ladrón de gallinas o un asesino suelto. Si lo hubiera llevado a la torre de hechicería o al círculo de magos que andaba detrás de él, su reputación y su riqueza se hubieran elevado considerablemente. Seguro había usado un artilugio que tenía debajo de la manga para desaparecer en el último segundo. De ser así, no tenía sentido ponerse a explorar el bosque en su búsqueda, el sujeto bien podía estar del otro lado de Gimm a estas alturas. Lo mejor que podía hacer era no perder el tiempo y llegar al Valle de los guerreros. Allí hablaría con Satell, a quien no se le escapaba ningún chisme en todo el continente. Si había una recompensa dando vuelta por la más pequeña aldea que existiera, habría pasado por el conocimiento de Satell. Solo tenía que seguir hacia el noreste por unos cuantos cientos de kilómetros más y llegaría. Sin embargo le llevaría mucho tiempo ahora que no disponía del rootfast. Tampoco podía conseguir otro. Las reglas del bosque eran muy estrictas con respecto a la relación rootfast—jinete. Tanto la dríada como el rootfast debían velar mutuamente por su seguridad. Si uno moría, se suponía que el otro no había hecho muy bien su trabajo, y si se trataba del jinete, debía esperar los veinte años que le llevaba al rootfast engendrar otro, excepto que un rootfast ajeno la eligiera a ella, pero eso era algo excepcional. Se decía que cuando esto sucedía, la dríada estaba resguardada por algún dios, pero Blinda no tomaba muy en serio ese tipo de historias. Si era la dríada la que moría, entonces el rootfast debería dormir en la parte más oscura del bosque hasta que su ama renaciera. Si es que lo hacía alguna vez. En el último siglo, las dríadas rara vez nacían de los brotes que dejaban. El mundo estaba cambiando y con él, todas las criaturas que vivían en su interior. Hasta los elfos, que le

habían declarado la guerra a los seres humanos, estaban mermando y debieron aliarse con los orcos para atacar los asentamientos de los hombres que cada vez se expandían más por Gimm. A decir verdad, eran los únicos a los que los cambios de la naturaleza del mundo no parecían afectarles demasiado. Después de los insectos, era la raza que más se multiplicaba cada día. Para muchos eso era un problema. Sobretudo para las criaturas del bosque que veían a los seres humanos como el mayor de los peligros. Con eso de que deforestaban los bosques para transformar la tierra en campos de cultivos que servían para alimentar a cada vez mayores masas de sus habitantes, los elfos y las dríadas estaban aterrorizados. Blinda no se metía en las disputas entre los seres los bosques y los humanos, aunque ella misma fuera una nativa del bosque. La devastación que hacían los humanos de los lugares donde ella se había criado no le parecían más dañinas que los incendios y destrozos que causaban los suyos en aldeas donde no había ningún campesino que trabajara la tierra. La supremacía de una especie sobre otra siempre fue una constante en el mundo desde que Blinda tenía memoria. Antes de los humanos, los gigantes habían luchado incansablemente contra los dioses por el dominio del mundo y las catástrofes fueron aún mayores para Gimm de las que son ahora. Hasta los elfos que se jactaban de mantener la paz y el equilibrio entre las especies, asesinaban a los orcos por considerarlos bestias salvajes cuyo único fin en el mundo era traer el caos y la destrucción sin sentido. Para Blinda todos eran de la raza hipócrita. Por ella que se mataran entre sí. Sí, extrañaría el silencio poblado de voces del bosque y bañarse en los lagos circulares rodeados de las cortinas de los sauces, donde las dríadas llevaban a los que se perdían para copular con ellos, pero ella se había adaptado a una vida más desapegada de sus raíces, y pensaba que podía vivir donde fuese, si las condiciones eran tolerables. Cuando entendió que debía pedirle ayuda a su gente para llegar al Valle de los guerreros deprisa, estuvo a punto de abandonar la empresa. No podía utilizar otro roofast, de eso estaba segura. Tenía que ser la red de raíces. Las raíces de todos los árboles del mundo estaban conectadas entre sí, tanto que si un árbol caía en alguna parte, por más enorme que fuera la distancia, todos los árboles sentirían su muerte. Los elfos habían descubierto esta verdad vedada a las demás criaturas, excepto a los nacidos de la tierra, como las dríadas. Éstas podían trasladarse de un bosque a otro de manera rápida a través de la red de raíces. Incluso de un árbol a otro, pero preferían siempre que el destino fuese un sitio de tupida vegetación, de preferencia no frecuentado por el hombre. Sí, si quería llegar rápido con Satell, la red de

raíces era su camino más rápido. Sin embargo existía el problema de que ella era una autoexiliada del mundo de las dríadas. Y a una autoexiliada le era muy difícil hacer uso de los secretos del bosque. Las otras dríadas jamás se lo permitirían, excepto con la autorización de la líder. Blinda sabía que ahora tenía que mostrar un perfil bajo y algo zalamero. Si había algo que les gustaba a las dríadas eran los halagos y el placer. Aún así no estaba segura de si accederían a permitirle usar la red de raíces. Blinda suspiró y se adentró en el bosque del otro lado del arroyo. Haría una visita a sus parientes.

La oscuridad se hacía más densa a medida que los árboles eran más altos. Muy arriba, un grueso techo formado por gruesas ramas y hojas dejaba pasar apenas algunos filamentos de luz. La temperatura descendía mientras avanzaba por un suelo alfombrado de vegetación. Los pájaros conversaban desde las ramas. Hablaban de esa dríada armada que volvía a su hogar luego de elegir una vida de búsqueda y muerte. Blinda conocía su lenguaje, bueno toda criatura del bosque aprendía la lengua salvaje desde el momento que nacía. Lo llevaban en la sangre. A diferencia de los seres humanos que enseñaban a hablar a sus hijos, las criaturas del bosque ya venían al mundo con el vocabulario de la naturaleza incorporado. Algunas aves la llamaban por su nombre completo, el que le habían dado las flores y los búhos al nacer. “Blindareawen”. Pero en el mundo de los cazarecompensas la practicidad era esencial, así que lo había acortado. La dríada alzó la cabeza para mirarlos. Allí estaban. Mantos púrpuras, obreros, patas de nieve, emperadores amarillos con sus largas colas que formaban un espiral al final. Sus pequeños ojos la seguían y llamaban. Blinda no le respondió a ninguno. Su asunto era con las dríadas, no con ellos. Malditos chismosos, eso eran. Luego de caminar en la dirección adecuada, siempre hacia el centro, el tronco de los árboles se ensanchaba y su corteza era tan dura y nudosa que si un humano podía cortarla, tendría un techo más resistente que la paja o la madera que utilizaban. Pero para cortar uno de esos ancianos, primero tendrías que pedirles permiso y luego rogar por unas piernas veloces que te ayudaran a escapar de su respuesta. En un punto de su andar, Blinda se detuvo y miró a su alrededor. Las enredaderas que ascendían hasta las copas. Los hongos de amplios sombreros que formaban una escalera hasta los hogares de algunas criaturas. En el aire se respiraba el perfume de varias flores mezcladas. Era una aroma que invitaba al descanso y al placer. Las nubes de polen y esporas recorrían el bosque como enjambres de insectos que buscaran el néctar en cada porción de suelo y aire. Ahora debía esperar. Ya todo el bosque sabía que ella había llegado. En

cualquier momento alguien saldría a recibirla.

Un zorro de pelaje dorado salió de detrás de un árbol y caminó hasta Blinda frotando su cuerpo en el tronco de un Durh anciano. Sus ojos eran tan ovalados y grandes que parecían esconder otro rostro diferente detrás de las facciones del animal.

— Blindareawen – dijo el zorro—, que bueno es tenerte por acá. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

— Nunca es tanto, Mairéad. No para nosotros. ¿Cómo has estado?

— Tú sabes, disfrutando de lo que Madre me ha dado. No te imaginas la cantidad de viajeros que se pierden aquí dentro. Todos se han llevado un poco de Mairéad antes de morir por insaciables.

El zorro se lamió las patas delanteras e hizo un círculo con la cabeza. Luego rodeó a Blinda y se sentó sobre sus cuartos traseros, mirándola con una sonrisa.

— ¿No quieres divertirte? – preguntó Mairéad—Tengo un joven intrépido en uno de los lagos circulares.

— ¿Lo dejaste solo en el bosque profundo? Pueden enojarse contigo.

— No te preocupes, este no va a ir a ningún lado. Tiene puestas las cadenas del metal más irrompible que se conozca.

Blinda no respondió. Esperó a que Mairéad lo hiciera sola.

— El amor, querida – y el zorro se transformó en una dríada, de la misma estatura que Blinda. Su piel era violeta, sus ojos amarillos, su cabello era un solo pétalo rosado que se extendía hasta su tobillo, rematando en un bucle.

Mairéad besó a Blinda y esta estrechó su cuerpo con el de ella. Recibió su lengua. El sabor de las fresas y las manzanas dulces le brindó todo el alimento que necesitaba. Hacía años que no bebía de la saliva de una dríada. Cuando Mairéad apretó sus labios en los suyos, Blinda actuó como en un reflejo. Como si su cuerpo le pidiera a gritos entrar en el de la otra dríada. Ambas unieron sus cuerpos bajo la sombra de los viejos Durh y el deseo las arrastró hasta que las dos dríadas lanzaron las risas del éxtasis.

—Vamos ahora, por los viejos tiempos. Entre las dos, el guapo perderá la cabeza.

Blinda se dejó guiar por su amiga hasta atravesar una cortina de hojas de sauces. Del otro lado, un lago que formaba un círculo perfecto movía sus

aguas al ritmo calmo de las manos de un hombre joven que las deslizaba sobre la superficie. El sujeto tenía una expresión que denotaba cansancio pero sus ojos se abrían y cerraban con la cadencia de alguien que gozaba de un placer secreto. Cuando el hombre vio entrar a Mairéad, sus ojos se abrieron como dos galaxias al estallar. Se apresuró a llegar hasta ella y tomar su cabeza con las dos manos. La besó y la dríada atrajo a Blinda hacia ellos dos. Enseguida los tres frotaban sus cuerpos y se exploraban con sus manos. En el bosque profundo, no existen indicadores del tiempo. Las dríadas y el hombre hicieron el amor por horas, sin detenerse ni una vez a recobrar energías. Luego de la última vez que el hombre regaba con su semilla a Blinda, su corazón no lo resistió más y se quebró dentro de su pecho. Ni siquiera fue capaz de sentir el calor de su sangre derramarse sobre sus órganos internos. Todo su cuerpo era una llama que podía encender un pedazo de madera si se la acercaban. Lo dejaron flotando sobre las aguas del lago circular. Pronto se hundiría y la tierra de abajo lo tragaría. Sería otro alimento que llevaría la vida a otra criatura del bosque.

Blinda y Mairéad yacían de espaldas, desnudas y tomadas de la mano. El color cobrizo de la piel de Blinda brillaba como el del oro sacado del agua. Mairéad contorsionaba su cuerpo y se relamía los labios como si la cópula no hubiese terminado. En todo el tiempo que había durado el acto, Blinda había olvidado el motivo que la había llevado allí. Pero ahora, al sentirse más aliviada y con todos los poros de su cuerpo absorbiendo el aliento del bosque y el sudor que le había dejado el hombre y Mairéad, se sentía audaz para ver a la líder.

— Necesito hablar con Saoirse. Llévame con ella.

— Ella también quiere hablar contigo. Te ha visto desde antes de entrar al bosque. Sabe lo que le ha ocurrido a tu rootfast. Lamentable, mi vida.

— Era una buena montura—dijo Blinda, sin manifestar ningún sentimiento. Porque no lo había—. Supongo que también se enteró del resto.

— Lo del ogro y el humano. Claro. Pasó en sus dominios, mi bella Blinda. ¿Qué hacías con esa junta, después de todo?

— Negocios —respondió Blinda abriendo apenas los labios—. Oro y plata. Son mis nuevos placeres, bebé.

Las dos dríadas se volvieron a besar y los dedos de ambas se hundieron en la tierna carne de la otra. Gimieron antes de separarse. Sus manos

siguieron estrechadas.

— Eso es aburrido. Los humanos son aburridos. Solo los disfruto cuando se entregan totalmente en cuerpo y alma. Cuando lo tienes así de serviciales son excelentes moviendo su lengua en mi carne. La saborean como si fuese una fruta madura que mordieran, dejando que todo el jugo se derrame por su mentón.

— Bueno, a mí me atrae esa vida. Rastrear y devolver a individuos que han hecho mal a otros. Es divertido. Lo tomo como un juego. Además pagan bien.

— ¿Para qué quieres el dinero? Eso son tonterías de los hombres, los enanos y los gnomos. Siempre corriendo tras los metales. El metal es frío y duro. En cambio la carne es maleable al tacto, y posee distintos sabores según el humor que tenga la criatura, y el pasado que carga y los deseos que lo muevan.

Blinda permaneció callada. Recordaba los días que había vivido como Blindareawen. Se había alimentado de muchas criaturas. Machos o hembras. No importaba. Las dríadas no tenían preferencias de género, únicamente querían que el amante buscara embriagarse de sexo. Lobos, osos, humanos, gnomos, aves, elfos. Cada ser tenía un modo diferente de comunicarse con la carne. Ella los había amado a todos, y ellos y ellas tuvieron el mejor amante en el último tramo de su vida. Porque la dríada no se detenía hasta que el otro había entregado todo, hasta que su espíritu se hubiera liberado con la última gota de semen o flujo. O sangre. Ellos olvidaban a sus mujeres en la otra vida, la que habían dejado en la ciudad, en el campo, en las montañas o en las costas de los mares. A ellas no les quedaba más corazón que para llorar del dulce dolor del orgasmo. Blinda no extrañaba esa vida. Pero lo de hoy había abierto algunas ventanas que le sentaba bien recordar.

— No lo sé – respondió Blinda y su mirada se dejó llevar por una nube de polen que flotaba por las verdes bóvedas que se alzaban a decenas de metros por encima de ella—. Quizás para entenderlos con algo más que con el amor de los miembros. Para entender por qué ellos necesitan de esos metales.

— ¿Qué quieres pedirle a Saoirse, linda?— preguntó Mairéad

— Un favor. Necesito usar la red de raíces para llegar a un sitio.

Mairéad frunció el ceño y apretó los labios. Había adquirido la seriedad de una mujer reflexiva. Algo inusual en la dríada.

— Conoces las reglas, Blindareawen.

— Por eso necesito la aprobación de Saoirse. Solo la líder puede hacer una excepción.

— Estás muy segura con que ella hará una excepción contigo.

— Pagaré lo que tenga que pagar. Sé que he roto la alianza del bosque profundo, pero en estos tiempos, debemos ser más flexibles con las reglas.

— ¿A qué te refieres?— preguntó Mairéad.

— El mundo está cambiando allá afuera, bonita. Tú lo debes de saber por los elfos. Los humanos se están expandiendo cada vez más. Sus imperios están barriando con otras comunidades. Los bosques caen con el golpe de sus hachas. Este suelo que fue nuestra cuna se está convirtiendo cada vez más en la base para el crecimiento de sus alimentos. Y ustedes todavía viviendo aquí como si todo siguiera igual. Cuando ellos vengan, no podrás acostarte con todos a la vez para salvar el bosque profundo.

— ¿Quieres apostar? – preguntó Mairéad poniéndose de costado para darse cachetadas en su trasero.

— Eres hermosa, Mairéad – dijo Blinda, pasando la lengua por los labios de su amiga.

Mairéad cerró los ojos y saboreó la saliva de Blinda. Luego mordió su labio inferior y dejó escapar un gemido.

— Déjame hablar por ti a Saoirse. Mi palabra vale más que la tuya, preciosa.

— No – replicó Blinda de forma terminante—. Debo hacerlo sola. Si tú me defiendes podrías recibir parte de mi castigo si la líder decide que estoy en falta.

— Vamos, yo no fui quien abandonó el bosque. Además soy la preferida de Saoirse.

— Todas las dríadas son las preferidas de Saoirse. Por eso es la líder. Las desea a todas con el mismo ardor.

— No me gustaría que te echaran para siempre de aquí, Blindareawen. Eres muy divertida. Sabes hacerme lo que me gusta, además, como un bello macho.

— Si me echan a patadas podemos encontrarnos en otros lugares, mi amor. Si te animas alguna vez a salir de aquí.

— El bosque nos protege – dijo Mairéad como si estuviese repitiendo

una lección.

— Nada nos protege. Es algo que yo aprendí en mis viajes. Eso que nos enseñaron aquí, pierde todo valor cuando ves lo que pasa más allá de la vigilancia de los ancianos.

Mairéad se quedó pensativa y movió la cabeza hacia el otro lado para evitar la mirada de Blinda.

— Llévame con Saoirse – pidió Blinda.

— No hace falta, querida— dijo una dríada de piel olivácea que la miraba desde arriba. Su voz era grave y tenía un tono alegre, como el canto de los pájaros en la mañana.

— Hola Saoirse— saludó Blinda y Mairéad soltó su mano.

X

Los hombres que lo esperaban en el exterior eran tres, y salieron montados en caballos que se movían sin hacer ningún ruido desde detrás de unos arbustos podados. Dos de ellos tenían el cabello largo y unas anchas patillas tupidas que se unían por debajo de la cabeza. El otro era completamente calvo y tenía una mirada más alerta que los otros, como si advirtiera cada minúsculo cambio en el ambiente. Mientras los patilludos esperaban a cierta distancia, el pelado desmontó y se acercó a Greg.

— ¿Estás listo, señor? – preguntó en un tono bajo y cascado.

— ¿Dónde está Percy? – inquirió a su vez Greg.

— Su escudero esta fuera del jardín, vigilando que no haya ningún guardia cerca.

— Vamos entonces, no perdamos tiempo.

— Suba a mi caballo, yo los seguiré a pie, detrás.

Greg hizo lo que le indicó y los patilludos avanzaron, con Greg detrás, seguidos por el pelado. A la salida del jardín, una enorme puerta de madera de roble tallada con el escudo de la familia imperial, dos lanzas cruzadas coronadas por una corona de laurel, estaba Pierce sosteniendo dos caballos por las bridas. Uno era blanco con una línea marrón que le bajaba por el medio de la frente hasta desaparecer en el hocico y el otro era de color pardo, con una mancha blanca en forma de estrella en su ojo derecho. Los caballos del imperio, más veloces que los normales, criados para correr millas y milas sin detenerse a descansar o comer.

— Parece que todo salió bien, señor – dijo Percy otorgándole las bridas del caballo pardo – Este es suyo, de prisa, debemos llegar al círculo de magos antes de que cierren el edificio.

— ¿Arreglaste todo, no Percy? – preguntó Greg.

— Hable con el Supremo. Le dije de su generoso aporte a los estudios de la magia, pero a cierta hora el círculo debe permanecer cerrado, sea quien sea que toque a su puerta. Son las reglas de esos viejos desquiciados.

— Pues más vale que esté abiertas para mí, de lo contrario se tendrán que buscar otra ciudad que los reciban.

Los tres mercenarios avanzaron formando un semicírculo alrededor de

Greg y Percy. La noche hacía rodar el firmamento y los pocos que estaban afuera a esas horas, ni siquiera miraron a aquellos hombres de largas patillas y cuerpos esculpidos para la guerra. Sus rostros parecían haber vencido a todos los miedos. La identidad de Greg solo fue conocida por el aire frío que le hacía escozar la nariz.

El edificio de los magos estaba ubicado arriba de una escarpada colina donde casi no crecía la vegetación y el suelo se agrietaba en algunos sectores, donde el agua parecía no haber existido desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, las lluvias caían con normalidad en Cadwgan, solo que ese lugar era como si estuviera exento de sus efectos. Arriba, una estructura de muros circulares de unos cien metros de diámetro se elevaba contra el espacio infinito. Los muros eran de piedras sin cortar, extraídas de las laderas más altas de las montañas lunares, ubicadas al noroeste de la península hermosa, donde se encontraban las ciudades de mayor belleza de todo Gimm. Cada uno fue traído por los esclavos que Cadwgan les había proporcionado a la orden de los magos de la Estrella Rampante para que edificaran su soberbia fortaleza. Bueno, a Greg no le parecía mucho una fortaleza por fuera, si no solo un montón de pesadas rocas apiladas y dispuestas en círculos como si un bebé gigante hubiese estado jugando con piedras y tierra. Si esa cosa recibía un ataque con artillería, esos muros no iban a salvar a sus ocupantes de una muerte segura. Allí no había torres, ni almenas, ni matacanes, ni saeteras, ni siquiera miradores, solo anillos de rocas puestas unas encima de otras. Su diseño hubiera horrorizado a cualquier estratega o general. Los cinco hombres se apearon de sus monturas frente a un punto del muro donde una enredadera delgada ascendía formando una S hasta donde la roca de la base se unía a otra roca de la segunda hilera.

—Aquí es— dijo Percy, y tocó la enredadera esperando que ocurriese algo.

—¿Aquí es qué?— preguntó Greg— Cualquier lado de esta estructura puede ser aquí. No veo ni una puerta.

—El edificio no dispone de puertas como las que usamos nosotros, señor — aclaró Percy—. Sus aberturas son secretas, como su conocimiento.

—¿Te has vuelto misterioso, Percy, o es que estás borracho de nuevo?

—No señor, estoy repitiendo las palabras del Supremo. Enseguida tiene que venir. Después de todo hemos llegado a tiempo.

—Eso espero— dijo Greg.

Los cinco se contemplaron para ver en el otro alguna intención escondida

o solo para pasar el tiempo mientras esperaban.

—Así que mercenarios, ¿eh?— dijo Greg, dirigiéndose al pelado— ¿de dónde son?

—De las playas del Mar Bravío, señor. Somos corienses.

Greg enarcó las cejas y asintió con la cabeza.

—Vaya, Percy— dijo, contemplando como por vez primera a los mercenarios—, esta vez sí te esforzaste. Mercenarios corienses. Su reputación los precedes muchachos. Nunca escuché un caso de mercenarios corienses que abandonaran a su señor por el soborno del enemigo.

—Una vez que aceptamos la paga por nuestro servicio, nuestro código de honor nos mantiene unido a nuestro señor hasta que nosotros o él fallezca.

—Mercenarios con honor – dijo Greg, midiendo las palabras—. Ahí hay dos cosas que uno no espera encontrar juntas.

—Por lo que pague, señor— dijo Percy—, puedes decir que ellos protegerán tanto tu vida como si fuera la de ellos.

—No lo dudo. Como dije, su fama los precede.

De pronto, una porción de muro se abrió hacia afuera siguiendo las sinuosidades de la enredadera. Adentro, una oscuridad absoluta expulsó a un hombre vestido con una túnica negra que le tapaba los pies. Tenía la cabeza cortada al ras y un bigote que terminaba en una espiral en sus puntas.

—Príncipe Greg, bienvenido al Círculo de la Estrella Rampante. Soy Nebuc, Supremo Mago. He salido a recibirte por que lo que vamos a hacer es de una naturaleza extremadamente delicada y por lo tanto merece la atención y el trabajo de mis mejores hombres.

—Encantado, Nebuc.— dijo Greg—. Aquí tienes lo prometido.

Greg le entregó al mago una bolsa cargada de monedas. El mago la tomó sin apartar los ojos del príncipe y se la guardó dentro de la túnica.

—Pase, Su Majestad. Tú y los tuyos son bienvenidos.

—Señor— dijo el mercenario pelado—, le recomiendo que nos deje pasar primero. Nuestra experiencia así lo dicta. Si algo sucede del otro lado de un sitio desconocido, somos nosotros quienes deberíamos servirle de escudo.

—Por favor— dijo Greg, indicándoles que entraran—. No me voy a hacer rogar.

Ante la mirada impassible del mago, los tres mercenarios entraron por la puerta de fondo negro. Percy los siguió y finalmente Greg. Nebuc entro de espaldas y la porción de muro volvió a cerrarse. La enredadera que marcaba el sitio por el que la puerta se abría se hundió en la tierra y apareció en otro

punto del Círculo formando una gran Z.

Adentro, Greg se encontró con una ciudadela de cuartos dispuestos en forma de círculos concéntricos que partían desde el muro que los separaba del exterior por el que ellos habían pasado. Dentro de cada habitación se veía mucha actividad. En el segundo círculo, había ventanas con vitrales de varios colores y detrás, las siluetas de los magos iban de un lado a otro cargando objetos que no se alcanzaban a distinguir desde afuera.

— El siguiente círculo por el que vamos a entrar,— informó Nebuc—, corresponde al círculo del aprendizaje. Allí están los magos de niveles menores que están aprendiendo a leer los viejos tomos de los ancestros y conocen sobre las propiedades que otorgan los diferentes objetos a los conjuros. También se encuentran los laboratorios de alquimia y las salas de los herboristas, donde se destilan diversas especies de vegetación para obtener las dosis necesarias en la creación de nuevos conjuros.

— Impresionante – señaló Greg— ¿Cuánto tiempo deben permanecer los aprendices en este círculo?

— La mayoría nunca sale de él, pero siguen trabajando sin cesar para ampliar el conocimiento de los elementos utilizados para hacer magia. Nuevos alcances, ventajosas combinaciones, dosis más precisas. Solo unos pocos elegidos por el supremo pueden avanzar al segundo círculo que es al que nos dirigimos nosotros ahora.

Cuando Nebuc tocó el muro del segundo círculo, en éste se formó una abertura que terminaba en un arco. Incluso los vitrales de la habitación de arriba se ajustaron a la abertura juntos con la silueta de los magos del otro lado.

—Pero, ¿cómo puede ser eso posible?— preguntó Greg— ¿Es una ilusión?

— Es lo que llamamos una distorsión del espacio—tiempo. Toda la estructura del Círculo ha sido imbuida con la magia más poderosa que conocemos y la que seguimos estudiando.

—Te refieres a la magia de las estrellas— afirmó Greg.

—Creo que es más complejo que eso, mi señor. Verás, hace mucho que la hemos venido llamando de ese modo. Pero recientemente empezamos a descubrir que la energía irradiada por la magia de las alturas del cielo no es originada por las estrellas, si no que proviene de más allá de ellas, inclusive hay algunos magos de alto nivel que se inclinan a pensar que esa energía es también su propia fuente, lo que equivale a decir que siempre ha estado ahí.

—¿Cómo que siempre ha estado ahí? —preguntó Greg— ¿Quiere decir que nada la ha creado?

—Exacto— respondió Nabuc con una sonrisa de satisfacción—. Eso justifica que se pueda realizar conjuros de semejantes magnitudes como el que usted está viendo, Su Majestad.

Cuando todos atravesaron el arco, del otro lado, el espacio que separaba el segundo del tercer círculo, se ampliaba de modo considerable. Era tres veces el tamaño que el espacio entre el primero y el segundo círculo. El suelo estaba compuesto por baldosas que tenían en su centro, grabada, una runa. Todo el espacio que Greg pisaba parecía un pergamino gigante en el que cada runa había sido trazada con una perfección deliberada. Si supiera entender aquel lenguaje, Greg no hubiera salido de esa zona del Círculo sin antes saber qué era lo que cada baldosa le decía. Había algo en las runas que obligaba a su mente a estar enfocada en ellas, como si sus pensamientos pasaran a un segundo plano para permitirle descifrar aquel extraño mensaje. De repente, se le antojo que lo que había escrito en aquel suelo era lo más importante del mundo.

—Señor —dijo Percy tironeándolo de un brazo—, lo estamos esperando, señor.

De repente se dio cuenta que los demás se habían adelantado muchísimo y lo estaban esperando ante el tercer círculo, más pequeño que los otros dos.

— Este lugar sí que tiene cierta vida – dijo Greg muy pausadamente. Pensaba que sus palabras eran muy deficientes y vagas para describir el sitio donde estaba.

— Es el efecto que tiene en algunos —dijo Nebuc—. No lo culpo señor. Lo que tiene a sus pies son las Primeras Palabras.

— ¿Quieres decir...

— Sí, tiene a sus pies a los demiurgos de la creación.

El último círculo era el más pequeño. Una rueda de piedra con pequeños ventanales en la parte superior era todo lo que se veía desde el exterior. Si se pudiera ver desde arriba, se vería como un rústico anillo de gigante. Greg estaba todavía pensando en las runas del piso y en el hecho de que eran las Primeras Palabras, las que habían creado todo. Los sacerdotes de Hamm, que era el primer nombre que se había pronunciado a sí mismo para crear todo lo existente era la religión más antigua de Gimm, después de la de los elfos, por

supuesto, con su árbol Grenmeslit. Era de conocimiento popular que los sacerdotes y los magos diferían en sus teorías acerca de la creación, pero el Círculo de la Estrella Rampante tenía todo un espacio dedicado a los dioses de las Primeras Palabras. Tal vez eran una especie de sacerdotes magos que guardaban sus secretos para no despertar el recelo de la religión oficial. Si éstos se enteraban que un grupo de magos hacía herejía con sus creencias, entonces habría disturbios en el reino y tal vez una de las dos instituciones fuese desterrada. Si los magos entreveían esta posibilidad, entonces lo más inteligente que podrían hacer era mantener sus estudios cerrados a los ojos del exterior. Los seguidores de Hamm tenían más poder que cualquier círculo de magos o torres de hechicería en cualquier reino de Gimm, por lo tanto había que evitar las disputas o los malentendidos.

— Esta vez debemos entrar, señor – dijo Nabuc con el tono de alguien que le da suma importancia a lo que dice.

Los mercenarios miraban a su alrededor queriendo comprender la forma extraña de aquel lugar misterioso donde estaban. Se veía que rastreaban alguna trampa o problema escondido que amenazara la vida de quien les había pagado; el silencio y la excentricidad les hacía desconfiar de su propia certeza de que todo marchaba bien. Percy miraba todo el tiempo a Nabuc, siguiendo cada gesto que hacía y escuchando atentamente cada palabra que salía de la boca del Supremo.

— Está bien, Nabuc. – dijo Greg.

Nabuc puso las dos manos sobre el muro del círculo y susurró algunas palabras inentendibles. No había ninguna separación o pausa en lo que decía, como si solo estuviese pronunciando una única palabra muy extensa. Luego fue separando las manos hacia lados opuestos y finalmente las deslizó hasta que sus palmas tocaron el suelo. Esta vez no se abrió ninguna arcada en la roca ni se deslizó un trozo de la misma. En cambio, en un instante menor a una centésima de segundo, donde estaba la roca, ahora había una abertura del tamaño que Nabuc había trazado con sus manos.

— Entren, por favor— dijo Nabuc parándose a la derecha de la nueva puerta, con las manos cruzadas sobre el estómago.

— Nosotros iremos primero – dijo el mercenario pelado indicándole a los patilludos que lo siguieran.

Como la vez anterior, Greg fue el anteúltimo en entrar. Nabuc cruzó el umbral y la puerta desapareció como si hubiese sido barrida por la

imaginación.

Adentro, Greg se sorprendió por lo que halló. Pensaba encontrarse con extraños artefactos, estanterías llenas de pócimas y pergaminos atiborrados hasta el techo, mesas llenas de libros y magos trabajando arduamente en el aprendizaje de conjuros o practicando la magia. En vez de eso, vio un enorme espacio circular con un piso de un color negro como el fondo de un agujero visto en la noche. Era duro como el metal, pero Greg notó que no había sido cortado para que se adaptase a la estructura del círculo, sino que era una sola pieza perfecta desde la que se levantó el último anillo de piedra. Alrededor, las paredes estaban forradas con pergaminos que la cubrían completamente. Pero lo que dejó al príncipe congelado del asombro, fue cuando llevó sus ojos hacia arriba. El firmamento más enorme e impresionante que él nunca hubiese visto, estaba en un constante movimiento de estrellas, luces y asteroides que circulaban como una multitud de transeúntes en un día agitado en el mercado de la ciudad. La forma del techo era abovedada, o eso le parecía a Greg, dándole la impresión de que estaba dentro de un huevo cuando miraba hacia arriba, o dentro de un disco si dirigía su mirada a su alrededor.

—Este es el último recinto del Círculo de la Estrella Rampante, señor. Nadie que no sea un mago elegido por el supremo ha pisado jamás este sitio. Es el lugar desde donde podemos recibir la magia de las estrellas y acercarnos cada día más a un mayor conocimiento de la esencia misma de la energía mágica.

—¿Qué es todo esto? – preguntó Greg sin dejar de contemplar el lugar — ¿Acaso un truco?

—No, señor. Nada de esto es un truco. Todo lo que ve es tan real como nosotros mismos. Este es el mayor secreto, lo que evitamos que la gente común vea.

—Entonces, ¿por qué nos han traído hasta aquí? – preguntó Greg— Cuando salgamos, cualquiera de nosotros podría difundir lo que vio.

—Confiamos en que su majestad guarde el secreto por el bien del reino, lo mismo que su escudero.

—Pero, ¿los mercenarios? Ni yo, ni Percy los conocemos. Ellos, cuando terminen su trabajo, podrían esparcir su secreto por todo Gimm y en las tierras del otro lado del Mar Fondeado.

—Confiamos en el juicio de su Majestad. La verdad es que necesitamos el dinero para comprar a los mercaderes muchos elementos necesarios para nuestros experimentos. Y los precios aumentan en cada visita. No estamos

exentos de la economía, señor. Pero estamos cada vez más cerca de obtener los resultados que esperamos.

No parecía una respuesta muy convincente. Nabuc no tendría que haber traído a ninguno de ellos hasta ese lugar. Había algo raro allí. Los mercenarios miraban con el ceño fruncido al príncipe. Percy seguía embelesado con Nabuc. Greg quería terminar con el asunto. Estar en aquel lugar era fascinante pero tenía la sensación que no todo lo que ocurría estaba referido a la magia.

—Bueno, haz aquello por lo que te pagué. Percy me dijo que puedes hacer que llegue deprisa a The Mermaid Rest y también regresar con la misma facilidad.

—Así es señor. Podemos crear un portal que lo lleve directo a las cercanías de ese lugar. El portal permanecerá abierto por cuatro horas. Ese es el tiempo que tiene para regresar.

—Realmente lo que me dice es increíble, Nabuc. ¿Cómo es que nunca supimos de este portal? Le podríamos haber sacado enormes ventajas en tiempos de guerra. Nuestros informantes podrían haberlo usado para espiar al enemigo o nuestros ejércitos para mantenerse comunicados mientras dos frentes se encuentran luchando a miles de kilómetros de distancia.

—Bueno, señor— dijo Nabuc con una sonrisa forzada—, es un conjuro en su etapa experimental. Un avance otorgado por un mayor entendimiento de la magia de las estrellas, o como nosotros la denominamos ahora, “la magia primigenia”.

—¿Quiere decir que aún no lo dominan bien? — preguntó Greg, inclinando el cuello hacia delante.

—No se preocupe, Su Majestad. No lo hubiéramos traído hasta aquí si pensáramos que su vida corre peligro. De ninguna manera.

—Pero acaban de decir que el portal está en su etapa experimental —dijo Percy con tono de enfado—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Ya hemos probado el conjuro con animales, señor— dijo Nabuc, ignorando al escudero— y hemos visto que éstos salían intactos del otro lado, pero con algunos efectos menores.

—¿Cómo cuáles? — preguntó Greg con una ligera duda expresada en su voz.

—Desorientación, mareo, ceguera temporal, entre otros...

—¿Ceguera?!— se escandalizó Percy—. ¿Acaso quiere dejar ciego al heredero de la corona?

El escudero agarró con sus manos el cuello del mago y lo sacudió.

—Deberíamos cortarle la cabeza a usted e incendiar todo este lugar – dijo Percy—. Todo esto es muy peligroso.

—Déjalo ya Percy – ordenó Greg—. Estoy seguro de que Nabuc lo tiene todo controlado.

Percy soltó al mago que se arregló las arrugas del cuello sin demostrar ningún tipo de resentimiento hacia el escudero.

—Tienes razón señor. Puedes experimentar algún dolor de cabeza cuando salgas del otro lado. Esas son las imperfecciones en las que aún estamos trabajando. Sin embargo, tu vida no correrá peligro.

—Hagámoslo –dijo Greg—. Tengo que ajustar cuentas con Gunnar y volver antes de que mi padre sospeche algo. Si tengo que arriesgarme un poco para darle una lección a mi padre, entonces a no perder el tiempo.

—En seguida, señor – dijo Nabuc y aplaudió dos veces.

Del otro lado del círculo, se materializaron cuatro figuras. Eran cuatro hombres, vestido con el mismo color negro de la túnica de Nabuc. Sus rasgos estaban algo ocultos por la capucha que les llegabahasta la nariz a tres de ellos. Pero el otro, un poco más alto que el resto, dejaba entrever una mandíbula larga y rectangular con unos labios pequeños y redondos. Un Moluk, descendientes de los antiguos Surban que se creen que fueron los primeros que se establecieron en ciudades en el continente de Naphatek entre el río del Tigre y el Mar de los Cíclopes. Greg creyó que ya no caminaban más Moluk sobre la tierra. Decían que quedaban muy pocos de ellos. Su pueblo solo desapareció sin dejar rastro. Muchos dicen que fueron los antiguos humanos quienes fueron eliminándolos porque creían que su presencia ofendía a los dioses. La presencia de un Moluk en aquel círculo lo llenaba de una nueva confianza. Según los libros de historia, después de los elfos, los Moluk eran a los que mejor se les daba el uso de la magia.

—Ellos son los cuatro Mayores del círculo—presentó Nabuc—. Son los únicos que han logrado alcanzar el nivel requerido para entrar en el anillo de la magia. Nosotros abriremos el portal, señor.

Los tres mercenarios, Percy y Greg se apartaron de la alineación en círculo que formaron los cuatro magos en el centro de la habitación. Les habían dicho que permanecieran en silencio mientras duraba la conjuración y que no miraran hacia el firmamento de la bóveda hasta que el portal estuviese formado. Nabuc inició con unas palabras pronunciadas con una voz que hablaba en susurros. En algún momento, Greg oía una entonación y una pausa seguida de una voz más gutural y áspera. También la voz fluctuó hasta

parecerse al fino timbre de una niña gritando como pedazos de vidrio moliéndose dentro del oído. Hubo varias variaciones en el volumen de la voz, que Greg no pudo seguirla. Las palabras se sucedían con pausas cortas para seguir manifestándose como una cadena sonora que hilara una forma invisible solo perceptible para los magos. En ningún momento Greg llevó la vista hacia arriba. Tampoco los mercenarios que tenían el rostro de un perro que por primera vez escuchara el aullido de un lobo merodeando en las cercanías. Eran los que más apartados se hallaban del círculo de magos. Sus manos apretaban el puño de sus espadas y sus piernas estaban algo flexionadas, como aguardando el ataque del enemigo, o la llegada de algo peligroso. Pero Percy no pudo evitar mirar hacia el universo del techo. Greg se dio cuenta justo cuando el conjuro del portal acababa de terminar.

En el centro de la habitación se había formado un óvalo de luz blanca que estaba achatado en sus extremos. Sus contornos ondulaban como si fuese un charco de agua en el que cayeran algunas gotas de lluvia. Los magos estaban empapados de la luz que irradiaba el portal y había que hacer un esfuerzo para no encandilarse con ella. Percy tenía una mirada vacía de toda expresión. Estaba ahí, contemplando el centro de la habitación sin siquiera entrecerrar los ojos para evitar la intensidad de la luz.

—Percy, ¿cómo puedes mirar esa cosa sin que te ardan los ojos?

Pero el escudero no respondió, tampoco Greg estaba seguro de que había escuchado.

—Déjalo, señor – dijo Nabuc—. Él ha mirado a la magia del universo mientras bajaba a la tierra. Se lo advertimos y éstas son las consecuencias por su imprudencia.

—Pero ¿qué le pasa? – preguntó Greg tocando a Percy en el hombro sin producir ningún efecto en su escudero. El único movimiento que había en él era un pestañeo muy pesado.

—Su esencia ha sido absorbida por la magia. Ahora mismo está flotando en el éter del firmamento, sin rumbo y sin conciencia.

—¿No hay nada que se pueda hacer por él? Sería una lástima perderlo. Siempre fue un escudero muy leal.

—Traer de vuelta su esencia no es tarea fácil, príncipe – dijo Nabuc del que solo se veía su rostro emanar de la cortina de luz que ocultaba su cuerpo —, pero nosotros nos haremos cargo. Usted apresúrese a atravesar el portal. El tiempo que estará activo nunca es exacto.

Greg miró a los mercenarios que parecían tres niños asombrados con su

primer espectáculo de magia. De repente no le parecieron tan duros a Greg. Unos tipos grandes y curtidos por las batallas, sin embargo, los patilludos no se sentían tan cómodos en aquel lugar y el pelado observaba a Percy con el miedo de que en cualquier momento algo parecido le ocurriera a él.

—¿Pasarán ustedes primero? – le preguntó Greg al pelado.

—Sí, señor...—el pelado hizo una pausa. Sus labios se movieron en un intento de revelar sus dudas—. ¿Está seguro de que quiere hacerlo? Digo, ¿no ve lo que pasó con su escudero?

—Se le advirtió que no mirara hacia arriba, pero fue tan estúpido para desobedecer. Tengo cosas más importantes que hacer y no voy a retroceder por nada. De esto depende mi futuro cercano como rey.

El pelado asintió. Recuperó su compostura de guerrero profesional y le hizo seña a sus dos hombres para que lo siguieran. Los tres mercenarios empezaron a caminar hacia la puerta de luz. Nabuc se hizo a un lado para dejarlos pasar. Los otros magos habían desaparecido a los ojos de los mercenarios. Cuando llegaron hasta el umbral del portal, los mercenarios no vieron más que un universo de luz blanca a su alrededor. El círculo había sido engullido y lo único que alcanzaban a ver era un punto negro en el centro del ovalo.

— Vamos, entren – los apresuró Nabuc— no pierdan el tiempo.

El pelado encabezó la entrada al portal del cual surgieron más haces de luz a medida que los hombres entraban.

— Su turno, príncipe. –dijo Nabuc— No se preocupe, nosotros nos encargaremos de custodiar el portal.

— Aquí vamos— afirmó Greg y avanzó hacia la luz

Adentro parecía no haber espacio, o por lo menos esa era la sensación que le daba a Greg. Los mercenarios se veían más pequeños delante de él, lo que le hacía suponer que le llevaban varios metros de distancia, sin embargo la perspectiva no encajaba en aquel sitio.

— ¡Oigan! – gritó Greg, poniéndose las manos en torno a la boca—
Aguarden un segundo.

Pero los mercenarios no se detuvieron ni se dieron vuelta. Seguían avanzando hacia adelante. O era hacia atrás. ¿Cómo podían estar seguros hacia dónde iban? Greg apuró el paso y empezó a notar que las figuras de los tres hombres crecían a medida que él se movía con mayor rapidez. Justo cuando estaba a punto de tocarlos para llamar su atención, Greg vio por encima del

hombro de uno de los patilludos lo que había adelante. Un punto negro era lo que guiaba a los hombres. Iban hacia él. Un punto negro que también crecía a medida que el tiempo y sus piernas se movían.

—No pensé que tuviésemos que andar tanto – dijo Greg a cualquiera que quisiera oírlo.

El pelado se dio vuelta y le sonrió. Pero Greg sintió un malestar en el estómago al ver esa sonrisa. No era una sonrisa para indicar que estaba todo bien, todo lo contrario. Era el gesto de alguien que obliga a su cuerpo a ir hacia un lado mientras la mente se aleja cada vez más en la dirección contraria.

Luego de un tiempo que parecía estirarse y volver al mismo lugar como un resorte, lo que antes fue un punto que aumentaba en tamaño, ahora era una ventana que enseñaba el lento mecimiento de hojas y ramas.

—Pero ¿dónde saldré...—Greg no pudo terminar la pregunta porque de un momento a otro sintió el vértigo de la caída subir hasta su garganta.

No supo si por reflejo, instinto o pura suerte, pero Greg cayó boca abajo sobre una rama robusta y se anudó a ella con brazos y piernas, mientras su cuerpo era sometido a una sesión de vibración que le hizo castañetear los dientes. En cambio, los otros tres mercenarios no la pasaron tan bien. Fueron los primeros en salir del portal pero cayeron al mismo tiempo y sus cuerpos se enredaron en la caída impidiéndoles asirse a alguna rama para salvarse del suelo. Las hojas secas de abajo saltaron por todos lados cuando los pesados cuerpos enfundados en duras pieles de animales y cotas de malla cayeron con un golpe sordo que sonó como un portazo dado con energía en la distancia.

Cuando Greg sintió que la rama ya no se quejaba más por sostener el peso de su cuerpo, que encima había caído desde un lugar lejano, pudo echar un vistazo a su alrededor. Obviamente era un árbol, enorme, de esos que los elfos llaman “ancianos” o *Altbradum* en el idioma de ellos. Pero eso no fue todo lo que Greg vio. La rama en la que estaba, formaba un escalón a tres metros de él y luego seguía ascendiendo hasta unirse con el tronco. En esa unión, sentada con las piernas juntas, había una niña menuda de cabello rubio que tenía el mentón pegado a sus rodillas. Estaba viendo a Greg con unos ojos abiertos de par en par, algo brillosos por las lágrimas que se agolpaban y empujaban para salir. Estaba asustada. Greg observó que su ropa era algo inusual. Llevaba unos zapatos de color violeta hechos de un material que no podía identificar. No podían ser de cuero, ni tampoco de caña. Llevaba una remera de mangas cortas muy larga y unos pantalones azules hechos de una tela que parecía la

piel de un animal que Greg no conocía. Abajo, los mercenarios se movían con lentitud en el suelo. Se estaban recuperando de la dura caída. Un patilludo y el pelado se estaban incorporando cuando el tercero abría y cerraba los ojos para alejar la niebla que le impedía ver con claridad. La niña también los veía y su respiración se aceleraba.

— Hey, tú – dijo Greg señalando con un dedo a la niña pero no obtuvo respuesta, solo aquellos ojos temblorosos y húmedos que lo observaban con espanto.

— Niña, dime, ¿qué bosque es este?

La niña no dijo nada. Greg estaba en su peor elemento en ese momento. Odiaba las alturas, hacía que toda su sangre abandonara su cabeza y se escondiera en las puntas de sus dedos. Si miraba hacia abajo, sus ojos podrían cerrarse y él caería.

— ¡Señor! – gritó el pelado— ¿Está usted bien?

— Sí – respondió Greg—, solo que van a tener que ayudar a bajarme de aquí.

Los mercenarios examinaron el árbol y luego de un intercambio de palabras, el pelado le señaló a Greg un punto en algún lugar del tronco.

— Solo tiene que caminar hasta el tronco y desde ahí ir descendiendo por las ramas. No es tan alto como parece.

— ¿Caminar? – preguntó Greg— ¿Crees que es un puente o qué?

— Puede ir a gatas si quiere –dijo el pelado, sonriéndole a sus hombres—.

Ya verá qué fácil es.

— Maldita sea –dijo Greg—, tenía que caer justo en un árbol. Estos magos inútiles...

La niña se había puesto de pie. Greg la vio caminar hacia él muy despacio, con los brazos un poco separados y las manos estiradas para mantener el equilibrio.

—¿Qué estás haciendo? – preguntó Greg.

Tal vez hubiera sido mejor que fuese una niña miedosa y muda. Greg había leído y escuchado historias acerca de las criaturas del bosque. Muy desconfiadas de los seres humanos. Eran aliados de los elfos, y por lo tanto se habían unido a su causa. La única diferencia que había entre los seres del bosque y los elfos, era que los primeros no salían de sus dominios, en cambio los elfos llevaban su odio a las aldeas y otras pequeñas comunidades donde no existiese una defensa importante. La niña bien podría tratarse de una bruja de

los bosques que hubiese adoptado esa forma. Esos monstruos usaban disfraces como esos para pasar desapercibidos y así llevar a una muerte segura al incauto.

—Aléjate – dijo Greg. Si tan solo estuviera en tierra firme, podría utilizar una espada para atacar a la niña, o con sus propios puños destrozarle su rostro, pero sobre la rama era el hombre más inútil del mundo.

Brittany se detuvo. El hombre no parecía querer recibirla. La miraba con miedo y desprecio. Ella retrocedió lo poco que se había movido y se quedó contemplándolo, dolida porque había encontrado a alguien que no era nada cortés, y mucho menos creía que quisiera ayudarla.

—Increíble – dijo el pelado a sus hombres—, una dríada. Vamos a tener que ir por él. Si lo mata, estaremos perdidos y sin dinero.

—Voy a subir – dijo uno de los patilludos—, se me da bien escalar.

— No tanto como a mí – alardeó el otro patilludo—. Tú eres algo torpe con las piernas.

—Vamos muchachos— dijo el pelado—, dejen las tonterías para después.

El primer patilludo se paró en la base del árbol y tanteó las ramas más bajas para probar cuál le serviría más para su primer impulso.

—Mira y aprende— le dijo al otro patilludo.

Pero ni él pudo enseñar, ni el otro aprender. Había flexionado sus piernas y estaba a punto de saltar cuando sus brazos soltaron la rama y su cuerpo se desplomó sobre las hojas con la cabeza hacia abajo y una flecha clavada en la espalda a la altura del corazón. El otro patilludo miró con sorpresa una figura oculta entre las sombras de unos arbustos a unos treinta metros de distancia. Lo único que alcanzó a decir antes de que su boca quedara sellada por la madera de la flecha, cuya punta le asomó por su nuca fue: “¡Elfos!”

El pelado había oído los zumbidos de la flecha y sabía qué estaba pasando mucho antes de que su compañero le informara. Cuando la sangre del patilludo salpicó su pecho, desenvainó su espada y esperó, sin moverse. Seguramente había decenas de elfos escondidos entre los árboles y la vegetación del lugar. Era imposible dar un paso sin que ellos lo permitieran. Lo único que le quedaba a Boris, mercenario de Corios, era la esperanza de morir luchando con su espada contra los malditos elfos, si es que ellos decidían dejar de escupir sus flechas.

Arriba, Brittany se había sentado en la rama, otra vez con las piernas dobladas y juntas. Su miedo había regresado, pero multiplicado. Abajo, dos hombres habían muerto. Alguien los había matado. Para Brittany, esa era la

primera vez que veía a alguien morir. Para Greg, eso significaba que estaba solo, que los elfos lo iban a matar, y que el portal que flotaba tres metros más arriba se iba a cerrar y él no regresaría al círculo de magos.

De entre dos troncos de árboles a algunos metros a la derecha de Boris, un elfo de extremidades largas y huesudas se acercaba caminando con la cadencia de una mujer que llevara una tinaja de agua sobre su cabeza. En su mano llevaba una espada corta curva y detrás de uno de sus hombros sobresalían las plumas de unas flechas. Cuando Boris pudo distinguir sus facciones, no vio nada más allí que la predecible seguridad de un pescador que sabe que el pez que se debate enganchado del anzuelo, no podrá escapar.

El elfo se detuvo a unos pasos de Boris y el desprecio en su rostro apareció con claridad ante el mercenario.

— Sabes que vas a morir— dijo el elfo con una voz aflautada que empezaba aguda y terminaba grave—, ¿verdad?

— Malditos desquiciados— dijo Boris, mordiendo las palabras. Entre sus dientes salían burbujas de saliva.

— Animales – continuó—. No son más que eso, animales.

— ¿Quieres luchar conmigo? – preguntó el elfo— Si me ganas, puedes irte. Mis hombres no te matarán.

— No confío en tu palabra – dijo Boris—, pero veo que no me queda otra.

El mercenario adoptó una pose de combate y empezó a cambiar su peso de una pierna a la otra.

—Está bien – asintió el elfo—. Mi nombre es Melkileben. No es necesario que me digas el tuyo.

— Boris, orejón. No hay por qué desterrar los modales antes de una pelea.

Arriba, Greg estaba buscando en lo profundo de su mente alguna idea que le viniera de ayuda en aquel momento. Por supuesto, permanecer en silencio era lo más inteligente que se le ocurría. Mientras hubiera elfos por todos lados, si lograba pasar desapercibido entonces estaría a salvo hasta que ellos decidieran irse. Sin embargo no podía confiar en la niña. Otra vez se la veía muerta de miedo. Perdida al parecer. ¿Cómo había ido a parar a aquel árbol? Era una incógnita que no podía darse el lujo de razonar ahora. Tampoco podía mirar hacia abajo sino quería que su pánico lo atrapara antes que los elfos.

— Niña, por favor— rogó Greg—, que no se te ocurra hacer ningún ruido.

— Los vimos desde que llegaron – dijo la voz de una mujer que provino de arriba.

Greg elevó la mirada y se encontró con que en dos ramas más arriba, una elfo miraba sonriendo al hombre estúpido y a la niña llorona que estaban más abajo, uno intentando no caerse y la otra intentando no expulsar un grito para llamar a su madre.

XI

Era un muchacho que lo primero que hizo fue asomar la cabeza. Una nariz muy generosa apuntaba hacia el piso como si le estuviera señalando algo a los ojos. Tenía la cabeza rapada con el filo de una piedra. Cuando miró hacia el lugar que ocupaba Todd, lo siguiente que vio fueron unas luces de colores y alguien que lo arrastraba por un túnel de dolor y confusión. Cuando los fuegos artificiales se apagaron, el muchacho tenía adelante un hombre de cabello rojo y una gruesa cicatriz. Quiso moverse pero sus manos estaban atadas al respaldo de la silla. También sus pies. Una cuerda los mantenía juntos, inservibles más que para brincar.

— No te preocupes – dijo Todd—, ni irás a ningún lado. Vamos a empezar por decirme quién eres.

El muchacho movió los ojos de izquierda a derecha. El bar estaba vacío. Su vida ahora estaba en manos de aquel sujeto. Resopló y se removió inútilmente en la silla.

— Desátame – ordenó el muchacho—. No tienes ni idea de para quién trabajo.

— La verdad es que no tengo idea, por eso te tengo a ti para que me informes. Para que me pongas al día.

Todd puso un pie sobre los del muchacho e hizo presión. El chico apretó los labios. La fuerza que hacía Todd no era excesiva pero las botas tenían unos bordes duros que lastimaban las puntas de sus dedos. Se sentía como si alguien apoyara el filo de una cuchilla sobre su carne desnuda.

— ¿Y? –insistió Todd— Vamos, haz un poco más dinámico esto o yo lo haré.

— Virk –dijo el muchacho—. Mi nombre es Virk.

— Bien, Virk, supongo que no eres de aquí, ¿no es cierto?

Virk no respondió, entonces Todd acercó más su pie al suelo. Los ojos de Virk estallaron de dolor.

— Soy de aquí, hijo de puta –dijo Virk deslizando sus palabras por el resquicio de sus dientes apretados. Era el sonido de un cuchillo contra

una roca.

— Entonces, no comprendo, Virk— dijo Todd inclinando la cabeza hacia la izquierda—. Si no eres un extranjero de uno de esos países extraños donde la gente actúa de forma tan rara, debes saber que uno no va por ahí abriendo las cerraduras de las casas ajenas sin pedir permiso antes.

— Quería ver si encontraba un poco de dinero. Sí, quería robar este barsucho y sacarle lo poco que debe sacar por noche, solo para ir a emborracharme a otro lado y conseguir una prostituta que no tenga los dientes podridos.

— Esa son caras, según dicen. Pero, cómo, ¿un joven tan atractivo como tú tiene problemas para conseguir una linda chica en esta ciudad?

— En realidad me gustan las prostitutas. Saber que otros le pegan o las toman a la fuerza es muy excitante.

Todd sonrió y frunció el ceño. Los apetitos sexuales de los demás siempre le parecieron temas que no admitían discusión pero la sinceridad de Virk frente a alguien que lo tenía atado y que posiblemente no lo dejara con vida, le parecía un poco curiosa.

— Tienes gustos muy específicos, chico. Ahora bien, ¿me vas a decir qué hacías acá? Pero la versión verdadera esta vez.

Virk que había sentido los dedos de sus pies un poco más aliviados después de comenzar a hablar, tenía la mirada ensombrecida, de repente. Empezó a pensar que ese pelirrojo no era un simple guardaespaldas.

— Te estoy diciendo la verdad, viejo. Solo quería unas monedas. Es más, ni siquiera iba a tocar ni una botella.

— Confío en tu palabra, Virk. En lo que no confío es en tu historia.

Todd agarró la nariz con sus dedos y la apretó hasta que la punta quedó morada. Virk respiraba por la boca e intentaba gemir al mismo tiempo. El resultado era el gruñido de un cerdo cuando está enojado.

— La próxima en ser tapada será tu boca. A no ser que puedas respirar con tus oídos, te aconsejo que me digas la verdad.

— Vete al diablo, estúpido. La verdad es que tu madre se portó muy bien en la cama anoche.

— Seguramente lo hizo, si sigue viva en alguna parte.

Con la otra mano, Todd tapó la boca de Virk, hincando sus uñas en las mejillas del chico. La piel de Virk se hundía y estiraba en el sitio donde los

dedos de Todd se clavaban. Virk se hamacaba en la silla, sacudía la cabeza pero lo único que lograba era ahogarse más rápido. Sus ojos parecían haberse salido de sus órbitas. Se podía apreciar la curvatura blanca que se internaba dentro de la oscuridad de su cráneo. El rostro de Virk se puso morado y Todd sintió en la mano que apretaba la nariz, cómo los latidos disminuían. En ese momento lo liberó. Virk se atragantó con todo el oxígeno que pudo. El color de su piel era el lienzo de un pintor que había decidido cambiar el púrpura, por el rojo de inmediato.

—Mira...—jadeó Virk, poniendo todo el aire en cada letra de la palabra—. Está bien. Te lo diré.

—Ves que puedes no comportarte como un mentiroso, Virk. Solo hay que confiar en uno mismo.

—Kuff – dijo Virk—. Él dijo que viniera a encontrar algo que comprometiera a Leof. Unos enanos fueron al “Demonio embriagado” la madrugada de hoy y preguntaron a Kuff si sabía algo de sus amigos. Él les dijo que no había visto ningún enano en el bar en las últimas semanas. Ellos no le creyeron, más por el genio de Kuff que porque estuviera mintiendo.

—¿Entonces? – preguntó Todd cuando vio que Virk se había detenido para preguntar con la mirada si ya era suficiente.

— Entonces, él les dijo que había otras tabernas en la ciudad. De seguro los enanos habían bebido en alguna de ellas esa noche. Cuando se fueron con la promesa de que iban a volver si no encontraban nada, me dijo a mí que me infiltrara en el bar de Leof para descubrir alguna pista de los enanos. Un informante le dijo que había visto a unos enanos entrar esa noche en esta taberna.

—Y aquí estás – dijo Todd alzando las manos—. Supongo que tu jefe debe querer negociar con los enanos cualquier pista de los cuerpos de los otros.

— Lo enanos pagarían lo que fuese para encontrar al culpable de los asesinatos. Kuff es rico pero dice que siempre puede serlo más.

— Bueno, parece que Kuff va a obtener algo muy diferente de lo que quiere.

—¿De qué hablas? –preguntó Todd con la voz de alguien que quiere evadir cualquier posible respuesta del otro, pero que igual quiere escuchar.

— Tu cabeza— dijo Leof que bajaba de la escalera, despeinado y con los ojos hinchados de un sueño no muy satisfactorio.

Cuando Virk vio a Leof acercarse con los puños de su camisa arremangados y a Todd sonreír, dando dos pasos hacia atrás, pensó que ya no

le quedaba mucho tiempo en este mundo. Se preguntó si habría algo más allá de esto.

— Déjame adivinar –dijo Leof cuando quedó a un dedo de distancia de Virk—. Entraste en mi bar como una rata. ¿Es así?

— Sí –respondió Virk—. Pero vamos muchachos. Ustedes saben cómo es esto. No tengo nada contra ustedes. Un hombre necesita ganarse su ración diaria. Yo solo soy una extensión de la voluntad de Kuff. Él es el único interesado en meterlos en problemas.

— No retiro lo dicho – dijo Leof—. Toda una rata. Ahora sacaste la habilidad de la rata para entregar a los suyos.

— ¿Crees que me importa ese gordo grasiento? Lo único que trato de hacer es salvar mi pellejo. Si quieres que escupa un poco de honor, encuadréname en un libro de leyendas y nómbrame caballero.

Leof y Todd se miraron y no pudieron evitar reírse. Virk se balanceó en la silla usando una expresión divertida en su rostro. Le agradaba saber que fue él quien había sacado una sonrisa a esos hombres que estaban calculando cuándo cortarle la garganta.

— Bueno –dijo Leof y su sonrisa desapareció—. Entiendes, sin embargo, que no podemos dejarte con vida. Como puedes ver, este bar está tan limpio que uno podría tirar un poco de leche al suelo y beberla sin esperar a infectarse con ninguna enfermedad. Pero como eres una rata, seguro le dirás a tu jefe que viste una masacre de enanos y que la cantidad de trozos en que fueron cortados era innumerable.

— Lo sé, yo también me mataría si fuese ustedes –confesó Virk—. ¿Puedo decir algo de todos modos?

— Lo que quieras, chico.

— Como ustedes saben, “El demonio embriagado” es el bar que genera más ganancia en todo Rodam. Allí asisten los comerciantes más ricos de los alrededores, así también como los terratenientes poderosos y los campesinos libres que han podido amasar una buena fortuna. Incluso tenemos líderes de los gremios de artesanos y maestros albañiles.

— Conozco la puta historia, Virk – espetó Leof, enojado—. La verdad es que estás acertando cada vez más tu último tramo de vida.

— Como les dije –continuó Virk—. A pesar del dinero que Kuff tiene, no está satisfecho, nunca. Últimamente la cosa ha empeorado. Ha estado muy paranoico con los otros bares. Antes, pensaba que los dueños eran unos

pobres mediocres que solo querían obtener lo suficiente como para poder comer todos los días. Pensaba que no eran ambiciosos, que no les importaba la clase de gente que concurrían a sus negocios.

— Es un tipo inteligente ese Kuff – dijo Leof—. En eso al menos le ha acertado.

— Pero luego empezó a creer que su competencia se hacía poco a poco más fuerte. Creía que algunos de sus clientes pasaban algunas noches en otras tabernas y empezó a hacerles preguntas que los incomodaba. Incluso algunos dejaron de asistir porque Kuff siempre les llamaba medio en broma, medio en serio, traidores. Lo tenían como un loco y se evitaban el mal rato no regresando otra vez. Hasta que empezó a tramar algunas acciones contra esas tabernas que para él se estaban enriqueciendo demasiado rápido.

— “El golpe del unicornio” — dijo Leof—, esa taberna al norte de la ciudad. Me enteré que cerró porque su dueño se mudó.

— Eso es lo que Kuff se encargó de que todos creyeran. Les pagó a varios correveidiles para que difundieran esa mentira.

— Y esa mudanza – intervino Todd—, me imagino que es lo que yo pienso.

— Fue el primero en sacar del negocio de los bares. No pasaron dos días de que había liquidado al dueño cuando compró el bar y puso a uno de sus hombres a dirigirlo sin cambiar el nombre, porque de acuerdo a él de esa manera perpetuaba la memoria de su difunto anterior dueño.

— Unos pescadores lo encontraron algo comido por las pirañas en las costas de un río a cincuenta kilómetros al noreste de Rodam. – dijo Leof, mirando a Todd—. Dijeron que fue atacado por unos elfos o bandidos de camino a su nuevo hogar.

— Así que el buen Kuff decidió que debía disminuir su competencia – comentó Todd—. Lo extraño es que si había enanos en la ciudad, cómo es que no han venido a esta taberna a hablar con Leof.

— Ellos estaban cerca de la ciudad. Anduvieron recorriendo las calles buscando a sus compañeros. Se enteraron de “El demonio embriagado” y empezaron por allí. Esto sucedió a comienzos de la madrugada. Seguramente han estado visitando otras tabernas. Esta debe estar en su ruta pero como esta parece una pocilga abandonada aún no la han visitado.

— Gracias por el cumplido muchacho –dijo Leof sacándose un falso

sombrero—. Me esfuerzo por tenerla así todos los días.

— No tardarán en estar aquí —dijo Todd caminando hacia la puerta, cabizbajo—. Esos enanos son como sabuesos cuando se trata de localizar a alguien. No descansan, inclusive no comen hasta tener algún indicio de lo que buscan.

— Matememos a esta rata y pensemos qué hacer con los enanos— manifestó Leof siguiendo a Todd con la mirada.

Todd se detuvo y por un momento estuvo pensativo. Las ideas desfilaban en su mente. Si los enanos entraban solo encontrarían una taberna bastante limpia, difícil de imaginar como un escenario donde hacía unas horas cuatro de ellos habían muerto asesinados. Se felicitó por limpiar el sitio. Eso le daría más tiempo. Por supuesto quedaban los borrachines que habían huido cuando la matanza había iniciado, pero era muy probable que los pocos que había no recordaban dónde se habían emborrachado esa noche. Por otro lado estaba Kuff, decidido a borrar a los dueños de las otras tabernas para asegurarse todos los ingresos en el mercado de las bebidas y la diversión. En situaciones así, era mejor jugar aprovechando cada elemento a tu disposición. Por más conflictivo que un elemento parezca, siempre puede brindar una solución a otro problema de mayor envergadura.

— Espera, no lo eliminemos aún.—sugirió Todd, volviendo a la realidad desde la habitación de su mente.

— ¿Estás loco?— preguntó Leof con la expresión de alguien que se da cuenta que está hablando con un loco de remate— Es tan seguro que va a morir como que me cago luego de comer un plato de ajo con ciruelas.

— Oye— dijo Todd, mirando a Virk—. ¿Cuánto te paga este Kuff?

Virk pasaba la vista de Todd a Leof, previendo la posibilidad de que el cantinero lo matara de repente, sin darle posibilidad al otro para detenerlo.

— Muy poco, a decir verdad. El maldito dijo que es ya demasiado con que mantenga a mi hermana y alimentara a mis padres antes de que éstos murieran.

— Di el puto número, rata – ordenó Todd escupiendo sus palabras.

— Dos monedas de plata al mes. Idealmente claro, si no me tiene que descontar para poder pagar los impuestos que le exigen los agentes recaudadores.

— Lo doblamos –dijo Todd—. Trabajas para nosotros ahora.

Leof no podía creer lo que escuchaba. Asió un brazo de Todd y lo alejó de

Virk. Se paró frente a él, con el rostro pegado al suyo para demostrar que no aceptaría la contraria a lo que diría.

— Creo que esa máscara te ha afectado el cerebro, Merton o como quieras que te llames ahora —dijo Leof—. No me interesa lo que hagas con tu dinero, pero ese hijo de puta no tendrá ni un grano de arroz de mi parte. Además tiene que estar muerto ahora. Te podría decir cualquier cosa para seguir con vida, pero en cuanto lo liberes irá corriendo con Kuff y de repente tendremos dos problemas: los enanos y los malditos matones de ese gordo. Apostemos quién nos matará primero.

— No quiero apostar contigo, Leof. No me gustaría que me debieras a mí. Créeme, los enanos y Kuff serían los menores de tus problemas.

Leof agarró el cuello de la remera que sobresalía de la armadura de Todd y lo estiró hacia arriba un poco.

— Mira, agradezco tu ayuda la noche anterior. Pero creo que te estás pasando de la raya. No me jodas o te mataré ahora mismo, sin importar lo bueno que eres con la cuchilla. No te hagas el listo conmigo, estúpido.

Virk rogaba que los dos se pusieran a pelear y ninguno saliera bien parado, especialmente Leof, que no perdería un segundo si de él dependiera para borrarlo de la existencia.

— Escucha. Suéltame y escucha —dijo Todd, con un tono de tranquilidad que contrastaba con el gesto despectivo de sus labios—. Tengo un plan.

Leof lo soltó, sin antes dedicarle una mirada que indicaba que la próxima vez no se limitaría a ser tan suave y arrugarle su linda camisa.

— El muchacho es una rata, pero podemos usar eso a nuestro favor. Todas las ratas persiguen el queso más grande. Lo pondremos en contra de Kuff. Nos hará acercarnos a él. ¿Qué dices? ¿No quieres acabar con el gordo miserable que te tiene en su lista de muerte?

Leof lo pensó. Pasó de la ira contenida al hombre que vio una salida próspera en medio del laberinto en que había estado perdido durante años.

— ¿Y los enanos? —preguntó el cantinero.

— Los haremos pasar a tu linda taberna y le brindarás unas copas. Estamos en la misma posición ante ellos que cualquier otro bar.

— Este lugar debe tener algo que nos delate. Estoy seguro.

— No te preocupes, limpié a fondo todo.

Leof recorrió la taberna mirando cada mesa y rincón. Observó el daño de la barra cuando el enano descargó su hacha en esta.

— Ellos sabrán que un hacha enana hizo esto— dijo Leof señalando la hendidura.

— No te preocupes, la cubriremos con algo.

— ¿Entonces? – preguntó Virk— ¿Cuándo iremos tras ese gordo?

— Desata a la rata –dijo Leof—. Espero que sepas lo que haces.

Todd sacó un puñal y cortó las cuerdas que aprisionaban al muchacho. Virk, ya liberado dio dos palmadas en la espalda a Todd y pegó un salto mientras se reía.

— Esto será genial. ¿Sabes desde hace cuánto estaba esperando una oportunidad como esta? Después de lo que ese cerdo le hizo a mi hermana.

— Cállate, idiota. Comienza tu trabajo cerrando la boca y obedeciendo. – dijo Leof, quien escupió sobre la superficie de tabla para limpiar lo que le pareció una mancha de vino o de sangre.

Fue en ese momento cuando tocaron a la puerta. Tres golpes fuertes que retumbaron en los oídos de Leof como el preludio de una tormenta.

— Ve quien es –le dijo Leof a Todd.

El ladrón se acordó que la puerta no tenía el cerrojo puesto. Después de noquear a Virk, la cerró de una patada. Se apuró a tomar el picaporte antes de que éste girara por la impaciencia de los visitantes.

— ¿Quién es?— pregunto Todd con una voz que reflejaba la molestia de ser molestado por el motivo que fuese.

— Harrrold del Puño Nevado –anunció la voz gruesa de un hombre acostumbrado a imponer su voluntad—. Exijo hablarr con el dueño de esta taberrna.

— Ese eres tú, Leof –susurró Todd con un tono divertido—. Llegaron los barbudos.

— Maldición, todavía no hemos tirado los trapos con los que secaste la sangre. –dijo Leof caminando de un lado a otro de la taberna.

— Esos están en el cuarto de atrás. No te preocupes, los mantendremos alejados de alguna manera.

— ¿Quieres que esconda esos trapos? – preguntó Virk quien estaba entusiasmado por poder ser de alguna utilidad.

— Buena idea muchacho – contestó Todd, a pesar del desprecio con que Leof miró al muchacho – Ve por la puerta de atrás. Están dentro de un canasto de mimbre lleno de vasos rotos.

La puerta sonó con más vehemencia esta vez. Cuatro golpes que amenazaban con astillar la madera. El polvo se levantó y Todd sintió las vibraciones en sus dedos y vio cómo las partículas de polvo saltaban con cada llamada.

— Abrrrran la puerrrrta –ordenó Harold— o nos verrrremos obligados a entrrrrrar nosotrrrrros mismos.

— Estoy podrido de estos enanos— dijo Leof, haciendo un esfuerzo para no gritar—. Tuve suficiente por una noche.

Cuando Vírkk desapareció en el cuarto de atrás, Todd abrió la puerta. Afuera había cinco enanos. Cinco enanos armados con hachas, mazas y espadas. Todos muy parecidos a los que habían matado y quemado la noche anterior en casa de Vulture. Los cinco estaban parados formando una V. El primero era un enano de cabello blanco trenzado hasta la cintura, unos ojos de los que colgaban unas bolsas de arrugas y unos bigotes que se iban angostando y cerrando a medida que caían hacia el pecho. Ese debía de ser Harold del Puño Nevado.

— ¿Tú errrrres el dueño de esta taberrrrna? – preguntó Harold

— Por favor – dijo Todd—, pasen viajeros. No abrimos de mañana, pero tenemos un gran respeto por los forasteros. Lo ayudaremos en lo que podamos. Mi nombre es Todd y trabajo en esta taberna. No será muy grande y bonita como otras, pero nadie puede decir que no es bienvenido aquí.

— Eso es muy bonito, jefe – dijo un enano que estaba en el último lugar a la derecha de la formación. A Todd le llamó la atención el tono afeminado de su voz. Para ser un enano, hablaba como una vieja chusma de esas que salen a la vereda con una escoba diez veces al día como una excusa para escuchar más de cerca las conversaciones de sus vecinos o los transeúntes.

— ¡Cállate Kyrrrr! – lo amonestó Harold sin desviar su mirada de Todd
— Te he dicho mil veces que no debes abrrrrrir la boca cuando yo lo estoy haciendo. Soy tu jefe, maldita sea. ¿No puedes comporrrrrtarrrrte como los demás?

— Perro jefe, este humano es el único que nos ha rrrrecibido con tanta corrrrdialidad. —se disculpó Kyr con el semblante acongojado.

Harold se dio media vuelta y miró a Kyr quien después de tres intentos de decir alguna palabra, decidió bajar la mirada y resoplar. Harold volvió a encararse con Todd cuando entendió que Kyr había entendido cuál era su lugar.

— Aceptarrrrremos su invitación. —dijo Harold.

Todd les ofreció asientos y bebidas a los enanos. Harold rechazó las dos cosas. Sus hombres no tuvieron ninguna palabra de queja. Excepto por Kyr, que se mesaba la barba sin cesar y vacilaba moviéndose como un péndulo de un lado a otro. Cada vez que Todd o Leof le nombraban alguna bebida que Harold rechazaba, la ansiedad de Kyr no lo podía dejar quieto.

— La noche anterrriorrrr, cuatrrrrro de los nuestros llegarrrrron a esta ciudad donde nos esperrrarían parrra rrrreunirrrnos — dijo Harold luego del último intento fallido de Leof para aclararle que la cerveza corría en cuenta de la casa—, perro porrr alguna rrrrazón que desconocemos, nos hemos desencontrrrado.

— Entiendo — dijo Leof, bebiendo un trago de cerveza—. Qué mala suerte, muchachos. Nosotros no hemos visto a ningún enano desde hace seis meses, cuando el gremio de los metalúrgicos hizo una huelga en las calles para pedir una mejora en sus salarios. Los enanos vinieron a apoyarlos.

— No encontrrrramos a ningún enano en toda Rrrrodam. Fuimos a todas las taberrrnas de esta ciudad. Se suponía que nos encontrrrraríamos en un lugarrrrr como éste. Ésta es la última taberrrna que nos queda porrrr investigarr.

— Como les dije, señores — dijo Leof, luego de otro trago—, no hem....

— Rrrrevisarrremos el lugarr—interrumpió Harold, como si solo lo que él dijera fuese lo único importante en ese momento.

XII

Los músicos habían llegado caminando al arroyo, algo que no le agradó mucho a Pearce, ya que sin caballos el regreso se hacía más lento y la impaciencia de Bradley por saber que cosas podía obtener de la torre de magos si utilizaba la frase “Lida Bughta Ak” molestaba a Pearce. Necesitaba llegar lo más deprisa con el supremo mago y todo lo que estaba antes de eso le parecía tedioso, incluso innecesario para la existencia, como alguien que diera vueltas y vueltas por un camino para llegar a un lugar en el que podría estar pronto si tan solo atravesara el campo escarpado que el camino rodeaba.

— ¿No me someterán a ningún tipo de prueba, no? —preguntó Bradley por tercera vez, no con las mismas palabras, pero Pearce entendía que lo que más preocupaba al músico era perder la vida por meterse en lo que no le concernía.

— Tú solo dilas— dijo Pearce avanzando con largas zancadas por el sendero—. Son secretas, sí, pero también los hechiceros respetan a aquel que las conoce. Seguramente lo tendrán por algún cercano amigo de uno de ellos y lo ayudarán. Es una tradición que hasta ahora ningún miembro de la torre ha roto.

— Esto es fascinante, Pearce —dijo Bradley con un tono exultante y los ojos brillantes por las posibilidades que solo él veía—, es la primera vez que obtengo algo con lo que me he mantenido despierto noches enteras tratando de ingeniármelas para entrar a uno de esos lugares y verlo todo.

— Bueno, no sé si lo veras todo — aclaró Pearce —, los hechiceros son muy recelosos con alguien que es un extraño, pero seguro tu carisma te hará ver cosas que ninguna persona común vería en su vida.

El camino tenía muchas lomadas, subidas y bajadas. Pearce protestaba en silencio cuando debía caminar sobre la ladera empinada de una colina para luego descender la mitad de lo que había subido. A Colin parecía no incomodarle. El bardo seguía con la mirada el curso del espumoso que cada vez se alejaba más del camino. Algunos árboles encapuchados en sus copas se torcían hacia el sol y la corriente del río, como petrificados en el momento de querer alcanzar a ambos. El terreno era más rocoso en ese tramo que el que estaba más cerca del río. Rocoso y resbaladizo. Pearce tenía que caminar con

cuidado si no quería terminar en el suelo y cortarse con el filo de alguna roca. Bradley, iba al lado de Pearce, guiado por una fuerza externa, mientras en su interior el mago sabía que él estaba midiendo todas las posibilidades que le abriría el tener acceso al conocimiento de los hechiceros. Si eso creía, Pearce lo compadecía. Su curiosidad sería la misma que lo expulsaría de la torre.

— Falta poco chicos – dijo Colin—. Observen a su derecha. Tengo entendido que estas tierras pertenecen a un noble a quien el rey se las concedió para que creara más terrenos de cultivo.

— ¿Quién es el noble?— preguntó Pearce para sacarse un poco el sabor de la ansiedad de la boca.

— No sé, un tal Geack o Veack o Peack...algo así. Tú debes saber Bradley.

Pero Bradley solo elevó la mirada cuando escuchó su nombre. Y la volvió a bajar cuando Colin señaló hacia la derecha mientras otra colina los estaba esperando luego de caminar algunos metros sobre un terreno plano.

—Este es el lugar que eligen los topos del aire para hacer sus nidos. Las leyendas de los elfos dicen que estas criaturas fueron las primeras aves creadas por la Madre de los árboles y que como tales pasaban poco tiempo en el aire porque enseguida la extrañaban. Al comienzo, la Madre de los árboles, Dyrena, fue cruel con ellos, y mataba a los que no querían volver al aire y preferían quedarse durmiendo en su seno. Algunos de ellos se espantaban por la suerte de sus hermanos que morían en la tierra y no se atrevían a imitarlos, entonces aprendieron a permanecer mucho tiempo volando, descendiendo sobre las ramas de los árboles solo para descansar y alimentarse de frutos, pero evitaban la tierra todo lo que podían por temor a que su madre los castigara. Con el tiempo, ningún topo del aire volvió a pisar la tierra, ni siquiera en terrenos elevados. El cielo y los árboles fueron sus hogares. Entonces Dyrena comenzó a extrañarlos. Sus asesinatos habían alejado a sus hijos y ella creyó que la odiaban. Ninguno se acercaba para hablar con ella. Ni siquiera la saludaban. Entonces envió a algunos emisarios. Creó otras aves más pequeñas, y de largo y fino pico, los hamjlas, que tienen un potente canto, el cual puede oírse desde muy lejos. Dyrena envió a los hamjlas para que persuadieran a sus hijos de perdonar a su madre y hacer las paces. Los topos del aire, muy desconfiados, decidieron asesinar a los hamjlas y arrojar sus cadáveres sobre Dyrena. Con el corazón destrozado, la Madre de los árboles lloró desconsoladamente por la muerte de sus hijos hamjlas y sus lágrimas

crearon los ríos Espumoso y Tumor, cada uno formado por las lágrimas de cada ojo de Dyrena. Los topos del aire, conmovidos por el llanto de su madre, decidieron perdonarla y bajaron sobre la tierra después de mucho tiempo para hacer las paces y vivir en paz. Desde entonces, los topos del aire, desde que aprenden a volar, pasan todo el tiempo en el aire, y solo bajan a tierra para construir sus nidos en el interior de la tierra y cuidar de los huevos, hasta que sus hijos se remontan, entonces el nido vuelve a quedar vacío a la espera de la siguiente familia, como un recuerdo de la reconciliación entre Dyrena y sus hijos. Pero los hamjlas y los topos del aire continúan siendo enemigos desde aquel día, y los primeros huyen cuando los topos están cerca, porque conocen el odio de sus hermanos, que nunca se ha extinguido.

Pearce observaba los nidos de los topos del aire y la historia de Colin seguía reverberando en su mente. Pocas veces le había prestado atención a las leyendas de Gimm. Su madre había muerto algunos días después de darle a luz y su padre era un comerciante ocupado que no vendía su propio cuerpo porque no podía. Cuando lo llevó a la torre de hechicería y se los ofreció a los maestros aduciendo que su hijo era muy inteligente y siempre estaba investigando por su cuenta las cosas del mundo, los hechiceros lo pusieron a prueba por dos semanas antes de otorgarle al padre una bolsa de cinco monedas de oro por él. Pearce estuvo varios años como sirviente en la torre, viendo la magia, sin practicarla hasta que tuvo la edad indicada para comenzar sus estudios. Solo escuchaba las historias de boca de algunos hechiceros especializados en bestias, y solo cuando se escondía para oírlas, hasta que el interés por la magia lo alejó de ellas cada vez más.

Ahora, contemplando cómo esas aves custodiaban sus nidos de los depredadores, luego de haber oído la leyenda por Colin, Pearce reconocía que había un cierto placer en ello, parecido al que sentía cuando era capaz de canalizar la magia por su propia voluntad.

— Es una de las favoritas de los elfos. — dijo Colin tomando un palo del suelo para ayudarse a escalar una ladera irregular—. Antes de la separación de los elfos y humanos, a veces los primeros llegaban a alguna aldea humana y le contaban la historia a los niños, los cuales luego se las contaban a sus padres. Los elfos nunca les relataban esas leyendas a los adultos. Decían que los niños podían mantener ese aspecto inenarrable que acompaña a toda leyenda. “La fuerza vital de las palabras”, le llamaban. ¿No, Bradley?

Bradley caminaba manteniendo la vista fija adelante y no se lo veía como

a alguien que se interesara por lo que se estaba diciendo en ese momento. Pearce sabía que las únicas palabras que llegaban a su mente eran las de la contraseña. Debían estar resonando como los tañidos de una campana que crecían con cada golpe.

— Bradley – repitió Colin—, detengámonos unos segundos en la cima de esa colina. Luego el terreno se vuelve más llano a medida que nos acercamos al poblado. Enseñémosle a Pearce la historia, pero esta vez con la voz de la música.

Colin era el que iba a la cabeza. El bardo se apresuró en los últimos metros que quedaban de pendiente. Cuando su cabeza ya se estaba asomando sobre el suelo de la cúspide, se detuvo en seco, y su espalda se inclinó un poco hacia atrás. Pearce que era el único que lo había visto, creyó que el bardo había perdido un poco el equilibrio, pero cuando vio a tres figuras aparecer en la cima de la colina, quedó tan paralizado como Colin. Bradley fue el último en advertir la presencia de los orcos, que, vestidos con largas y finas togas blancas, no eran menos atemorizantes. Sin embargo Colin reaccionó rápido y alzó una mano en señal de saludo.

— Buenos días, viajeros— dijo con un tono meloso que en vista de a quien iba dirigido el saludo, a Pearce le supo a falsedad, de la más barata.

Los orcos no respondieron. Sus semblantes extrañamente solemnes se inclinaron hacia adelante para responder al saludo. Colin adquirió más confianza y avanzó el tramo que le faltaba hasta quedar junto a ellos. Pearce y Bradley no se movieron de sus lugares. Los orcos estaban muy callados para tratarse de tales criaturas. Generalmente cuando te los encontrabas, lo primero que hacían era atacarte como un grupo de animales hambrientos, chillando y emitiendo unos sonidos guturales que era el modo en el que ellos se comunicaban. Pero allí estaban esos tres orcos, silenciosos como monjes que al ver a tres humanos, a simple vista desarmados, no se habían lanzado a una matanza. Incluso habían saludado a Colin sin emitir ningún chillido.

— Vaya –dijo Colin—. Es muy inusual encontrar a orcos por estos alrededores. ¿De dónde son?, si mi pregunta no es muy atrevida.

— Somos hacedores de la voluntad de Azwan – dijo el orco del medio, pronunciando las vocales con un ligero ronquido—, el búho que cuida de los ciclos del mundo. Buscamos alimento para mantenerlo con vida.

Pearce notó que a Colin se le iba un poco el color del rostro, pero sin

dejar que su sonrisa y buen ánimo decayeran a los ojos de los orcos. Además de sus túnicas blancas, los orcos estaban más afeitados de lo normal, por tratarse de su raza. Sus cabellos, negros y grasientos estaban peinados hacia atrás con tanto cuidado que Pearce pensó que se trataba de pelucas. Los tres llevaban unas cadenas color crema, colgadas de sus cuellos. Pearce comprendió que se trataban de collares en el que había un símbolo de un búho con cuerpo de hombre que sostenía entre largas garras de ave, un roedor escuálido abriendo la boca llena de dientes afilados y torcidos, con una pata estirada hacia el búho como queriendo atacarlo. El hechicero había oído algo de Azwan en una clase de Historia de las religiones en la torre. Para los elfos, Azwan era el encargado de mantener el justo equilibrio entre la vida y la muerte en el mundo. El ratón simbolizaba la locura incontrolable que rompía con la armonía en el universo. Azwan cazaba esos ratones y los devoraba para volver a restablecer el cauce natural de la vida. Para Pearce esos relatos no eran nada más que una justificación que tenían los elfos para eliminar a aquellos que consideraban nocivos para su estilo de vida. A los elfos les encantaba tener siempre la razón, pero no solo eso, sino que además decían que seguían los designios de deidades que protegían la vida y traían la paz.

—Mis respetos y el de mis compañeros hacia Azwan – dijo Colin, haciendo una reverencia—, los dejaremos seguir en buena hora.

—No tenemos prisa – dijo el orco del medio—. Mi nombre es Taeren, el de mi derecha es Indrafær y aquí a la izquierda está Gowelt.

—Mucho gusto – contestó Colin, siempre con esa sonrisa sostenida con unas manos invisibles—. Les presento a mis compañeros, Pearce y Bradley. Yo soy Colin. Encantado.

Bradley levantó una palma para saludar. La mano le temblaba un poco y en sus ojos se manifestaba la inseguridad de alguien que está caminando sobre una capa de hielo delgada.

— Deben venir con nosotros, humanos. Azwan quiere que reciban el bautismo en su nombre. Sus vidas ahora se cruzaron por su campo de visión. Nosotros somos sus garras.

— De verdad, nos agradecería mucho recibir el bautismo de Azwan – expresó Colin, haciéndoles señas a Pearce y a Bradley para que siguieran subiendo—, pero realmente llevamos mucha prisa. Verá...

— Vamos humanos –interrumpió Taeren, señalando hacia la derecha del camino, donde el terreno se internaba en una tupida vegetación de

arbustos hasta terminar en un pequeño desfiladero que daba al río—, nosotros caminaremos y ustedes nos seguirán.

— Verán —Colin pronunció la palabra con un énfasis y una pausa que le daba a su voz el carácter de urgente—, debemos estar en Cadwgan en el próximo mes, y el viaje es largo. Somos los músicos de la boda del príncipe Greg. No tenemos tiempo que perder. Tal vez luego de la boda, podemos encontrarnos para recibir la bendición de Azwan.

Taeren caminó hacia la dirección indicada con los otros dos orcos siguiéndole a la par. Colin miró a Pearce y a Bradley. Ninguno de los dos supo que decir. Los orcos no habían dado ni cinco pasos cuando dieron media vuelta para mirarlos.

—Vamos —dijo Taeren—, deben seguirnos. Azwan ya los ha visto. Nosotros somos sus ojos.

—Será mejor que nos vayamos deprisa de aquí — dijo Pearce tratando de hablar únicamente para los músicos, aunque era muy poco probable que los orcos no lo oyeran también.

—No entiendes — dijo Bradley mirando a los orcos—, estos tipos son fanáticos. Profesan la religión de los elfos de un modo más ortodoxo que sus amos. Siempre andan en busca de humanos para hablarles de la voluntad de Azwan y de paso sacrificarlos.

— No entiendo cómo es que voy de problemas en problemas desde que abandoné la torre. Esto es increíble — se lamentó Pearce llevándose la mano a la frente.

—Miren — susurró Colin, dando con cautela un par de pasos hacia sus compañeros—, lo que podemos hacer ahora es que los tres estemos juntos donde yo estoy y empezar a correr por nuestras vidas. Estos orcos nos matarán si nos alcanzan.

— ¿Qué? — preguntó Pearce—. ¿No podemos solo seguir nuestro camino?

— No— respondió Bradley y su rostro se contorsionó en el estado más puro de la incompreensión—. Estamos muertos. Si corremos, ellos nos alcanzarán sin mucho esfuerzo. Se acabó.

Colin Y Pearce vieron al músico caminar hacia donde los orcos lo esperaban. Cuando estuvo sobre la cima de la colina miró hacia atrás de perfil.

—Les sugiero que hagan lo mismo —dijo

Por primera vez Pearce vio a Colin perder todo atisbo de alegría. El bardo que había evitado temas que no fueran los referidos a su arte, ahora se había

convertido en un hombre que sabe lo que le esperaría detrás del telón. No miró al hechicero. Hizo lo mismo que Bradley y avanzó hasta quedar a su lado.

—¿Se han vuelto locos? – preguntó Pearce, ahora gritando, ya no importaba si estaba frente a orcos o gigantes—. Tenemos que seguir. No podemos ir con estos dementes. Con estos lunáticos. Sigamos hacia el poblado.

—Somos servidores de Azwan –dijo Taeren pacientemente—. No estamos locos. Combatimos la locura. La locura es el alimento del dios de la noche.

—Son unos dementes. De ninguna manera caminaré detrás de ustedes, estúpidos.

Colin y Bradley no miraban al hechicero. Estaban allí, parados como esclavos atentos a cualquier indicación de su amo. A Pearce esto lo enfurecía aún más. ¿Cómo es que se habían puesto a la merced de esas criaturas que obviamente no estaban en sus cabales? Sí, está bien, eran fanáticos capaces de cualquier cosa, pero hasta hacía un instante no existía más nada en el mundo para Bradley que su entrada al paraíso de la magia, y ahora aceptaba su destino como un prisioneromuriendo en las mazmorras. Colin era el tipo de músico que esperaba vivir miles de años con tal de poder componer y disfrutar de sus creaciones. Ahora se había convertido solo en la sombra de un hombre ordinario. Pearce comprendía que entre todas las posibilidades en ese momento, la que lo mantendría durante más tiempo con vida, era hacer lo que los orcos decían. Si salía corriendo no pasaría mucho tiempo hasta que lo capturasen y lo llevaran atado o muerto. No tenía ningún elemento mágico o pergamino con algún conjuro que lo liberase a él y a los músicos de esta situación. Si se arriesgaba a activar algún conjuro memorizado, sin saber cuál y para qué, los orcos podrían darse cuenta de que era un hechicero y las garras de Azwan caerían con velocidad sobre él. Le quedaba su inteligencia. Y para empezar, ésta le decía que siguiera a los orcos elfizados.

El camino quedó oculto por los altos pastizales y arbustos que dejaban atrás a medida que se acercaban a las costas del Espumoso. Pearce miraba hacia atrás con resignación, pensando en cómo iba a salir de esa nueva. Colin y Bradley no habían abierto la boca durante las dos horas que llevaban caminando. Sentía que los huesos de la pierna le cortaban la carne a cada paso. Los orcos iban adelante y ninguna vez se habían vuelto para vigilarlos. Tan seguros estaban que no escaparían si sabían lo que era bueno. Al llegar a una parte donde el suelo se tornaba más húmedo y negro, los orcos se

detuvieron y dieron media vuelta. Colin y Pearce caminaban juntos. Pearce los seguía unos pasos más atrás.

—Aquí está bien – dijo Taeren—. Podemos empezar con la ceremonia sagrada. ¿Quién quiere ser el primer ratón?

Pearce observó como Colin y Bradley intercambiaban una mirada. Luego los dos voltearon para ver al hechicero.

—Ni lo piensen – dijo Pearce—. Empiecen ustedes, yo prefiero seguir pensando como sacarme a estos idiotas de encima.

Pero ninguno dio un paso al frente. Los orcos Indrafaer y Gowelt se apartaron de Taeren para formar un semicírculo que abarcaba a los tres humanos.

—Si no pueden elegir, Azwan elegiré por ustedes –declaró Taeren, con un ligero hálito de desprecio en la voz. Para tratarse de un orco, lo de ligero era muy extraño.

Orcos. Antaño eran enemigos acérrimos de los elfos y los humanos. Pero con la expansión de los últimos por Gimm y Naphatek, las cosas fueron cambiando hasta producirse una alianza entre elfos y orcos. Una alianza que sorprendió a todas las razas en los cuatro vientos. Luego, los orcos pasaron de ser socios a trabajar bajo el mando de los últimos en su lucha por exterminar a los humanos. Cuando había guerra, había muchas bajas de ambos bandos, pero en proporción, los elfos eran los más afectados ya que no nacían tantos elfos como humanos en el mundo. Cada vez quedaban más orcos que elfos pero mucho más humanos que reforzaban las filas de los caídos. Muchos orcos adoptaron la forma de vida y las creencias de sus amos, inclusive en lo concerniente a la religión. Les gustaba hablar y actuar como los elfos aunque en el fondo continuaran siendo esa raza salvaje que odiaba a todas las otras. Algunos eruditos creían que los orcos habían encontrado en los elfos una posibilidad de abandonar sus antiguas prácticas para evolucionar como raza, pero era una creencia a que se le daba poca validez. La idea dominante en este asunto manifestaba que los orcos eran como animales domésticos que nunca nadie quiso domesticar, por tratarse de bestias despiadadas y destructoras. Excepto los elfos, cuando comprendieron que tenían las de perder con los humanos si no encontraban a alguien que engrosara sus filas para luchar en contra de su propia extinción. Era raro encontrar sacerdotes de Azwan, pero era más raro encontrar sacerdotes orcos de Azwan. Estos eran fanáticos que habían perdido todo sentido común y vagaban por el mundo como si fuesen inofensivos, secuestrando humanos para aplicarle el azote de su dios. Cuando

los humanos sabían luchar y se encontraban con estos tipos, buscaban eliminarlos sin pensárselo dos veces. Pero los orcos eran luchadores expertos por naturaleza y la fuerza de uno de ellos era superior a la de dos humanos. Por eso, lo recomendado era enfrentarlos bien armados en un número bastante superior a ellos. Para desgracia de Pearce, él solo había tomado una vez una espada para alcanzársela a un guerrero que se la había olvidado al salir de la taberna de Leof. Y no creía que los músicos tuvieran una afición a la lucha cuerpo a cuerpo. Para empezar se habían dado por muertos sin poner ninguna resistencia.

—Vamos —insistió Taeren— ¿nadie se ofrece?

Ninguna respuesta. Pearce estaba comiéndose las uñas mentales tratando de buscar una salida. Los orcos no tenían puntos débiles especiales, que él supiera. Eran supersticiosos, eso sí. Tal vez si pudiera efectuar algún conjuro se asustaran y lo dejaran en paz. Pero, ¿lo dejarían decir palabras extrañas en su ritual? Tenía que intentarlo. Necesitaba un poco de tiempo. No sabía si podría salvar al primero que escogiera de los músicos, pero al menos a él y uno más.

—Tú— dijo Taeren, señalando con el índice a Colin o a Bradley—. Tendrás el honor de convertirte en el primer ratón.

Cuando Bradley y Colin se giraron para mirarle, supo que el orco lo señalaba a él.

—Lo siento Pearce— dijo Colin—. Parece que nuestro encuentro no estaba destinado a durar. Me hubiese gustado que vieras el palacio de Cadwgan, y a la princesa. Una mujer de una hermosura original.

—Esperen —dijo Pearce, no supo si a los músicos o a los orcos o a todos—. Necesito hablar con ustedes dos.

Colin y Bradley se encogieron de hombros y se reunieron con el hechicero.

—¿Pueden dejarme solo un minuto para que me despida de ellos?

—Bajarán juntos al estómago de Azwan —dijo Taeren— donde serán digeridos y volverán al mundo como un elemento saludable al mismo. El caos será apaciguado y ordenado.

— Lo que digas, pero ¿puedo hablar con ellos antes de bajar al estómago de un ave?

— Como quieras —concedió el orco.

Pearce hizo que los tres formaran un círculo lo más apretado posible. Sus rostros casi se chocaban. Pearce respiraba con fuerza, en cambio los músicos tenían el ánimo abatido, y sus ojos parecían vagar en un sueño lejano.

—Escuchen— empezó el hechicero—, puedo sacarnos de ésta, pero necesito que vuelvan a la normalidad y me ayuden un poco. ¿Qué saben de este dios, Azwan? Lo que sea. Algo que podamos usar a nuestro favor. Estos tipos son fanáticos. Marionetas ciegas entrenadas por los elfos. Todo lo que dicen es lo que le dijeron que repitan. Vamos, Colin, Bradley. Denme algo.

Bradley bajó la cabeza. Estaba pensando algo. Buena señal. Colin dio un suspiro y una sonrisa asomó por sus labios.

— Azwan es el dios los árboles, que son los cordones entre el mundo subterráneo y el infierno. Según los elfos, los árboles son los encargados de mantener unidos el cielo y la tierra, para que el sol pueda mantener el fuego de la vida en los hijos de la tierra y el agua. Azwan, también es representado como un enorme árbol cósmico que los elfos llaman Grenmesslit, pero esto solo por algunas tribus. La mayoría de los elfos considera que Azwan no es más que un guardián del Grenmesslit, quien no fue creado por nadie.

— Bien, continúa –dijo Pearce.

— La misión de este dios en el mundo, dada por el Grenmesslit, es impedir que el caos corte con la unión entre lo de arriba y lo de abajo. Los ratones son aquellas criaturas que desestabilizan el orden que Azwan defiende. En este caso, nosotros.

— Bueno, necesito algo más práctico, Colin. Lo que me dices es genial para una canción pero no creo que nos ayude mucho ahora.

— Si con eso se puede escribir una canción – replicó Colin con los ojos iluminados por sus propias palabras, señal de que el bardo volvía a ser el mismo—, entonces lo demás no importa.

— Ay, diablos – dijo Pearce— Bueno a ver, tenemos un dios histórico por mantener el orden y la unión del cielo y la tierra. Tenemos el caos que son los ratones y no tenemos absolutamente nada que nos ayude a librarnos de estos idiotas.

— Hay un libro – dijo Bradley de repente, levantando una mano como para pedir la palabra—. El Hálito, en el que los elfos guardaron todas las leyendas que forman el cuerpo de su religión. Creo que en la página trecientos dos se habla de la ceremonia en honor a Azwan y ...— Bradley pasaba revista a sus recuerdos moviendo sus dedos en el aire—

— ¿Y qué, y qué? – preguntó Pearce con premura en la voz— Vamos, sigue.

— Y había dos opciones. Una era, sacrificar a los ratones para servir de alimento a Azwan y la otra decía algo de una prueba a la que podía someterse por voluntad propia el ratón para probar a Azwan que su espíritu estaba en armonía con el mundo. Si el ratón pasaba la prueba, entonces Azwan no se alimentaba de él porque su presencia no desequilibraba el balance.

— Bien, Bradley, bien. Esto adquiere otro color. ¿De qué se trataba la prueba?

— Esa parte no la recuerdo. Es un libro que leí hace mucho tiempo. Demonios, puedo recordar el número de página pero no en qué consistía esa prueba.

— Tu tiempo se ha terminado – dijo Taeren elevando los brazos y abriéndolos hacia ambos lados—. Debes acercarte, ratón y recibir a Azwan.

— Esperen un minuto más.

— Tráiganlo aquí— les ordenó Taeren a los otros orcos—. Ya es suficiente.

Indrafaer y Gowelt obedecieron y buscaron a Pearce, que quiso frenar con sus manos a los orcos pero éstos lo agarraron de ambos brazos y lo arrastraron con la misma facilidad que si transportaran a un niño pequeño.

—Arrodíllate— dijo Tearen en un tono imperioso—. Tu muerte será por asfixia. Mis manos serán las garras de Azwan.

—Espera – dijo Pearce— Exijo pasar por la prueba de Azwan.

Taeran pestañeó tres veces antes de mirar a sus compañeros y esperar a que ellos expresaran las palabras que a él le faltaban. Pero Gowelt estiró la cabeza hacia atrás e Indrafaer movió la suya en señal de negación.

—La prueba –dijo Taeren, como repitiendo unas palabras que conocía pero no comprendía—. Los altos maestros nos dijeron algo de la prueba. ¿Recuerdan qué era, alguno de los dos?

Los orcos no respondieron. Al parecer trataban de dilucidar un problema que los sumergía en el más profundo de los misterios. Comenzaron a caminar algo nerviosos en círculos, mirando sus manos, esperando que en sus palmas se hiciera visible la respuesta que esperaban.

— Era algo que el ratón podía hacer – dijo Gowalt—. Como un juego, eso creo.

— No, era más bien una competencia – corrigió Indrafaer—. Debía

ganarle a algún animal o muy rápido o muy lento.

— Si es lento – dijo Gowalt con un tono de enfado—, entonces no hay ninguna dificultad en vencerlo, idiota.

— Ninguno de los dos está ayudando – dijo Taeren—. Si Azwan es un búho, entonces la prueba debería ser de vuelo. Sí, algo referido al vuelo.

— Estoy dispuesto a pasar la prueba –dijo Pearce, más resuelto esta vez—. Pero de acuerdo a las reglas de la ceremonia, los sacerdotes deben presidir los cinco pasos de la prueba.

Bradley y Colin estaban a punto de reír pero apretaron sus labios y se mordieron la lengua. Si su amigo estaba poniendo en marcha algún plan, ellos le ayudarían, manteniéndose tan ignorantes de lo que Pearce decía, tanto como los orcos, aunque éstos se esforzaran por aparentarlo.

No hubo ninguna respuesta de los orcos por un intervalo de tiempo que sirvió para envalentonar aun más al hechicero.

—Entonces –dijo Pearce—. Necesito que digan las palabras introductorias a la primera parte.

Taeren abrió los ojos de par en par. Su boca entreabierta dejaba asomar los colmillos de cualquier dentadura orca, los mismos que antes usaba para desgarrar la gruesa piel de los animales que cazaba con su tribu. Repentinamente, Gowalt e Indrafaer cayeron de rodillas y se cubrieron los ojos con las manos. Taeren, al verlos, no supo hacer otra cosa que imitarlos. Los tres orcos comenzaron a emitir un sonido que una mente trastornada podría entender como llanto.

—¡Perdónanos Azwan! –gritó Taeren, alzando su voz a las alturas— Tus siervos han olvidado tus enseñanzas. Merecemosmerecemos tu... ¡No recuerdo que seguía!

El llanto se redobló y los orcos se inclinaban atrás y adelante en actitud contrita, pero a Pearce, Colin y Bradley, les parecía una mala actuación.

—Será mejor que nos vayamos –dijo Pearce, empezando a desandar rápidamente el camino que los había llevado de vuelta al Espumoso.

XIII

— ¿Para qué quieres ir al valle de los guerreros? – preguntó Saoirse que estaba de pie frente a Blinda.

La líder de las dríadas era un eslabón en el anillo formado por todas las dríadas del bosque Morado. En realidad, Saoirse estaba dentro del círculo, igual que Blinda, pero la líder estaba cerca de línea de circunferencia, y la cazarecompensas ocupaba el centro. La habían llevado al norte del bosque, a pocos kilómetros del Mar Fondeado, donde los árboles se multiplicaban, y los animales circulaban en mayor número y con más soltura. Panteras, osos, diferentes clases de roedores miraban a la procesión de dríadas caminar por entre los caminos anudados de raíces y hojas. Algunas iban montadas en rootfast que cabalgaban por entre las ramas como ráfagas que arremetían contra las copas de los árboles. Desde un principio Blinda comprendió qué debía hacer. Había estado en la corte de las dríadas hacía muchísimos años, cuando recién estaba considerando abandonar esa vida para descubrir el mundo fuera del bosque. Antes de que el anillo estuviese formado, ella se ubicó en el centro del mismo. Saoirse ya estaba allí antes que cualquiera. Ese era el protocolo. Su rootfast era el más anciano de todos aunque esos animales no envejecían como el resto. Llegada una cierta edad, los rootfast mantenían su frescura y vigor por siempre, igual que sus amas. En la comitiva estaba Mairéad que le sonrió a Blinda cuando ella la encontró. Había muchas viejas conocidas. Dríadas de todos los colores del arcoíris. Todas ellas sosteniendo una lanza cuyas puntas sobresalían varios centímetros por encima de sus cabezas. Debían sostenerla con la punta hacia arriba, a la derecha de su cuerpo. Antes de que Saoirse empezara a hablar, las dríadas habían golpeado dos veces el suelo con la punta de madera de sus lanzas.

—Tengo que ver a Satell allí –Blinda sabía que no podía mentir en el anillo de dríadas, porque enseguida la mentira hubiese quedado al descubierto y el castigo se hubiese precipitado en ese mismo instante sobre ella—. Debo hacerle algunas preguntas sobre un hechicero humano fugitivo que estaba llevando.

—¿Por qué llevabas a un hechicero contigo? –preguntó Saoirse

—Como todas ustedes sabrán, me dedico al trabajo de cazarecompensas. Encuentro a quienes otros buscan y los cambio por dinero.

— ¿Dinero humano?— esta vez fue una pregunta retórica la de Saoirse.

Blinda miró a Mairéad. Su amiga tenía el rostro de piedra y su mano sostenía la lanza como un auténtico centinela muy dedicado a su trabajo.

—Dinero del que sea— respondió Blinda—. Especialmente humano.

—Así que llevabas a un fugitivo humano solo para cambiarlo por dinero. ¿Qué sabías de él?

—¿Del humano? – preguntó Blinda—. No mucho. Un hechicero metido en algún problema con alguien. Para eso debo hablar con Satell. Él me puede decir por qué se lo busca, y lo más importante, ¿quién?

—Así que tu trabajo es descubrir su falta y llevarlo ante aquellos que quieren hacerle pagar por ellas. ¿Acaso tu accionar te parece justo?

Blinda resopló. La líder de las dríadas estaba aleccionándola con las leyes inherentes a la naturaleza. Para las criaturas del bosque como los elfos de antes y las dríadas de todos los tiempos, los actos provocados por la voluntad de alguien serían puestos a prueba por el tiempo del mundo. Solo la naturaleza y sus elementos eran los únicos que podían medir, premiar o condenar los actos de los mortales e inmortales que vivían en ella. De todas formas, Blinda tenía que mantenerse sincera. Cualquier intento por engañar a Saoirse sería infructuoso. Por algo era la líder de las dríadas. Sus ojos, como las raíces de los Ancianos, eran tan profundos que ahondaban en los lugares desconocidos del alma, en esos que tal vez nunca serían revelados a sus dueños.

— No me interesa juzgar a mis capturados, solo quiero cobrar una recompensa por ellos.

— Cuando abandonaste nuestra vida –dijo Saoirse con un tono que apenas rozaba las formas de las palabras—, los Ancianos me dijeron que volverías con el tiempo. Que necesitabas encontrarte con lo que tú habías elegido como enseñanza para tener una comprensión más basta de nuestro mundo. Yo estaba algo enojada, Blindareawen. Bueno, más que enojada. Pero las palabras de los Ancianos me tranquilizaron y con el tiempo comprendí que no todas las semillas caen en al mismo suelo. Muchas crecen y prosperan muy lejos de la tierra de sus padres. A veces es mejor que así sea. Aunque no me preguntes mejor para quién. Eso es algo que el viento y el sol saben. Ni los Ancianos, con su sabiduría que se pierde en el tiempo, conocen cada designio del tiempo del mundo.

— Perdón, Saoirse – dijo Blinda—. Pero no vine aquí para escuchar un sermón de las leyes naturales. Afuera, la vida no funciona con el mismo

orden al que ustedes están acostumbrados. Como dríada que cargó con la sabiduría de los Ancianos al salir de aquí, mi visión ha cambiado. En otras palabras, aprendí que podemos crecer en suelos infértiles, hasta incluso en suelos nocivos.

Saoirse la observaba como una madre a un hijo del que sabe que nada bueno saldrá de él nunca, pero aún así evitaba privarlo de su compasión.

— Aprendí— continuó Blinda—, que no somos ni plantas, ni árboles. Y que los elfos comenten tantos errores, como los humanos, los enanos, los gnomos...y como nosotras, Saoirse.

— Pero no todas las semillas crecen como deben en terrenos desconocidos – dijo Saoirse como si nunca hubiese dejado de hablar— Algunas quieren ocultarse del sol que les da vida, y se tuercen hasta esconder su rostro con sus propias hojas, otras se secan antes de empezar a florecer y permanecen así hasta que una fuerte ventisca o el fuego se encargan de ella. Otras, por su audacia, son tragadas por los animales que no encuentran ningún obstáculo para convertirlas en su alimento. ¿Cuál de todas ellas eres tú Blindareawen? Ni yo ni tus hermanas podemos decirlo.

— Quiero usar la red de raíces – afirmó Blinda—. Necesito tu aprobación Saoirse.

— Oh, pequeña. No soy yo quien deba dártela. Lo sabrías si hubieses escuchado algo de lo que te acabo de decir. Pero la savia de tu cuerpo ha absorbido la soberbia de los humanos.

— ¿Quieres decir que debo hablar con los Ancianos? – preguntó Blinda.

— No con los Ancianos— corrigió Saoirse— Con el Primero. Solo de su decisión dependerá tu solicitud.

Esta vez Blinda no contestó. La sorpresa le cerró la garganta. ¿El Primero? O Saoirse se había vuelto loca o la estaba condenando con una indirecta. Los únicos que recurrían al Primero para juzgar a los suyos eran los elfos y en muy contadas ocasiones, por cuestiones de traición o deserción. Nunca, ninguna dríada había consultado al Primero por ninguna cuestión. Bueno, que Blinda supiera. Tampoco tenía muy buena reputación el Primero. Se lo consideraba como el árbol más viejo de todo el bosque. Cada bosque de Gimm tenía su Primero. Era la fuente de todo el bosque, quien siempre estuvo allí antes que cualquier otro árbol o la más minúscula de las plantas. Por lo tanto, sus conocimientos eran incalculables. Se suponía que los Primeros fueron los que

estuvieron conviviendo con los dioses creadores durante el nacimiento del mundo, luego de la aparición del Grenmesslit y por lo tanto solo ellos conocían la verdadera forma de sus rostros. Pero ese secreto nunca le había sido revelado a nadie, ni siquiera a los sumos sacerdotes elfos. También estaba la idea que temían algunos elfos y de las que hablaban las dríadas a escondidas, que los Primeros se habían vuelto locos hace mucho tiempo, o aún peor, de que fuesen seres de pura maldad que se divertían con las otras criaturas haciéndolas padecer horribles sufrimientos. Pero todos estaban seguros de que si el juzgado sufría, nadie podría cuestionar la sabiduría eterna de los Primeros, que escapaba a cualquier raciocinio por las criaturas menores. Blinda había escuchado historias en las que los que debían someterse al juicio de un Primero, pocas veces terminaban bien. Inclusive podía apostar que ninguna vez, pensando en que los elfos trataban de mantener una buena reputación de la sabiduría del Primero, y si nunca había existido un buen final para el juzgado, entonces ellos se inventarían alguno. Que Saoirse la enviara a un Primero, significaba que la líder no tenía una buena disposición hacia ella. La estaba liquidando siguiendo las leyes del bosque, aunque siempre había creído que los únicos que podían enviar a otros al Primero, era el sumo sacerdote de los elfos. La estaba mandando al verdugo, en vez de al juez. Si los ancianos se hubieran encargado de ella, a lo sumo hubiese podido obtener una negativa como respuesta. Pero, enviarla a un Primero, era poner su cabeza en un tocón para decirle que solo recibiría un agradable masaje de manos de un gigante. Seis horas calculaba para llegar al Valle de los guerreros. Por seis horas se aventuró a utilizar la red de raíces para llegar hasta Satell. Le había parecido indispensable, ahorrarse ese tiempo, pero ahora hubiese optado por la paciencia y poner en riesgo la vida de su fugitivo.

—¿Qué pasa con los ancianos? —preguntó Blinda— Nunca un Primero enjuició a una dríada. ¿No te parece un poquito exagerado enviarme allí?

Un murmullo emergió y se extendió por el anillo de dríadas. Blinda observaba que algunas la miraban horrorizadas. Que una de ellas cuestionara la orden de la líder no era algo que se viera todos los días. Mairéad miraba al suelo, incapaz de cruzar la mirada con su amiga.

— Además de soberbia, impertinente, querida. Abandonas tu hogar y luego regresas con la pretensión de usar la red de raíces para cumplir con uno de tus objetivos egoístas. Además de todo eso, tienes el atrevimiento de desacreditar mi mandato.

— Déjalo así, Saoirse. No necesito de la red de raíces. Quería ahorrarme el tiempo para evitar que a mi fugitivo lo encuentre otro o acabe muerto en el camino.

— Creo que no entiendes, Blindareawen— dijo la líder, con voz pausada—. Ya estás dentro del anillo. Ahora deberás seguir el curso que nuestra sociedad ha mantenido desde tiempos remotos. Ya no depende de ti, hacer lo que quieras con tu vida. Tú viniste aquí, solicitaste una audiencia conmigo. Ya te he dicho qué debes hacer y lo he dicho dentro del anillo. Ahora tú debes seguir hasta el final lo que aquí he dispuesto. No hay otro modo.

— ¿Quieres decir que no me vasa a dejar ir hasta que el Primero me juzgue?

Saoirse asintió mostrando una sonrisa tan amplia que expresaba toda la satisfacción al inferir de lo que decía Blinda, que ella, como líder, estaba manifestando, no solo las enseñanzas de los ancestros, sino también su poder como líder del bosque Morado.

— Pues entonces – dijo Blinda sacando un puñal que llevaba atado a la altura del tobillo—. Van a tener que llevarme a la fuerza, hermanas.

Saoirse no perdió su sonrisa pero las demás dríadas elevaron sus quejas en palabras como, “traidora”, “envenenada por los hombres”, “excluida del orden natural”. Blinda tomó una postura de defensa y giró mirando a cada una de sus hermanas con las que antes había compartido el placer de los cuerpos y la muerte de los amantes.

— Llévela con el Primero –ordenó Saoirse.

La primera en adelantarse con la punta de la lanza hacia adelante fue Mairéad. Las otras le siguieron al instante.

Blinda dejó de lado su sed de sangre y desistió de la lucha. Eran muchas como ella. Tan entrenadas en el arte de la lanza que por más que hubiesen venido de a una, ella no hubiese podido resistir hasta el último de los embates. El coraje manifestado en un principio era rabia disfrazada. Saoirse la hizo escoltar por dos dríadas hasta la entrada en el tronco del Primero.

La base del árbol milenario, bien podía hacerse pasar por la base de una montaña. Eran trescientos metros cuadrados de circunferencia y la altura ascendía más allá del techo de hojas del bosque. Si uno levantaba la vista recién podía entrever las primeras ramas por entre las copas de los otros árboles. El límite de la altura de éstos significaba el comienzo para los

enormes brazos de madera del Primero, la cual, jamás había sido cortada por ningún ser, ni quemada por el impacto del rayo, cuya existencia, se creía, era posterior al nacimiento del Primero. En un punto del tronco, había una abertura que en términos de tamaños, era para las dríadas una enorme puerta que les triplicaba la altura. No había ninguna valla, ni centinela, ni defensa que protegiera esa abertura. Solo los elfos y las criaturas del bosque sabían dónde se encontraba y también tenían muy en claro que quien ingresara allí sin el consentimiento del alto sacerdote elfo, hallaría la muerte o algo peor. En cualquiera de los casos, nunca más nadie tendría noticias de aquel que entrara al recinto sagrado del Primero.

—Bien, Blindareawen —dijo Saoirse indicando a las demás que la soltaran. La tenían aferrada de sus brazos y la habían privado de la cerbatana pero habían permitido que se quedara con su puñal que había enfundado de nuevo en su tobillo— Puedes entrar en el recinto del Primero. Serás la primera de todas que tendrá el honor de recibir la sabiduría del Padre del Bosque Morado.

— Me estás mandado a una muerte segura, Saoirse. Deja ya la farsa.

Las dos dríadas que la escoltaban le dieron un empujón hacia la abertura para que empezara a cruzar el umbral.

—¿Por qué tanto apuro, hermanas? — preguntó Blinda deteniéndose justo en la entrada del enorme arco que separaba el bosque de lo que fuese que hubiese allí dentro. Desde afuera solo se veía oscuridad — Sé que no me perdonan por haber elegido otra vida, pero enviarme al Primero... Vamos, no sabía que era para tanto.

—Entra, querida — dijo Saoirse extendiendo ambas manos hacia la entrada —. Deja que el Primero te purifique. El mundo de afuera te ha envenenado. Ahora debes tomar tu medicina.

Blinda dio un paso hacia adelante. Cualquier cosa para no escuchar más las sandeces de Saoirse. Cualquier cosa por sacarse las miradas de las dríadas de su piel. Sentía como todas la compadecían y la odiaban al mismo tiempo. Incluso Mairéad, que había gozado de su carne, guardaba un resentimiento nada menor por la amiga que una vez la abandonó sin ningún esfuerzo.

Cuando cruzó la abertura, la oscuridad que se apreciaba desde el exterior, ahora se había transformado en una penumbra cavernosa. Una luz blanquecina se derramaba con pereza en el interior, dejando entrever formas como formaciones rocosas que nacían del suelo estirándose o curvándose como

dedos que intentaran alcanzar algo. Cuando su vista se acostumbró más, Blinda pudo observar que se encontraba en un enorme salón cuyo techo no se alcanzaba a revelar, más allá de escaleras de madera formadas naturalmente, cortinas de lianas y enredaderas que ascendían por los muros como si fueran el papel tapiz de aquel palacio perdido. El suelo estaba alfombrado por una capa de césped podado con delicadeza y prolijidad. Era el mismo césped que se podía encontrar en el jardín de un rey, con cada hebra sana y del mismo tamaño. Los ojos de una dríada podían ver perfectos en la oscuridad. Tanto como los de un ser humano a plena luz del sol. Sin embargo, Blinda pensaba que si esa luz blanquecina que no parecía provenir de ninguna parte, se apagara, andaría a ciegas en ese abismo.

Blinda avanzaba lentamente, contemplándolo todo. Atenta a cualquier cambio en la quietud que se respiraba. Oyó el murmullo del agua haciendo eco por todo el recinto. Pasó junto a unas flores amarillas en cuyo centro irradiaba una luz tan intensa que tuvo que apartar los ojos. Unas manchas azules y negras se quedaron adheridas a su visión. Allí dentro, donde la luz del sol nunca llegaba, la vida de esas flores prosperaba. No conocía sus nombres, pero le hubiese gustado arrancar una de ellas y guardársela. Si lograba salir de allí con vida, tendría tiempo de estudiar las propiedades de esa flor. Pero al Primero tal vez no le agradara que un extraño entrara a su hogar y mutilara a sus hijas. No sería un buen comienzo para ella.

Una aparición hizo que Blinda se detuviera. Delante de ella, alguien se acercaba. No tardó en darse cuenta de que era un elfo de hombros huesudos y rostro alargado terminado en punta como si su cabeza fuera una cuña. Iba vestido de modo simple. Unos pantalones recortados en la rodilla de color verde y una remera blanca ajustada a la delgada figura. Blinda lo conocía. Su nombre era Caelond. Había sido enjuiciado hacía más de cincuenta años, cuando ella todavía se dedicaba a atraer a los amantes que buscaban construir un refugio en el bosque Morado para escapar de la civilización o a los artistas que buscaban alguna inspiración en el corazón salvaje de aquel mundo. Al parecer Caelond había sido puesto ante un ejército de elfos cuyo objetivo era atacar un campamento humano de soldados de Cadwgan que estaban en una misión para asaltar la fortaleza de Badum, del otro lado del río Tumor, donde están las montañas de cristal blanco, hogar de los trolls ermitaños. Pero cuando llegaron al campamento, el ejército de Cadwgan le tenía preparada una emboscada. Los hombres mataron a todos los elfos, a excepción de Caelond, a quien tomaron prisionero y por el cual pidieron una jugosa recompensa.

Muchos de los elfos ancianos pensaron que Caelond ya había arreglado con los humanos esa victoria y que por eso se había pasado a su causa. Hubo algunas discrepancias ante esta idea, en especial de algunos elfos que habían peleado junto a Caelond en otras batallas. Entonces se había decidido que lo mejor era que Caelond fuese juzgado por el Primero. El elfo nunca más había salido del árbol, por lo que todos pensaron que era culpable y que el Primero había barrido su existencia. Cuando Blinda lo vio a simple vista tan saludable se sorprendió y pensó que quizás ella se equivocaba de individuo.

— Blinda —dijo el elfo al detenerse ante la dríada extendiendo su mano— ¿cómo estás? ¿Me conoces, verdad?

— Caelond, si no me equivoco —dijo Blinda estrechando su mano al estilo humano.

— El mismo que vive y anda —dijo Caelond—. La maniática de tu líder te ha enviado aquí, ya lo sé. Bueno, Hirght me lo dijo.

— ¿Hirght?

— Es quien protege el Primero. Su guardián. Es un buen tipo. Pero déjame decirte que no es como te lo imaginas.

— La verdad es que no me lo he imaginado como nada más que como un árbol —aseguró Blinda.

— Pues no es un árbol...aquí es donde siempre ha vivido. Solo cuando los dioses caminaban por Gimm, Hirght solía salir para jugar con los animales o gastarle bromas a los elfos que siempre se tomaban en serio, pensando que él quería comunicarles algún mensaje, el cual ellos mismos interpretaban como les venía en ganas. En eso no somos tan diferentes a los humanos

— ¿Dónde está él? —preguntó Blinda, mirando a su alrededor— Necesito pedirle permiso para usar la red de raíces.

— Está aquí, ahora mismo está escuchándonos. Sabía que Saoirse te había enviado y también estaba enterado de ese humano que tú habías capturado.

— El hechicero —agregó Blinda—. Todo lo que estoy haciendo es para capturarlo de nuevo. Algo me dice que están pidiendo mucho por él.

— Seguro, pero... ¿puedo preguntarte algo?

— Claro, si es que después puedo hablar con Hirght. Me urge realmente.

— No hay problema con eso —dijo Caelond haciendo un gesto que indicaba ninguna preocupación al respecto—. Pero ¿por qué necesitas el

dinero? Eres una dríada. No estás atada a las mismas necesidades que otras razas como los seres humanos, o los enanos.

— Eso es algo personal – dijo Blinda llevándose el índice a los labios —. No es por nada Caelond, pero tú no serías el tipo de persona a quien le confiara un secreto en última instancia.

— Claro, por lo que sucedió hace poco con los humanos – dijo Caelond como si repitiera algo que le recordaran todos los días.

— Si cincuenta años te parece hace poco, entonces tienes razón. Después de todo eres un elfo. Al frecuentar más el mundo de los humanos me he acostumbrado a medir los días y las noches con sus reglas para el tiempo.

— ¿Cincuenta años? –preguntó Caelond y por un momento permaneció reflexivo. En su rostro se reflejaba la incredulidad.

— Bueno ahora debo ver a Hirght –dijo Blinda dejando ver su impaciencia.

— En mi mente solo fue un par de semanas. Algo de eso me dijo Hirght... no recuerdo cuándo, pero yo pensé que iba a sentirlo más adelante. Supongo que ese “más adelante” ya lo estaba viviendo sin saberlo.

— Hirght –dijo Blinda.

— Está bien, está bien –contestó Caelond— Hirght, es toda tuya.

Blinda esperó a que el guardián del Primero se hiciera presente de un momento a otro pero lo único que alcanzaba a ver fueron algunas liebres alimentarse a unos pocos metros de donde estaba ella. Eran liebres tan grandes como perros y con sus manos arrancaban unos tallos violetas que crecían junto a los dedos rocosos que se levantaban por doquier. Escuchó un goteo más lejos, como el que dejaba la lluvia sobre el tejado de un hogar y que ayudaba a conciliar el sueño en una noche donde el viento aullaba haciendo gemir las paredes de la casa. Luego, sombras que antes habían permanecido quietas, ahora fluctuaban como la llama de una vela, abatida por la respiración.

— Blinda –dijo una voz que no era la de Caelond, sino que era más grave y menos acentuada que la tonada del elfo.

Detrás de ella, había un sujeto. No podía decir que fuese elfo o humano. Tenía rasgos que bien podían ser de uno como del otro. Las orejas eran más grandes que las de los humanos pero no tenían esa forma de hoja alargada como las de los elfos. Sus ojos eran pequeños, casi dos ranuras hechas con un pico metálico sobre una roca y no se distinguían en ellos la pupila o el iris. Su boca tenía labios gruesos e hinchados como los de una rana, pero cuando

Blinda lo vio estaba sonriendo. Tal gesto le sentaba muy bien. Era divertido observarlo. Dejaba la misma impresión que los magos en los niños. Al verlo, Blinda sabía que Hirght guardaba secretos asombrosos, que podían manifestarse en cualquier momento. Hirght estaba sentado sobre la palma de una mano de cuatro dedos. Vestía una raída túnica gris. Estaba descalzo, pero la dríada comprendió que no necesitaba calzados. Sus pies eran los de un oso adulto.

— Saludos Hirght— Blinda hizo una reverencia.

— Ven y siéntate en la otra mano —dijo Hirght y señaló a su derecha. Desde el suelo emergió un puño de piedra que enseguida se abrió para ofrecer a Blinda un asiento igual al de su anfitrión.

XIV

Greg estaba sentado y encadenado en una prisión hecha de gruesos barrotes de madera. Al final de cada uno había clavada una cabeza humana. Todas lo observaban con ojos desprovistos de expresión. El príncipe alcanzó a reconocer a los patilludos y a Boris, que había perdido la pelea y su única posibilidad de haber salido vivo. Estaba algo magullado. Los elfos se habían divertido golpeándolo en donde les plació. Sentía el rostro adormecido y tenía los párpados algo hinchados, lo que le dificultaba la visión. Estaba solo. Afuera se veía un intrincado laberinto de árboles que oscurecía el cielo. Había columnas finas que terminaban con formas de pétalos o espirales sobre las cuales se apoyaba un cuenco que contenía una llama. Había decenas de esas instalaciones y gracias a ellas, el lugar se mantenía iluminado. El césped grueso debajo de Greg le servía de almohadón para su doliente cuerpo. Cuando se incorporaba, alguna articulación de brazos o piernas le producía un latigazo de dolor. No le habían quebrado ningún hueso o al menos eso creía. Había pensado que lo iban a matar cuando la sangre comenzó a caer en el suelo, y las hojas verdes se teñían de rojo. Tal vez uno de ellos lo había reconocido y se habían dado cuenta de que les valía más vivo que muerto. De cualquier forma, Greg no se sentía como para agradecer a alguna divinidad o a la suerte el hecho de que aún seguía respirando. ¿Dónde estaba? Ese era otro misterio. Por lo poco que veía afuera, no era el mismo sitio en el que había caído por culpa de esos magos. Les había dado una buena suma como para que ninguno en aquel círculo ni siquiera se levantara para buscar comida por un buen tiempo. Lo que había recibido a cambio era un pésimo servicio de teletransportación. Apostaba a que ni siquiera estaba cerca de Mermaid Rest. Gunnar se debía estar atragantando de pescado gratis y vino barato sin imaginar que él iba en camino a sacarle los pocos dientes que le quedaban. Pero ahora, ni Gunnar, ni su padre tenían mucha importancia. Greg intentó reconocer algo de lo que veía afuera, relacionándolo con lo que había visto y leído en los libros con los que sus mentores lo habían educado. Los elfos habían escondido sus ciudades de los ojos del resto de mortales, desde que se había encendido la enemistad entre ellos y los humanos. La magia que sabían manipular con tanta naturalidad, les había servido para hacer que sus magníficos palacios, jardines y hogares siempre frescos y joviales, donde sus

eternidades transcurrían entre festines, música y placeres, desaparecieran como si hubiesen sido barridos por el viento. Antes, los hombres acudían a esos lugares para sanar de alguna dolencia física o hartarse con la cocina de los elfos, cuyos sabores no podían ser imitados, ni siquiera por los gnomos. También estaban sus mujeres, que no eran tan pervertidas como la de los humanos, pero que sabían otras artes que aplicaban sobre la fisonomía de los hombres de gustos más complejos. La vida en esos lugares era una eterna vacación, que terminaba cuando los elfos mayores decidían que el corazón humano debía volver a su elemento. Las palabras, algo deformadas por los recuerdos era que “los humanos no habían sido hechos para el placer sin fin, como tampoco para el sufrimiento sin fin porque su vida era perecedera”. No hacía falta decir que los testimonios de los que habían vuelto de esas incursiones en el mundo de los elfos eran más un lamento por las maravillas de las que habían sido expulsados que por cómo las habían disfrutado. Incluso no faltaban hombres y mujeres que se suicidaban, por que creían que nunca volverían a ser tan felices como la temporada que habían pasado en el hogar de los elfos. Hubo reyes, que por un tiempo habían sacado leyes que prohibían a los ciudadanos entrar en esas ciudades, so pena de destierro o en otros casos, la muerte, pero esas reformas no tuvieron mucha vida, ya que las familias más nobles y hasta los príncipes acudían a esos lugares eternos para lanzarse a una vida licenciosa, fuera de su no menos licenciosa vida personal.

Greg observaba los estrechos caminos amurallados con árboles cuyos troncos eran del mismo grosor y altura, las terrazas marfileñas que pendían a diferentes alturas y desde cuyos bordes caían algunas enredaderas cubiertas de florecillas amarillas y rojas, un camino de azulejos azules y pulidos con tanto brillo que servía de una especie de espejo que tornaba de ese color el reflejo de las cosas. En algunos de esos azulejos, Greg veía tallada una runa élfica diferente. Dos de ellas por lo menos las conocía. “El canto de las plumas” y “El color de la juventud”. De las otras que aparecían había perdido el recuerdo. Todo parecía provenir del cuadro de un pintor. Cada elemento allí afuera pertenecía a la naturaleza pero era como si los elfos hubieran decidido cómo querían que creciera. Sonaba estúpido, pero era como si la vegetación y los elfos hubieran acordado de qué manera debía verse ese lugar. Greg no podría decir que los hombres hubiesen hecho algo parecido. La mano del hombre solo obedecía a su mente, en cambio la naturaleza y los elfos eran parte del mismo cuerpo.

Sin embargo allí estaban las cabezas, recordándole a Greg cuál era su

lugar entre los elfos. Se quiso incorporar para probar cuán dañado estaba. Con algunas punzadas en el abdomen y las piernas logró ponerse de pie sosteniéndose de uno de los barrotes, pero cuando quiso caminar, la pierna derecha le flaqueó y cayó de rodillas, lanzando un gemido de dolor, mientras miraba el rostro de Boris congelado en ese último gesto desabrido al saber que había sido derrotado.

Para colmo, se dio cuenta de que su lengua estaba seca, con el sabor cobrizo de la sangre que se había pegado a su garganta. Quería beber y allí no había nadie para pedirle un vaso con agua. Gateó hasta los barrotes que daban al laberinto de árboles y puso el rostro entre dos de ellos.

—¡Heeeeyyyyyy! – gritó con la fuerza de la que disponía— ¡Necesito aguaaaaaa!

Esperó, sin creer que sirviera de nada. Sabía lo que tenía que pasar un prisionero odiado pero valioso. Él mismo tuvo a su cargo el cuidado de algunos de ellos. El castigo consistía en hacerlos desesperarse de hambre y sed, y solo darles unas raciones cuando creían que se habían olvidado de él. Esa ración, que no servía ni para lamerse los dedos, sí funcionaba como elemento esperanzador, que llenaba al cautivo de una renovada fe por una pronta liberación o por la seguridad de que al menos seguiría con vida hasta que se pagara su rescate. Luego, se lo mataba de hambre durante otro tiempo, engañándolo con el correr de las horas. Al no tener idea de que momento del día era desde su celda, los carceleros jugaban con las antorchas que iluminaban el recinto, apagándolas y volviéndolas a encender cada cinco horas. De ese modo, cada intervalo de cinco horas le parecían un día entero al preso, trastornándole su percepción de tiempo y haciéndole creer que el tiempo pasaba o muy lento o muy despacio en el encierro. A veces no apagaban las luces durante todo el día, y entonces la angustia del preso aumentaba y su desesperación por salir llegaba al punto de que se lastimaba los puños al golpear los barrotes de metal o se arrancaba los pelos por el pánico que le provocaba la idea de que un día fuera tan largo a veces y tan corto otras. Greg no sabía si los elfos tenían el mismo método. Se preguntaba cuál eran sus verdaderos planes para con él, cuando de uno de los senderos vio salir a una elfo, esbelta y muy alta, con el cabello recogido en una tranza que le caía sobre su pequeño pero bien delineado busto izquierdo. Entre dos manos llevaba una vasija y caminaba manteniendo fija la mirada en Greg. Su piel era blanca como las nubes en una tarde de verano y sus ojos eran dos zafiros de intensa luz que hacía que Greg olvidara por un momento en qué

estado se encontraba.

— Bebe, príncipe— dijo la elfa, poniendo el pico de la vasija por entre los barrotes.

Greg arrimó su boca y recibió el agua, que estaba fría y sabrosa. Sus ojos se cerraron por el agradecimiento que había embargado todo su cuerpo. Cada fibra se regocijaba al recibir el líquido que se derramaba por su garganta y suavizaba el manto de dolor que era su cuerpo. Cuando abrió los ojos, la elfa aún estaba allí, observándolo con piedad.

— ¿Te sientes mejor? –preguntó ella

— Algo –dijo Greg. La verdad era que se sentía de maravilla. Esa agua no solo calmó su sed, sino que colmó el apetito que tenía, además de aliviarle las heridas.

— Soy Júnipe –dijo la elfa—. Príncipe Greg, debes venir conmigo. Nuestro rey desea verte.

— ¿Para qué? –preguntó Greg, algo atontado por la dulce voz de Júnipe.

— Es sobre la niña.

¿Niña? ¿De qué estaba hablando? Greg hacía un enorme esfuerzo por atrapar los recuerdos de su última jornada que aparecían fragmentados como retazos de imágenes sin sentido. Recordaba el árbol sobre el que había esperado que la suerte de abajo se tornara en su favor. Pero, ¿la niña? Claro, la que casi se había largado a llorar sobre la rama. Esa niñata que vestía como un enano de feria.

—¿Qué pasa con ella? Ni siquiera la conozco.

—Eso no importa – contestó Júnipe con tono risueño—. Lo importante es lo que significa que ella esté aquí.

—Si esto tiene que ver con alguna de sus creencias – dijo Greg con la voz de alguien que está cansado de escuchar necedades—, ahórrense trabajo y solo díganme cuando van a negociar con mi padre el rescate.

—Oh, príncipe— expresó Júniper ladeando su cabeza—. Si supieras cuan lejos están tus intenciones de lo que sucede realmente, ahora mismo estarías avergonzado de tus palabras.

—Dudo mucho que llegue el día en que me avergüence de cualquier cosa que haya dicho – dijo Greg sonriendo.

—Espero que así sea, príncipe –asintió Júnipe—. Ahora, sígueme, por favor.

—Claro, cuando me den la llave para abrir estos barrotes, que por cierto

están bellamente adornados con esas cabezas.

—No hay problema con eso —dijo Júnipe—, permíteme.

La elfa pasó una mano por los barrotes y éstos comenzaron a descender, enterrándose en el suelo. Cuando las cabezas estuvieron a la altura de las pantorrillas de Greg, los barrotes se detuvieron.

—La magia de los elfos — se admiró Greg—. Me pregunto por qué todavía no nos han exterminado.

— A veces la magia no lo es todo —dijo Júnipe—. A la magia se le merece respeto y hay que saber escuchar lo que dice antes de usarla. De lo contrario, bueno...fíjate lo que ocurrió con el portal que abrieron tus magos.

—Con ellos ya ajustaré cuentas. Sábes, Júnipe, o los elfos no son muy astutos o sobrevaloran mi caballerosidad, si creen que la tengo.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Júnipe rozando las palabras.

—Enviarte sola a liberarme para llevarme con tu rey. Digo, puede ser que sea capaz de hacer cualquier cosa.

—Y lo puedes hacer —dijo Júnipe—. Toda acción trae más consecuencias inesperadas que planeadas.

—No puedo discutir eso, linda. Cambiando de tema. ¿Qué fue eso que me diste a beber? Antes no podía ni mantenerme en pie, y ahora siento que han pasado semanas desde la golpiza que me dieron los sabios elfos.

—Es agua del manantial que alimenta a los Ancianos. Restablece las fuerzas perdidas.

—Vaya que sí — se pavoneó Greg estirando los brazos y haciendo un par de sentadillas para corroborar las palabras de Júnipe.

—Sígueme, príncipe.

Greg esperó a que la elfa se adelantara algunos pasos antes de seguirla.

Mientras caminaba, Greg podía observar por primera vez una ciudad de los elfos. Habían tomado un camino por el laberinto de árboles y no habían dado tres pasos cuando lo que Greg había creído que eran pinos y cipreses comunes y corrientes se desplazaban de sitio o cambiaban de lugar con otros árboles. Sus raíces se levantaban de la tierra donde estaban hundidas removiéndola hasta volver a penetrarla, balanceándose de un lado hacia otro y empujándose como si fuesen personas incómodas en una multitud. Cuando las raíces se levantaban para servirles como patas, unas criaturas pequeñas de cabello erizado y con brazos más grandes que su propia altura cruzaban por debajo y esquivaban otras raíces y árboles, trepando por el tronco hasta perderse en el follaje. *La verdadera vida del bosque* era el título de un libro

escrito por un sabio de Muadhathi, en el que el autor relataba cómo había sido su corta estancia en una ciudad oculta de los elfos. Según él, la naturaleza que se mostraba al ser humano no era la real, y que lo que el entendimiento humano calificaba como vida vegetal inerte, estaba tan dotada de motricidad como cualquier animal, y no solo eso, sino que además, los árboles y plantas tenían un lenguaje particular para comunicarse entre ellos. Lenguaje que los elfos conocían muy bien y que aprendían desde pequeños.

Greg también observó algo que le llamó mucho la atención. Algunas de esas criaturas pequeñas de largos brazos viajaban columpiándose de las ramas como los monos pero llevando en su boca una buena cantidad de agua que derramaban junto a un árbol para que este bebiera. Esos seres se movían con tal rapidez y destreza que Greg pocas veces podía seguirlos, hasta que se detenían en la base del árbol para soltar su carga y alimentarlos.

—Son langormers —dijo Júnipe, caminando con la soltura de la juventud más fresca—. Ellos sirven a los árboles. Les traen agua para alimentarlos y otras cosas para su entretenimiento.

—¿Entretenimiento? —preguntó Greg— ¿Cómo se entretienen unos árboles?

—Ellos tienen tantos deseos como tú, mi príncipe. Su savia es tan caliente como tu sangre— al decir esto la elfa miró de soslayo a Greg y le dedicó una sonrisa que trajo a la mente del príncipe los días enteros pasados en los harenes de Cadwgan, mejorados y ampliados bajo su administración.

— Hay algo que no entiendo, linda. ¿Por qué los humanos no pueden ver esta cara de la naturaleza? ¿Qué logran ocultándola de nosotros?

—Eso pregúntaselos a ellos, príncipe —Júnipe señaló hacia los árboles—. Según lo que dicen, ustedes no los tratan muy bien. Jamás le han pedido por favor al usar sus cuerpos para construir sus casas, los puentes o las armas con las que se matan.

— En nuestro favor, ellos tampoco han hecho algún esfuerzo por comunicarse con nosotros.

—¿Tú crees? — Júnipe pronunció estas palabras como en un susurro que fue subiendo de intensidad.

Greg pensó en las veces que los cultivos eran destruidos por inundaciones o sequías, en los incendios que con voracidad se llevaban la mitad de una aldea en solo una noche. Pensó en los largos inviernos de Cadwgan, cuando el alimento escaseaba y los lobos no dejaban que ningún hombre, mujer o niño que dejase las murallas del reino volviera con vida a su hogar. Un acto de los

dioses para los sacerdotes, un desequilibrio en el flujo de la magia para los magos y hechiceros, un movimiento necesario de las fuerzas naturales para los druidas. Tal vez no fuera nada de eso, sino un acto de venganza del mundo hacia los salvajes hombres. Greg rio y un viento provocado por el movimiento de las ramas de los árboles le hizo perder el equilibrio y trastabillar.

— ¿Ves? – indicó Júnipe— Ellos te hablan y tú seguro que piensas que es solo el viento.

Dejaron atrás el laberinto de árboles y salieron a un cristalino y enorme lago cuyas aguas lamían los pies de unas montañas que Greg siempre había visto de lejos o desde las páginas de los libros de geografía de Gimm. El lago parecía una lámina plateada que ondulaba como un único cuerpo. Su movimiento era el de un manto colgado en un tendedero que está a merced del viento. En el centro del lago, una formación rocosa servía como base para un palacio que dejaba atrás a cualquier trabajo de la arquitectura humana. Era algo imposible para una mentalidad práctica, sin embargo, la construcción estaba formada por formas ovaladas y triangulares dispuestas unas sobre otras y rematadas por lo que a Greg le sugería un barco del color del marfil, con una popa y proa terminadas en un semicírculo que formaba una punta desde la que se reflejaba la luz del sol. En el centro de la superficie del barco, unos edificios que parecían huevos con ventanas estaban puestos en filas, cada uno de diferentes tamaños y todos de un matiz distinto del blanco.

—Bienvenido al Palacio del Encuentro, Greg. –anunció Júnipe—. Adentro te esperan los otros. Y por supuesto, Brittany.

—Esto es increíble— dijo Greg, boquiabierto—¿Todavía estamos en Gimm?

— Esto es Gimm, príncipe. El Gimm que ustedes no quieren ver.

—¿Cómo es que esto no aparece en los libros de mitos?

—Es claro. Ningún humano hasta ahora ha llegado tan lejos en el conocimiento de nuestras ciudades.

—Júnipe, ¿por qué me muestras esto a mí? ¿Qué es lo que están buscando?
— Greg sonaba como alguien que ha sido llevado al extremo del asombro, pero también se mezclaba el miedo en sus palabras.

— Esa es la razón por la que estás aquí, príncipe. Tu vida no volverá a ser como antes.

— Si lo que quieren es quitarme la vida, tienes que saber que mi padre no parará hasta acabar con todos sus bosques, ocultos o no.

— No, príncipe Greg. Tu vida es lo último que deseamos que se apague en

estos momentos.

Júnipe caminó hacia el lago y antes de que Greg pudiera contestar algo, la elfa ya estaba caminando sobre las aguas, como si estas fuesen tan sólidas como el granito.

No le sorprendió tanto a Greg el hecho de que él también podía caminar sobre ese lago, como el que sus pies ni siquiera se humedecían con el contacto de su superficie. Júnipe se deslizó a lo largo de ese lago sólido y en poco tiempo llegó a las puertas del Palacio del Encuentro. Greg quiso imitarla pero cuando dio el primer impulso, perdió el control y cayó de nalgas, por eso decidió que era mejor hacer el trecho que faltaba caminando.

Una puerta de madera tallada con inscripciones del idioma elfo y figuras de animales estaba entreabierta. Júnipe la abrió un poco más para que ella y Greg pudieran entrar. Adentro, un salón enorme, cuyo suelo tenía la forma de una gota de agua estaba iluminado por una luz de atardecer que no parecía provenir de ninguna parte, ya que afuera era de mañana, lo que acentuaba el contraste en la mente de Greg. El lugar parecía un agradable atardecer de otoño. En el centro había dos amplias y doradas escaleras que se bifurcaban a mitad de camino y giraban hasta alcanzar el piso superior donde había una galería circular rodeada por gruesos pasamanos de plata, finamente ornamentados con toda clase de formas. Las dos galerías rodeaban los dos extremos de ese salón hasta unirse en la parte de atrás, a unos metros por encima de la puerta de entrada. En ellas, Greg vio a unos pocos elfos que se apoyaban en el pasamano para observarlo. Algunos tenían una copa en la mano de alguna bebida que Greg suponía que era vino, otros tenían su mentón apoyado sobre sus manos en una pose de aburrimento. Todos lo observaban pero al parecer, a ninguno le importaba que él estuviese allí. Abajo no había nadie. La estatua de un elfo de tamaño natural se alzaba en medio de las dos escaleras. La figura tenía sus dos manos señalando a ambos lados en un gesto que invitaba a subir.

— Es Grildy— dijo Júnipe— El que construyó esta misma sala. Cada espacio de este palacio fue levantado por un elfo distinto. En cada uno encontrarás la estatua de quien lo ideó.

— Vaya —soltó Greg—, no sabía que los elfos fuesen tan poco... modestos.

— No es modestia, príncipe. Nosotros valoramos mucho la individualidad. Cada obra nacida del interior de un individuo es más

valiosa que una sola idea seguida por una multitud. Así como sabemos convivir con el todo natural, comprendemos que la expresión del individuo, única e irreplicable es algo excepcional, que ni la magia puede superar.

— ¿Qué me dices del poder?—dijo Greg— En eso no se diferencian tanto de nosotros, mi bella Júnipe. Las muertes de hombres por parte de los elfos y orcos se han multiplicado en las últimas décadas.

— Tú sabes bien que no es motivo de poder los que nos mueve a llegar a tales actos. Ustedes se han vuelto un peligro para muchas formas de vida. Muchas criaturas han desaparecido porque ustedes consideraban que valían más que los otros. Abusaron de todos los seres, y a ese abuso lo han llamado necesidad.

— No es abuso, convertir bosques en tierras de cultivo para alimentar a nuevas familias. ¿Qué quieren? ¿Que nos muramos de hambre?

— Creo que no estás enfocando bien el problema, príncipe— dijo Júnipe y su voz se tornaba más cálida y aguda a medida que Greg adoptaba una actitud menos relajada —. La razón por la que estamos en guerra con ustedes es justamente esa.

— ¿De qué hablas?

— De su despreocupada reproducción que trae devastadoras consecuencias. Pero no discutamos esto ahora. Debemos pasar al siguiente salón donde te espera nuestro rey, príncipe.

Greg quería seguir opinando al respecto del tema de la reproducción de su especie, pero Júnipe sabía como cortar la discusión antes de que ésta se acalorara. Detrás de las escaleras, el salón seguía hasta una puerta abovedada de madera oscura. Cuando la cruzaron, se encontraron con una comitiva, no tan numerosa de elfos de ambos sexos. Incluso había un par de niños parados a ambos lados de una niña rubia ataviada de una manera diferente a los demás. En vez de la clásica túnica ajustada y de colores de los elfos, la chiquilla llevaba unos pantalones azules de esa tela que Greg no había podido identificar la primera vez que la vio sobre la rama del árbol. Llevaba una remera de mangas cortas con un dibujo de colores de un oso usando unas gafas. Ahora caía en la cuenta de ese dibujo. Bueno, antes había estado entre la vida y la muerte, así que podía haberse dado la licencia del olvido. No conocía a ningún fabricante de ropas o bordadoras que hiciera ese trabajo. Cuando él y Júnipe se acercaron hacia el lugar en donde estaba la niña, los otros elfos saludaron al príncipe con un movimiento de cabeza. Greg no

devolvió el saludo. No le gustaba estar rodeados de los tipos que habían enviado en varias ocasiones hordas de orcos contra sus hombres, diezmando considerablemente la fuerza de su ejército. Escucharía lo que tenían que decir, porque eso era mejor que terminar con la cabeza clavada en un barrote de prisión, pero de ninguna manera fingiría que era un placer verlos.

De un grupo de cuatro elfos, salió uno de cabellos blancos que le caían sueltos en los hombros y espalda. Sus ojos eran grises y su piel parecía tener un maquillaje naranja que le resaltaba unos pronunciados pómulos. En su frente, la runa del defensor, estaba dibujada con líneas de bordes negros.

— Bienvenido al Palacio del Encuentro, príncipe Greg Vannagan de Cadwgan. Mis bendiciones al rey Argus y a su reina. Soy el rey Klairleif del bosque Morado.

Greg hizo una lenta inclinación de reverencia, más por las reglas de la etiqueta que por un motivo personal.

— Saludos a ti, Rey y te brindo mi agradecimiento por permitirme ser huésped en tus tierras.

— Que bueno que has podido recuperarte de los golpes, príncipe. Mis soldados tuvieron que sacarse las ganas contigo. Cuando se enteraron de quién era la niña... bueno, tuvieron que contenerse.

Greg miró a la niña, esta vez con más detenimiento. Era la misma que había estado con él sobre la rama de aquel árbol, la que por un instante había perdido el miedo y se había puesto de pie.

— O sea que se podría decir que en parte le debo mi vida a esta niña – dijo Greg, llevándose la mano al ojo morado por el que ahora podía ver gracias a la curación del agua sanadora que Júnipe le había dado a beber.

— No en parte, príncipe –corrigió Klairleif– Si no fuera por ella, el rey Argus se hubiera quedado sin la parte de su descendencia que derivaría de ti.

Greg no dijo nada. Semejante atrevimiento hubiera sido inmediatamente castigado si las circunstancias hubiesen sido otras.

— Hay algo que no entiendo –dijo Greg para esquivar un poco las torvas sonrisas de los otros elfos que estaban en el salón— Dijiste que este es el palacio del bosque Morado. ¿Cómo puede ser? Digo, debería estar cerca de Mermaid Rest. Allí me enviaron los magos del círculo de la Estrella Rampante.

— Tus magos usaron un conjuro de portal que todavía ellos no manejan ni la mitad de bien como ellos creen. Pudieron abrir el portal, eso ya es mucho, pero el mismo tuvo un destino muy diferente. Esa clase de magia no hay que tomársela a la ligera. Nuestra gente solo utiliza los portales en caso de extrema necesidad y siempre hay un margen de riesgo que el que lo cruza debe considerar.

— Esos hijos de puta –masculló Greg para sus adentros—. Así que estoy en el Bosque Morado.

— Así me temo, príncipe –comentó el rey elfo.

— No sabía que el bosque Morado fuese tan...vasto.

— No es una parte del bosque que nos gusta que los humanos vean.

— Bueno, de más está decir que si me dejan vivir, esta ofensa cometida hacia mi persona no quedará impune. Lo primero que haré en mi reino será reclamar vivos a todos los implicados en la golpiza que recibí en el bosque y una enorme indemnización.

— No creo que eso vaya a suceder, príncipe Vannagan. Verás, en tu condición los términos los decidiremos nosotros. Pero tienes que saber que ninguno tiene que ver con la guerra que nuestras razas han estado manteniendo por tanto tiempo. Esto es algo que debes escuchar porque está en juego nuestro mundo. Una catástrofe de dimensiones superiores a la que tu especie ha venido alimentando.

— ¿Por qué no empiezas a darme mayores detalles, rey? Júpiter me ha mantenido en las sombras en este asunto.

— Brittany –llamó Klairleif a la niña—, ven aquí, querida. Aquí hay alguien que debes conocer.

La niña dejó de hablar con los elfos niños y se reunió con Greg, Klairleif y Júpiter. La elfa estaba un poco más apartada pero no se le escapaba palabra de lo que se decía.

— Hola –dijo Brittany—. Tú estabas en el árbol ¿verdad? Recuerdo que te sostenían muy fuerte para no caerte. Así fue como yo aprendí a trepar árboles. Al principio te da miedo...

— Brittany –interrumpió el rey elfo—. Él es el príncipe Greg Vannagan del reino de Cadwgan que es la potencia más grande de Gimm.

— ¿Un príncipe? –preguntó Brittany— Guauu. ¿Tienes un caballo? ¿Sabes luchar con espada y eso? ¿Te has enfrentado alguna vez a un dragón?

— ¿Para qué has llamado a esta mocosa? —preguntó Greg, mirando con desprecio a Brittany.

— Porque de ahora en adelante, tú estarás muy unido a esta mocosa —dijo Klairleif, mostrando todos sus pequeños dientes al reír.

— ¿Es una broma? —preguntó Greg, frunciendo su ceño, con un carraspeo en la voz.

— Verás príncipe, esta niña no es de por aquí. Es decir, no pertenece a nuestro mundo.

— Por su vestimenta podría jurar de que no era de los lugares de Gimm que yo conozco. Seguro es de algunos de esos países estrafalarios al norte de Naphatek.

— Tampoco —contestó Klairleif—. Cuando digo que no es de este mundo, estoy hablando de nuestro plano, en el que están incluidos todos los elementos que existen en este y en el hogar de los dioses, arriba nuestro. Azwan no ha visto su nacimiento.

— Sabía que tenía algo que ver con sus creencias. Mira, sé que ustedes adoran unos dioses muy diferentes a los de los hombres y que estos dioses tienen una idea un tanto extraña acerca de la creación. Como lo de los Primeros o lo de que este mundo es una raíz entre otras muchas de un árbol gigante que es inconcebible para el entendimiento de las criaturas.

— Te burlas de nuestros relatos, príncipe, pero aquí tenemos una prueba de que esos relatos son tan verdaderos como los dragones de tierra que se alimentan del sol o los búhos imperiales que solo salen a cazar en luna llena.

Greg escrutaba a Brittany, tratando de encontrar algo más extraño que la ropa que llevaba puesta. Pero solo era una niña como tantas otras. Eso sí, no debía ser de clase baja, ya que estaba bien peinada y limpia. Su acento era desconocido, pero la modulación de las palabras era correcta y clara. ¿Se habían vuelto locos estos elfos de tanto perder miembros de su especie que ahora decían disparates?

— No entiendo de qué hablas, rey y mucho menos que tengo que ver yo con esta niña.

— Esta niña —dijo Klairleif—, Brittany pertenece a otro plano, a otra raíz del árbol inconmensurable o Grenmesslit que une todas las realidades posibles. En ese plano, su mundo se llama La Tierra.

XV

—No puedo permitirles entrar allí —dijo Todd cuando uno de los enanos de Harold había recibido la orden de entrar al cuarto de atrás.

—Mirrrra, humano. Nuestrrrros parrrientes han desaparrecido en esta ciudad. Y como verrrás esta es la última taberrrna que visitamos. Estoy muy enojado y necesito estarrr segurrro de que no están aquí parrra decirrre a mi rrrey que no debe echarrrrle la culpa de este misterio a los taberrrnerros de la ciudad.

—No es eso, Harold —contestó Todd—. En ese lugar de allí, guardamos anotaciones muy importantes sobre recetas de bebidas que preparamos aquí y que son las que le están dando renombre a nuestra pobre taberna. No permitimos que nadie entre en es cuarto.

—Ya escucharon —convino Leof—. Nuestra hospitalidad llega hasta acá. Allí dentro no hay nada que les interese.

— No tenemos intención ninguna de rrrobarrrrles sus rrrrecetas. Nuestrrrra gente sabe prrreparrrrrr una cerrrveza mejorrrr que la de ustedes. No te prrreocupes por tu seccrreto. Solo querremos saberr si no tienen a algunos enanos allí atrrrás.

Harold le hizo una señal a su súbdito para que abriera la puerta, pero Todd con dos zancadas se puso en el camino del enano quien frenó su cuerpo antes de darse de narices contra el ladrón. El enano se envaró y quiso empujar hacia un lado a Todd, pero el ladrón esquivó el manotazo, asió el brazo del enano, lo dobló hacia atrás obligando al enano a dar media vuelta, y de una patada lo mandó hacia una mesa contra la que el enano se apoyó para evitar caerse. Leof observó que los otros enanos, sacaron sus hachas y miraron a Harold para esperar órdenes. El enano que se fregaba el brazo doblado, sacó una maza que colgaba en su espalda y avanzó hacia él sin esperar la aprobación de nadie.

—¡Bur! — aulló Harold— Quédate quieto y baja ese arma —mirando a los otros enanos—. Igual para todos ustedes.

Los otros enanos obedecieron y enfundaron de nuevo sus hachas, haciendo un gesto de disconformidad, excepto Kyr a quien se veía que no tenía muchas ganas de iniciar una refriega contra Todd. En su rostro se expresaba una preocupación apaciguada por la orden de Harold. Leof estaba expectante, apretando los dientes con fuerza como si estuviera mordiendo los dedos de

esos malditos enanos.

— Todd —dijo Harold, por primera vez llamando al ladrón por su nombre—. Lo que hiciste en cualquier otra circunstancia te hubiera costado la vida. Has hecho una maniobra contra uno de los nuestros que consideramos de una total falta de respeto. Burr tiene todo el derecho del mundo a exigir tu cabeza. Pero en las circunstancias que nos encontramos, de seguro los hombres del gobernador de Rrodam están vigilándonos de cerca, y lo último que quiero es sumar otros cadáveres de enanos a ésta ciudad. Desafortunadamente la pérdida de nuestros hermanos es más importante que la posibilidad de que nuestras investigaciones aquí sean motivos de guerra entre nuestras sociedades que han comenciado por décadas. Así que debes saber que sí o sí, tenemos que entrar a ese cuartito. Por la paz de nuestros pueblos, hazte a un lado o dejarré a Burr saldar la deuda que tiene contigo.

Todd sabía que los enanos iban a entrar. Verían a Virk ocupándose de esonder la evidencia y si eran curiosos les obligarían a Leof y a él a pedirles una explicación. Podía confiar en la dureza de Leof, pero Virk a la menor oportunidad de perjudicarlos, diría cualquier cosa que Harold podría creer o no. Era una posibilidad a la que Todd no le daría una entrada. Los dedos mayor y anular de su mano se doblaron para activar el mecanismo de su hoja secreta. Mataría a Bur primero, y después vería cómo hacía con los demás. Se veía difícil, estos enanos estaban mejor organizados por Harold que los anteriores. Eran soldados expertos. Podría no salir de esa si empezaba la matanza. Estaba a punto de decirles que se fueran a la mierda, cuando la puerta de atrás se abrió y la voz de Virkestalló como el anuncio de un promotor de feria.

— Ya está todo listo, Jefe —dijo, en dirección a Leof—. Ordené todo y limpie muy bien el lugar —mirando a los enanos—. Vaya, no sabía que...

Leof fruncía el ceño en un gesto por entender lo que Virk estaba diciendo. Enseguida intervino Todd.

—Eso está muy bien, muchacho. Ahora tenemos visitas —señalando a Harold y su comitiva—. Los señores enanos están aquí en busca de unos compañeros extraviados. Por casualidad, ¿tú no sabes nada de eso?

Virk saludó con movimiento torpe para parecer sorprendido por ver a los visitantes. Leof que miraba con más atención luego de comprender que algo se

traían en manos los otros dos, se había cruzado de brazos y mostraba su típico porte de cantinero a la espera de un cliente. Virk estuvo pensativo por unos segundos antes de responder. Se podía ver que el chico hacía un enorme esfuerzo por ayudar a quien pudiese.

—Enanos, pues sí, ahora que lo mencionas...Ayer, vi a algunos enanos entrar en la taberna “El demonio embriagado”. Yo había ido para ofrecer mis servicios. Limpio, cocino, lavo, hago trabajos de albañilería e incluso esquivo ovejas. Me dieron unas pocas monedas por hacer de lavacopas. Claro, me hicieron entrar por la puerta del personal para hablar con Kuff, el dueño. Pero desde una ventana entreabierta que daba al salón del bar, pude ver un poco, y estoy seguro de que en una mesa había...¿cuántos eran?...tres o cinco... no, cuatro enanos bebiendo.

—¿Cuatrro enanos? —preguntó esa voz entre apagada y ronca de Kyr, desde el fondo—. Son ellos, jefe. Seguro que son ellos.

Harold amonestó a Kyr con la mirada y luego enfocó su atención en Virk. Bur se tiraba de su barba y se veía que sus nudillos estaban blancos por la fuerza que hacía al apretarla.

—Ya fuimos a esa taberrna. Hablamos con su dueño. Nos hizo una visita guiada del lugarr. No encontrrramos ninguna pista de nuestrrra gente.

—¿Seguro que vieron todo?— preguntó Todd siguiendo el curso de su falsa cicatriz con el índice—. Digo, dijiste que el dueño les mostró el lugar. Pero podrían haber visto solo lo que él quería que vieran. Esa también es una forma de ocultar algún... secreto.

Nadie dijo nada por un tiempo. Los enanos de atrás dialogaban con la mirada. Leof seguía en su pose “¿alguien va a tomar algo?”, Virk se rascaba la cabeza y se sobaba los mocos de la nariz. Harold tenía el rostro de piedra. Bur no apartaba la mirada de Todd a quien le importaba muy poco los sentimientos que el enano tuviese hacia él en aquel momento. El pelirrojo del bar de Leof a quien los enanos tomaban como el verdadero dueño, estaba decidido a llevar la corriente hacia un punto. Las aguas debían inundar un sitio, y Kuff debía ahogarse. Tenía esa imagen en la cabeza. La del gordo del “Demonio embriagado” manoteando la nada antes de hundirse en la misma.

—Está bien —dijo Todd sin esperar a que Harold hablara—. Nos quedaremos aquí, para que puedan inspeccionar la taberna. —Leof había distendido los brazos y adelantó la cabeza hacia Todd, pero no dijo nada—. Y no solo eso, sino que también les ayudaremos a encontrar a sus parientes. Leof y Virk aquí, conocen muy bien la ciudad y saben con quien hablar para

enterarse quién ha entrado, quien ha salido y quien ha muerto en Rodam.

— Bien— dijo Harold luego de una pausa—. Empezarrremos por mirrrar este sito. Si todo marrrcha bien, luego hablarrremos de algún acuerrrdo entrre nosotrrros.

Y sin otra palabra, los enanos se dividieron para mirar en los pocos lugares de la taberna de Leof. La habitación de Leof, la que ahora ocupaba Todd y el cuarto de atrás, donde el cantinero, supuestamente tenía su laboratorio, que había sido ordenado por Virk, para guardar las famosas bebidas que se servían en aquel bar. Pero a los enanos no les importaba eso. Su raza era muy orgullosa como para ver los inventos de otras especies y darle algún valor. Se conformaban por dominar el mercado metalúrgico y el de piedras preciosas e importaban, el trigo, la avena, la leche y todo lo que su pueblo no produjese, no porque no supieran hacerlo, sino porque no lo necesitaban. Eran la comunidad más rica de Gimm, incluso más que el rey mismo de Cadwgan.

Para tranquilidad de Leof, los enanos no eran como los matones humanos que daban vuelta el lugar para buscar algo que quizás ellos mismo sabían que no estaba allí. Cada enano, luego de registrar cada cajón, cofre o habitación, volvía a dejar todo en su lugar. Eran fanáticos del orden y el respeto hacia la propiedad de los otros era casi una religión para ellos.

Cuando no quedó centímetro sin examinar, Harold y sus enanos le dijeron a Todd que querían escuchar lo que él tenía para ofrecerles.

— Es sencillo—empezó diciendo Todd—. Déjenos traerles alguna evidencia de que fue en “El Demonio embriagado” donde sus amigos estuvieron por última vez a cambio de que el bar de Leof sea el primer revendedor de su famosa y sin par cerveza.

La cerveza de montaña era una bebida muy solicitada en las tabernas humanas. Era la única bebida de los enanos que se vendía en las tabernas de los reinos humanos. Para los enanos, la cerveza de montaña era tan natural como el agua. Para los hombres, era un manjar de los más caros. Luego estaba la otra cerveza. La que se podía beber solo en tierra de enanos, la *gersek*. A diferencia de la cerveza común, fabricada por los hombres con la malta obtenida de la cebada o con el lúpulo en ciudades de Naphatek, la cerveza de montaña de los enanos se preparaba con un polvo obtenido de unas plantas que crecían en algunos lugares dentro de las montañas y que se alimentaban del agua que corría en napas muy profundas. Los enanos, como expertos mineros, eran los únicos que habían descubierto el método para extraer el polvo de

estas plantas. Se trataba de un meticuloso y delicado procedimiento que si no se hacia por manos expertas, el polvo se echaba a perder. Esta era la cerveza que los enanos permitían comerciar con los humanos. La preparación de la gerssek, en cambio era un absoluto misterio. Durante milenios la gerssek se había considerado como una bebida creada por dioses que por alguna razón solo habían otorgado el secreto de su fabricación a los enanos. Incontables reyes humanos han ofrecido incontables sumas de riqueza al pueblo enano para que compartiera el misterio con ellos o por lo menos que vendieran su producto, pero ningún enano, nunca, rompió su voto de silencio con respecto a la creación de la gerssek y ni siquiera sacó un jarro de cerveza fuera de los límites de su reino. Lo que Todd proponía podía cambiar el curso de la historia de Gimm. Si Leof abría un poco la boca en ese momento, de seguro le saldría saliva a borbotones.

—¿Es que son los únicos que no tienen cerveza de montaña? —preguntó Harold.

—No hablo de eso —dijo Todd, inclinando la cabeza a la izquierda.

—Estás loco, humano. El rey jamás nos permitiría semejante sacrilegio. El gerssek no ha salido de nuestras tierras. Nunca.

Harold se cruzó de brazos y los otros enanos rieron inflando su macizo pecho. El único que no lo hizo fue Kyr que enarcó las cejas como si hubiese visto una rareza que lo hubiese dejado sin palabras.

— Vamos Harold —dijo Todd, inclinándose hacia adelante, con los ojos rodeados por una desafiante sombra, con el puño levantado y temblándole de la emoción—. Piénsalo un poco mejor. Los tiempos están cambiando. Tú mismo sabes que los seres humanos están creciendo en número por cada día que pasa, y cada vez son más los territorios que conquistan. Los elfos están desapareciendo y están mandando orcos para pelear por ellos. Los enanos se han mantenido al margen de esta guerra que ya lleva varias décadas. A ustedes solo les ha interesado los negocios. Y está bien. Nosotros también pensamos como ustedes. La guerra también es un negocio, pero quienes ganan siempre son los reyes. A los soldados les toca la muerte o una vida lisiada.

Harold no decía nada. Quería ver hasta dónde quería llegar ese humano. Los otros enanos parecían prestarle atención a sus propios pensamientos. Solo Kyr estaba tan atento a lo que Todd decía como el propio Harold.

— Nosotros somos soldados, Harold, los enanos que están a tus órdenes

también son enanos. Leof, aquí presente es soldado, incluso Virk, que tiene una gran predisposición para el trabajo. Y si vamos a la guerra, podemos encontrar la muerte, o perder un miembro, o si tenemos suerte, regresar a casa ilesos y no menos pobres que antes. Lo que yo te propongo es no ir a la guerra, Harold. Y sé muy bien cuán grande es el honor de los enanos, y solo por proponerte esto estoy arriesgando mi propia vida. Pero, como te dije. Los tiempos están cambiando muy rápido, y si algo he aprendido en esta vida es que si no te adelantas a esos cambios, al final de tu recorrido, te sentirás muy estúpido y querrás regresar el tiempo para tomar lo que antes el honor te había impedido.

— Déjame hablarr a mí ahorrra, Todd —dijo Harold, arrellanándose en la silla donde se había sentado—. Tengo que darrrrte la rrrazón en algo y es que nuestrrra rrraza es gente de negocios. La guerrra siempre nos ha parrrecido una mala inverrrsión de nuestrrras rrriquezas, rrrrecurrrrros y ciudadanos. Pero cuando tenemos que combatirrr, lo hacemos como los mejorrres. Nuestrrrros guerrreros son los más brrravos y leales. Tanto que si se volvierrran merrrcenarrrios, cada uno valdrrrían más que cualquierrra de los de Corrrios. Si, también coincido en que estos tiempos están pasando cada vez más verrrtiginosamente y que quien no se adapta, es aplastado. Por eso nosotrrrros trrrratamos de evitarrrr conflictos con las otrrras especies y solo dedicarrrrnos más a serrr comerrrrciantes, evitando las emprrrresas bélicas. Perrro en algo te equivocas. Nuestrrras trrradiciones están prrrimerrro que nuestrrras vidas y las defenderrremos hasta en contrrra de los dioses.

Aquí Harold hizo una pausa. Leof pensaba que el pelirrojo había tocado un tema delicado para los enanos. Claro, si por algún golpe de suerte, Harold accedía a dejar que Leof vendiera la gerserk en su taberna, en pocos días se convertiría en la taberna más rica de todo Rodam. Pero qué demonios, de todo Gimm, por supuesto. Hasta los príncipes, caballeros, terratenientes y adinerados comerciantes llenarían su salón para beber una cerveza, que para saborearla hacía falta viajar hasta el corazón de las altas Montañas Anilladas, enclave del hogar enano más grande de todo Gimm, muy al noreste, cerca de la frontera con Naphatek. Leof sería rico y famoso. Poderoso. Pero era soñar muy alto, algo raro en el impávido cantinero. Además, Harold era un enano viejo, seguro muy apegado a las costumbres de su pueblo como si éstas fueran el oxígeno que respirara.

— Lo que prrropones, humano es inaceptable. Porr más que supierrra

que nuestrrras rriquezas se multiplicarrían, seguirría negándome a perrrrmitirrr tal ofensa a nuestrrra historria.

— Te traeremos aquí a los culpables de la muerte de tus familiares—dijo Todd—. Mi palabra es tu garantía. A cambio de nuestra ayuda, solo pedimos un limitado aprovisionamiento de su gerserk, que solo será vendida en este bar al precio de lo que vale. Ningún borrachín muerto de hambre podrá costearla, solo la clase alta. Su cerveza mantendrá su nivel de clientes y su permiso para venderla, mejorará sus relaciones con el rey Vannagan, estoy seguro.

— No —dijo Harold, como si imprimiera un sello indeleble en sus palabras—. Agrrrradecemos sus serrrvicios perro es imposible.

Tres enanos que estaban apoyados contra la barra del bar, se habían enderezado al oír la negativa de su jefe. Sabían que se acercaba el final de la reunión y que lo seguiría ahora sería la despedida. Pero Kyr tuvo la osadía de hablar, a pesar de las miradas fulminantes de sus compañeros y de que Harold gruñó con un sonido ronco tan grave que hubiese podido despertar de su sueño al más sordo.

—Disculpa, jefe —dijo mientras daba unos pasos vacilantes hacia donde estaban Todd y Harold—, perro lo que Todd prropone no me parrrece tan descabellado y no es falta de rrespecto a nuestrrras tradiciones perro tal vez sea nuestrrra oporrrtunidad parrrra comparrrrtir nuestrrra más prreciada bebida con individuos que nunca la han prrobado. Eso nos harrría ganarr una excelente imagen hacia los humanos y otrrras especies que siemprrre nos han tenido como un montón de barrrbudos egoístas y codiciosos.

Harold se puso de pie sonriendo a Todd, dio media vuelta, se mesó la barba y dio los pasos necesarios para quedar pegado cara a cara con Kyr.

—Es la última vez que vuelves a cuestionarr mi autorrridad como jefe, soldado. Tu trrabajo aquí es escucharr y actuarr cuando yo te lo diga. No errres ningún consejerrro. Tampoco lo necesito. No crreas que porrr serrr parrriente cerrrcano del rrrey tendrrré más considerrración contigo que con los demás. Es la última vez. A la prróxima te converrrtirrrás instantáneamente en un prrisionero, y serrrás juzgado por el consejo de los trres sabios.

Kyr había alejado su rostro del de Harold, sus piernas se habían doblado hacia adentro y su boca se movía lentamente, como si sus dientes estuvieran mascando un caramelo muy duro. Sus labios temblaban como reteniendo la voz que quería seguir saliendo contra su voluntad de soldado. Kyr, primo del Rey Thundor por ser hijo del medio hermano de éste, gozaba de una reputación un

tanto controversial en la corte de los enanos. Los rumores que corrían era que no era un enano puro. Se decía que Merrick, su padre, había dejado embarazada a una mujer humana que había tenido encerrada en secreto hasta que nació el bebé. Enseguida la asesinó, desapareció su cuerpo y tomó a una enana como esposa y madre de su hijo a la que obligó a jurar a filo de hacha, que siempre diría que ella era su madre y que el parto había sido lo más natural del mundo. Afortunadamente, Kyr nació con toda la fisonomía de un enano. Excepto por los pies, un tanto más pequeños que los del resto de su especie, lo que sirvió para alimentar más los rumores. Para Harold, esos rumores eran reales y por eso el jefe enano escupía en secreto cuando el rey Thundor incluía a Kyr dentro de su escuadrón.

—Perrrdón, jefe Harrrold. Perrro...

Harold arrugó aún más sus facciones para demostrarle que hablaba en serio y que cualquier pero podía costarle caro. Kyr optó por el camino de la docilidad aunque el fuego de su interior le subiera hasta la cabeza enrojeciéndole su frente y mejillas.

—Está bien, Harold —dijo Todd con el tono de alguien que llega al punto que había querido reservar para el final—. Hay algo más. Además de saldar cuentas con los culpables de la desaparición de tu gente, podrás tener a tu disposición una mina en las Montañas Lunares.

Esta vez Leof y Virk abrieron los ojos ante la demencial propuesta de Todd. Para el cantinero, el pelirrojo estaba de remate. Bueno, para un tipo que vivía pretendiendo ser otra persona, el disparate que le estaba prometiendo a unos enanos que estaban buscando el menor indicio para destripar a los culpables por la “desaparición” de aquellos con los que debían encontrarse en Rodam, no parecía tan fuera de lugar. Si Todd, o Merton o quien carajos fuese hacía todo eso para divertirse, quizás era más peligroso que Vulture, su socio caníbal que ahora tendría los huesos negros y una sonrisa de grandes dientes en su boca. Una mina en las Montañas Lunares. Eso era propiedad de la corona con quien ni él ni Virk y estaba seguro que tampoco Todd tenían ninguna vinculación. Harold se reiría a carcajadas antes o después de matarlo. Virk, en cambio que apenas hacía unos segundos había conocido a Todd, estaba teniendo un éxtasis de admiración por el ladrón. El tipo tenía pelotas, pero no solo pelotas. El tipo tenía una lengua muy persuasiva, pero no solo eso. Lo mejor era que el tipo estaba totalmente loco y para Virk, esa era una virtud que cuanto más razonable sonara, tanto más poderosa era. El muchacho estuvo seguro, en ese punto, de qué lado quería estar.

—Las Montañas Lunarrres —dijo Harold, casi en un susurro, como saboreando cada sílaba—. ¿No están en poder de su rey?

—El rey Vannagan— contestó Todd, como añadiendo un elemento sin importancia a la conversación— Claro, sus esclavos se encargan de obtener el oro, plata y otras piedras preciosas que, como expertos y conocedores, ustedes sabrán que hay en grandes cantidades, y los túneles se siguen extendiendo, ramificándose porque no parece tener fondo esa fuente de metales. Si la gerserk es vendida en esta taberna, ustedes tendrán una mina en esa montaña. Y sabemos que una mina en sus manos puede convertirse en una fuente de ingresos para su pueblo, excepcional. Desde ahí, no habrá límites en Gimm hacia donde quieran llegar. Tu, Harold harás historia entre tu pueblo. El primer enano en conquistar una porción de las Montañas Lunares. Y quizás con el tiempo...toda ella.

—Lo que estás haciendo —dijo Harold hablando con un quiebre en su voz que a Todd le sonaba como un canto de victoria lejano—, es un acto de traición. Por más que convenzas a tu rey de semejante acto, es una traición. Estás entregando una parte de sus dominios. ¿Acaso no tienes honor?

—Deja el honor para los soldados que van a la guerra, jefe —contestó Todd, y sus párpados bajaron un poco—. Estos son negocios. Tú ganas y nosotros ganamos.

Harold quedó colgado en sus pensamientos. Todd podía ver que el enano estaba intranquilo. Sus palabras le habían calado profundo, habían roto esa barrera de orgullo y solemnidad propios de aquella especie tan sujeta a las tradiciones, y al fin, Harold del puño Nevado, estaba considerando introducir un cambio en sus propósitos.

XVI

Después de unas dos horas más de viaje, Pearce, Colin y Bradley llegaron a Brandian, un poblado que poco a poco se iba expandiendo a causa de la agricultura, que en esa zona contaba con grandes hectáreas de tierras fértiles, especiales para un cultivo que dejaba un saldo regular de cosechas durante todo el año. Sus habitantes eran en su mayoría, agricultores y pastores. Brandian también era conocida por sus criadores y domadores de caballos. Los caballos de los hombres más poderosos de Gimm seguramente habían sido obtenidos en Brandian de manos de uno de sus expertos en el arte de la domesticación de esos animales. Todavía faltaba un mes para la boda del príncipe Greg, pero no era tanto si se consideraba el largo camino que Pearce y los músicos tendrían de vuelta. Casi veinte días de viaje cabalgando. Por suerte, el dinero no iba a ser un inconveniente. Los gastos corrían a costa del rey Vannagan. Los músicos tenían un documento con el sello de la casa real que les permitía obtener gratis casi cualquier servicio, exceptuando alimentos, para lo cual cargaban con una buena suma otorgada también por la corona. Estaban en un establecimiento en donde se alquilaban y vendían monturas y carruajes. Cuando Bradley le mostró el documento con el sello del rey al dueño del lugar, se sonrió y negó con la cabeza. Pearce pensó que la mala suerte todavía no terminaba.

— No pudo hacer eso —dijo el dueño de las carrozas luego de que Bradley le insistiera dos veces que la boda del príncipe era en un mes y que ellos eran los músicos principales de la celebración—. Ya te lo dije, es el día de la herradura. En este día nadie trabaja. Es una fecha oficial puesta por el calendario de Brandian. Lo siento, amigos.

— ¿El día de la herradura? — preguntó Bradley casi a los gritos, agitando el documento delante de las narices del dueño para que se diera cuenta de la importancia del mismo— ¿Es usted imbécil? Le digo que si no nos lleva a Cadwgan ahora mismo, tendrá que responderle al rey y al príncipe por el retraso de sus mejores músicos.

El sujeto se encogía de hombros ante la amenaza y fruncía los labios. Sin embargo, la cólera de Bradley no tenía otro efecto sobre él.

—Brad —dijo Colin con la voz suave de quien quiere tranquilizar pero lo

que realmente hace es ponerle más peso al problema al hacer evidente el temperamento del otro— Podemos esperar hasta mañana. Solo es un día más.

—No, no, no ¡no! Mañana no. Si no vas a ayudar, cierra el pico Colin. ¿Cuál es tu nombre? —preguntó Bradley al sujeto, señalándolo con un índice que estaba tan tenso como la cuerda de una guitarra.

—Buck —respondió el otro—. Comprendo que tienen un documento real, señor pero hasta el rey mismo le dirá que podemos celebrar este día y suspender nuestras actividades y servicios. A la noche haremos una gran cena en el centro de la ciudad a la que con mucho gusto ustedes están invitados. Si...

—Métete la cena en el culo, Buck. Lo que queremos no es una cena en esta mierda de pueblo. Queremos ir al palacio de Cadwgan, donde el príncipe Greg va a casarse con la princesa Alissa de Fabia. ¿Eres estúpido o qué?

— Lo siento —dijo Buck mostrando sus palmas y alzando sus hombros—. Puede insultarme todo lo que quiera, señor pero aquí no va a poder encontrar una carroza que lo lleve de nuevo hoy. Mañana a primera hora podrá partir.

Bradley se dio vuelta echando chispas por los ojos y caminó, empujando a Colin que estaba adelantándose para tocarlo en el hombro. Caminaba con tanta prisa que en seguida Pearce y Colin lo vieron girar la calle y desaparecer tras las casas.

— Hemos tenido una jornada difícil— explicó Colin a Buck que los miraba, arqueando las cejas— Seguro, mi amigo, cuando se tranquilice entenderá que no es mala idea esperarse hasta mañana.

— Si dependiese de mi, le daría un carruaje en este momento. Pero todos mis chóferes están con sus familias, descansando.

— Volveremos —indicó Pearce, terminando la conversación.

De inmediato siguió el rumbo de Bradley, sin esperar si Colin lo seguía o no. El músico saludó a Buck y corrió detrás de Pearce que cabeceaba tratando de ver a Bradley por entre el grupo de personas que paseaba por las calles despreocupadamente en ese feriado. Los niños pululaban atropellando a todo el mundo con sus juegos y carreras. Había mujeres jóvenes que conversaban reunidas en las puertas de las casas, riéndose y contando chismes cuando veían pasar a algún hombre joven y solo que las saludaba. Los viejos miraban por la ventana, algunos con un gesto desconfiado y otros apoyándose en las celosías para contemplar lo que hacían los demás en ese día de fiesta. Todo estaba muy animado, demasiado para el gusto de Pearce que prefería la

soledad de un cuarto de estudio o un laboratorio de magia donde ensayar a su modo, sin la supervisión de ningún superior. Esquivaba a la gente como si fueran leprosos y empujaba a los chiquillos que se le pegaban en el camino para que jugara con ellos. Colin, en cambio, se detenía para saludar a las mujeres, besando sus manos o alzando a los niños para hacerlos girar. Canturreaba la estrofa de alguna cancioncilla mientras andaba y todos lo acompañaban con aplausos. A Pearce la amabilidad y el modo en que Colin se entregaba al público le parecía de animal rastrero, por eso ni siquiera se tomaba la molestia de esperar al músico, al contrario, prefería buscar a Bradley por su cuenta, tratando de perder a Colin. Al fin lo vio. Estaba sentado en el borde de piedra de una fuente que estaba cerca de algunas tiendas vacías. Había niños jugando dentro de la fuente, salpicándose con agua entre ellos. Y también a Bradley, pero al músico parecía no importarle. Pearce sabía que sus pensamientos estaban muy lejos, en cierta torre de hechiceros, cuyo interior solo había visto en su imaginación. Pearce caminó hasta quedar frente a él.

—Ese vendedor ignorante —dijo Bradley levantando la vista hacia Pearce—. La fiesta de la herradura. ¿Has oído de semejante estupidez?

—¿Tú no? —preguntó el hechicero

—Claro, pero no me había acordado que era por estas fechas. Hay que esperar, entonces.

— Debemos irnos ahora, sin ni un minuto más de dilación.

Bradley frunció el ceño y vio detrás de Pearce a Colin que entrecerraba los ojos a unos cincuenta metros, en dirección hacia donde ellos estaban.

— Ya oíste a Buck —dijo Bradley—. No hay ningún cochero para llevarnos a Cadwgan. Nos queda esperar hasta mañana o robar algún carruaje.

— Hagámos eso —señaló Pearce, casi instantáneamente.

— ¿Hagamos qué? —preguntó Bradley removiéndose en su asiento.

— Robemos un carruaje de mierda, robemos dos caballos y vayámonos de este pueblucho.

— Oigan —intervino Colin que llegaba trotando y jadeando—. Los estaba llamando. La gente dice que quiere escucharnos cantar, Brad. Dicen que van a pagar muy bien.

— No queremos quedarnos un minuto más en este lugar, Colin. Pearce y yo estamos pensando en robar un carruaje con caballos.

— ¿Qué? —preguntó Colin mirando con desaprobación a Pearce—
¿Robar un carruaje? ¿Por qué simplemente no le compramos a algún
habitante tres caballos y listo?

— Cuán poco sabes, para ser un bardo. En el día de la herradura, no se
comercia de ninguna manera. Ni siquiera negocios particulares.

Colin se quedó pensando o tal vez recordando algo pero solo por un
instante fugaz.

— No creo que sea buena idea, robarnos unos carruajes. Si nos atrapan,
dile adiós a nuestras manos. Y las manos para los músicos son tan
importantes como para los hechiceros. ¿O no?

— No nos van a atrapar. En solo unos minutos, la mayoría de los
habitantes se reunirán en el centro del pueblo para divertirse con tragos y
música. Es cuando tenemos que aprovechar y sacarle a Buck uno de sus
preciados carruajes. Cuando se den cuenta ya estaremos muy lejos rumbo
a Cadwgan.

— No lo sé, Brad. —dudó Colin, vigilando que nadie estuviera
escuchando a su alrededor— Es muy arriesgado. Mira, si nos vamos
mañana, aún estaremos a nueve días del casamiento del príncipe. ¿Por
qué quieres partir ahora?

— No entiendes —dijo Brad—. Es una cuestión de principios. Estos
campesinos no saben lo que es desobedecer a aquellos que llevan un
documento con el sello real. Feriado o no, si los hombres amparados por
la letra del rey no son ayudados en el momento que lo precisan, entonces
serán merecedores de un grave castigo.

— Vamos, no creerán que el rey Vannagan castigará a todo Brandian por
negarse a darnos un carruaje en el día de una celebración tan importante
para ellos.

— No es solo eso —agregó Pearce con una mano cubriendo su mentón y la
mirada baja. Colin y Bradley lo escucharon atentos—. Soy un hombre
buscado por los hechiceros de mi torre. En cualquier lugar que
permanezca demasiado tiempo, y un día es demasiado, es peligroso para
mí. Debemos partir ahora mismo.

Ni Colin ni Bradley dijeron nada. Esa noticia les había caído con tanto
ruido y de forma tan repentina como un trueno en una noche despejada. El
rostro de Colin perdió la poca algarabía que le quedaba del buen recibimiento
que había encontrado en la gente del pueblo. Bradley abrió desmesuradamente

sus ojos y se puso de pie.

—Vaya —dijo Bradley con la voz ahogada—. Es algo serio eso de la piedra de la que nos hablaste. ¿Lo ves ahora, Colin? Debemos partir de aquí cuanto antes.

A pesar de la resistencia de Colin, el bardo seguía a Pearce y a Bradley como una mascota cansada y angustiada. Los dos músicos y el hechicero se pusieron manos a la obra para apropiarse de una de las limpias y famosas carrozas de Buck. Como no se podían confiar en dejar solo a Colin, dado que todavía albergaba serias dudas acerca de la empresa que iban a llevar a cabo, decidieron que iba a ayudar a Bradley a sacar los caballos y la carroza, mientras Pearce se dedicaba a la tarea de bocina desde afuera y a entretener un poco a los aldeanos con algún truco de magia. Pearce había pensado que si se mantenía ocupado a Colin, entonces no iba a tener tiempo de pensar en cambiar de idea. El hechicero le había pedido un pañuelo a Bradley para usarlo a modo de barbijo y cubrirse el rostro hasta los ojos. De esa manera, si había algún cazarecompensa mezclado en la multitud, guardaría algo su identidad. Tenía pensado hacer alguna levitación de objetos pequeños. Un hechizo para principiantes con el que los maestros siempre reciben a los discípulos y que son los primeros en el aprendizaje. Solo requería un breve verbal y unos sencillos movimientos de los índices. Bradley y Colin buscarían la manera de entrar al depósito donde Buck aparcaba sus carrozas y se harían con una. Luego sacarían dos caballos de los establos. Esperaban que ningún mozo de cuadra los viera y les aguará el plan.

Se separaron en ese mismo lugar. Pearce esperaría a que la gente se concentrara más en el centro del pueblo donde estaba todo preparado para la celebración del día de la herradura. Bradley y Colin empezarán a agazaparse ante las miradas de los otros hasta alcanzar el depósito de Buck por la parte de atrás.

— Intenta que nadie te vea, Colin —indicaba Bradley—. Ve un poco más agachado, ¿quieres?

— Voy lo más agachado que puedo —susurró Colin—. Me duele la columna por caminar así.

— Solo unos metros más. La siguiente casa tiene ventanas grandes así que vamos a tener que rodearla, luego solo hay que cruzar rápidamente ese descampado donde se doman los caballos y estaremos detrás del aparcamiento de los carruajes.

— ¿Y los caballos? —preguntó Colin que caminaba como un roedor llevándose una mano a la columna y haciendo un gesto de dolor.

— El establo está al lado, allí, ¿lo ves?— Bradley señaló hacia una galpón de madera en cuyas enormes puertas de salón habían tallado dos caballos encabritados enfrentados.

— No veo a nadie afuera. Los mozos deben estar también en el centro del pueblo.

— El bueno de Buck es un buen empleador —dijo Bradley con un tono sarcástico.

Al dar vuelta la casa con las grandes ventanas de vidrio, Colin pudo distinguir una sombra detrás del cristal, como si alguien estuviera apoyado en el mismo. Estuvo a punto de decirle a Bradley pero creyó que no tenía caso. Tal vez no fuese nada. Quizás solo era un trasto u otra cosa que estuviera muy cerca de la ventana y que desde ese ángulo se podía abrir a muchas interpretaciones.

Llegaron al campo de domesticación y en un momento ambos se quedaron paralizados, tumbados en la hierba, junto al estiércol que gracias al sol de ese día había adquirido su máximo punto de hedor. Los gritos de una mujer provenientes de algún lugar cerca de ellos les paralizó el corazón por unos segundos. Enseguida Colin pensó en esa silueta que acababa de ver, saliendo a la calle y gritando a alguien que había visto a dos intrusos en la propiedad del bueno de Buck. Pero luego escucharon de la misma voz “¡Niños, salgan de ahí!” y comprendieron que estaban salvados. Corrieron los pocos metros que le separaban de la puerta trasera del aparcamiento y se pegaron a ella lo más que pudieron. Bradley se alegró al no ver ningún candado en la cadena que colgaba uniendo las dos hojas de la puerta. Colin ni siquiera había advertido esto. Estaba mirando el establo, esperando que esas puertas se abrieran hacia afuera para dejar salir al mozo de cuadra, quien desde ese ángulo los vería al instante.

—¿Y ahora? —preguntó Colin sin apartar la vista del establo.

—Y ahora hay que agradecerle a Buck por ser un tipo tan confiado de sus vecinos.

Bradley sacó la cadena de los aros y empujó la puerta. Adentro los recibió una oscuridad solo barrida por la luz proveniente del exterior. A ambos lados del aparcamiento había carrozas de diversas formas y

ornamentos. Algunas más grandes que otras que podían cargar hasta seis personas dentro, de primera clase, dos afuera, en segunda clase y una arriba, correspondiente al cochero y tercera clase. Bradley se interesó por una carroza roja con florituras doradas a los costados y un asiento blanco muy cómodo para el cochero.

“¡Hay un mago en el centro del pueblo!” –se escuchó el grito de un hombre afuera.

Colin y Bradley se miraron y por sus mentes pasaron todos los desenlaces posibles de aquella aventura. Escucharon como los niños les pedían a gritos a sus padres que lo llevaran a ver al mago, las pisadas de aquellos que corrían al unísono, los vítores y aplausos de la gente que sentía alegría por tener en Brandian el primer mago quizás desde hacía muchísimo tiempo. Bradley y Colin se sintieron más seguros cuando entendieron que habría menos gente cerca de ellos y entre los dos tomaron la carroza roja y con el mayor sigilo posible la fueron sacando del aparcamiento. Cruzaron el campo de entrenamiento, abrieron la cerca y salieron a una calle trasera desierta. Ninguna casa se alzaba a los costados de esa calle o camino marcado por las herraduras de los caballos. Hacia la derecha, después de unos cincuenta metros, el camino hacía una curva hacia el sur y corría paralelo al camino principal para luego unirse a un kilómetro de la entrada de Brandian. El bardo la había visto cuando llegaron y pensó que se trataba de un camino que rodeaba al pueblo para seguir hacia el norte.

— Debemos seguir ese camino –señalo Bradley—. Esperaremos a Pearce al costado de la carretera a un kilómetro de aquí.

— Esto está muy pesado, Brad –dijo Colin exhalando aire caliente por boca.

— Por eso ahora tenemos que conseguir unos caballos –contestó Bradley apoyándose en la carroza para recuperar el aliento—. Vamos.

Se pusieron en marcha. Dejaron la carroza a la orilla del camino y la cubrieron precariamente con los arbustos y ramas que encontraron en el lugar. Cuando llegaron a la puerta del establo, oyeron los rebuznos de los animales. Bradley asomó la cabeza por debajo de las puertas de salón para ver si había alguien dentro. Nada. Había un número aproximado de treinta caballos en total. Algunos dormían, otros se alimentaban con el heno de su corral.

—Solo necesitamos dos –dijo Bradley—. No te pongas tan exigente.

Saquemos los primeros que veamos despiertos.

Colin asintió y entraron en el establo. La puerta hizo un chirrido que parecía perforar el cerebro. Controlaron que nadie los estaba viendo y buscaron en silencio los animales que moverían la carroza. Bradley eligió un cuarto de milla del color del algarrobo y las crines blancas como la lana. Colin estaba sacando un elderland de lomo negro y esbelto que coceó un par de veces cuando el bardo lo tomó de las bridas.

—Bien —dijo Bradley en tono bajo—. Ahora larguémonos de aquí.

—¡Eres una basura! —gritó una mujer afuera. El sonido de su voz sonó tan cercano que los músicos creyeron que provenía de uno de los corrales.

—Soy la basura que te mantiene, maldita puta —contestó la voz de un hombre que se hizo muy aguda en las dos últimas palabras. La bronca que expresaba le deformaba la voz.

—No necesito que me mantengas —dijo la mujer, aún más cerca del establo. Se escuchó un portazo proveniente de afuera—. Me largo de aquí.

—Ah, claro—contestó el hombre. Los dos bardos reconocieron la voz, aunque muy alterada. Era Buck—. Te vas con ese maldito panadero, ¿verdad? ¿O será con su hijo? ¿O con los dos, hija de puta? Uno te lo da por la concha y el otro por el culo.

—Vete a la mierda— dijo la mujer— Sí, cogí con el panadero, con su hijo, con tus mozos de cuadra y con tus caballos maricas.

—No hables así de mis caballos —rugió Buck.

Se oyeron ruidos de pasos corriendo, gritos de miedo de la mujer, unos golpes que sonaban como si alguien diera de puñetazos a un grueso pedazo de madera, los gruñidos de Buck que cada vez se definían más a medida que se acercaban a las puertas del establo. Cuando Bradley y Colin vieron las sombras de Buck y la mujer estirarse por debajo de las puertas del salón, contuvieron la respiración como si alguien los hubiese lanzado en picada a las profundas aguas de un pozo.

—¿Por qué no me dejas en paz? —preguntó la mujer.

—¿A dónde vas a ir? —la voz de Buck sonó estriada por un llanto que se estaba preparando muy hondo en su interior. Colin conocía muy bien esa voz. Su oído había sido creado para detectar la mínima manifestación de los sentimientos en la voz de los otros.

—A ti que te importa. Ya me tienes harta con tus celos. Siento que me muero todos los días a tu lado.

— Nara, por favor —rogó Buck—. Hablemos de esto. No quiero perderte.

Eres mi prometida.

Por un momento, nadie dijo más nada. Las sombras de Buck y Nera se fueron acercando hasta fundirse en una sola. Para espanto de los músicos, también se agigantaron más hasta que los ojos enormes de Bradley vieron los pies de los amantes a un metro de la puerta. Colin le preguntó a su compañero con la mirada: “¿Qué vamos a hacer ahora?” Bradley estaba tan perdido como él. Si pudiera decir algo en aquel momento sería: “Me estoy cagando en los calzones”.

—Hagamos el amor en el establo —pidió Buck—. ¿Te acuerdas? Te gustaba mucho ver los caballos mientras te la metía bien profundo.

—No —dijo Nera y a Colin no le sonó nada convincente—. Los mozos de cuadra podrían aparecerse en cualquier momento.

—No te preocupes por ellos, mi vida— dijo Buck y Bradley se imaginaba pisándole a Buck su rostro con las pezuñas de un caballo—. Les di el día libre. Están en el centro de la ciudad, seguro viendo actuar a ese mago.

—No lo sé, amor —dijo Nera casi en un susurro—. Está bien.

Colin soltó las bridas de su caballo y quedó temblando como un cachorro de perro bajo la lluvia. Bradley apretó los dientes y sintió como su lengua se volvía de piedra dentro de su boca. Vieron acercarse a Nera y Buck tan unidos que parecían un solo cuerpo con cuatro piernas. Cuando llegaron hasta la puerta de salón, los músicos podían verle la frente y el cabello a Buck y solo el cabello a Nera. Bradley y Colin ya no se comunicaban más con la mirada. Estaban petrificados.

—Espera —dijo Nera antes de que Buck abriera la puerta, que solo se movió un poco hacia adentro dejando ver por una milésima de segundo un haz de luz vertical tan fino como un cabello—. Fred dijo que nos iba a traer ese pastel de bananas ahora. Tal vez deberíamos esperarlo, amor.

—¡Otra vez con ese idiota! —estalló Buck de nuevo—Estás pensando en él cuando vamos a hacer el amor. Vete a coger con el puto panadero.

Buck dio un puñetazo a una de las puertas de salón que se abrió de par en par revelando dentro a un Colin aterrado, y afuera a una Nera que veía alejarse a Buck rumbo su casa, con los hombros en alto y los puños cerrados. Cuando la puerta de salón se cerró de nuevo, Colin sintió que se le aflojaba el esfínter y se agarró su escroto.

—¡Vete a la mierda, maldito cornudo! —lanzó Nera antes de alejarse del establo con pasos rápidos.

—Casi me meo, Brad— confesó Colin—. Debo tener algo mojados mis

calzones.

—Yo casi me cago, Colin— dijo Bradley—. Tenemos que agradecerle al panadero algún día, amigo.

—Saquemos los caballos, rápido— dijo Colin, esta vez tomando él la iniciativa.

XVII

— Verás —dijo Hirght, luego de darle muchas vueltas en la cabeza a lo que iba a decir—. Soy muy viejo y no acostumbro a hablar con la gente de afuera. La última criatura del exterior con la que he mantenido una comunicación fue Caelond, quien como verás, decidió quedarse aquí para ayudarme.

— ¿Ayudarte? —preguntó Blinda, llevando la cabeza hacia atrás— ¿Tú necesitas ayuda de un elfo?

— Por supuesto —contestó Hirght dando un suspiro—. Claro, soy un creador, pero hay cosas de mí que ninguno de los sacerdotes sabe.

— ¿Por ejemplo? —preguntó Blinda, mecánicamente, para ahorrar cualquier pausa. La paciencia no era una virtud que la dríada practicara.

— Pues, tienes que saber que tengo miedo a la oscuridad, Blinda.

— ¿Se refiere a algún peligro en especial o a la ausencia de luz?

— Bueno, en realidad es a lo segundo, pero eso siempre viene acompañado de lo primero.

— La verdad es que me sorprende. Siempre creí que los Primeros eran dioses de gran poder y que estaban más allá de los problemas de las criaturas del bosque.

— Sin embargo no es así, Blinda. He pasado tanto tiempo dentro de este árbol que ya no recuerdo muy bien para qué estoy. Puedo ver todo el bosque desde aquí y oír cuando otro Primero me comunica algo que él considera importante, pero ...No sé muy bien cuál es mi función en el mundo. Lo único que sí se, es que debo impedir que las criaturas del sótano salgan al exterior. También está lo de tu hechicero. Eso es nuevo y más terrible que lo primero.

— Primero —dijo Blinda—. ¿Qué son las criaturas del sótano?

— Bueno...—dijo Hirght pero algo lo hizo callarse. Había adelantado la cabeza y miraba atento algo o tal vez solo escuchaba.

Por un segundo Blinda creyó que estaba examinándola, estudiando algo en ella que le significara algo. Pero cuando se puso de pie y se dirigió hacia adelante, pasando a su lado, ella dio un medio giro y saltó sobre los dedos de su asiento para enfrentar lo que fuese que Hirght estuviese

viendo.

—Allí viene uno —afirmó Hirght—. Allí viene uno para intentar salir. Cuidado, Blinda.

La dríada esperó, viendo la oscuridad que se formaba como un embudo del otro lado del salón. También se dio cuenta que los dedos de piedra que crecían del suelo se movían, al principio de a uno y luego, cuando un resplandor rojizo se extendió como una mancha de bordes puntiagudos desde el sitio del embudo, todos los dedos se abrían y cerraban mientras la palma giraba y daba vueltas. Finalmente, lo que para Blinda solo era un resplandor, resultó ser una entidad que se desplazaba por extremos del salón, cambiando de tamaño y generando formas inconclusas en su recorrido.

—Es un espectro rojo —dijo Hirght— Ten cuidado de que su cuerpo no toque el tuyo Blinda.

—¿De qué cuerpo me estás hablando, Hirght? Solo es una sombra roja proyectada en la pared.

—No. Esa sombra es el espectro. En este mundo debe moverse adhiriéndose a los objetos inanimados o animados. Pero si toca a los animados, estos nunca vuelven a ser los mismos. La esencia de ellos se adhiere al espectro cuando este pasa por un cuerpo con vida.

Blinda, que se mantenía en guardia, preparada para cualquier lucha no creía que ninguna de sus habilidades le sirviera para hacerle daño al espectro rojo. Había luchado con muchas clases de criaturas. A todas las había vencido, siempre utilizando su velocidad y su certera puntería. Gigantes y muy pequeños, cualquier presa a la que cazó o enemigo al que se enfrentó había tenido una debilidad y ella siempre había sabido aprovecharse de eso. Pero ese...¿fantasma? era totalmente distinto. Si no podía tocarlo como Hirght le había aconsejado, entonces ella era tan inútil como un muerto.

—¡Apártate! —gritó Hirght cuando la sombra empezó a moverse por el piso como una enorme suciedad que quisiera quedarse quieta en un solo sitio.

Se dirigía hacia ellos, y Blinda, que estaba dentro de su curso de

colisión, dio un salto para alejarse varios metros hacia la derecha. De inmediato, los dedos donde había estado apoyada, se cerraron formando un puño y se volvieron a abrir. Luego, la mano dio giros con los dedos extendidos, moviéndose como antenas de insectos. Hirght no se movió de su lugar, en cambio esperó a que el espectro se acercara más y más. Al pasar por la mano de piedra que había servido de asiento a Blinda, el espectro no pudo avanzar más. La mano había cerrado sus dedos, quedando en el centro del manto rojizo del espectro.

— *Dyyriae sooulawey retriadom durkiat* –fueron las palabras que Hirght pronunció tan alto para que retumbaran en todo el salón.

La sombra se estiró sobre la mano hasta parecerse a un poste de luz roja, trémula y delgada. No era nada más que un juego de luces barato que cualquier ilusionista podía crear, pero en la punta de ese poste luminoso, Blinda vio lo que su mente alcanzó a asemejar con una boca de serpiente que se abría y cerraba repetidamente.

— ¡*Dyyriae sooulawey retriadom durkiat!* –volvió a decir Hirght y esta vez golpeó las manos con fuerza, y Blinda sintió reverberar el sonido en sus huesos y dientes.

El espectro, que hizo un último esfuerzo por desprenderse de la mano de roca, arqueó su cuerpo en dirección al embudo de oscuridad de donde había salido. La cabeza de serpiente abrió su boca en un ángulo de ciento ochenta grados y Binda pudo escuchar un ruido tan fino como si alguien silbara desde dentro de su cabeza. Hight volvió a golpear sus palmas emitiendo un ruido atronador que hizo temblar el suelo. El espectro rojo se introdujo en el embudo de oscuridad, centímetro a centímetro como si todo su cuerpo luchara por evitarlo. Finalmente desapareció como también el silbidio que Blinda sentía en su cabeza.

Hirght se llevó las manos detrás de la cabeza y caminó muy nervioso en círculos, murmurando algo que a Blinda le sonaba como injurias.

—¿Qué fue eso? –preguntó la dríada, para evitar que Hirght siguiera actuando como un loco.

—Eso – dijo Hirght deteniéndose en seco—, es un espectro rojo. Algo que vive en el sótano junto con otras criaturas que nadie ha visto jamás en ningún lugar de Gimm o Naphatek.

—¿Qué has hecho para que volviera a la oscuridad? Te oí hablar en una lengua desconocida.

— Son palabras que recuerdo de hace mucho tiempo. Quizás desde el primer día que he estado aquí. No sé si las he aprendido solo o alguien me las ha inculcado. Todo eso está perdido. Los inmortales también olvidamos, Blinda, eso es lo que los de afuera no quieren creer.

—Pero, ¿cómo es que sabes que debes mantener a esas cosas allí abajo? ¿Por qué lo haces si has olvidado el propósito?

—Porque cada vez que las veo, cada vez que una de ellas sale del sótano, algo dentro mío que no ha olvidado a qué he venido pero que no me lo quiere decir, me obliga a prohibirles su paso al exterior. Su lugar está allí abajo, con los otros Voraces.

—¿Y qué es ese lugar? —preguntó Blinda, sintiendo un temblor recorrer su piel— ¿Qué hace allí?

—Bueno —dijo Hirght, mirando hacia otro lado—. Con aquellos que han venido aquí del exterior hemos tratado de buscarle un significado. Todos han muerto, por supuesto, en manos de algunos de los voraces. Con Caelond hemos analizado cada deducción a la que arrivé con los anteriores y creemos, hasta el momento, que se trata de una...ruptura, de una imperfección, de algo que está mal terminado, como si te encontraras un hilo en la tela una remera que quisieras cortar pero al tirar de él abres un agujero en la prenda. Lo mejor hubiera sido cortar el hilo con unas tijeras. Pero eso no importa, ahora el agujero está ahí, bueno no solo ahí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la dríada dándose vuelta para buscar otra entrada al sótano que se hubiera pasado por alto.

—Los primeros —dijo Hirght—. Cada uno de ellos son parches para evitar que el agujero se siga expandiendo o que los voraces salgan por ahí. En cada Primero de este mundo, y hay más de los que los elfos creen, hay un Hirght que trata de mantener a los voraces dentro de su sótano.

—Nadie afuera sabe esto —dijo Blinda con un tono de alarma—. Por lo menos, los elfos sacerdotes no han revelado ese conocimiento.

—Ellos no lo saben porque nunca nadie que entró en un primero, pudo abandonarlo. ¿Qué, no te lo dijeron?

El rostro de Blinda se transfiguró en una oscura mirada de terror. Su pecho se hinchó antes de dejar salir las palabras con un aliento caliente y húmedo.

—No —contestó Blinda—, la perra de Saoirse no me contó esa parte. Aunque supongo que ella estaba muy al tanto de todo.

—Eso temía. Saoirse puede ser la líder de las dríadas del bosque morado, pero enviar a alguien a un Primero solo depende de los sacerdotes elfos. Si

ellos se llegaran a enterar de lo que Saoirse ha hecho, la enviarían aquí o la ejecutarían.

—No sería algo desagradable de ver —dijo Blinda sin ganas. No tenía ánimos para reírse de su chiste, lo que la enfadó aún más.

—¿Tú no los dejas salir, verdad? —preguntó la driada con un tono más de afirmación que de interrogación.

—Oh, no —dijo eneguida Hirght como si se disculpara de una falta—, nada de eso. Eres libre de irte y si buscas mi aprobación para usar la red de raíces, la tienes. Solo bastará que te muestres sana y salva ante tu líder para que piense que has superado la supuesta “prueba” del Primero.

—Entonces, ¿por qué nadie ha podido salir de aquí?

—Fue por voluntad propia —explicó Hirght—. Ellos quisieron quedarse a ayudarme.

—¿A ayudarte? —preguntó incrédula, Blinda— Todos los elfos que entraron aca...

—Y humanos —agregó Hirght.

—Y humanos —repitió Blinda como si el significado de esa palabra le fuese desconocido—, todos, bueno, en su mayoría han sido cobardes, traidores o criminales. No me imagino que por voluntad propia quisieran quedarse en un lugar como éste a vivir.

Hirght se sonrió y tomó asiento sobre una mano de piedra. Se refregó las manos y extendió una hacia un enorme conejo que estaba alimentándose de hierba. El roedor fue saltando hasta ella. Su lengua rosada y fina lamió los dedos de Hirght.

— Blinda, si vieras dentro del sótano, como hicieron Caelond y los anteriores a él, comprenderías el por qué de su decisión. Lo que hay allí abajo te hace tomar otra perspectiva de las cosas. Al ver lo que los voraces son capaces de hacer si salieran al exterior, la parte de ti que siente alguna compasión por los otros se apoderaría de tu alma y como yo, querrías quedarte a combatirlos conmigo.

Blinda estaba parada en el borde del embudo de oscuridad. Cuando miró hacia abajo, no vio una completa nada como había pensado que sería, sino, por extraño que pareciera, podía apreciar claramente el interior de la sala de estar de un hogar amplio de pisos de madera y sillones largos, con almhadones pulcros de color blanco y bordados azules. También podía ver unas altas ventanas terminadas en arco, revestidas con cortinas de una gruesa tela roja. Todo estaba iluminado por una delicada luz del mediodía. En las paredes

habían dispuestos platos con escudos de la familia dibujados en el centro y algunos retratos de hombres de grandes bigotes con rotros severos y de posturas dignas, casi solemnes, como si los hubiesen retratado mientras por sus mentes pasara algo que los acongojara o los llenara de valor. Antes de darse cuenta de que estaba en un lugar peligroso, Blinda se encontró mirando los retratos a escasos centímetros de los mismos. A su alrededor pudo apreciar la amplia sala. Seguramente de la mansión de algún noble. Aunque había cosas que desconocía. Como una caja de madera con una rejilla negra que sobresalía de un lado. La caja tenía un par de cilindros pequeños también en lo que suponía que era el frente de la misma. Detrás de ella, salía una delgada cuerda que descendía detrás del mueble. ¿Qué estaba haciendo ella allí? Blinda no recordaba como había ido a parar en ese lugar. Notó también un extraño artefacto sobre otra mesita de madera que estaba en el espacio que había entre dos puertas cerradas. El artefacto era como un cofre pequeño, pero sobre el cual descansaba un tubo que era algo circular en sus extremos y delgado en el medio. Ambos, el tubo y el cofre estaban unidos por una cuerda con forma de espiral. Blinda tuvo deseos de sentarse en el largo sillón y lo hizo. Al momento de hacerlo, delante de ella, una puerta que no estaba segura que antes había visto, se abrió de par en par y de adentro salieron corriendo tres niñas. Dos eran rubias y la otra morocha pero con la piel más blanca que las otras dos. Las tres vestían un largo y blanco vestido con adornos de guirnaldas rosas en las muñecas y en los pliegues de abajo. Se las notaba muy alegres y se dirigieron directo a Blinda, que las recibió con un abrazo abarcándolas a las tres. Sentía algo por ellas, como si fuesen algo así como sus hijas.

—Mami —dijo Mercy, que así se llamaba una de las rubias—, Conny encontró una rana en el jardín, estaba detrás del árbol grande que da sombra al estanque. Y Lucy quiso tocarla pero yo le dije que si toca a una rana tendría la cara llena de verrugas feas y verdes como las de una bruja, ¿verdad mami?

—Por supuesto —dijo Blinda—. No debes tocar eso Lucy—que era la de cabello negro y piel pálida—. No querrás tener esas verrugas en tu linda cara, ¿verdad?

—Hillary tocó una rana que encontró en la calle y no le ha salido ninguna verruga —contestó Lucy mirando sus pies y jugando con sus dedos.

—Es porque tuvo suerte, linda. Tal vez la próxima no sea tan afortunada.

—Además las verrugas pueden salir más tarde— agregó Conny, con ese tono agudo y vibrante de su voz.

—Exacto —convino Blinda.

—¿Dónde está su padre? —Blinda miró hacia la puerta esperando que Johnatan apareciera, vistiendo su camisa con esa tira de tela colgada alrededor del cuello y unos pantalones arremangados hasta las rodillas.

—Papá está hablando con el señor Billstrum. Papi quiere invitarlo a una barbacoa el domingo, mami.

—Tu padre no puede con su inclinación a las barbacoas, ¿eh?

—Sandy y Peter también van a venir, mami —dijo Mercy—. Nos dijeron que les van a comprar un cachorro ese viernes. ¿Podemos tener nosotros un perrito?

—Si prometen cuidarlo bien, niñas. Es mucha responsabilidad tener un animal. Hay que darle de comer, sacarlo a pasear, cuidar de que no se enferme...

—Sí, sí, sí —saltó de felicidad Lucy, aplaudiendo—. Lo cuidaremos mami, te lo prometemos, ¿verdad chicas?

La aprobación fue unánime.

Blinda dejó a las niñas en la sala y salió afuera. Se encontró con un jardín bien podado, con rosas, violetas y azucenas distribuidas en grupo en diferentes sectores, un fresno adulto se alzaba sobre una pequeña elevación del terreno. A su derecha, a un par de metros, un estanque circular de unos seis metros de diámetro, era cruzado por un puente en miniatura. Debajo del puente, un par de nenúfares flotaban en las tranquilas aguas de color gris. En los lindes del jardín apoyado en las cercas blancas que separaban su casa de la del Jack Billstrum, estaba Johnatan, tal como Blinda se había imaginado que estaría.

—Hola Jack —saludó Blinda dirigiéndose hacia él.

—¿Cómo estás Blinda? —preguntó Jack, un hombre con una calva incipiente, cuyo cabello había ido desapareciendo azarosamente. Primero en el medio, luego atrás y después un poco en los laterales de la cabeza.

—Bien, ¿Cómo está Amanda?

—Oh, ahora mucho mejor. La muerte de su cuñada le afectó más de lo que imaginamos, pero nuestros amigos han sido muy amables con ella y creo que lo ha superado por el constante apoyo de ellos y por supuesto, de mí y los niños.

—La barbacoa le sentará aún mejor, Jack —dijo Johnatan mostrando mucha seguridad en sus palabras—, ya lo verás.

—Eso espero —Jack cruzó los dedos índice y mayor de sus dos manos delante de Blinda y Johnatan.

Blinda pasó su brazo alrededor de la cintura de su marido. Él la abrazó con fuerza por sus hombros haciendo que su cuerpo se estrechara con el de él. La cabeza de ella se inclinó sobre el brazo de su marido y una sonrisa se dibujó en su rostro. Las niñas salieron gritando y riendo afuera, llevando cada una su muñeca preferida. Al final del jardín, otra cerca separaba su terreno de la acera y la calle, por donde circulaban unos extraños vehículos de cuatro ruedas que transportaban personas sin la necesidad de caballos. Blinda no sabía como se llamaban, pero de alguna manera sabía que no eran algo fuera de lo común. Se sentía bien, como si ese lugar fuera el hogar con el que siempre había soñado, ese hombre tenía todo lo que ella quería, y sus hijas eran perfectas. También sus amigos y vecinos. Había pequeños problemas diarios, pero ellos siempre los superaban y al final del día se reunían junto a la caja con la rejilla negra y escuchaban música o las historias narradas con esos efectos de sonido tan emocionantes.

Blinda se separó de su marido mientras veía a esas carrozas que se movían como por arte de magia. Ni él ni Jack vieron que se alejaba hacia la calle. La imagen de un rostro que no era humano le observaba desde dentro de su cabeza. Tenía las orejas largas y graciosas. Las voces de las niñas se mezclaban en un solo ruido que no le decía nada. De pronto, el jardín se le aparecía como una pintura en la que se habían borroneado las formas y los colores se mezclaban como una sola sustancia de múltiples matices. Luego, no pudo ver a las niñas, ni a Jack, ni a Johnatan, ni siquiera su casa. Todo era una masa de colores que se movía y se abultaba como si hubiese vida atrapada en su interior. El rostro del...¿elfo?, le decía algo. No lo oía. Era Caelond, claro. Pero, ¿qué estaba diciendo?

— Blinda. Ya no estás mirando más hacia el sótano. ¿Me escuchas?

— Sí —Blinda sentía los ojos en llamas, con un ardor insoportable—. Pero mis ojos, me arden mucho.

Se los refregó y se alejó del embudo de oscuridad o del sótano como Haight y Caelond lo llamaban. Luego de unos segundos, el malestar retrocedió y pudo volver a ver con claridad.

—Es normal, si has estado viendo a un plassringer durante un tiempo.

—¿Qué demonios es un plassringer?— preguntó Blinda descontracturando sus huesos. Le parecía que había dormido en una mala posición por dos días seguidos.

—Una criatura capaz de modificar el mismo espacio por otro que se ajuste a sus sentimientos.

—Como un ilusionista —Blinda pensaba en los círculos de magos de Naphatek, donde practicaban los mejores ilusionistas que se conocían.

—Excepto que el slassringer no crea una ilusión. Transforma la realidad, haciendo desaparecer la anterior y matando a todos los que estén dentro de los espacios del escenario creado por sus sentimientos.

—¿Me estas diciendo que yo acabo de entrar a uno de sus escenarios?

—Si lo hubieras hecho, no estarías aquí. Pero estuviste a punto. Digamos que tuviste un acercamiento solo mental a lo que había en el interior del plassringer. En otras palabras, tu cabeza entró, pero tu cuerpo, por suerte, no alcanzó ese espacio. De cualquier manera, si hubieses permanecido por más tiempo, tal vez hubieses bajado al sótano con él o te hubieses vuelto loca aquí.

Blinda tenía los ojos húmedos y cada vez que giraba su cabeza, las cosas que había dentro del Primero tardaban un segundo en asentarse.

—Me siento como si alguien me hubiese dado una buena golpiza.

—Esperemos que solo sea eso —dijo Caelond con una sonrisa.

—¿Esa es una de las cosas que no deben salir al exterior?

—Una de las tantas. Y ni siquiera es de las peores. Por suerte, Hirght pudo crear un hechizo para evitar que los plassringer salgan del sótano pero le llevó unas cuantas decenas de años. Antes de eso, debía golpearlos con otros conjuros que no eran muy efectivos. En una ocasión, tuvo que luchar con un plassringer desde adentro de su escenario. Una arena de combate circular donde el plassringer era un guerrero humano que llevaba una armadura negra y una maza de combate capaz de aplastar la cabeza de un elfante de un solo golpe.

—¿Pudo escapar? —Blinda hizo una mueca de duda— ¿Porqué no lo desapareció con Primero y todo?

—Bueno, el otro que estaba con él, un elfo ladrón que fue enviado por los sacerdotes, desapareció. Hirght, bueno, por algo es un dios.

—Es impresionante —las palabras se le escapaban de la boca a la dríada—. Nunca pensé que existiera ese mundo debajo del nuestro. Cualquier cosa que hubiera allí, podía significar la destrucción de todo lo que conocemos allá afuera.

— No tienes ni idea —Caelond tenía los ojos de alguien que ha visto demasiado y que está rogando no ver más pero sabe que no será así.

—Quiero ayudar— dijo Blinda—. Al menos por un tiempo.

Algo en su mente le recordó al hechicero y su propia vida como cazarecompensas pero sentía que todo eso no tenía importancia. Sus huesos y

su espíritu la empujaban a dar todo de sí para evitar que las cosas del sótano salieran. No era heroísmo. Ni siquiera pensaba en los que podía matar. ¿Inocentes, culpables? No, era otra cosa. Lo hacía porque había conocido un nuevo tipo de miedo. Un miedo que la seguiría al exterior y jamás la dejaría tranquila. Era un miedo que le robaría el sueño, le robaría el apetito, le robaría sus fuerzas hasta matarla en vida. Ese miedo ya había despertado en ella. Antiquísimo. Y la única forma de mantenerlo a raya era luchando con las criaturas del sótano.

XVIII

Greg estaba bebiendo. Estaba por su tercer copa, oyendo esa música de los elfos hecha con esas enormes arpas que son son tañidas de a dos. No había letra en casi ninguna de sus canciones. Solo las notas de los instrumentos. Utilizaban también unas flautas que tenían una forma de S a la que los elfos llamaban “olin”. El sonido que salía de ellas era más grave y potente que el de las flautas que usaban los humanos. El salón se había llenado de unos treinta elfos, incluyendo a los que Greg había visto en las galerías del primer piso de la sala en la que había estado anteriormente. La mayoría hablaba como en una fiesta de salón de su corte, pero además de elfos, Greg también veía a un par de gnomos vestidos a la usanza de los elfos, pero claro, con ropa hecha a su medida. Una dríada de piernas largas y cubiertas por gruesas hebras de césped estaba conversando con otro elfo y a Greg, le pareció, por el modo en que se tomaba el cabello verde y contoneaba sus caderas cubiertas con corteza de árbol, que estaba firteando con él. Había bocadillos servidos en bandeja de plata y oro. Todo estaba hecho a base vegetal, lo que al principio Greg vio con desencanto porque se le había despertado el apetito y se le antojaba cerdo o pollo o aunque sea una paloma asada. Pero después de probar lo que ofrecían, los sabores superaron todas sus expectativas, si es que se había hecho alguna. Uno panecillos que parecían recién sacados del horno y que parecían nunca enfriarse eran crujientes por afuera y blandos y esponjosos por dentro, y tenían un sabor parecido al queso y al salami que preparaban en su reino pero más sabrosos aún. ¿Cómo podían no estar hechos de carne?, se preguntaba el príncipe. Le parecía que los elfos no eran tan honestos con su siempre proclamada defensa y protección de los animales pero no tenía deseos de empezar una discusión con nadie, después de todo estaba allí en carácter de rehén, aunque cualquiera le dijese lo contrario. “De ti depende que esta niña vuelva sana a su mundo y que el nuestro no colapse”, le había dicho Klairleif. No le había hecho nada de gracia ese empeñamiento del rey de los elfos en que fuese él quien se encargase de cuidar de Brittany. ¿Era la manera de castigarlo que tenían? ¿Se habían vuelto locos de tantas guerras con humanos y de tantas pérdidas de los suyos? Si era así, Greg podía aprovecharlo y asentir a todas las sandeces que decían acerca de raíces de universos diferentes y los viajes entre las mismas. A la primera oportunidad que lo dejaran libre,

abandonaría a la mocosa y volvería a Cadwgan para retornar después con un gran ejército y barrer con esos hijos de puta. Creían que los humanos eran la razón por la que otras especies estaban desapareciendo, pero Greg pensaba que ellos tenían una grave enfermedad de la mente y por lo tanto eran peligrosos. Su reino nunca estaría seguro mientras los elfos continuaran existiendo, ocultándose en sus palacios secretos y mandando a los orcos a hacer el trabajo sucio. Una elfa lo había invitado a bailar, pero Greg que ya estaba en su cuarta jarra de cerveza, la agarró de las nalgas y le preguntó dónde estaban las habitaciones en aquel lugar. La elfa no apartó la mano de Greg, para su sorpresa, sino que le acarició el rostro al tiempo que le dedicaba una sonrisa que accedía a lo que él estaba sugiriendo.

—Acompáñame —dijo la elfa. Una belleza alta y esbelta, con la cabellera roja y rizada que le caía espléndida hasta el inicio de su trasero. El perfume que llevaba le hacía imaginar a Greg, fresas frescas acompañadas de crema azucarada, comidas a los pies de una pequeña cascada. Su erección lo hizo ponerse de pie deprisa y tomar la mano de la elfa.

—Tu nombre, hermosa— dijo Greg, notando su cara enrojecida por el alcohol y la excitación.

—Elina—respondió la elfa—. Vamos a sacarte un poco las preocupaciones que nublan tu mente, príncipe.

Elina lo condujo por entre la comitiva y nadie parecía prestarles atención. Solo los gnomos le lanzaron una mirada que Greg interpretó de mera curiosidad. Cuando estaban a punto de entrar en una puerta gris que estaba en el extremo oeste del salón, Greg escuchó que alguien entraba hablando en voz muy alta. Giró la cabeza para ver quién había llegado y observó unas tres dríadas recorrer el lugar con nerviosismo y prisa, preguntándoles a todos los que veían adónde estaba el rey. Por un momento, Elina se detuvo para saber qué estaba ocurriendo. Greg le dio un pequeño empujón en la espalda para evitar que la elfa se inmiscuyera en aquello, pero Elina le lanzó una mirada reprobatoria y Greg no insistió. Quería golpearla y llevarla inconsciente si fuese necesario a la habitación, pero ni la cerveza que tenía en su cabeza lo movió a semejante acto suicida. Finalmente, Kaileif volvió a aparecer en escena y les hizo seña a las dríadas para que se acercaran.

— Rey Kaileif —empezó con rapidez una de las dríadas. Para Greg era solo una niña cuya voz no le calzaba en lo absoluto. Sonaba como una mujer de mediana edad dedicada toda su vida a trabajos pesados—. Tenemos que informarle. Arriesgamos nuestras vidas al venir aquí, pero

era necesario.

— Calma, Kyra —Kaileif estaba acompañado de Brittany. La niña estaba asombrada por aquellas dríadas y lo demostraba abriendo de par en par sus ojos —Dime, ¿Qué ha sucedido?

— Es Saoirse —Kyra pronunció este nombre con un estremecimiento en la voz—. Ha enviado a una de nosotras al Primero del Bosque Morado, sin la aprobación de los sacerdotes.

Kaileif cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Brittany sonreía, examinado a las dríadas como si esperara que estas notaran su presencia y le dijeran algo. La música había cesado de repente. Todos los presentes ahora estaban atentos a lo que ocurría.

—Debemos hablar con los sacerdotes —dijo el rey—. Vengan con nosotros, queridas, rápido.

El rey abandonó el salón, escoltado por las tres dríadas. Brittany quiso seguirlos pero una elfa la tomó de la mano y negó con la cabeza. La niña frunció la boca y se encogió de hombros.

—Vamos, Elina —dijo Greg, dándole ninguna importancia a lo que acaba de suceder—. Nos espera esa habitación.

Elina estaba pensativa, su piel había perdido un poco de la calidez que Greg le había notado y creyó que se iba a echar atrás. Claro, en cierto punto, Greg sabía que las noticias de las dríadas no eran nada buenas para los elfos. El Primero era como un templo muy sagrado para esa comunidad, y si alguien lo había profanado de alguna manera, era un asunto que no podía postergarse para más tarde o tomarse a la ligera.

—Está bien príncipe —Elina había recuperado en un segundo su sensualidad y su voz sonaba más decidida que antes.

—Greg—dijo una vocecita algo temblorosa. Era Brittany, que estaba detrás de él. A Greg le parecía que estaba a punto de llorar— Quiero ir a casa. No me gusta que el rey Kaileif me haya dejado sola.

—Desaparece —dijo Greg tan despectivamente que la niña arrugó los ojos y dio un paso hacia atrás.

—Príncipe —Elina era toda amabilidad—, Brittany es tu protegida ahora. Y tú debes cuidarla, no dañarla de ninguna forma.

—¿Sabes qué? Tienes razón —a Brittany—. Ven niña, Ven a ver el espectáculo con nosotros. Elina y yo nos vamos a divertir un rato, pero tú puedes ver si quieres.

—¿Puedo yo divertirme también?—Brittany enjugó su lágrimas y dio un

salto, golpeando las palmas.

—¿Es algo usual que los niños humanos presencien el sexo entre adultos? — preguntó Elina

—Es muy natural —mintió Greg—. De esa manera aprenden.

—Algo similar hacemos nosotros —comentó Elina—. Solo que nuestros niños aprenden más rápido que los suyos.

—¿Lo ves? —dijo Greg, divertido—. No somos tan diferentes —dándole una palmada en las nalgas a Elina—. Ahora, entra allí.

La habitación estaba decorada al estilo élfico. Una habitación hecha para el sexo. El piso era de un color rojo como la sangre, más negro en algunos lados y claro en otros. Las paredes estaban forradas por tapices del color de la remolacha y adornadas con flores de tonos rosas, morados y blancas que abrían y cerraban sus pétalos, mostrando estambres que tenían formas fálicas, los cuales se estiraban cuando la flor se abría completamente y se escondían cuando la misma se cerraba. Arriba había un enorme girasol que colgaba como una araña, dejando ver su centro amarillo del que irradiaba una luz muy delicada que era lo único que iluminaba el lugar. Justo debajo del girasol, estaba la cama. A primera vista, Greg vio una forma vegetal que no había visto jamás, pero al mirarla más detenidamente se dio cuenta de que en aquel lugar se cogería a Elina. Sobre un bulbo parecido a un ajo gigante, pero por suerte sin el mismo olor, unos anchos y gruesos pétalos de color violeta se doblaban para formar lo que sería el colchón de la cama. A la cabeza de la misma había dos almohadas circulares con pliegues de líneas que partían de sus bordes para unirse en el centro. Todo en ese dormitorio invitaba al sexo. Y Greg no se hizo esperar. Con una rapidez signada por la experiencia y la impaciencia, el príncipe desvistió a Elina sacándole su vestimenta como si se tratara de un mantel sobre una mesa vacía. Brittany, que se había quedado parada en la puerta, se tapó los ojos cuando vio que Greg se sacaba los pantalones, dejando ver una erección endurecida. La niña entendía vagamente lo que el príncipe se proponía con Elina. Lo había escuchado en la escuela por boca de los niños más grandes que ella. Y uno de ellos hasta le había mostrado un video en su celular en donde una mujer se metía en la boca dos penes de hombres muy musculosos. Cuando ella lo vio le produjo asco y lanzó un grito antes de irse corriendo. A la salida de la escuela quiso preguntarle a su madre por qué una mujer necesitaba llevarse a la boca dos miembros masculinos pero ese día su madre estaba muy enojada con su hermana porque había cancelado otra vez la visita a su casa. Después lo olvidó y siguió practicando en los árboles su

equilibrio y agilidad. Lo que estaba viendo en esa cama le había traído los recuerdos de ese video y sentía deseos de irse corriendo. Solo que afuera, no estaba el rey y los niños con los que había jugado los habían llevado a otra parte. Además, si se iba, seguro Greg se enojaría con ella y tal vez la dejara abandonada con los elfos. Era el único humano que conocía en aquel lugar y tal vez supiera cuál era el camino de regreso a su casa. Greg y Elina dijeron que tenía que ver para aprender. Así que recordó lo valiente que fue al escalar el árbol más grande de la plaza de su ciudad la primera vez, y trató de sacar de nuevo un poco de ese coraje. Se quedó allí de pie, apoyada en la puerta y sacó las manos de sus ojos. Tenía que aprender, así Greg no se enfadaría.

Cuando Greg se volvió a vestir para salir, ni se fijó en Brittany. Tampoco se despidió de Elina, quien lo miraba desde la cama, con un delgado hilo de sangre que le salía de la comisura de un labio, donde Greg la había abofeteado o dado un puñetazo, no lo sabía. Brittany quiso decirle algo pero pensó que mejor era dejarlo así. Tal vez, eso tenía que ver con el sexo. Salió de la habitación, para seguir a Greg y vio que el príncipe estaba hablando con un grupo de tres elfos que ella no había visto en la reunión. Brittany podía oír la voz de Greg, pero no lo que decía. El príncipe parecía estar enojado y cada vez se arrimaba más a uno de los elfos, que... ¡por supuesto! Se dio cuenta de que era el que había matado a ese hombre en el bosque, al último que había quedado con vida de los que estaban abajo. Brittany sintió algo de miedo. Esos elfos eran asesinos, muy distintos al rey Kaileif.

— ¡Eres un hijo de puta, maldito orejón! – gritó Greg salpicando con su saliva a Melkileben que no mostraba ninguna expresión—. Tenías que matar a mis hombres, ¿eh?

— Fue necesario, príncipe Greg. Solo teníamos orden de traerlos a ti y a la niña.

— Me importa una mierda sus supersticiones idiotas. Quiero irme de aquí, así que o negocien con mi padre o mátenme, pero ya escuché demasiadas tonterías.

— Eso lo decidirá el rey Kaileif, humano.—la respuesta de Melkileben hizo enfurecer más a Greg.

El príncipe se sentía más decidido después de haber copulado a su modo con Elina, y ya no quería estar en el palacio elfo. Las rarezas de esa gente le ponían los nervios crispados. Los magos de la estrella rampante lo habían engañado. Solo eran un montón de afeminados incompetentes que le hicieron

creer en maravillas cuando lo único que en realidad querían era su dinero para poder vivir cómodamente en su academia falsa. Hasta era muy probable que el elemento sorpresa en el que consistía su viaje a Mermaid Rest había quedado truncado a esas alturas. Por más que los mercenarios estuviesen bien muertos, las paredes del castillo de Cadwgan tenían más ojos que cien beholders juntos. En ese momento, seguro que Gunnar sabía que tendría una visita importante en Mermaid Rest, por eso iba a tener los ojos bien puestos en la familia real de Cadwgan. Había muchos a quienes hacerles pagar por todos los problemas por los que estaba pasando. La cocinera del castillo, los magos de la estrella rampante, Gunnar, y los malditos elfos. Volvería con un gran ejército y tiraría abajo cada árbol del bosque Morado. A ver que dirían sus leyendas después de eso. Tenían razón en algo. Cada vez, se veían menos elfos. Hicieron bien en aliarse con los orcos. Bueno, no podía decirse que era una alianza. Tal vez lo fue al principio, pero ahora, Greg sabía que los orcos obedecían a los elfos, por más que cualquier orco dijese lo contrario. Cuando Greg le dio un puñetazo en el rostro, los otros dos elfos que acompañaban a Melkileben desenvainaron sus espadas.

—Guarden eso— ordenó Melkileben—. Estamos en el Palacio del Encuentro. Ninguna gota de sangre se derramará aquí.

—Excepto la tuya —dijo Greg, empujando a Melkileben—, y la de la perra que dejé en aquella habitación.

—Basta ya —el rey Kaileif entró en el salón, seguido de las dríadas y otro elfo que llevaba un gracioso sombrero en forma de cono con una punta coronada por una versión en miniatura de la copa de un árbol frondoso. Vestía una túnica sencilla que le dejaba a la vista los pies, calzados con unas sandalias de madera fina—. Melkileben, ¿tú has exasperado al príncipe Greg Vannagan?

Los demás contemplaban la escena con disgusto. Greg podía ver odio en sus semblantes, desprecio y el deseo de terminar con el heredero del reino humano en aquel mismo lugar.

—No, majestad —Melkileben hizo una reverencia. Sus hombres volvieron a guardar las espadas en las fundas—. El príncipe está molesto por la muerte de sus mercenarios.

—Eso no es lo único —intervino Greg—. También quiero largarme de aquí —encarando a Kaileif—. ¿Qué piensan hacer? Vamos, no tengo todo el día.

—Primero —la tranquilidad en la voz de Kaileif hizo que Greg pusiera rígida su mandíbula—. Debes venir con nosotros, príncipe. Él —presentando al

elfo con el sombrero inusual— es Duriel, nuestro sacerdote, versado en toda nuestra historia y la del universo. Tiene algo para decirte antes de que dejes el Palacio del Encuentro.

Dejaron el salón de reuniones y atravesaron una puerta que los llevó a un exterior un tanto diferente del bosque que Greg había visto antes de entrar en el palacio. Allí había menos árboles y éstos no eran más alto que un hombre. El color de sus ramas y tronco era plateado y sus cárdenas hojas se doblaban hacia adentro. El suelo estaba hecho de losas con inscripciones y dibujos élficos. Detrás de ellos estaba el Palacio del Encuentro, con todas las ventanas cubiertas por cortinas. Greg, Brittany y Duriel eran los únicos allí. El príncipe creía que tendría que escuchar una lección de teología élfica. Brittany en cambio estaba animada. Le agradaba estar en el exterior. Adentro había mucha gente, o mejor dicho elfos y ninguno parecía brindarle ningún tipo de alegría. Siempre se sentía bien si tenía cerca de ella un árbol al que poder subir. Lástima que los que había allí se vieran tan pocos resistentes, inclusive para su peso.

—Bueno, terminemos rápido Duriel —instó Greg—. Quiero irme a casa. La vida de un príncipe humano tiene muchas exigencias. No puedo seguir aquí, cogiéndome a sus mujeres y tomando su bebida.

—Descuida príncipe, solo tomará un minuto —Duriel sonaba como alguien que siempre está riéndose. Casi podía decirse que cada cosa que decía le causaba gracia.

—¿Por qué estos árboles tienen ese color?—preguntó Brittany

—¿A quién le importa eso?— Greg dio un bofetón a a niña en la cabeza—. Cállate para que este sacerdote termine todo en un minuto, como dijo.

—Eso me dolió —se enfadó Brittany—. No tienes por qué golpearme.

—Claro que tengo por qué—Greg lo hizo de nuevo, y esta vez con más fuerza, haciendo que la niña estuviese a punto de caer de bruces.

Brittany estaba a punto de soltar las lágrimas, pero se contuvo con todas sus fuerzas. Nadie la había tratado así en su vida, ni siquiera sus padres cuando se enojaban con ella. Se suponía que golpear a los niños era algo que estaba mal, pero ese hombre no tenía ningún problema en hacerlo y el elfo con voz graciosa no parecía querer defenderla, ni enojarse con el príncipe. El primer golpe la había enfadado mucho, el segundo le había hecho entender la soledad por primera vez. Estaba sola en un mundo desconocido, muy lejos de casa. La comprensión de que solo contaba con sí misma para sobrevivir cayó sobre ella con todo el peso de la angustia. Permaneció con la cabeza baja,

tragándose sus lágrimas que no llegaron al exterior.

—Estos árboles —dijo Duriel dando una vuelta de trecientos sesenta grados con los brazos extendidos—, son contenedores mágicos. Los usamos en los conjuros, para que los efectos de los mismos no salgan fuera de este patio, o fuera del Palacio del Encuentro.

—Muy lindo todo, Duriel—apuró Greg—. Di lo importante.

—Por favor, necesito que los dos se paren uno junto al otro y se tomen de las manos.

—¿Qué? —Greg se acercó a Duriel, con un gesto amenazador—. No voy a hacer esa ridículés. Si tienes algo para decirme hazlo ahora, sino volveré adentro.

—Es necesario, príncipe que tomes de la mano a Brittany. De lo contrario, nuestra bendición no se hará efectiva.

—No necesito su bendición, sino regresar a Cadwgan para tratar unos asuntos exteriores. Dejemos este show. Entiendo que son un pueblo muy sujeto a sus tradiciones, pero yo he estudiado mucha historia para entender que las tradiciones no son más que un lastre que los reyes más débiles no saben hacer a un lado para mejorar sus dominios.

Greg sintió unamano pequeña asir la suya. Brittany no le dirigía la mirada y su apretón era casi inexistente.

—Muy bien —asintió Duriel—. No era difícil.

Greg quería estrangular a esa mocosa allí mismo y luego bailar sobre ella hasta sacarle todo el aire de los pulmones, pero su deseo de salir con vida del mundo secreto de los elfos era más fuerte. Así que soportó que esa hija de algún comerciante le tomara la mano, hasta que Duriel lanzara sus oraciones sobre ellos.

Pero Duriel no dijo nada. Los ojos del elfo se cerraron y sus ojos adquirieron un color blanco lechoso. Sus brazos se extendieron hacia los costados con las palmas abiertas hacia los árboles. Nada ocurrió, hasta que Duriel bajó los brazos y miró al espacio vacío que había entre Greg y Brittany.

—Ya está —dijo Duriel—. Ahora está unidos por un conjuro de indivisibilidad retributiva.

—En el lenguaje común, por favor —dijo Greg con un gesto de ironía.

—El conjuro de indivisibilidad retributiva —explicó Duriel—, obliga a dos individuos a permanecer juntos hasta que el conjurador que lanzó la magia lo disuelva. Además, ninguno puede hacerle daño al otro, sino quiere sufrir el mismo dolor, proporcional al sufrimiento experimentado por el otro.

Greg soltó de repente a Brittany como si hubiese descubierto que estaba sosteniendo una serpiente. Luego se lanzó sobre Duriel y lo agarró del cuello de su túnica. Lo sacudió con tanta fuerza, que el sombrero en forma de triángulo se cayó, dejando al descubierto una calva triangular en el centro de la cabeza.

—Más vale que sea una broma, maldito maricón— Greg fruncía la nariz y un aire caliente salía despedido de su interior.

—Príncipe— dijo Duriel con la voz quebrada por la risa—. No sabes lo importante que es que puedas regresar a la niña a su mundo, de lo contrario las cosas van a ir empeorando para todos nosotros.

Recordaba haber golpeado a Duriel, primero con un cabezazo y cuando yacía en el suelo, le dio patadas hasta que Melkileben lo apartó y le dio un puñetazo en el estómago. Recordaba que Brittany había intentado escabullirse pero Elina la tomó de los cabellos y la arrastró hasta arrojarla junto a él. Recordaba que la niña empezó a llorar cuando él intentó ponerse de pie para arrancarle la piel con los dientes a Melkileben pero sus hombres lo golpearon tantas veces hasta que todo quedó en negro. Luego, nada más. Eso era todo. Ya no estaba en el patio del Palacio del Encuentro, ni en las inmediaciones del mismo. Se despertó con una punzada de dolor en la coronilla. Quiso llevarse las manos allí pero las tenía atadas en la espalda. Sintió que su cuerpo se movía y cayó en la cuenta de que estaba montado en un caballo blanco, cuyas crines eran tan largas que le llegaban al animal hasta las rodillas. Un caballo élfico.

—Hey —le dijo al animal—¿dónde estoy?

No hubo respuesta. Sabía que los caballos élficos podían hablar. Bueno, si tenían deseos de hacerlo. Tenían famas de ser algo estirados.

—Hey, bestia— Greg sabía que no le ayudaría en nada el llamarlo de esa forma, pero estaba adolorido y fastidiado—, dime dónde estoy y tal vez consideraré no comerte cuando llegue el tiempo de la hambruna.

Por lo que veía, seguían un camino ancho que corría por una llanura pedregosa, donde crecían cardos, cactus y algunos arbustos enanos. Se oía el trinar de algunos pájaros en la distancia y el ruido de centenares de insectos por doquier. No conocía aquella zona. Quizás estuviesen yendo hacia el noreste de Gimm, hacia las zonas montañosas de Dalia, tierras de criadores de cabras y cazadores de víboras. Pero también pudiese ser que fueran hacia cualquier lado. Los elfos conocían caminos secretos que no figuraban en

ningún mapa.

Detrás de él iban tres caballos más, con sus respectivos jinetes. Brittany era la segunda, seguida de Melkileben y otro elfo que había participado en la golpiza que había recibido.

—Oh, mis buenos amigos —dijo Greg—. Imagino que me llevan a Cadwgan paa cobrar su merecida recompensa por devolverme sano y salvo, bueno, medio sano.

—Agradece que no acabamos contigo allí, asqueroso humano —respondió Melkileben, despectivo—, y agradece más que no te descuartizamos y arrojamos tus partes a los animales salvajes ahora mismo.

— Desátame y veremos quien arroja sus partes a quién—dijo Greg tratando inútilmente de liberar sus manos.

—Cálmate, príncipe, pórtate mal y te dejaremos sentado en la rama de una árbol.

Los elfos se rieron y también los caballos. El suyo giró la cabeza y le mostró sus enormes dientes junto con sus encías al participar en la burla. Greg le escupió justo en la frente. El animal se encabritó y por poco no lo tira de la silla. Greg tuvo que aferrarse con sus piernas, presionando con mucha fuerza el lomo del animal.

—Calma príncipe —dijo Melkileben—, no queremos que te rompas el cuello antes de llegar a la ciudad de los dioses cautivos.

Greg olvidó todo por unos minutos y su mente solo era un pergamino donde habían escrito las palabras Ciudad de los dioses cautivos. No podía ser cierto. ¿Para qué lo llevaban allí? En esa ciudad solo iban aquellos que querían preguntarles a los dioses cautivos qué les deparaba el futuro y los dioses respondían solo si recibían de ellos un castigo que consideraran apropiado. Por lo que Greg sabía, eran un montón de locos que creían que sus dioses debían ser mantenidos prisioneros y castigados para recibir favores de ellos. Pocos habían visto la forma de estos dioses y a quienes les habían vaticinado el futuro, pudieron evitar los desastres o esperar la buena fortuna. Pero también había otra cosa. Eran rumores, pero cada vez esos rumores crecían en forma y color. A veces los dioses exigían devorarse al que preguntaba y según había oído, los carceleros obedecían y encerraban al sujeto con el dios cautivo para que el primero le sirviera de alimento. Era una ciudad de dementes, de eso no cabía duda, por eso, que algo así sucediera, no podía ser tan descabellado. Brittany rehuía la vista de Greg. La niña había perdido todo ideal de lo que debía ser un príncipe en un mundo maravilloso

como ese. Greg era malvado y aún así tenía que estar junto a él. Sabía que si no fuera por los elfos, tal vez el príncipe la volvería a golpear, y posiblemente con más dureza que las veces anteriores.

— ¿Cómo es esa ciudad? —preguntó Brittany a Melkileben.

— Es un agujero inmundo de viejos locos que no se bañan nunca, y tienen encerrados como animales a sus dioses. Pero esos dioses pueden decirte cosas que solo ellos conocen. Allí reina el silencio. Las prisiones subterráneas son frías y húmedas, llenas de hongos venenosos que crecen en los muros y en suelo. No hay niños, ni risas, ni diversión, si eso es lo que querías escuchar, niña de otro mundo.

Brittany perdió el interés por seguir preguntando. El panorama que había recibido no era nada alentador para su curiosidad. No se estaba divirtiendo, ya no veía casi ningún árbol y esos elfos le decían cosas muy extrañas acerca de un árbol de infinitas raíces, y que ella había venido de una de esas raíces. Quería saltar del caballo e irse corriendo, pero sabía que no iba a llegar a ningún lado. Los elfos la atraparían. Extrañaba su hogar, su cama y a sus padres. Aún tenía su celular consigo pero la señal estaba muerta y la batería indicaba que solo quedaban dos celdas con carga. Acarició el cabello de su caballo a quien parecía agradarle eso porque estiraba y movía su cabeza igual que hacían los gatos. Brittany apoyó su mejilla en la tupida melena del animal y cerró los ojos. Tenía la esperanza de dormirse y despertar en su cama o sobre la rama del enorme árbol de la plaza Montgomery de su ciudad.

XIX

Cuando Pearce se paró en medio de la calle, los aldeanos apenas le prestaban atención. Algunos lo saludaban con un gesto o una inclinación de cabeza, otros lo miraban despectivamente, éstos eran los más viejos, que siempre tienen sus prejuicios con los forasteros. El pueblo había preparado todo para celebrar el día de la herradura en el centro de la ciudad. Habían dispuesto un escenario con tablas donde algunos marabarristas hacían su número. Las mujeres ofrecían sus productos culinarios a quien quisiera de manera gratuita. Todos los niños del pueblo correteaban y jugaban haciendo que el barullo de la multitud se multiplicara por cien. Pearce veía a los campesinos con sus brazos largos, fuertes y arqueados por el trabajo duro de todos los días bailar y atiborrarse de comida como si no hubiesen probado bocado en días. Los más jóvenes cortejaban a las mujeres sin prestar atención a nada a su alrededor. Por el aspecto que Pearce tenía un tanto desaseado, tal vez lo tomaran por un vagabundo. Incluso algunas mujeres se acercaban a él con un cesto de pan, queso o frutas para ofrecérselos sus productos, con una mirada de compasión que a Pearce le parecía puro teatro. Los músicos estaban tocando una melodía que invitaba a mover el cuerpo. Pearce odiaba ese tipo de música. Para él, la música debía ser algo que llevase a la reflexión o disparara la imaginación. A unos cinco metros del escenario, Pearce se puso manos a la obra. Le pidió a un niño que le prestara su espada de madera para hacer un truco de magia y la soltó a la altura de su rostro. La espada no cayó. Bastó un par de palabras dichas en susurros para que el arma no terminara en el suelo, desafiando a la fuerza de atracción de la tierra. La gente comenzó a reunirse alrededor de Pearce. Muchos llamaron a sus amigos que estaban más alejados de la fiesta y los niños y jóvenes empujaban a los demás para ganar un lugar privilegiado en el espectáculo. Eso solo fue el inicio. Pearce pidió un voluntario del público. Un hombre joven de aspecto gallardo se adelantó levantado las manos para recibir el aplauso de un grupo de amigos y los silbidos de tres mujeres con las que antes había estado galaneando. Enseguida Pearce dijo la primera palabra con una voz grave: “Fargur”. Y las demás con su voz normal, acentuando con fuerza las vocales: “Klading Allam”. Todos vieron como la vestimenta del muchacho, una camisa blanca con lazos negros en el cuello y un pantalón negro ajustado al final de las pantorrillas cambiaba

de color, tiniéndolo todo de un púrpura profundo. Las voces de asombro y las respiraciones contenidas fueron la reacción de la mayoría. Inclusive la música que había estado sonando se detuvo para darle una nota de suspenso al acto de Pearce. El conjuro “Manipulación de la luz” estaba también dentro de los más básicos que se aprendían en la torre de hechicería. Los aprendices lo dominaban dentro de los primeros meses de estudio. El verbalera sencillo y el somático era casi imperceptible. Solo con un par de dedos que giraran en direcciones opuestas uno del otro. Se podía cambiar de color cualquier objeto, persona o animal. El efecto duraba unas diez horas aproximadamente o el hechicero lo podía anular, pronunciando de nuevo las palabras pero haciendo girar los dos dedos que había usado anteriormente de forma inversa. El muchacho aplaudió el truco y se paseó exhibiendo su nueva prenda como si fuese una jovencita paseando su cuerpo. Las risas que estallaron desagradaron a Pearce. Estar rodeados del populacho era algo que no podía tolerar por mucho tiempo. Es más, agradecía a su padre por haberlo vendido a los hechiceros de la torre, de ese modo no tenía que ver más al común de la gente felices con su ignorancia, dedicadas a tareas humillantes como el arado, la cría de animales, la fabricación de vasijas o el comercio. Secretamente los detestaba. Esperaba que Bradley y Colin estuvieran haciendo su parte sin inconvenientes. Quería largarse cuanto antes de Brandian. El olor de los animales, el sudor de la gente, los gritos de los niños. Todo lo irritaba tanto que si alguien le sugería lanzar un conjuro de destrucción contra ellos, actuaría como si fuera un gólem. No se dio cuenta que le estaban pidiendo a gritos que hiciera otro.

—¡Otro, otro, otro! —la multitud vociferaba y aplaudía. Los perros ladraban y saltaban enloquecidos. Los niños querían acercarse al hechicero para tocarlo pero los mayores se lo impedían. Algunos viejos lo miraban con ojos torvos, desconfiados, inclusive había alguno que se retiraba.

Pearce estaba pensando en qué tipo de conjuro lanzar ahora. Tenía que ser otro de los sencillos. Los que tenía en la memoria podían servirle de mucho en el largo camino a Cadwgan, además tendría que descansar para recuperar la energía que su cuerpo invertía en el lanzamiento. Decidió que “La voz libre” sería un buen entretenimiento. Para eso pidió que le acercaran un perro. Una mujer tenía en sus brazos uno pequeño y peludo de color marrón que movía su cola frenéticamente. Lo dejó a los pies de Pearce y el animal agachó la cabeza, asustado, barriendo el suelo con su rabo.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Pearce a la mujer.

—Daco —respondió ella.

Pearce pronunció “Gratonyden” pasando sus manos por su boca y alzándolas al aire.

—Bien, muchacho—dijo Pearce, mirando al perro—¿Por qué no nos dices cuál es tu verdadero nombre?

—Walberto —una voz fina, de noble, surgió desde donde estaba el perro—, no Daco. Estoy cansado que me llamen por ese estúpido nombre.

Se levantó una ola de de voces impresionadas. Luego siguieron las risas y la dueña del animal contuvo el aliento hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas y se arrodilló para abrazar a su perro.

—Oh, Daco, digo Walberto, me hace tan feliz que puedas hablar —decía la mujer, dándole besos al perro y recibiendo sus lengüetazos.

—Sabes que te amo, mi querida ama —dijo el perro—. A veces tanto que quisiera dejar de ser perro y poder besarte como un hombre.

La gente se desternillaba de la risa. Los hombres le silbaban al animal y lo alentaban con gestos obscenos, metiendo dos dedos en un círculo pequeño hecho con la otra mano. Algunas mujeres empinaban las tetas y movían la lengua como una serpiente hacia el animal. Pearce aprovechaba para mirar entre las cabezas de todos, ansioso de encontrar alguna señal de Bradley y Colin. Pero se habían cerrado tanto en torno a él que le resultaba casi imposible ver lo que había más allá de ese hervidero humano.

—Di otra cosa, precioso —dijo la mujer mientras rascaba la barriga del animal.

—¿Por qué no volvemos a casa los dos solos y te muestro que el tamaño no importa?

La multitud estaba desafortada. Los niños se reían por motivos diferentes que los adultos. Pearce vio que aún más gente se acercaba al show que estaba montando y pensó que ya había estado lo suficiente. Tendría que irse, despedirse y salir lo más rápido posible de ahí. Si los hechciers supieran que estaba convirtiendo su aprendizaje de la torre en una presentación de feria para el populacho, tendrían otro motivo para liquidarlo.

—¡Cállense! —una voz potente, gruesa se levantó por encima de la batahola, aplastándola en un instante.

Pearce, que había dado su primer paso para alejarse de la muchedumbre quedó paralizado por la energía de esa voz. La gente buscaba con la mirada al que había hablado así, y pronto abrieron un camino por el que un hombre enorme, con una tupida barba, se adentro hasta el centro de la multitud.

—¿Quién eres, hechicero? —preguntó con un tono de autoridad que requería la absoluta atención.

—Solo un mago que está para divertir a este público tan amable —Pearce cambió su voz para asemejarse a un artista cómico pero el miedo hacía fuerza para cerrarle su garganta.

—Dí tu nombre, hechicero —la orden hizo que Pearce se encogiera un poco. Aquel sujeto debía ser un guerrero, un general esculpido por decenas de batallas.

—Doggins, señor —Pearce pensó en el primer nombre gracioso que le se cruzó por la cabeza—. ¿Cómo puedo entretenerlo?

—Tal vez conozcas a alguien que estoy buscando —dijo el hombre—. Es un hechicero, como tú. Viste una túnica muy parecida a la tuya y su rostro también luce igual al tuyo. Hasta podría decirse que eres su gemelo.

—Mmmm —Pearce estaba buscando la mejor salida para salir como un rayo—. Me parece que no, señor. Los magos y hechiceros suelen tener un parecido, pero me temo que no he visto a nadie con mis características por aquí.

—Hey, déjelo que siga haciendo magia —soltó un joven y sus dos amigos que sostenían una jarra de cerveza increparon al hombre con insultos. Las demás personas salieron en apoyo de los muchachos y alentaban a Pearce para que continuara.

—Vamos Doggins, haz lo tuyo —dijo una vieja apoyada en un cayado nudoso con una gran verruga gris en su labio inferior—. No lehagas caso a ese buscapleitos.

El hombre agarró de los cabellos al primer joven que lo había regañado y lo levantó en vilo por encima de su cabeza. Su enorme brazo era como cuatro de los de Pearce. El joven tenía los ojos como platos y su boca, abierta de par en par, manifestaba una sorpresa aterradora. Sus amigos dejaron caer sus jarros de cerveza y se abrieron paso para escapar de la multitud. La gente se apartó, dejando al hombre y al joven en medio de un círculo vacío.

—Eres un mentiroso Pearce —dijo el hombre de barba—. ¿Sabes que tú vales una enorme porción de tierra, una rica mansión y dinero suficiente para crear mi propia línea de sangre noble?

El hombre agitó al joven como si fuese un látigo y azotó su cabeza contra el suelo. El cráneo se reventó como un melón arrojado desde varios metros de altura contra unas rocas. Una masa de pelos, sesos y sangre se desparramó por la tierra. El silencio no duró más de medio segundo, pero a Pearce le pareció

que nunca antes había contemplado con tanta intensidad un fenómeno en su vida, ni siquiera la vez que había podido lanzar por única vez el conjuro “Proyectil de fuego”. Sus manos le habían quedado ardiendo durante dos días, pero se sentía feliz por haber podido activar un conjuro de nivel medio ante la poca fe de su maestro. La brutalidad con la que ese joven había dejado de existir le hizo comprender que él también podía terminar así, en ese pueblo, sin siquiera haber podido experimentar con el “metal” ni una sola vez. La dimensión que adquirió la conciencia de esa posibilidad, de que todo el conocimiento y el poder que podía obtener con el estudio del “metal” quedara truncado allí mismo por una bestia a la que solo le interesaba cobrar su recompensa, le brindó toda la energía necesaria para hacer que sus piernas le sirvieran para una rápida huida. Pearce de un momento a otro estaba empujando y tirando por el piso a todo el que se cruzaba en el mismo momento en que la muchedumbre rompía en pánico, alejándose del hombre con barba, quien había sacado una lanza y trataba de apuntarle al hechicero.

Creía que se dirigía hasta la zona donde se suponía que debían estar Bradley y Colin. El camino que rodeaba el pueblo y que luego se unía al principal, en las afueras del mismo. Detrás de él, el cazarecompensa estaba ganando cada vez más terreno. La multitud había servido como obstáculo para retrasarlo, pero la bestia se había abierto paso a golpes y todos evitaban cruzarse en su camino.

El mago saltó una cerca de madera y corrió por un terreno surcado por las pezuñas de los caballos. No veía a nadie, ni un solo rastro de los músicos. Cuando logró saltar del otro lado de la cerca, el gigante había saltado la primera. Su única esperanza era encontrar a los músicos con el carruaje en ese camino lateral, de lo contrario, su cuerpo terminaría cediendo por el cansancio como lo estaba haciendo. Su respiración se había vuelto más pesada y sentía un hormigueo molesto en las piernas.

—Eres mío, hijo de puta – de atrás el barbudo debía estar calculando la distancia para arrojar su lanza y atravesarle corazón.

Pearce se dijo que no había hecho más que huir al borde de la muerte desde que había abandonado el bar de Leof con el “metal”. Pero por más que el destino lo persiguiera implacable, Pearce hubiese arriesgado de nuevo su vida para robarlo de cualquier torre de hechicería. Pensar en lo que podía lograr con él si podía despertar y manipular sus misterios, valía más que todas las vidas que pudiese vivir. Una piedra o un pozo en el camino lo hizo trastabillar y casi acabó con la boca en tierra de no ser por un esfuerzo

ridículo de su cuerpo para enderezarse. Más tarde pensó que tal vez ese esfuerzo ridículo se debió a que había escuchado el rebuzno de un caballo delante del camino. En segundos estaba viendo la parte de atrás de una carroza de color rojo. Luego la imagen se fue acercando y Pearce vio a Colin haciéndole señas para que se apresurara. A Pearce le parecía que sus pies habían adquirido el triple de su tamaño y se le hacía raro pensar que continuaba corriendo. Lo que entraba en sus pulmones eran ráfagas de un aire caliente y lo que salía eran bocanadas de nada.

—No, amiguito, no vas a subir —la voz del cazarecompensas se oía clara y fuerte, como si su cabeza estuviese pegada en el hombro de Pierce.

Sin mirar hacia atrás, el hechicero antes de tocar el carruaje que ya se había puesto en movimiento, dio un salto y agachando la cabeza se aferró a una saliente de madera que estaba debajo de la ventanilla trasera. Sus dedos parecían enterrarse en ese objeto como si los estuviese metiendo en la arena. Oyó el ruido de los cascos de los animales correr a todo galope, la voz de Colin que los azuzaba y un ¡Vamos! Enérgico de Bradley desde adentro de la carroza. Pearce se encogió en ese lugar y cerró los ojos. Sabía que no se librarían del cazarecompensas totalmente limpios. Un zumbido que le heló la sangre salió a confirmarle ese supuesto. Se oyó un silencio que precedió a un pitido en los oídos del hechicero. Luego el sonido seco como el de una flecha calvándose en un escudo. Los caballos aumentaron la velocidad y la carroza se sacudía como si fuese una bolsa de papas arrastrada al galope.

—¡Coliiiiiin! —le llegó la voz de Bradley, cargada de miedo.

Pearce miró hacia atrás y se encontró con una figura pequeña del cazarecompensa aun persiguiéndolo a más de setenta metros de distancia. No estaba seguro pero de algún modo sabía que el grandulón no cargaba más la lanza. Entonces la comprensión se materializó en su mente como si millones de fragmentos se unieran para dar forma a una sola imagen. La lanza le había dado a Colin. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Pearce se movió hacia el costado izquierdo de la carroza en movimiento, sabiendo que había más posibilidades de que terminara rodando por tierra que arriba del vehículo. Allí estaba la mitad del cuerpo de Bradley afuera, tratando de alcanzar el asiento del conductor evitando mirar hacia abajo. Por suerte los caballos seguían todavía por el camino y la carroza no se había soltado, ni intentado volcarse. Apenas había medio metro hasta la puerta por donde Bradley estaba saliendo.

—Pearce, ¿estás bien? —Bradley le hablaba mientras ponía un pie sobre el

último escalón que lo llevaba al asiento del conductor donde se veía un brazo colgando agitado por los movimientos de la carroza.

—Algo así —dijo Pearce aferrándose con una mano al borde de la entrada de los pasajeros—. Trata de que no muramos en estos momentos. Toma el control de los caballos.

Bradley pudo sentarse junto a su compañero. Colin tenía la cabeza echada contra el hombro izquierdo y una lanza que lo atravesaba desde la nuca hasta el pecho. Tenía los ojos abiertos, con la expresión de alguien que se ha quedado pensando antes de recibir la muerte. Bradley contuvo las lágrimas. Su mejor amigo, un músico sin par en Gimm había muerto por una lanza que no tenía que haber sido dirigida hacia él. Ni siquiera pensó en la boda del príncipe Greg, ni tampoco en su posibilidad de conocer por dentro la torre de hechiceros de Rodam.

Bradley recordó esa vez cuando Colin se acercó a él en un bar cuyo nombre ya no recordaba y lo desafió a un duelo de bardos. Las apuestas eran altas por eso él aceptó. Bradley cantó la historia de la princesa elfa que fue raptada por el troll que vivía en las montañas lunares y Colin había escogido la leyenda de Dinsep, el comerciante de Nephatek que había recibido un caballo inmortal de los dioses siniestros de aquel continente. Al principio Bradley confiaba en su habilidad para tocar dos instrumentos distintos como la flauta y la guitarra. Su voz sonaba melancólica y rasposa, como siempre. Eso es lo que le había dado la fama y el público enloqueció de aplausos. Pero cuando Colin empezó a cantar con esa marea de fluctuaciones tan acorde a los momentos de la historia que narraba, como si dentro de él coexistiesen varios músicos, Bradley volvió a sentir lo que era el amor por la música. A pesar de que perdió la competencia, a partir de esa noche los dos siempre tocaron juntos en cada pueblo. Y ahora, todo eso había terminado. Lo que más se apoderó de él, fue un vacío al comienzo, una insensibilidad que le hizo tomar las riendas de los caballos y volverlos a tranquilizar. La carroza dejó de revolverse como si fuera presa de un terremoto y Pearce, que había podido meterse en el interior de la carroza para recobrar el aliento, miró por la ventanilla que daba al conductor, cómo el cuerpo de Colin se doblaba como un trapo para permitir a Bradley dirigir a los caballos.

Ninguno de los dos dijo nada más hasta que dejaron muy atrás Brandian y salieron del camino para acampar, escondidos debajo de una colina que los ocultaba de la carretera principal. Bradley descendió y lo primero que hizo fue bajar el cuerpo de Colin, abrazándolo como si fuese un niño de pecho. Su

rostro estaba rojo y Pearce notó que había estado llorando.

Pearce lo ayudó a depositar el cuerpo junto a una roca que sobresalía de la colina. Bradley le cerró los ojos y lo besó en la frente. Pearce solo miraba el cuerpo pensando que había faltado muy poco para que ese de ahí fuese él y no el músico.

— ¿Quién era el de la lanza? —preguntó Bradley arrodillado junto al cadáver de su amigo.

— Creo que los hechiceros de Rodam ya me hicieron famoso.

— ¿Sabes? —la voz de Bradley estaba sumida en la angustia— Ahora más que nunca debemos llegar a Cadwgan. Si no lo hacemos y mueres en el camino, jamás me lo perdonaré.

— Disculpa, Bradley. Aunque no sirva de nada que te diga esto, pero de alguna forma te recompensaré. Si no hubiese sido por ustedes, seguro estaría muerto.

— ¿Seguimos? —Bradley se levantó y fue hasta el carruaje. Buscó algo en el interior de la cabina de pasajeros pero la cerró cuando no halló lo que buscaba.

— Tenía la esperanza de encontrar alguna manta para cubrir el cuerpo, ya que no tenemos ni una pala para enterrarlo.

Pearce no dijo nada. No era muy bueno para expresar palabras de condolencia. Para él, la muerte de alguien nunca había significado más o menos que el nacimiento de alguien. Entendía que Bradley y Colin eran muy unidos, pero si le preguntaran si realmente lo lamentaba, Pearce diría que la suerte lo había querido así. Era mejor guardar silencio y tratar de enfocarse en el futuro.

— Deberíamos esperar a que el mercenario pase por el camino —dijo Pearce asomando su cabeza por la cima de la colina— Por lo menos hasta mañana. Y debemos deshacernos de la carroza y montar los dos caballos. Es menos evidente a los ojos buscadores de recompensas.

— Está bien —convino Bradley—. Como quieras.

El músico se sentó junto al cuerpo de Colin y luego se recostó a su lado con las manos detrás de su cabeza. Pearce volvió al carruaje para descansar en la comodidad de su asiento. Los caballos pastaban y espantaban a los bichos con sus colas. El hechicero no supo cuando se durmió. Bradley lo despertó en susurros. El sol estaba cayendo en el oeste y la luz había teñido la colina de un naranja lívido.

— Ya pasó —dijo Bradley— Debió ser él.

— ¿Cómo lo sabes? ¿Tú lo habías visto?

— Seguro —asintió el músico—. Pasó al galope seguido de dos hombres más. Seguro les prometió repartirse la recompensa si lo ayudaban a atraparte.

— Bien —suspiró Pearce—. Esperemos hasta mañana.

— Tengo algo de pan y queso para comer —dijo Bradley—. Colin lo llevaba en una bolsa cuando fuimos al espumoso. Alcanzará para los dos. Mañana nos conseguiremos más comida. Aún tengo el documento con el sello del rey. Solo debemos pedir y nos darán.

— Debemos buscarnos unos nuevos atuendos y ocultar nuestros rostros, o por lo menos el mío. En estos momentos debo ser el hombre más buscado de todo Gimm.

— Mañana haremos lo necesario —dijo Bradley. Su mirada ausente no concordaba con sus palabras.

— ¿En cuántos días dices que llegaremos a Cadwgan? —preguntó Pearce

— Tenemos que andar lo más rápido posible.

— Si nos mantenemos al galope constante, yo diría que unos veinte días. Claro, si no encontramos problemas.

— Siempre dormiremos afuera, Bradley. No podemos confiar en ningún posadero, ni en la gente que podríamos encontrarnos allí. Hay profesionales a los que no se les escapa nada.

Bradley movió la cabeza. Luego se puso a silbar una canción y se alejó rumbo al cuerpo de su amigo nuevamente. Pearce salió de la carroza y estiró las piernas. Aún se sentía cansado pero el aire fresco le sentó como una agradable ducha con agua caliente. Espió el camino y lo encontró solitario y oculto por la penumbra. Buscó un trozo de pan y queso y se sentó contra la rueda de la carroza a llenar su estómago.

XX

—Entonces me dices que esos enanos sospechan de Leof – dijo Kuff, mientras una prostituta le daba placer oral.

—Sí, jefe. Llegué justo cuando esos enanos estaban hablando con Leof, exigiéndoles que le develaran el nombre de los asesinos.

—¿Y qué dijo ese pelele? –Kuff tenía el semblante del hombre satisfecho y se estaba divirtiendo mucho con la idea de que a Leof le cortaran las bolas y exhibieran su cabeza en la puerta de su taberna.

— Tartamudeaba –dijo Virk— A—a—a—aquí no hay nin—nin—ningún enano.

Kuff se ahogó en risas y apartó de una patada a la prostituta quien se sacó un pelo púbico de entre los dientes y lanzó una mirada de mal de ojos hacia Kuff.

—¡Vete de aquí! –le ladró Kuff— ¿a eso le llamas sexo oral? La hermana de este idiota sí que sabe hacerlo, ¿no Virk?

Virk no movió un músculo. Trató de tragarse el deseo de sacar su puñal y acabar con todo el plan de Todd en ese instante, pero apretó con fuerza sus dientes y mostró una sonrisa que para Kuff significaba odio y miedo, lo que quería que sus hombres sintieran por él.

— Mira lo que le saqué a un mercader, jefe.

Virk le enseñó a Kuff un anillo de plata con incrustaciones de piedras extrañas de diversos colores. Virk solo reconoció la amatista, el resto eran piedras que solo los enanos conocían. Kuff supo al ver el objeto, que el mismo sacaría de la pobreza a cualquier miserable que pidiera limosna en la calle.

— Es muy bonito, Virk. Apuesto a que el tipo debe de estar golpeando a alguien para sacarse la frustración.

— Es tuyo –Virk lanzó el anillo y Kuff lo atrapó antes de que chocase contra su pecho.

— Vaya, Virk, muchas gracias –Kuff se colocó el anillo en su dedo anular, gordo y cubierto por una capa de pelos marrones—. Creo que me lo quedará, ya sabes, como una señal de respeto.

— Le queda bien, jefe. Debe valer una fortuna.

— ¿Puedo preguntarte algo? –la pregunta hizo que Virk olvidara por un

segundo para qué le había entregado el anillo.

— Seguro

— ¿Por qué me lo entregas? ¿Acaso te has vuelto rico y no me has dicho nada?

— No, jefe, es una muestra de respeto. Sé que piensa que le guardo algún rencor por el asunto de mi hermana, pero luego pienso que ella ya es grande y puede tomar sus propias decisiones.

— Sí —dijo Kuff, mirando con los ojos entrecerrados al muchacho—, he notado que has estado un poco intranquilo con el tema de Bonny. Me alegra que no tienes nada en contra de que disfrute de tu hermana, Virk. También cuidó mucho de ella, y tú lo sabes, como había cuidado de tus padres.

— Ahora lo sé jefe, le doy las gracias por impedir que Bonny y yo hubiésemos terminado en la calle.

— Bien, bien —dijo Kuff haciendo un ademán para cambiar de tema—, dejemos esta sensiblería y volvamos al tema de los enanos. ¿Qué más averiguaste?

— Esto lo guardé para el final, jefe, porque es información confidencial.

Virk acercó su silla a la de Kuff y vio que su jefe estaba desnudo de la cintura para abajo. No era la primera vez que lo veía así. Era regular que su jefe reuniera a sus guardaespaldas y empleados en el justo momento en que una mujer le estaba haciendo una paja, se la estaba mamando o también montando. Para Virk, era una extraña manera de ese gordo por hacerle ver a sus hombres que los negocios y el sexo no eran diferentes, o tal vez, y se inclinaba más a pensar esto, de ese modo le refregaba en la cara los demás el desprecio que sentía por aquellos a quien debía pagarles.

— Los enanos, estuvieron hablando de negociar su cerveza con los humanos.

— Eso no es noticia. Nosotros vendemos cerveza de montaña desde siempre.

— No —dijo Virk y luego hizo una pausa para crear suspenso—, no hablo de la cerveza de montaña.

— ¿La... gersek?

— Por favor, jefe, esto lo sabes tú, yo y los enanos. Los he estado siguiendo durante muchas horas después de que salieran de la taberna de Leof. Al parecer el negocio era de tal importancia que los enanos habían

enviado a los mejores de ellos para hacer un trato con un mercader humano en Cadwgan o en algún otro reino grande. Se debían reunir aquí en Rodam dos contingentes de enanos de diferentes partes. Uno es el que llegó primero y fue el que desapareció, el otro es el que estuvo preguntando en todas las tabernas qué es lo que había sucedido con sus compañeros.

— Virk, si lo que dices es cierto, no tenemos que dejar que esos enanos salgan de Rodam antes de ofrecerles nuestra mejor hospitalidad, asegúrate de que no hablen con ningún tabernero de esta ciudad. Encuéntralos y diles que yo tengo que hablar con ellos, de algo importante. No sé, invéntate alguna estupidez.

— Enseguida jefe —Virk se preparaba a cumplir las órdenes pero su jefe lo agarró del brazo.

— Muchacho —la voz de su jefe se volvió más gruesa y confidencial—, consigue que esos enanos vengan aquí. Haz que traigan sus traseros al Demonio Embriagado.

Kuff había mordido el primer anzuelo. El plan consistía, según Todd, en reunir a los enanos con el gordo fornicador del Demonio embriagado. De acuerdo al pelirrojo, la reunión no duraría mucho. Esa es la parte del plan que revelaron a Virk, luego lo enviaron a cumplirla, por lo tanto, el muchacho no sabía en que consistía la totalidad del mismo. Pero se sentía bien, sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida a Kuff. El cantinero que lo había basureado por años y quien había abusado de su hermana con la patética excusa de que lo hacía para protegerla, estaba dando sus últimas bocanadas de aire. Virk sabía que Kuff había enviado a otro de sus hombres para seguirlo. El gordo no confiaba ni en su propia madre que, según decían, estuvo a punto de matarlo segundos después de que naciera. Virk ya se había dado cuenta de quién era el que lo seguía: el idiota de Fémur. Le decían así porque una vez había matado de un solo golpe al jefe de una banda con un fémur que había encontrado enterrado en algún lugar. Fémur no era lo que se podía decir, un maestro del espionaje. El tonto medía casi dos metros y tenía la espalda cuadrada como un armario e intentaba pasar desapercibido ocultándose detrás de objetos que le cubrían unas tres cuartas partes de su cuerpo. Seguro quería saber si Virk había contado toda la verdad a Kuff, y si se reunía con los enanos para transmitirles el mensaje. Por supuesto, el muchacho iba a brindarle a Fémur el show que la paranoia de Kuff quería ver. Así que lo llevó directamente a la parte de atrás del bar de Leof y antes de que Fémur lo

alcanzara, se ocultó detrás de unos cajones apilados de bebidas, ubicados a la derecha de la puerta trasera.

—¿Crees que el muchacho no se dará vuelta? —preguntó Leof. Estaba sacándole brillo a los vasos y nunca quedaba satisfecho cuando terminaba con uno.

— El chico odia a Kuff. Siempre ha estado esperando el momento en que podía desquitarse con ese gordo. Agradecemos que tuvimos la suerte de que Kuff lo haya enviado a él y no a un idiota.

Todd había hecho de vigilante desde el momento en que Virk se había marchado, antes de que los enanos subieran a las habitaciones de arriba a esperar su turno para actuar. El ladón había cerrado todas las ventanas del bar y le había pedido a Leof que hiciera el menor ruido posible para que su oído captara todo lo que pasara por afuera.

—No lo sé —Leof había sacado la ballesta que guardaba de su lado de la barra para cargarla con un virote—. Kuff tiene muchos perros que lo cuidan. No entiendo cómo esperas que todo marche fácil una vez que lo liquides.

—Todos los que están con él, trabajan por algunas monedas. Luego de que comiences a vender la gersek, tendrás a tu disposición los mejores matones de Gimm.

—No venderé la gersek hasta que le entregues a los enanos una mina, ¿recuerdas? No sé en que estabas pensando, Merton o Todd o como diablos te llames.

—Estoy trabajando en eso, Leof. Da la casualidad que conozco a alguien en las Montañas Lunares que me debe un favor.

—Espero que te deba uno grande— Leof estaba metiéndose un cuchillo con una hoja casi tan larga como su antebrazo, en el cinturón de su espalda.

—Esto es emocionante, ¿no lo crees, Leof? Estoy devuelta en el juego y no sabía que lo extrañaba tanto. Cree en mis palabras. No solo serás el único que venda la cerveza secreta de los enanos, sino que también serás el hombre más temido de Rodam. Arrasarás con la competencia.

— Me conformo con hacerme rico —Leof tomó asiento y encendió un cigarro.

—De eso que no te quepa la menor...

¿Duda? ¿Esa es la palabra que iba a decir? Otra vez estaban pasando esa noticia del asesino de las gafas. Todd se había comido su hamburguesa y bebido su vaso de agua. Era su semana de desintoxicación, pero se lo iba a tomar con calma. Lo primero que iba a salir de su dieta era el alcohol, luego

tendría tiempo para los carbohidratos. Se había sorprendido pensando en enanos y monedas de oro. No los enanos que todos conocen, sino los otros enanos, como esos que aparecen en la película *El señor de los anillos*, con las barbas de un motociclista amante del heavy metal. Adelante, Dennis le estaba diciendo algo pero Todd solo le había visto mover los labios.

—Que si quieres más agua —repitió Dennis, señalándole el vaso vacío.

—Claro, sírveme otro— Todd miraba el vaso como si fuese un bicho extraño que estaba sobre la barra—. Me tendrá que gustar por la fuerza si es necesario.

En la tele ahora se veía una publicidad del nuevo celular con el que podías conectarte a tu consola favorita desde cualquier lugar y seguir jugando a tus partidas guardadas. Todd se había comprado uno de esos celulares hacía poco pero apenas tenía tiempo para dedicarse a los juegos. Las ventas habían bajado mucho en los últimos dos meses, y si quería seguir siendo independiente, debía romperse el culo el triple para mejorar su condición. El hecho de haber dejado la bebida, volvía su existencia más miserable de lo que realmente era. *Kuff podía matar a los enanos, después de todo es un maldito paranoico*. Otra vez esa voz, ¿era la suya? ¿Quién puta era Kuff? Sonaba como el nombre de una caricatura.

—Hoy estás bastante más idiota que de costumbre— dijo Dennis golpeando a Todd en la cabeza con un trapo.

—¿Qué carajos quieres, Dennis? — a Todd le molestaba escuchar esas voces sin siquiera tener un grado de alcohol en su sangre.

—Nada, olvídalo. ¿Vas al juego de esta noche?

—¿Bromeas? Saco más dinero ahí que en mi trabajo. Los libros antiguos ya no se venden como antes. A la gente le basta con descargar miles de libro en su e—reader y ganar espacio en sus pequeños departamentos para solteros.

—Deja de lamentarte que cada vez que vienes me deprimes más —Dennis no esperó una respuesta de Todd, tal vez porque ya se sabía de memoria lo que diría o porque ni él mismo prestaba atención a lo que salía de su boca. Nadie ya tenía tiempo para escuchar al otro. Eso era muy aburrido, así que para qué molestarte. Terminó su hamburguesa y acomodó la cabeza en su brazo, apoyado sobre la barra para dejarse llevar por las imágenes de la tele. El sonido no estaba muy fuerte y las otras voces del bar hacían difícil escuchar lo que se decía pero a Todd no le importó. Ahora estaba viendo alguna película o serie. Veía un callejón angosto y sucio, con el suelo apenas empedrado. De la esquina del callejón aparecía un tipo enorme, uno de esos gángsters que ha

sido enviado para hacer el trabajo sucio, pero su vestimenta le reveló a Todd que se trataba de una historia que sucedía en la edad media. El hombre llevaba una chaqueta de piel abierta y sin botones, sobre una camisa negra hecha a mano. Un pantalón que parecía haber sido confeccionado con la piel de algún animal, con costuras a los costados y delgados lazos que le colgaban en forma de trenzas y que Todd creía que si desatabas alguna, el pantalón se abriría como una cáscara de maní. El sujeto se acercaba midiendo cada paso. Antes de llegar a una puerta de madera, el tipo se detuvo y miró hacia atrás de nuevo. Todd trataba de recordar si había visto esa película, pero ningún título se le venía a la mente. En alguna parte del bar alguien escuchaba *Little Green Bag*. El sujeto se apoyó en la puerta y se lo veía indeciso. Acercó su oído hasta pegarlo a la madera y entrecerró los ojos. La cámara hizo un acercamiento a sus ojos hasta que éstos se abrieron de par en par y el hombre intentó apartarse de la puerta mientras exhalaba los estertores de un ahogado. La cámara se fue alejando con lentitud hasta que en el mismo marco apareció otro sujeto, un muchacho más delgado y de semblante pícaro que estaba pegado al cuerpo del grandote, con una mano sosteniendo el mango de un puñal, cuya hoja se hallaba por entero, dentro del cuello del otro. La sangre había empapado la mano del muchacho y caía gota a gota sobre el suelo sucio. El chico hizo fuerza hacia adelante y el grandote expulsó otro ruido de agonía. Sus ojos quedaron a medio cerrar cuando dejó de moverse. El muchacho abrió la puerta y entró el cuerpo. La cámara permaneció unos segundos mostrando el callejón, ahora solitario, con un pequeño charco de sangre que se había formado entre algunos esqueletos de pescados y una botella rota. Luego, alguien había vuelto a abrir la puerta. Esta vez, un tipo con un delantal blanco y lleno de manchas. Tenía una cola de caballo. Llevaba un balde, cuyo contenido lo vació sobre la sangre que no tardó en dispersarse y desaparecer en pequeños ríos en todas las direcciones.

—Ya está —dijo Leof. Había arrojado el balde sobre los trastos de la pieza de atrás. Se oyó cómo el cristal se partía. El cantinero estaba furioso con la llegada de Virk, y ese cadáver que seguro les iba a traer algún problema con Kuff antes de que el plan de Todd se lo cargase—¿Quién puta es ese gigante que has tirado en el cuarto del fondo?

— Ah, ese —dijo Virk como si recién se hubiese acordado del hombre al que había matado—. Es Fémur, chicos. Me estaba siguiendo desde el “Demonio embriagado”.

—Y no se te ocurrió nada mejor que matarlo —afirmó Leof.

—¿Y qué querían que hiciera? —la pregunta iba dirigida a Todd que sonreía desde el otro lado del bar— ¿Dejarlo que vuelva al bar y arruine nuestro plan?

—¿Qué tal perderlo en algún otro sitio o matarlo en algún otro sitio? ¡Imbécil!

El cantinero se había puesto rojo y la vena de su cuello era una cuerda tensa que estaba a punto de rasgar la carne para salir al exterior. Se rascaba el cuello con frecuencia dejando las marcas de sus uñas. La piel había adquirido el bicolor rojo y blanco de quien es víctima de una inclemente picazón.

—Hey, hey, cálmate Leof —Virk se mostraba demasiado confiado. Estaba secando la hoja de su puñal con el trapo que usaba Leof para secar sus vasos.

—Deja eso, estúpido— El cantinero le quitó el trapo y lo arrojó detrás de la barra—. Ahora mismo me buscas otro trapo limpio.

—Muchachos —dijo Todd, con esa sonrisa que estiraba la comisura izquierda de su boca casi hasta tocar su oído—. No se preocupen por Fémur. Ya habrá tiempo de desaparecer su cadáver. Lo importante ahora es que los enanos se reúnan con Kuff, sin pérdida de tiempo. Tendrán que ir solos, sin Virk, para que el gordo crea que Fémur se ha quedado con él, de lo contrario sospechará.

—De acuerdo, Todd. Me quedaré aquí, y le conseguiré otro trapo al bueno de Leof.

—De paso me puedes chupar las bolas, pendejo.

Todd subía las escaleras que llevaban a las estrechas habitaciones del bar de Leof, pensando en una pequeña valija verde. Antes de abrir la puerta para entrar en el dormitorio donde estaba Harold con sus hombres, el pensamiento había desaparecido.

XXI

Los enanos habían estado alerta en sus habitaciones desde que Virk se había ido a preparar la cita con Kuff. Harold no confiaba en Todd, pero desde que habían llegado a Rodam, no había tenido ninguna señal de sus familiares. Sí había escuchado rumores de unos pordioseros oportunistas y algunos mentirosos, pero ninguno resultó ser cierto. Todos acordaban que habían visto a los enanos entrar en la ciudad pero diferían en el destino que habían tomado. Cada dedo señalaba a una taberna distinta. Harold no cabía más en su impaciencia. Si por él fuera, haría traer un ejército desde su hogar para arrasar el pueblo y darlo vuelta. De esa manera, tal vez encontrara los huesos de sus camaradas perdidos.

Cuando la puerta de la habitación se abrió y apareció Leof, seguido de Todd, Harold se puso de pie. Sus hombres aguardaban detrás, formando un semicírculo apretado en la pequeña habitación.

—Ya está concertada la reunión, señor —dijo Todd—. Tedrás que ir con tus enanos. Kuff te está esperando.

Harold permaneció en silencio por unos segundos. Algo en su mente le estaba requiriendo su atención. En esos momentos dudaba hasta de su propia barba.

—Si esto llega a ser una trampa —su voz escarbaba muy profundo con cada palabra. Parecía que hablaba mientras se caía en un agujero—, todo lo que le ocurra a esta ciudad será culpa de ustedes.

—Será culpa mía, Harold. Solo mía. —Todd sonrió. La cicatriz de su mejilla adquirió un color rosado a lo largo de la línea donde había recibido el tajo en ese pasado imaginario.

—Les quitarán las armas al entrar —aclaró Todd—. Tú debes insistir en que estás buscando un distribuidor para la cerveza. No le digas nada de los enanos perdidos hasta que él mismo no saque el tema. Nosotros haremos nuestra parte pronto. Virk, me ha contado algo que podrá hacernos las tareas de un modo más rápido y sencillo.

—¿Estás seguro de que él fue el culpable de su desaparición? — la pregunta tenía un cierto matiz de acusación— nosotros ya fuimos a esa taberna y ninguno vio nada sospechoso. ¿Cómo estás tan seguro de lo que dices?

— Porque no es la primera vez que Kuff tiene el mismo trato con otros. —

Todd respondió como si hubiese estado esperando la pregunta de Harold—. Hace unos cuantos meses, algo parecido le ocurrió a un grupo de hombres del noreste. Eran unos leñadores que viajaban en busca de trabajo. Al parecer hubo una disputa en la taberna. Los hombres de Kuff se encargaron de difundir la noticia de que los leñadores no tenían para pagar y comenzaron a ponerse pesados. Lo único que se hizo fue algo muy común. Dejarles la cara llena de marcas de puño y arrojarlos a la calle, borrachos como estaban. Excepto que nadie vio después de la golpiza a ningún un grupo de leñadores forasteros deambulando por las calles de Rodam.

—Ese tal Kuff, parece un tipo muy interesante a la hora de tratar con los turistas.

—Es un gordo paranoico. Si un niño se pusiera a vender cerveza de mentira en la calle al lado de su negocio, de seguro pensaría que es alguien que trata de hacerse con su taberna. Lo siguiente sería que nadie más volvería a ver al niño.

—Está bien —dijo Harold, después de una pausa—. Iremos y esta vez echaremos un vistazo con más detenimiento.

Harold le hizo una seña a sus camaradas para que lo siguieran. Cuando la puerta de la taberna se cerró llevándose consigo el ruido de las fuertes pisadas enanas, Leof pateó una pequeña mesa al lado de la cama.

— Esto no va a terminar nada bien, Todd. Si Kuff se entera que nosotros enviamos a esos enanos y le echamos la culpa, soy hombre muerto. Me has complicado la vida, maldito demente.

— ¿No estás cansado de esto? —Todd estaba de espaldas a Leof, justo en el umbral de la puerta

— ¿Cansado de qué? Si es de ti y tus planes, puedes apostararlo.

— De tu vida. De siempre despertar y sobrevivir con esta taberna de mierda, llena de borrachos apestosos que apenas si tienen para pagarse un par de copas y pedir tres fiadas.

— Oye —Leof bajo la voz, pero enfatizó las palabras mirando a Todd con seriedad—, no te pases de listo, señor disfraz. Mi taberna me ayuda a vivir muy bien. No necesito consejos de un tipo que no quiere vivir bajo su propia identidad.

— Te sientes así porque no te has animado a más. Has estado demasiado tiempo rodeado de tus propias murallas que crees que esto es todo lo que hay. Es hora de expandir tu imperio, cantinero.

— No quiero ningún imperio, solo vender cerveza a los borrachos y vivir mi vida en paz.

— Tarde o temprano los problemas vendrían a golpear a tu puerta. O serían los hombres de Kuff, o algún asaltante ambulante o un imbécil que estuviese demasiado ebrio para distinguir entre tú y su enemigo imaginario.

Leof lo meditó. No es que faltara verdad en las palabras de Todd, sino que él se sentía viejo para aventurarse en una guerra contra la mafia más poderosa de Rodam. No contaba con músculos, excepto el de Todd y tal vez el de Virk. En cambio Kuff tenía tantos matones como lo exigía su temor a ver enemigos hasta en la sopa.

—Espero que sepas lo que haces —Leof salió de la habitación moviendo la cabeza.

El cantinero se sirvió una jarra de cerveza y continuó limpiando la taberna. Se sentía cansado, como cuando era más joven y fue reclutado por el rey para engrosar las filas del ejército que luchó contra los rebeldes de Corios. Las batallas llegaban a extenderse durante dos días seguidos antes de que Leof pudiera descansar unas pocas horas y volver a la batalla. Llegaba un punto en que el cantinero marchaba a la lucha en medio del sueño, sin saber muy bien si era él quien sostenía la espada, o su cuerpo seguía funcionando sin su dominio.

La cantinera orca entró al bar moviendo sus caderas de un modo excesivo. Se había rizado las pestañas y tenía los labios de color morado. En su enorme boca se marcaban los colmillos que apenas podía mantener adentro. Se veía que la chica quería mejorar su apariencia pero la naturaleza era muy mezquina con ella. Saludó a Leof y vio a Todd bajar por las escaleras. Primero no supo que decir. El hombre pelirrojo con la cicatriz tenía un aspecto que le hacía sentir que allí no estaba ocurriendo nada bueno.

—Hola —dijo la orca Prex—. Soy Prex, buenos días.

—Hola, linda —dijo Todd yendo hacia la puerta de la taberna. Antes de abrirla se dio la vuelta hacia ella—. Mi nombre es Todd. Desde hoy trabajo aquí, como tú.

Luego, el ladrón salió. Prex se encogió de hombros.

—Ví unos enanos cerca de aquí hace unos momentos, creo que iban hacia “El demonio embriagado”.

—Hacia allí van, Prex —Leof siguió limpiando como si la respuesta hubiese sido para sí mismo.

Prex conocía a su patrón. Ahora mismo algo le preocupaba. Lo sabía

porque pasaba el trapo por los mismos sitios a pesar de que estos estuvieran impecables. No dijo nada más y se puso a preparar el lugar, aunque parecía que alguien se había ocupado en cierta manera de eso. No importaba, para algo le pagaban. Prex fue hasta el cuarto de atrás a buscar la escoba. Leof la miró de soslayo cuando pasó a su lado. El cuerpo del matón de Kuff seguía allí.

Antes de llegar al “Demonio embriagado”, los hombres de Kuff estaban aguardando en la puerta. La taberna era tres veces más grande que cualquiera de las de Rodam. En su primer piso veían una amplia terraza donde se habían ubicado mesas para que los clientes disfrutaran de aire fresco mientras probaban los platos más caros de la ciudad y de todo el centro de Gimm. En el segundo piso, se había construido un hermoso jardín con muchas banquetas para que los personajes más nobles y ricos pudieran intercambiar noticias o conocerse mejor, teniendo una visión privilegiada de toda la ciudad e incluso más allá. También había una piscina de aguas térmicas que nadie que fuese al “Demonio embriagado”, dejaría de usar. Harold se detuvo a pasos de la puerta de entrada. Los hombres de Kuff estaban armados con una espada envainada en la espalda y un cuchillo, cuyo mango se podía ver al costado de la cadera. Los dos tenían las manos unidas a la altura del abdomen y observaban a los enanos.

— ¿Está seguro de esto, jefe? —preguntó Bur, el enano más grande del grupo—. Creo que se está dejando llevar mucho por las palabras de ese humano. Tal vez sea todo una trampa.

— Bur —su jefe contemplaba el bar, la primera vez no había prestado atención a la arquitectura del lugar; estaba furioso por que no había podido reunirse con el otro grupo— Ten en cuenta que estamos solos en una ciudad de humanos. Las cosas no han salido como teníamos pensado. Debemos llegar al fondo de este misterio porque de ninguna manera volveré a Thertand diciéndole al rey que hemos perdido a nuestros camaradas.

— ¿Y si es una trampa? —preguntó Bur, y su rostro se oscureció.

— Lucharemos hasta el último de nosotros.

Fue el mismo Kuff quien salió a recibirlos. La enorme panza se movía como una bolsa llena de agua a punto de explotar. Los hizo pasar prodigándoles honores y en seguida aparecieron varias camareras muy bellas ofreciéndoles de comer y de tomar. Harold no se negó a esa hospitalidad, por

una cuestión de respeto, y no por hambre. Los enanos podían soportar estar varios días sin comer, bebiendo solo algunas gotas de agua durante toda una jornada. Probaron unos bocados de carne de cerdo mezclada con algunas hierbas que le daban un sabor picante. Tomaron cerveza y vino especiado. Todo estaba delicioso. Después Kuff los hizo pasar a su oficina y les ordenó a dos de sus guardias (había muchos de ellos dentro de la taberna) que no dejara entrar a nadie y que no lo molestaran bajo ninguna circunstancia. El guardia que recibió la orden, era un hombre con la cara picada por pozos, nariz fina y doblada hacia abajo. Sus labios eran dos líneas delgadas que ofrecían un gesto de repugnancia y no miraba a Harold ni a sus enanos con menos que eso. La oficina de Kuff era un gran salón alfombrado, con columnas que mostraban rostros de mujeres y escenas de guerra. El techo caía a dos aguas y sus alas estaban revestidas con mosaicos de marfil. A ambos lados de la sala, un grupo de mujeres desnudas saludaron a los enanos al entrar. Todas eran altas y de proporciones esbeltas y generosas. Harold apenas pasó la mirada por ellas. En realidad estaba examinando cada rincón de esa sala, en busca de algo que le dijese que allí habían estado los otros enanos.

Se sentaron uno al lado del otro frente a un escritorio, que bien podía ser usado como una mesa para alimentar a diez personas. Kuff tomó asiento en un enorme sillón blanco, cuyo respaldar superaba su propia altura.

— ¿Alguno quiere disfrutar del placer humano antes de comenzar? — preguntó Kuff, sonriendo.

— No cogemos con humanas —sentenció Harold—. Nuestrrrra rrrraza es antiquísima y serrría una ofensa a nuestrros dioses mezclarrrnos con ustedes.

— Oh, está bien, discúlpame, señor. Pero —Kuff volvió a sonreír y sus ojos parecieron descender hasta esa sonrisa—, no creo que todos los enanos piensen igual. Aquí, en más de una ocasión hemos recibido a gente como ustedes y créanme que no opinaban lo mismo que usted señor. ¿O no chicas?

Las mujeres se rieron y algunas de ellas se pasaron la mano por su entrepierna, cerrando los ojos de placer. Bur miraba lo que tenía alrededor como si fuese un niño al se le ofreciera todos los caramelos del mundo. Kyr tampoco se quedaba atrás, excepto que era más expresivo que su camarada y saludaba a las mujeres tímidamente mientras su nariz alcanzaba un alarmante color de metal calentado por las llamas.

— Bien, sabrrrá por qué hemos rrregresado a su taberrrrna –Harold no perdió más tiempo.

— Claro, pero esperaba que usted ampliara lo poco que pude escuchar de boca de uno de mis empleados.

— Nuestrrro rrrey nos ha enviado a estas tierrras en busca de alguien digno de comerrrrcializarrr nuestrrra cerrrveza única.

— La gersek –Kuff pronunció las palabras muy despacio, como si estuviera ejecutando un conjuro que pudiera explotarle en el rostro.

— La gerrrsek –dijo Harold en un tono que mostraba superioridad, como si esa palabra perteneciese solo a él.

— Bueno, déjeme ahorrarle un arduo trabajo de búsqueda. No encontrará en todo Gimm, una taberna como el “Demonio embriagado”. Como usted podrá observar, solo los mejores de los mejores beben en nuestra taberna. Su producto será honrado como se merece entre gente distinguida y amante del buen gusto. Ningún pordiosero, campesino o mercenario embrutecido por la sangre saciará su sed con la gersek. Tiene mi garantía, señor.

A Harold no le agradaba para nada Kuff. Su sonrisa armada, el bulto enorme que colgaba de él y que le impedía caminar sin ofrecer un baile grotesco de una vida dedicada puramente a la comodidad y los placeres. Lo que salía por su boca era pura mierda utilizada para convencer a un ser desesperado, iluso, y sumamente estúpido. De solo pensar que la gersek caería en sus manos, le revolvía las entrañas y lo tentaba a sacar su hacha y rebanarlo como si fuera una serpiente enroscada en su pierna que buscara ascender hasta su cuello con palabras halagadoras. No quería hablar más de la gersek ni estar en ese lugar. Si Todd le había dicho que descubriría la verdad de la desaparición de sus camaradas, tenía que volver a revisar todo el sitio.

—Antes nos gustaría echar un vistazo de nuevo a sus instalaciones –dijo Harold poniéndose de pie. Sus enanos lo imitaron.

—Claro, por favor, yo lo disfruto –Kuf se apoyó en los apoyabrazos de la silla y torciendo la boca se puso en pie. Hizo un ademán a una de las mujeres para que abriera la puerta de salida.

Una pelirroja con el pubis del mismo color empezó a caminar. Sus nalgas eran firmes y no se movían con el andar. A Bur se le hacía agua la boca. Si no fuera porque Harold estuviera ahí, ya se había violado a unas cuantas. No sería la primera vez que se había acostado con mujeres humanas a escondidas de sus superiores.

—Aguarda —la voz de Harold sonó con la misma fuerza que una orden dada al inicio de una batalla.

Kuff, que había dado dos pasos se detuvo y toda su grasa hizo bailar a su cuerpo.

Los enanos fruncieron el ceño y hasta Bur, que no podía apartar sus ojos de la pelirroja, fue sacudido por la voz de su jefe.

—¿Pasa algo mi señor? —preguntó Kuff, sorprendido.

—Siéntate —dijo Harold.

Kuff miró a los otros enanos y a Harold. Sonrió. Quería encontrar el lado gracioso a esa lacónica orden pero por más que pensara, Harold esperaba a que hiciera lo que le pedía.

—No entiendo —fue la respuesta de Kuff—. ¿Quieres hablar de algo más?

—Siéntate —el tono se elevó, lo suficiente para que Kuff entendiera que Harold no lo repetiría otra vez.

Kuff un tanto confundido, volvió a sentarse. Se desplomó sobre el sillón como alguien que descargara un baúl lleno de trastos sobre el suelo. Pasó las uñas por los apoyabrazos e inclinó su cabeza. Su papada formó un colchón donde se ocultó su barbilla.

—Hace mucho tiempo, por si no lo sabías Kuff, los humanos y los enanos lucharon en una batalla de doscientos días por el control de las Montañas Lunares. A pesar de que las mismas habían sido tierra de mis ancestros desde los inicios de nuestra aparición en este mundo, a los humanos no le importó en lo más mínimo y nos declararon la guerra por su sed de oro y metales. Muchos de los nuestros murieron, pero las bajas humanas fueron el triple. Aún así, siguieron llegando refuerzos de todas partes del mundo para defender la causa del rey de Gimm. Los enanos, dijeron, eran seres codiciosos, avaros que no compartían las riquezas de la tierra con nadie. Sin embargo, nadie sabe que en ningún momento, el rey humano solicitó extraer las riquezas de las montañas a nuestro rey. Nunca se reunió con lo nuestros para llegar a un acuerdo en donde ambas partes nos beneficiáramos con un tratado. No. Los humanos nos declararon la guerra desde el comienzo y comenzaron asesinando a los habitantes del Valle Lunar. Niños, mujeres y artesanos fueron pasados por las espadas. Los que pudieron llegar con vida al fuerte de las montañas estaban muy doloridos como para poder tomar las armas y defender el reino. Nuestros guerreros dieron todo de sí para defender su ciudad. Pero ustedes siempre enviaban más y más, mientras que los refuerzos de nuestros camaradas fueron frenados por sus ejércitos y nunca llegaron.

Kuff había escuchado la historia esperando a que Harold llegara a la parte que le competiera a él. Cuando el jefe enano dejó de hablar, Kuff movió la cabeza y dio un silbido.

—Vaya historia— Kuff se echó hacia atrás, estirando las piernas—. Gracias por la clase. ¿Doscientos días, eh?

—El punto —dijo Harold a quien solo se le veía mover el bigote al hablar—, es que todo los problemas que existen con las criaturas de este mundo, con los elfos y su alianza impensable con los orcos y la desaparición de los bosques, todo se lo debemos a tu especie.

—Bueno, bueno. No vamos a ponernos a sacar los trapos sucios al sol ahora. Estamos acá para hacer negocios, no para hablar de como los reyes juegan entre ellos.

—La vez anterior que vinimos aquí, nos fuimos con la seguridad de que nuestros camaradas no habían desaparecido en este sitio.

—Claro, de eso no hay duda —a Kuff le tembló la voz. Tosió para mostrar que no estaba asustado, pero ni las mujeres desnudas se lo creyeron.

—Ahora entiendo que fue un error de nosotros. Miramos cada rincón del lugar pero fuimos ciego a cosas que estaban delante de nuestras narices.

—No entiendo de qué va todo esto, señor Harold —Kuff se removió, su pecho se infló al hablar, dándole un aspecto amenazador. Lástima que ni en Harold ni en sus enanos se produjo ningún efecto.

—Es evidente que no entiendes demasiado de nada, Kuff. Por eso deberé recurrir a un ejemplo para que lo entiendas mejor.

Harold le hizo una seña a dos de sus enanos para que fueran hacia la puerta. En seguida se pusieron a ambos lados de la misma. Uno de los enanos atravesó el mango de un hacha por los picaportes de la misma. De ese modo nadie podía ni entrar ni salir. Las mujeres parecieron encogerse y dar unos pasos hacia atrás. Algunas murmuraban y otras seguían en la misma pose, con una sonrisa lasciva en sus jóvenes rostros. Kyr, que continuaba en su sitio comprendió que no se irían de allí con las manos limpias. Su jefe había encontrado lo que buscaba. Todd no estaba mintiendo.

—Bur —dijo Harold ante la mirada perpleja de Kuff— Córtale el dedo del anillo a este cerdo humano.

XXII

Terry estaba en el centro de la planta baja del “Demonio embriagado”. Llevaba lo de siempre. Su daga con la empuñadura forrada de cuero de buey y adornada con un trozo del corazón del primer hombre que había matado en su vida. No había comenzado su experiencia laboral como matón, sino como algo muy diferente. A los nueve años inició como ayudante de un sacerdote de Ammurдум, el dios que mantiene el tiempo y el espacio unidos. Pero Terry nunca entendió muy bien las enseñanzas de los sacerdotes, por lo que ellos dejaron de enseñarle después de varios frustrantes intentos. Solo cumplía funciones de mayordomo y eso era suficiente. Preparar el altar de los sacrificios, entretener a los hombres y mujeres que iban a sacrificar y evitar que se suicidaran antes de que la espada del verdugo le separara la cabeza de sus cuerpos. Cargar con los objetos sagrados y disponerlos en el altar de acuerdo a las indicaciones de los sacerdotes y limpiar el altar luego de los sacrificios. Sostener los amuletos, collares y pulseras de oro mientras los sacerdotes oraban a Ammurдум mirando siempre hacia el este, que, según las escrituras era la dirección desde la que el dios había llegado a este mundo para formar al hombre. Pero esa vida llegó a su fin a los once años de edad. Fue cuando Terry tuvo que pelear con otro muchacho tres años más grande que él por un malentendido. Terry tenía que llevar las túnicas de los sacerdotes a la casa de una lavandera, pero de camino fue embestido por otro muchacho que venía corriendo llevando algo entre sus brazos. Los dos cayeron al suelo pero el muchacho se puso de pie enseguida y se metió en un angosto pasadizo formado por un grupo de casas hacinadas que se extendían hasta la línea de un arroyo que contorneaba los límites de la ciudad. Terry tuvo que juntar las túnicas que se desparramaron y se alejaron empujadas por un viento fuerte. Fue en ese momento cuando el otro hizo su aparición agarrando a Terry por el cuello, haciendo que éste se ahogara y se le saltaran los ojos del susto. Le preguntó adónde se había ido el otro muchacho, el que llevaba una vaina enjaezada en sus manos. Pero él estaba muy asustado como para captar el sentido de las palabras del otro. Lo único que quería era que lo soltara, así que calvó sus uñas en los dedos del grandulón hasta que el otro lo soltó con fuerza sobre el suelo. Alcanzó a amortiguar la caída con sus manos, aunque se dio un buen golpe en las rodillas. El grandulón lo pateó en el estómago

entonces el dolor de antes le pareció la caricia de una pluma. Le gritaba que adónde se había ido el otro. Podría haberlo perseguido en cualquier dirección pero Terry pensaba que había encontrado algo mejor en lo que entretenerse. Golpear a un niño era tarea más fácil y divertida que correr detrás de un hombre sin saber siquiera hacia dónde había huido ni en qué lugar se había escondido. Así que siguió lanzando la misma pregunta a Terry hasta que pensó que era el momento de otra patada, pero Terry no iba a dejar que eso volviera a suceder. Además de las túnicas de los sacerdotes, Terry llevaba una daga con la que los sacerdotes le hacían la señal de Ammurдум en los cuerpos de las víctimas de sacrificio. Dos alas de dragón extendidas, que eran con las que Ammurдум había viajado por el océano bicolor hasta llegar a este mundo. Los sacerdotes le habían pedido que lavara la daga en las aguas del río, por eso Terry la llevaba con él. La sacó en el instante antes de que el grandulón le lanzara la patada, giró todo su cuerpo hacia un lado para esquivar el golpe y dando un impulso con sus piernas, a pesar de sus rodillas doloridas, se lanzó con la daga justo en el centro del estómago del otro. Pensó que había fallado, que el otro había podido anticipar su ataque y ahora estaba preparando el golpe de respuesta que seguramente lo iba a aniquilar, pero sintió un temblor en el brazo que sostenía la daga. Se dio cuenta de que el otro estaba retrocediendo y un líquido caliente se deslizaba por su mano. Más de la mitad de la hoja de la daga estaba enterrada en el estómago. Terry se obligó a dar otro impulso hacia adelante hasta que el mango tocó la camisa. Fue cuando miró al grandulón y conoció la expresión que volvería a encontrar en repetidas ocasiones a lo largo de toda su vida. Una expresión que escribía en su mente una sola pregunta: “¿Qué significa todo esto?”. El grandulón se desplomó sin cambiar esa expresión, hasta que sus ojos se cerraron. Su herida continuó enviando litros de sangre al exterior, luego de que su vida se hubiese escapado por ella también. Dos días después, un hombre, vestido con jubón de color escarlata y un sombrero de copa larga se presentó en el templo de Ammurдум y ante la vista de los sacerdotes, le extendió a Terry un corazón humano. “Este corazón te lo ganaste –le dijo el extraño—. No habrá represalias. Él fue un estúpido.” Y moviendo la cabeza, se retiró. Los sacerdotes le preguntaron quien era ese hombre. Lo miraban serios, como si de un momento para otro le hubiese crecido una cola de serpiente o unas piernas de camello. Terry leía el miedo en la palidez de sus rostros. Contestó lo único que se le había ocurrido: “No lo sé”. Pero conservó el corazón. Lo hizo sentir poderoso, como si hubiese logrado una hazaña que nadie más había podido. Dos semanas después

dejó su trabajo en el templo y se unió a una banda de ladrones que tenían su guarida en la espesura de un bosque. Y los asesinatos y robos se volvieron la moneda corriente de su vida. Cuando empezó a trabajar con Kuff, Terry tenía sus dudas, pero todas se las reservaba para él mismo. La paga era buena, pero no lo suficiente. Lo cansó estar siempre huyendo de los soldados del rey, salvándose del calabozo y del cadalso por un pelo en innumerables ocasiones. Se cansó de pelear por sus colegas por ver quien se merecía un mayor porcentaje del botín. Se cansó de que el líder de su grupo fuese alguien a quien no le importaba entregar uno de sus hombres para salvarse de la ley. Al menos, trabajando para Kuff, la ley estaba de su lado porque el “Demonio embriagado”, era el lugar preferido de los nobles y los terratenientes. Terry se había comprado una bonita casa en la ciudad y podía caminar por las calles sin temor a ser identificado en un cartel de SE BUSCA. Podía comprar en el mercado sin ocultar su rostro cada vez que pasaba un guardia a su lado. Ahora, algunos de los soldados del reino lo conocían y lo saludaban por su nombre.

Sin embargo, a Terry había algunas cosas que no le gustaban de su jefe, que no le parecían claras o razonables. Por ejemplo, las veces que reunía a sus vigilantes en su despacho mientras una, dos o tres mujeres se empujaban para chuparle el pito. O los interrogatorios de dos horas por los que hacía pasar a cada uno de sus empleados cuando pensaba que alguien le estaba robando, o que alguien trabajaba para la competencia. En varias ocasiones había despedido a camareras, vigilantes o bármanes que no habían tenido nada que ver con sus sospechas pero debía hacerlo si quería apaciguar sus nervios. Terry estuvo a punto de ser lanzado de patadas a la calle pero Kuff viró su decisión vaya a saber por qué y le dijo a los gritos que siguiera haciendo su trabajo y no holgazaneara. Terry asintió, sabiendo que eran regaños infundados. Ninguno hacía más horas extras que él y ninguno arriesgaba tanto su vida contra los tipos problemáticos más fuertes y peligrosos que habían pasado por la taberna. Las putas más hermosas trabajaban en el “Demonio embriagado” y lo que pasaba en las habitaciones de esa taberna, solo sus paredes lo sabían. La discreción era una obligación sagrada que Kuff tenía con sus clientes. Bueno, le convenía que así fuese sino quería que todo sucastillo se derrumbara. Hasta el rey Vannagan de Cadwgan había asistido una vez a la taberna, en un viaje de placer, acompañado por una nutrida escolta de guardias y se fue, otorgándole a Kuff una recompensa de la que solo el gordo tenía conocimiento pero se estimaba que valía mucho más de lo que la taberna recaudaba en una semana.

Terry había visto entrar a esos enanos. Eran cinco. Enanos robustos de enorme cabeza, con los rostros hundidos en una selva de pelo. Enanos con brazos tan anchos y duros como troncos recortados. Nunca había visto enanos en el demonio, al menos no durante los diez años que él llevaba trabajando allí. Kuff los llevó a su despacho. Lo que más le llamó la atención a Terry era que no les habían quitado las armas. Los enanos entraron con sus hachas y espadas cruzadas en la espalda y en el pecho, dentro de sus vainas. Eso puso intranquilo a Terry. Para colmo de males se enteró que ningún guardia estaba con él dentro de su despacho. Solo las mujeres desnudas que Kuff ofrecía a aquellos que sabía que podían engrosar sus arcas. Se preguntaba si el gordo estaba borracho por haber tomado una decisión como esa. No sería la primera vez. Hubiese querido golpear la puerta de su despacho y pedir hablar con él. Hacerlo recapacitar, pero los guardias apostados en la entrada no le dejarían el paso. Enanos armados dentro de la taberna no era una muy buena idea. Hacía un rato largo ya que Kuff había enviado a Loyd “Fémur” para seguir a Virk y todavía no había regresado, ni uno, ni el otro. Algo no andaba muy bien. Terry hacía su trabajo. A esa hora había pocos clientes en el bar. La mayoría debía estar retozando en sus habitaciones o cogiendo con una mujer cien veces más linda que la esposa que le había dispuesto su posición y ambición. También estaba el tesorero real, pero ese venía solo a hacer su trabajo y ni una por placer. Terry hacía algunos acercamientos al despacho sin dejar de custodiar su lugar. Quería estar con Kuff, quería pegar los ojos a esos enanos. La ansiedad lo llevaba cada vez más lejos de su sitio.

—Hey Terry, ¿qué estás haciendo? —preguntó Reed, un vigilante que estaba apoyado en la baranda que daba al primer piso de la taberna y que lo había estado observado con cierta diversión.

—Nada..., creo que necesito algo de aire Reed —dejó de moverse tanto, de vez en cuando su mano se aproximaba al mango de su espada.

Al diablo, no podía hacer nada más que esperar. Si le expresaba a Reed su preocupación con los enanos, tal vez eso le podía jugar en contra con Kuff. Reed siempre le estaba contando hasta si se tiraba un pedo o qué gesto había hecho la persona que lo veía pasar. A la mierda Reed, que dijera lo que quisiese. Caminó hasta la puerta del despacho, pasó al lado de otro vigilante, “El ciego” Camus, que solo se limitó a dedicarle una sola mirada cuando lo cruzó por delante. Camus era puro ojos y nada de lengua. Podía detectar cualquier movimiento extraño de alguien pero solo hablaba aquello que le parecía estar sujeto a su tarea de vigilante. Llegó a la puerta. Los guardias lo

miraban como si nunca antes lo hubieran visto. Los conocía muy bien, eran los más tontos de todo el equipo de Kuff, pero también por eso, los más leales a él. No tenía muchas esperanzas pero ya estaba allí. Lo mejor sería intentarlo.

—Oigan, chicos. Necesito hablar con el señor Kuff. ¿Pueden dejarme pasar?

—El señor Kuff nos ordenó que no dejáramos pasar a nadie, Terry —dijo Dess, el más rastrero de los dos pero no el más inteligente.

— Yo no soy nadie Dess. Mira, es sobre esos enanos. ¿Por qué entraron armados? ¿Acaso olvidaron privarlos de sus hachas y espadas?

—El señor Kuff no nos dio órdenes de no sacarles nada, antes de que llegaran.

—Tú no te metas, Terry. Vuelve a tu lugar —intervino Gian, el menor de los dos. Para Terry siempre había sido un niño con canas y bigote.

—Déjenme pasar, amigos. Esto puede ser muy serio. ¿Acaso quieren que algo le suceda a Kuff?

Los dos se miraron y cambiaron de mano sus espadas.

—¿Lo ven? —Terry dio un paso— Ustedes tampoco lo quieren.

Extendió la mano para empujar la enorme puerta de roble pero Dess y Gian cruzaron las espadas.

—No puedes —el tono de Dess era más bajo pero estaba marcado por una burla que a Terry se le hacía despreciable— Vete de aquí.

Quiso decir algo pero cuando se acordó, estaba marchando dando largos pasos hacia su puesto. Cuando llegó siguió de largo y salió al exterior.

El sol lo recibió con un resplandor que le hizo taparse los ojos. Afuera vio algunas carretas pasar a un ritmo lento, como si los caballos estuvieran siendo empujados para que marcharan. Algunas damas respetables pasaron del brazo de sus esposos, seguidos de un sirviente que espantaba a los niños pobres que se acercaban a pedir limosna. Vio unas tiendas de mercaderes a unos cincuenta metros de distancia. Ofrecían almejas y colas de fibias, que asadas quedaban exquisitas. La ciudad de siempre. La que conocía muy bien. La taberna quedaba en la parte más elevada de Rodam. En frente había varias casas de mercaderes que frecuentaban el demonio y algunos dueños de tierra que hacía muchos años eran simples siervos protegidos por un señor que les había cedido todo a su muerte. Suertudos. Terry también los conocía a cada uno de ellos. El interior de las casas de algunos de ellos era un chiquero, no podían separarse de su pasado de miseria y les gustaba tener animales que pulularan por sus grandes habitaciones, ensuciándolo todo. Sus sirvientes, heredados

también de su señor, tenían un trabajo de mierda todos los días. Todo se veía normal para Terry, sin embargo, cuando volvía a ver el demonio, se le revolvió el estómago. Para tranquilizarse decidió caminar un poco. Entró en el pasillo que había al costado de la taberna y observó el sitio en busca de algo que justificara sus miedos. Terry pisaba algunos charcos de agua estancada que demoraban en secarse desde la última lluvia. Entre la taberna y el siguiente edificio, una posada de la que Kuff también era socio, casi se formaba un techo por las prolongaciones de sus tejados. Una sola franja no mayor a tres dedos de anchos permitía el paso de la luz. Ahora se podía ver sin dificultad, pero cuando el sol comenzaba a descender uno tenía que andar con cuidado sino quería tropezarse con alguna piedra o basura del camino. El pasillo llevaba hacia la parte trasera de la taberna. Allí estaba la basura que después sería llevada al volcadero a las afueras de la ciudad. Una rata salió disparada de debajo de una bolsa y se metió en un agujero en la pared de la taberna cuando oyó los pasos de Terry. No se oía nada. Detrás de la pared que Terry tenía a su izquierda, estaba el despacho de Kuff. Un enorme muro de piedra que lo dejaba impotente ante su inmensidad. Si tan solo hubiese una hendidura en la pared por la que pudiese mirar...Pero ni siquiera se oiría un grito por más que fuera de un orco enfurecido. El grosor de las piedras que Kuff había utilizado para su construcción habían sido traídas una por una desde la zona de las Montañas Lunares. Nada podía horadarlas y pasar a través de ellas, excepto las arañas más pequeñas. Terry se sintió más aliviado, por lo que decidió retornar a su puesto, sino le daría demasiado material a Reed para que Kuff lo sometiera a otro demente interrogatorio. Se dio la vuelta y a pocos pasos de él, cubriendo el angosto pasillo, estaban parado dos hombres. Uno era alto, de cabellos rojos y rizados, con el rostro marcado por la lucha. El otro era Virk. Terry le sonrió. Al fin había regresado. Iba a preguntarle sobre los enanos, quería saber quienes eran y cuáles eran sus intenciones. Virk era un muchacho agradable con el que se podía hablar de lo que fuese. Pero antes de empezar a hablar, el pelirrojo se movió como un haz de luz o una sombra que ves por el rabillo del ojo en la noche. Terry no pudo ser capaz de mover su mano hacia el pomo de la espada. Sus ojos se apagaron en un segundo.

XXIII

Hirght se había ocultado, o mejor dicho, desaparecido. Antes de hacerlo les había anticipado lo que estaba llegando desde el sótano. “No debe verme. Esta criatura es un imitador. Se convierte en lo que quiera y como las demás, quiere salir del Primero, por eso buscará imitar al más poderoso para poder usar sus poderes y escapar. Si logra imitarme, estaremos perdidos. La transformación demora un tiempo, teniendo en cuenta la naturaleza de la vida imitada. Una vez que empieza el proceso de transformación deben detenerla antes de que termine. Se vuelve lenta durante el mismo pero sigue siendo muy poderosa así que tengan cuidado. Blinda, tú sigue las instrucciones de Caelond. Él ya la ha visto.” Sin decir más, se fundió con la oscuridad del interior del Primero. En un momento estaba y en el otro ya no. Algunas manos cerraron sus puños y otras apoyaron sus palmas de roca maciza en el suelo. De las alturas del Primero empezó a caer un rocío que a la dríada le sabía a jugo de durazno.

—El árbol se está alimentando, Blinda —dijo Caelond—. Esto pasa cada vez que sus raíces sorben los nutrientes de la tierra. Hirght dice que si bebes un poco de ese rocío durante algún tiempo, te vuelves inmune a cualquier enfermedad.

—Bueno, las drádas tenemos una resistencia a las enfermedades. Los males del cuerpo no nos afectan como a los humanos.

—Humanos —Caelond pronunció esa palabra como si estuviera masticando algún alimento en mal estado—. Ellos son los que nos han pasado algunas de las pestes que sumió a muchos elfos en una agonía eterna. Muchos tuvieron que elegir el fin de su inmortalidad para terminar con el sufrimiento.

—¿Tú te has enfermado?— Blinda no lo creía, pero quería que el elfo expulsara un poco la basura que estaba acumulada en su interior.

—Nunca, bueno, o nunca me afectó. Pero no puedo decir lo mismo de mi hermano, Reon. Al final, ni siquiera podía abrir sus párpados por las costras que le habían salido dentro de ellos. Yo mismo le clavé un puñal en su corazón. Solo en ese momento abrió apenas los ojos por última vez para agradecerme.

— Otra razón más para odiarlos, ¿No?

—Hasta sus cuerpos están tan podridos como sus acciones —Caelond miró

con detenimiento a Blinda. El elfo quería que ella recordara esas palabras.

La criatura no tardó en hacer aparición. La atmósfera se tornó más opresiva, como si el Primero sintiera lo que había salido del sótano y manifestara su ¿temor? Blinda asió el arco que le facilitó Caelond y la flecha había tensado la cuerda. No sabía si estaba apuntando bien, porque esa cosa no tenía una forma conocida. En un momento adoptaba una silueta similar al de un humanoide y al otro se encogía hasta parecer un animal de cuatro patas que no se encontraría en ninguno de esos pergaminos en los que tanto les gustaba escribir a los hombres. La oscuridad que se acentuó dentro del Primero ni siquiera le dejaba distinguir los colores de ese enemigo, si es que los tenía. Caelond empezó a trazar un medio círculo alejándose hacia la derecha, Blinda hizo lo mismo en dirección contraria. No conocía esa bestia y Caelond no le brindaba ninguna indicación hasta el momento. Así que lo tomaría como cualquier enfrentamiento. Primero debía conocer a su enemigo, así que se mantuvo a la espera de que eso diera el primer golpe. El Primero parecía haber crecido en tamaño. Sus muros interiores se habían alejado junto con la entrada al sótano. Blinda no sabía si eso era obra de Hirght o del mismo árbol. La criatura no se movía, pero no se podía decir lo mismo de sus miembros que se estiraban y se contraían sin ninguna causa aparente.

Caelond le hizo una señal de que atacara. Blinda lo veía claramente aunque un poco difuso por la oscuridad. Las dríadas no tenían problemas para ver de noche, pero la oscuridad del Primero era de otra naturaleza, como la que se apodera de uno cuando la razón cae vencida por lo extraño. Blinda apuntó y disparó la primera flecha que le dio a la criatura en alguna parte de su figura. Se oyó un ruido como el de un perro lanzando mordiscos al aire, con tanta fuerza que Blinda se imaginó a un can quebrando la hoja de una espada de un solo dentellón. Pero nada más. La cosa seguía allí moviendo sus piernas, brazos, patas y colas como un insecto agonizando boca arriba. Caelond también atacó. El elfo dio varios saltos rápidos hasta llegar a su oponente pero en vez de atacar, volvió a saltar, esta vez dando una vuelta entera por encima de la bestia hasta quedar del otro lado. Al aterrizar clavó su espada enseguida y se alejó de nuevo a los saltos. El monstruo lanzó el chillido de un gato cuando se le pisaba la cola. Blinda sacó otra flecha y la disparó. Esta vez la criatura se movió justo antes de que el proyectil impactara. Se movió lo suficiente como para dejar que la flecha siguiera su trayectoria. Blinda, que nunca había fallado a una distancia tan corta, se dijo que la extraña oscuridad del Primero le había dificultado la visión. Disparó otra flecha, pero se

confirmaron sus sospechas. La cosa volvió a esquivarla. Blinda disparó tres más y ninguna dio en el blanco. Caelond volvió a acercarse con agilidad, sin avanzar en línea recta sino, dando saltos y trazando un zigzag. No se escuchó ningún ruido por parte de la criatura cuando el elfo le clavó la espada. Caelond se alejó de nuevo del alcance de los miembros. Era muy rápido, inclusive más rápido que ella. El elfo se habría estado entrenando con esas criaturas durante mucho tiempo, por lo que veía. Si algún día volviera al exterior, podía hacerse rico como mercenario. Blinda esperó antes de disparar de nuevo, siguió rodeando a la criatura que ahora había disminuido en tamaño y había adoptado una apariencia más humanoide. En segundos tuvo delante de ella una figura, como tallada en madera negra, de un elfo, alto y delgado. Estaba de pie observándola con una cabeza sin facciones ni cabello. Era una estatua. Blinda notó que Caelond se acercaba hasta ella. Lo observó de perfil, con el arco apuntando a la criatura.

—Blinda —dijo el elfo, girando su espada—. Creo que tengo un problema.

—¿De qué hablas? —Blinda quería lanzar otra flecha, pero Caelond había abandonado su posición, además de haber roto su guardia. Si la cosa atacaba, él sería el primer blanco.

—Mi cuerpo, lo siento extraño. No me siento cómodo en él.

—¿Cómodo? Caelond, deja de bromear, tenemos esa cosa ahí adelante. Vuelve a tu lugar y ponte en posición.

Caelond miró a la criatura. Extendió los brazos hacia adelante y se los examinó. Se notaba que estaba preocupado por algo pero Blinda no veía nada extraño en él. De pronto la criatura había perdido la apariencia de estatua. Ahora había adoptado toda la fisonomía de un elfo. Un elfo que Blinda ya había visto. Otro Caelond estaba sonriendo saludándola con la mano izquierda, mientras que la derecha blandía una espada.

—Valla, a ese lo conozco —dijo Caelond saludando a su vez, aunque la criatura ni siquiera lo notaba.

—Eres tú Caelond— dijo Blinda, con la duda atravesando sus palabras—

—Que raro es eso. Yo estoy aquí, sin embargo...—examinándose los brazos y las manos—, no creo que este cuerpo sea totalmente mío, ¿me entiendes?

—Debe ser esa cosa —dijo Blinda. La mano que sostenía la flecha se apretó y se movió hacia atrás—¿Te ha tocado, Caelond?

—No lo creo —Caelond se palpaba todo el cuerpo, como buscando algo, pero la dríada se daba cuenta de que no era por eso.

La criatura dio un paso adelante. Blinda lo amenazó con el arco, pero no tuvo otro efecto que impedir que la criatura se moviera. Aunque la dríada dudaba mucho de que le tuviera miedo a un disparo de flecha. Ya había visto, cómo en su anterior estado había podido esquivar sus tiros con facilidad. Ahora que tenía la apariencia de Caelond, estaba segura de que sería inútil gastar más flechas. Tiró el arco a un lado y sacó la daga que enfundaba en su pierna. Caelond caminaba lentamente dando vueltas, observando cómo sus piernas se movían. A veces sonreía y otras su rostro se arrugaba como el de un hombre que trata de buscar una solución práctica a un problema abstracto sumamente complejo. Comprendió que estaba sola en esa. Antes de atacar se obligó a sí misma no tocar a esa criatura. Creía que Caelond había tenido contacto en alguna de las dos veces que la había atacado y solo bastó eso para hacer posible la transformación de la cosa. Blinda sería más prudente. Obviamente los proyectiles no servirían de nada. La cosa estaba muy bien adaptada para esquivar ataques de esa especie. Los ataques cuerpo a cuerpo eran la única manera de darle. Pero ninguna parte de su cuerpo debía siquiera rozar a la criatura, sino tal vez le robara también su forma. Entonces volvió a enfundar su daga y le sacó la espada a Caelond. Éste no protestó. Estaba ocupado apretándose los glúteos y el pecho con la cara de alguien que hurgara dentro de un baúl de trastos con la esperanza de encontrar algo de valor.

Blinda se movió hacia su izquierda, siguiendo el arco que había empezado. La criatura preparó la espada y avanzó con la misma cadencia de Caelond. La flexión de sus piernas, la inclinación de su espalda, la manera en que sostenía la espada, con el puño a la altura de la mejilla. Era más Caelond, que el real. Una de las manos del Primero quiso agarrar una pierna de la cosa cuando pasó por su lado, pero ésta le cortó los dedos con la hoja de su espada y en ese momento un relámpago iluminó el recinto. Blinda también escuchó el sonido de las olas al estrellarse contra las rocas de un acantilado. La mano, que había quedado con el saldo de un dedo, se partió en cientos de pedazos como una escultura de cristal. Blinda tuvo la sensación de que Haight había tenido algo que ver con la mano de roca. El relámpago y las olas significaron otra cosa. Un grito de dolor. Del dios o del Primero. Blinda dejó caer el telón de sus pensamientos cuando Caelond falso se lanzó corriendo hacia ella con la punta de la espada hacia adelante. Blinda se preparó para esquivar el primer golpe pero no tuvo necesidad de hacerlo porque antes de llegar, la criatura dio una amplia voltereta hacia el costado en dirección a Caelond que estaba en cuclillas inspeccionándose los pies. Blinda entendió en el acto la razón de ese

movimiento. La criatura necesitaba robar más del elfo antes de poder seguir la lucha. La dríada corrió detrás de él y por fortuna lo alcanzó antes de que llegara al original. La espada quiso entrar entre las costillas pero Caelond la esquivó antes de que la hoja lo tocara. Se dio media vuelta y de un impulso contraatacó a la dríada. El elfo apuntó al cuello pero Blinda frenó la hoja con su espada y dio un giro completo antes de atacar el pecho de la cosa, pero solo cortó la camisa, sin llegar a abrir la piel. Blinda dio un salto hacia atrás y se quedó en modo de defensa. La criatura saltó, como lo había hecho Caelond para atacarla cuando todavía era una masa informe y la dríada vio como el metal de la espada refulgía en la penumbra del Primero y caía hacia ella, siguiendo una línea recta. La dríada se agachó y se deslizó a un lado y cuando los pies de la criatura aterrizaron, la hoja de la dríada los recibió, cortando uno de ellos. De la herida salió un líquido viscoso, muy parecido a la savia de un árbol, que se derramó lentamente en el suelo. La criatura se rió. Era una risa sincera y saludable. Luego, el Caelond falso saltó con su único pie sin ninguna dificultad. Pasó por encima de Blinda y cayó delante del otro Caelond. Blinda lanzó un grito para sacar al elfo del autodescubrimiento de su cuerpo pero el otro Caelond ya lo tenía entre sus brazos. Sí, lo estaba abrasando. La imagen fue tan extraña que Blinda tuvo que detenerse un segundo a preguntarse que era todo aquello. El Caelond falso abrazaba al Caelond verdadero y éste a su vez, como si fueran dos amigos que se encontraban luego de muchos años de no verse.

Blinda se apresuró todo lo que pudo para separarlos pero antes de que pudiera apartar al Caelond verdadero, el otro ya lo había soltado. El elfo había quedado de pie, los brazos colgando como dos cadenas de salchichas y la cabeza algo inclinada hacia la derecha, en la posición en que había quedado sobre el hombro del otro. Ninguna gota de sangre caía al suelo. Blinda lo examinó con rapidez y no encontró herida. El otro Caelond enfundó la espada y se sentó sobre una mano de piedra abierta. Se cruzó de piernas y no hizo nada más. Había recuperado su pie. La dríada no esperaba que atacara, así que se tomó más tiempo para averiguar que había pasado con el verdadero Caelond.

Tanteó su cuerpo en busca de algún indicio de golpe que la criatura le hubiera asestado pero no halló nada. Caelond no parecía enterarse de que ella estaba allí. Tenía los ojos de un muñeco. Detrás de ellos, Blinda no veía otra cosa que vacío. Como si un hechicero lo hubiese convertido en una cáscara de lo que era. Había visto conjuros dejar a hombres y elfos en aquel estado. Lo

sacudió, le dio una cachetada. Nada de eso logró que Caelond volviera en sí. Ni siquiera pestañeó. Blinda se dio vuelta y enfrentó a la criatura.

—¿Qué le has hecho? – caminó hasta él, dispuesta a quitarle la vida sin esperar respuesta.

—Hemos ganado, Blinda— la criatura tenía la misma voz de Caelond—, defendimos el Primero.

—Voy a cortarte la maldita cabeza, hijo de puta.

Blinda se arrojó sobre el Caelond falso pero este saltó a tiempo para que su cuello no recibiera el golpe de la espada.

—¿Qué haces, dríada? –preguntó Caelond con la voz quebrada por la alarma— ¿Estás loca?

—Lo que sea que le hayas hecho a mi amigo, deshazlo o no seré piadosa contigo.

—No entiendes. Mírala. Hemos dejado fuera de combate a la criatura. Hemos ganado, Blinda.

—Esos trucos no te van a servir conmigo— Blinda realizó un salto hacia la criatura y giró en el suelo hasta quedar atrás de él. El falso Caelond, que había creído que Blinda lo atacaría luego del salto, sacó la espada para parar un golpe que nunca llegó. Blinda iba a impulsarse hacia la espalda del elfo para acabarlo de un solo golpe, cuando la voz de Hirght abortó el intento.

—Basta, Blinda –dijo Hirght apareciendo en algún lado como si el mismo éter lo hubiera creado del polvo.

—Hirght, ocúltate que la criatura todavía está viva.

—Me temo que no, mi dríada.

Hirght se paró delante de Caelond y pasó su palma delante de sus ojos. El elfo no reaccionó.

—Le ha robado la forma a Caelond y actúa igual que él. Ese de ahí es Caelond. Debe haberlo hechizado o algo así.

Blinda estaba con la espada preparada para arremeter en cualquier momento. El Caelond falso se había dado la vuelta, pero se mantenía a la defensiva.

—Ese de ahí es el único Caelond. Aquí está la prueba de que hemos derrotado al imitador— Hirght señaló a Caelond.

—Estás equivocado, Hirght. Ese es Caelond. Éste hijo de puta de acá es la criatura. Es idéntica a él, pero créeme, yo lo he visto. Sé lo que hizo.

—La criatura –explicó Hirght— es un imitador de vida. Lo único que tiene que hacer para robar la vida del otro es entrar en contacto con él. Pero el

contacto debe durar cierta cantidad de tiempo. Caelond rozó a la criatura en su segundo ataque. Esto bastó para que el imitador robara su imagen. Por eso viste a Caelond actuar de forma extraña. Su imagen ya no le pertenecía a él, sino a la criatura. Miraba su cuerpo como algo ajeno que lo siguiera a todas partes. Un cuerpo que ya había olvidado.

Blinda contempló al Caelond falso. El elfo le hizo un ademán con las manos para que tratara de no atacarlo y guardó su espada. Blinda bajó su arma pero las palabras de Haight todavía no la satisfacían.

—Este de aquí —dijo Blinda señalando al Caelond falso—, abrazó a Caelond y luego él quedó así, paralizado.

—La criatura lo hizo para robar todo lo que quedaba de Caelond— Haight palmeó la espalda del elfo. Este se tambaleó hacia adelante y volvió a su posición—. Su personalidad, sus pensamientos, su memoria, sus sensaciones y sentimientos. Todo lo que debería ser Caelond.

—Pero, entonces cómo la derrotamos si sigue aquí, delante de mí y Caelond, bueno...

—Por eso la derrotamos —dijo Haight—. Verás, algo que no te dijimos es que el imitador, o mejor dicho el “roba seres”, se anula a sí mismo con los Caelonds.

—¿Los Caelonds?— Blinda se mostró más ofuscada.

—No es el primer Caelond que me ha ayudado dentro del Primero. Por alguna razón, Caelond, bueno, el primer Caelond, el original que me trajeron, tenía algo en su organismo o en su ser que anulaba la conciencia del “roba seres”, haciendo que este perdiera su propia voluntad, o que la voluntad de la vida robada desplazara a la suya propia.

Blinda hizo una señal para que Haight aclarara lo que para ella seguía siendo extraño.

—Al robar la vida de Caelond —explicó el dios del Primero— robaba también esa parte de él que destruía su voluntad, dejando la voluntad o la esencia de Caelond a cargo de la situación. En otras palabras, al robar a Caelond, la criatura se volvía completamente Caelond, destruyéndose a sí misma.

—Ah —fue un siséo que Blinda expulsó cuando pudo organizar las ideas de su pensamiento—. Quiere decir que no es la primera vez que ocurre ¿Cuántos Caelond hubo dentro del Primero?

—Cientos. Los “roba seres” son muy frecuentes. Antes de que Caelond apareciera, dependía de mis conjuros para confundirlos y enviarlos de nuevo

al sótano. Gracias a él, el método para derrotarlos se volvió más sencillo. Si lo hubieras matado, tendríamos que haber vuelto a las viejas prácticas, más complejas.

—¿Y quién dijo que esta dríada podía derrotarme? —rió Caelond, que ahora era el verdadero.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Blinda estaba furiosa. Se sentía una tonta a la que habían engañado o usado para lograr cosas que le ocultaban.

—No podía correr el riesgo de que intentaras defender a Caelond y caer víctima del “roba seres”. Todo debía darse de manera natural. Además quería ver que tan buena eres para el combate. Tal vez si creías que Caelond se sacrificaría para vencer a la criatura, intentarás salvarlo o te volvieres contra mí.

—Tú no me conoces, Hirght —Blinda lo regaña, clavando su espada en el suelo. Ardía en rabia—. No me interesa la vida de este elfo, ni siquiera la tuya. Es lo que hay allí debajo lo que me preocupa. Es algo salido de las pesadillas. El miedo me obliga a quedarme aquí, en el Primero ayudándote a impedir que salgan al mundo de afuera. Pero no me mientas, nunca más, ¿entendido?

Hirght movió la cabeza. Luego, tomó de la mano a Caelond y lo condujo hasta el otro lado del Primero, que había recuperado su luz interna. Cuando llegó al sótano, el dios del árbol le dio un empujón y el viejo Caelond desapareció dentro del abismo.

XXIV

Llegaron cuando el sol estaba mostrando sus primeros cabellos rosados. Brittany se había quedado dormida sobre el caballo hasta que alguien la zamarreó para que despertara. Tuvo que hacer un rápido movimiento para no caerse del animal.

— ¿En tu mundo duermen tanto, niña? —Greg estaba a su lado, su caballo estaba pastando unos metros más allá. Había poca vegetación, así que el animal debía cambiar de sitio a cada instante para poder seguir alimentándose. Lo habían desatado. Sus muñecas estaban rojas por lo ajustado de las cuerdas. Adelante estaba la entrada a la ciudad. Unos muros de barro, surcados de grietas desde donde crecía la maleza, también servían como senderos para insectos de varias clases como los ciempiés, gusanos de lana, y hormigas guerreras. Las puertas no eran tampoco impresionantes como Brittany lo hubiese esperado. La madera de las mismas había sido descuidada y en muchas partes presentaba cortes, hendiduras y tablas flojas. Los elfos se encontraban ante ellas, y hablaban con un par de hombres altos y de grandes músculos vestidos con armaduras plateadas y yelmos con un crestón en forma de puntas, tan altas como el resto del casco. Brittany pensaba que si apoyaba un dedo en alguna de esas puntas, seguro que sangraría.

Cuando los elfos regresaron, Greg se adelantó hacia ellos.

— Podremos pasar, solo si accedemos a dejar a la niña al cuidado de los sacerdotes carceleros.

— Me importa una mierda la niña y esta ciudad de chiflados— dijo Greg lanzando una piedra contra los muros. La roca se hundió en el barro, y quedó allí como el corcho de una botella— Si no quieren que lo poco que queda de su gente desaparezca mañana mismo, llévenme a Cadwgan.

Melkileben miró a su compañero con una sonrisa, luego le respondió a Greg con un puñetazo en la mejilla. El príncipe se llevó una mano a la cara y miró a los elfos con rencor. De los intersticios de sus dientes salía espuma. Su respiración se aceleró y Brittany pensó que se iba a arrojar contra el elfo como esos luchadores de la tele que terminan ensangrentados y casi muertos. No lo hizo. En cambio cerró los ojos y respiró hondo. Fue hasta el caballo de

Brittany y bajó a la niña tirándole de los cabellos. Brittany sintió un ramalazo de dolor como nunca en su corta vida. Las lágrimas afloraron en el mismo instante en que su cuerpo cabelludo se estiró, amenazando con desprenderse de su cráneo. Calló con el rostro contra el suelo. Se lastimó el labio y unas gotas de sangre mojaron la tierra seca del lugar.

— Aquí está su pequeña puta —dijo Greg y casi le dió una patada, pero Melkileben lo amenazó con la espada, apuntándole con la punta de la misma.

Brittany lloraba y se limpiaba la sangre del labio con los bordes de su remera. Miraba a los elfos y a Greg pero ninguno reparaba en su sufrimiento. Melkileben la levantó por un brazo y le señaló las puertas de la Ciudad de los dioses cautivos.

—Entraremos todos, niña —dijo Melkileben con una voz suave, y sin ninguna expresión—. Descuida, no te quedarás en este sitio. Eso no es lo que nos han ordenado hacer. Pero hay que mentir para poder entrar. ¿Dejarás de llorar?

Brittany asintió después de soltar su última lágrima. Fui difícil para ella detener su llanto. Melkileben aguardó su respuesta, mientras el otro elfo tomaba de las bridas a su caballo y le hacía señas a Greg para que hiciera lo mismo.

Al final movió la cabeza y Melkileben la llevó hasta las puertas. Uno de los guardias las abrió y todos entraron en la Ciudad de los Dioses Cautivos.

Adentro, el espectáculo hizo que Brittany se sintiera un personaje de una película de terror. Las casas de la ciudad parecían estar abandonadas. Ninguna tenía puertas ni ventanas, por lo que se podía ver el interior de cada una, iluminadas por la luz del día. Tampoco es que hubiera mucho que ver. La única habitación con la que contaban las viviendas de madera estaba vacía. En algunas se podía ver a alguien apoyado con los brazos en el hueco donde iría la ventana.

—¿Por qué esas casas no están terminadas? —preguntó Brittany caminando a la par de Melkileben, que en ese momento era el único en el que tenía depositado algo de confianza.

—Porque es lo único que estas gentes necesitan. Su único propósito es torturar a sus dioses y vivir del dinero u objetos de valor de los que llegan a buscar respuestas.

La visión de las casas pasó a un segundo plano cuando la niña miró hacia arriba y descubrió, por encima de los tejados de paja que se levantaban o

colgaban hacia los costados, una construcción que terminaba en punta, en cuyo centro había una escalera de piedra. En la cima de la construcción, Brittany podía ver a un hombre alto y de anchas espaldas, aún a esa distancia se podía apreciar los brazos fornidos y un cuello tan ancho y duro como una columna. Llevaba el cabello revuelto pero no podía distinguir su rostro.

—¿Qué es eso de allá? —preguntó Brittany, con la esperanza de que Melkileben le respondiera.

—Vamos a verlo más de cerca, niña —Melkileben avanzó, empujando a la niña que casi tropezó.

Greg pasaba una rápida mirada por el interior de las casas, buscando a alguien que pudiera haber visto en las fiestas de la corte. Un comerciante, un mensajero, o cualquier pobre diablo que lo reconociera y que corriera la voz de que el príncipe GragVannagan estaba en la Ciudad de los Dioses Cautivos. Pero no tuvo suerte y el otro elfo lo estaba vigilando para que no perdiera el paso.

Del otro lado de las pocas casuchas, la ciudad se convertía en una feria de tortura. Brittany pudo ver que la construcción anterior, se trataba de una pirámide, muy similar a la que había visto en un libro de historia. No recordaba el nombre del pueblo que las había construido, pero estaba segura de que no eran los egipcios. La escalera de piedra era gris y tan pulida que reflejaba las cosas que había a su alrededor. Estaba impecable, ni siquiera pudo notar huellas de pisadas o de polvo, como si alguien se hubiese encargado de limpiarla muy recientemente. Arriba de la escalera el hombre de cabellos revueltos que había visto la primera vez, tenía un rostro muy extraño. Una nariz gruesa y en forma de pico modificaba el resto de sus facciones. Sus ojos se estiraban hacia adelante siguiendo la dirección de la prominente nariz y su boca se curvaba desde el medio hacia atrás, como la de un pescado, pensaba Brittany. Tenía en su mano un cuchillo tan grande y lleno de dientes que Brittany presagiaba el dolor que se debería sentir al ser herido por aquel arma. Atado de pies y manos contra un poste de madera, había un joven, bello y esbelto, totalmente desnudo. Brittany había visto una vez la cosa que los hombres tienen colgando allí abajo, en un video que una de sus compañeras de escuela le había enseñado, pero ahora la veía por primera vez en vivo.

— Éste es Gwar —dijo el hombre de la enorme nariz—, el dios de la supervivencia. ¿Alguien tiene una pregunta para hacerle?

Ni los elfos ni Greg dijeron nada. Todos contemplaban al hombre y al

joven como si fuera un entretenimiento nunca antes visto. Greg se hacía visera con la mano para que la luz del sol no lo incordiará.

—Entonces, Gwar, recibirás tu castigo.

El hombre de nariz prominente alzó su machete y descargó un golpe sobre el hombro de Gwar. En seguida, la sangre saltó en un abanico rojo y cayó al suelo desde donde descendió por las escaleras, reptando como un insecto.

Brittany se tapó los ojos. Gwar lanzó un alarido que le resonó en el estómago, revolviéndoselo, provocándole náuseas. Ella miró a Melkileben, y el elfo tenía el seño fruncido, pero en sus ojos, la niña podía captar algo de interés por lo que estaba presenciando.

El hombre alzó de nuevo el machete. Brittany no quería ver de nuevo pero por alguna razón, no pudo apartar la mirada cuando la hoja cortó la carne al costado del abdomen, serruchándola tres veces antes de apartarla. La sangre fluyó con más caudal que antes, formando una película roja que cubría los primeros escalones e iba conquistando los de más abajo. Gwar se sacudía todo lo que le permitía las amarras de sus miembros. Sus alaridos eran monstruosos. Ni en sus peores pesadillas, Brittany se hubiese imaginado que el ser humano podía ser capaz de emitir tales sonidos.

—¿Por qué le hacen eso? —preguntó con una voz sumida en el desconcierto

—Son los dioses cautivos, niña —dijo Melkileben sin dejar de mirar lo que ocurría en la cima de la pirámide escalonada—. Aquí son ellos los que reciben las torturas de sus seguidores. Ellos son su propio sacrificio.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Brittany, observando como Gwar inclinaba la cabeza hacia un costado para escupir sangre.

—Eso pregúntaselo a ellos —Melkileben rió al ver que Brittany se quedaba pensando en la respuesta.

Luego vieron otras torturas que se distribuían por toda la ciudad. El espacio para edificios dedicados a las torturas de dioses ocupaba el mayor porcentaje del terreno de la Ciudad de los Dioses Cautivos. Se detuvieron delante de un pozo de gran circunferencia. Brittany pensaba

que dos casas juntas podían entrar en ese agujero y caer sin quedarse atascadas. Coronando ese abismo, había una hilera de cráneos, algunos intactos y otros desquebrajados, sin mandíbulas, sin dientes o con la cabeza agujereada. Había una plataforma en medio del pozo, hecha de madera y sostenida por dos cuerdas sujetas a postes que se balanceaban un poco, a los costados del círculo. Sobre la plataforma había otro joven, de cabellos dorados y alto como esos corredores africanos que Brittany había visto en la televisión. Brittany sintió cierto alivio al ver una sonrisa en su rostro angelical. Como el joven de la pirámide, aquel también estaba atado de pies y manos, pero sin estar sujeto a ningún lado. Llevaba puesta una tela ajada que le cubría sus partes pudendas, como si fuera un short improvisado. Desde adentro de esa tela, salía una cuerda que terminaba atada al travesaño que unía los dos postes en los extremos del círculo. Junto a uno de los postes, había una mujer algo entrada en años, con el cabello cano desgreñado y verrugas en su labio y frente. Verrugas verdes superpuestas como si se trataran de eslabones del cuerpo de un gusano que le saliera del rostro. La mujer sujetaba con una mano una palanca añadida a uno de los postes.

—He aquí al gran Jero —exclamó la mujer—. El dios de los deseos femeninos. ¿Alguien desea consultarlo?

La mujer dirigió su mirada a ellos que eran los únicos que prestaban atención a lo que ocurría. La poca gente que pasaba a su lado apenas reparaba en lo que ocurría. Eran habitantes de la ciudad. Hombres y mujeres que caminaban, conversando con ánimo, sonriendo, dirigiéndose a otros edificios o solo dando vueltas sin ningún rumbo aparente señalando de vez en cuando a los torturados y reanudando sus conversaciones con una carcajada o con un gesto ridículo de uno de ellos que el otro festejaba a veces con un aplauso, y otras doblándose de la risa.

Ni lo elfos, ni Greg respondieron a la mujer. El príncipe había perdido el interés por su condición de prisionero, o eso creía Brittany, porque miraba todo con la atención de un aficionado, examinando al joven sobre la plataforma y observando el interior del pozo, al que Brittany no se quería acercar ni por todo el oro del mundo. La imagen de Gwar siendo serruchado y tajado por ese machete le había robado esa valentía que creía poseer antes de entrar a esa ciudad.

La mujer bajó la palanca. Entonces la superficie desapareció y la cuerda que salía de abajo de tela del joven que le servía como pantalón, se tensó al momento en que él cayó. Quedó colgando, alternando con la cabeza apuntando al vacío o al cielo. Su cuerpo giraba, balanceado por la cuerda. Finalmente, quedó con su cabeza en dirección al abismo del pozo. La falda le descubrió dónde estaba el nudo de la cuerda.

—Esas bolas deben estar a punto de estallar— rió Greg.

Los testículos del joven se estiraban dejando una delgada línea blanca que mantenía unido su cuerpo a la cuerda. La línea de piel había alcanzado la misma longitud del cuerpo del joven. Para sorpresa de Brittany, el rubio no gritaba, ni siquiera se lo podía oír gemir. Su rostro se torcía en todas las formas de sufrimiento que un hombre puede experimentar en un breve momento, pero ninguna queja salía de su boca.

—Esto es algo que solo los hombres son capaces de hacer —dijo Melkileben dando media vuelta y alejándose.

El otro elfo lo siguió, pero Greg permaneció contemplando cómo el cuerpo subía y bajaba, y cómo sobre el nudo de la cuerda, una pelota violácea se hinchaba y se estiraba con el peso del cuerpo. Brittany sabía que Greg estaba esperando el momento en que la cuerda se partiera y el joven cayera al fondo del pozo, donde quien sabía qué cosas lo estarían esperando. La idea hizo que Brittany se estremeciera y decidiera seguir a los elfos.

—Vamos, príncipe —llamó Mekileben, haciendo señas para que Greg lo siguiera.

Siguieron caminando entre edificios con formas triangulares y otros con entradas abiertas en las rocas, como minas que se adentraban en la oscuridad. No había niños allí y Brittany pensó que todos habían muerto de espanto o sus padres los mantenían ocultos en algún lado para que no presenciaran esos horrores. Un par de mujeres de características similares a la vieja con verrugas del pozo, pasaron al lado de Brittany y le hicieron una seña con la mano que ella no comprendió.

—Parece que no les gusta nada que estés aquí, mocosa —dijo Greg—. Estas personas están locas, pero saben cosas que nosotros ignoramos.

—Por eso estamos aquí —añadió Melkileben—. Debemos encontrar al dios que nos brinde la respuesta necesaria para saber cómo debes volver a tu raíz, niña.

Se detuvieron delante de unas escaleras que ascendían en espiral hasta un rellano desde el que se elevaban otras dos escaleras en direcciones diferentes. Una de ellas terminaba ante un edificio con rejas en una entrada y la otra en una puerta de madera, precedida por dos estatuas de guerreros con armadura y espadas que se cruzaban por encima de la arcada de la puerta. A los pies de la escalera, una figura encapuchada los saludó con una inclinación de cabeza.

—El dios a quien buscan se encuentra al final de estas escaleras —dijo el encapuchado—. Demetria, la que ve en el espejo.

—Bien —dijo Melkileben mirando a los otros—. Subamos entonces. El príncipe y la niña irán adelante. Tú —señalando al encapuchado—, guíanos.

El encapuchado enseguida comenzó a subir la escalera de caracol. Melkileben amenazó a Greg, señalando el mango de la espada para que no intentara darse a la fuga. El elfo podía leer muy bien las intenciones de los hombres. Estos eran tan transparentes como una ventana por la que podías apreciar los sentimientos que se ocultaban. El príncipe desechó la idea de salir corriendo hasta perderse entre los edificios de torturas y subió. Brittany lo siguió, luego Melkileben con el otro elfo cerrándole el paso. Greg le tenía más miedo a las flechas del otro elfo que a la espada de Melkileben. Un humano libre pero desarmado contra dos elfos armados, uno de ellos con un arco, no podía hacer nada más que obedecer, era tan impotente como si le hubiesen cortado los brazos y las piernas.

Ingresaron por la puerta de madera. Brittany vio los rostros de los dos guerreros y le parecieron iguales. Quería preguntar quiénes eran pero cuando el encapuchado abrió la puerta, una vaharada de encierro y humedad hizo que su nariz se arrugara. Adentro, una serie de prisiones se sucedían por un pasillo de tierra que ondulaba y se retorció para adentrarse entre otras filas de prisiones que se perdían en la oscuridad. La poca luz que había y que les permitía avanzar sin tropezarse por el irregular terreno, provenía de unas antorchas colocadas en las delgadas

columnas del muro que separaban las prisiones. Brittany caminaba más cerca de Melkileben. Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, la soledad la invadió y fue como si toda su vida con sus padres, quedara detrás de ella. El otro elfo observaba con intranquilidad las vacías prisiones que no albergaban más que abandono. Greg había adoptado una seriedad que la niña sabía que no estaba relacionado con el hecho de hallarse prisionero de los elfos. A ella le parecía una distante idea la risa, algo que no tenía ningún sentido en aquel sitio. El encapuchado los llevó por diferentes corredores hacia izquierda y derecha, tantas veces giraron con sus sombras adelantándose y estirándose hacia atrás que a Brittany le hubiese sido incapaz volver sobre sus pasos si quedase sola. Finalmente llegaron a una prisión que cortaba el pasillo. Estaba sola y era un poco más grande que las otras. Y también, a diferencia de las otras, estaba ocupada. Ni Greg ni Brittany pudieron contener el aliento ante la criatura que estaba encerrada detrás de esos barrotes. Tenía el cuerpo de una mujer muy vieja, desnuda. Una obra marchita y reducida a pliegues de piel con várices y manchas amarillentas y costras que caían desmigajadas al suelo. Con el tiempo, esas migajas habían formado una capa de polvo sobre la tierra del suelo que se adhería a la piel de la mujer, la cual yacía sentada con las piernas dobladas hacia un costado. Piernas sin pies, terminados en huesos que sobresalían de los muñones. Greg sabía, por las marcas dejadas en esos huesos, que habían sido picados a cortafierro y martillo. La mujer estaba ciega. Se podían ver dos pequeños agujeros que se estrechaban hacia el interior de las cuencas. El cabello de la anciana era la única señal de juventud y salud que se podía apreciar. Una cabellera larga y ondulada, roja como la ráfaga que atraviesa la mente cuando un dolor intenso arremete. Tenía un débil y lechoso brazo apoyado en el suelo y parecía mirar un pequeño espejo circular que estaba debajo de ella. Greg pensó que estaba loca, como la mayoría de los adivinos y que ese viaje no tenía ningún sentido para él. Recordó a los magos de la Estrella Rampante y sintió por ellos un desprecio tal que se imaginaba a sí mismo en el palacio de Cadwgan ordenando la inmediata ejecución de todos los miembros de aquel círculo de magia. Brittany sentía pena por la mujer. Estaba tirada como un animal, sucia, desnuda y seguramente hambrienta. Se lamentó de no llevar nada consigo para alimentarla, como otras veces lo había hecho con los animales en el zoológico. Ella extendía las manos entre los barrotes y los

monos tomaban lo que les ofrecía tan rápido, como si ella fuese a arrepentirse.

—Ella es Demetria, la diosa fuera del tiempo —dijo el encapuchado—. Pueden preguntarle lo que sea, pero les advierto solo una cosa.

—¿Y qué es eso? —preguntó Greg apenas el otro hubo terminado de hablar.

—El sacrificio lo impone ella. Puede ser una tontería como unas pocas monedas de cobre o algo de más valor para ustedes.

—Muerte, ¿no? — Greg se frotó la barbilla con su mano—. Puede que pida la muerte de uno de nosotros.

—Por supuesto —dijo el encapuchado con una voz átona—. Eso ha ocurrido otras veces.

—Entonces a la mierda con esta locura. No voy a dejar que una vieja cautiva pida mi vida para buscar una respuesta a sus tontas fantasías élficas.

Greg dio media vuelta y empezó a alejarse cuando algo le pasó silbando por el oído izquierdo. Se giró con lentitud, todo su cuerpo endurecido del cuello para abajo.

Brittany no había notado en qué momento el otro elfo había sacado el arco y disparado la flecha. De pronto, estaba a su lado apuntando con otra flecha a Greg. Melkileben no se había molestado en decir nada. Estaba contemplando a la vieja de cabello rojo. El encapuchado no atendía lo sucedido. Dentro de la negrura de su capucha, no se atisbaba ningún indicio de su apariencia.

—Vuelve aquí, príncipe— indicó Melkileben—. Ya no puedes separarte de la niña. Han sido unidos por la antigua magia de los elfos. Solo cuando se cumplan los designios de nuestro rey, recuperarás tu libertad. Ella es importante, no tú. Si es necesario podemos aniquilarte y buscar otro modo de regresarla a su mundo.

Greg no siguió avanzando. Se apoyó en uno de los barrotes a su derecha, con los brazos cruzados, sin dirigirle la mirada a nadie.

— ¿Harán su pregunta a Demetria? —preguntó el encapuchado, ajeno a los

acontecimientos de su alrededor.

— Bien —dijo Melkileben—. Creo que seré yo quien la haga —su voz sonaba insegura, o eso creyó Brittany —Demetria —dijo, adelantándose hasta quedar pegado a los barrotes—, la niña que está aquí es Brittany, y mi gente ha descubierto que viene de otra raíz del gran árbol Grenmesslit. Necesitamos saber cómo podemos regresarla a su mundo, porque su presencia en el nuestro puede ocasionar graves desastres. Quien la encontró fue el príncipe Greg Vannagan de Cadwgan, el reino que domina Gimm. Ambos fueron unidos por la magia de los elfos, por lo tanto él la protegerá y estará con ella hasta su partida. Necesitamos saber — Melkileben hizo una pausa, como si probara las palabras antes de seguir —, ¿qué debemos hacer?

Demetria no dijo nada. Durante diez minutos se quedó observando el pequeño espejo en el suelo. Brittany comenzaba a sospechar que la mujer no había escuchado nada de lo que Melkileben le había dicho. Tal vez estuviera tan sorda como ciega. Pero no se animó a romper aquel silencio. Se sentía como quebrar con una conversación importante entre adultos mientras ella esperaba sentada en un rincón de la sala. No sabía por qué pero ese silencio era extraño. No era un silencio como el que se experimenta a la madrugada, cuando uno se levanta al baño porque la naturaleza así lo dicta. Si uno ponía atención, Brittany creía que detrás de ese silencio, podía escuchar una voz, como una música secreta que estuviera fluyendo en el fondo de todo.

— Deben —dijo Demetria y todos movieron la cabeza como si despertaran de un sueño profundo— buscar el metal.

— ¿Qué metal? —preguntó Melkileben luego de un tiempo de espera que consideró adecuado.

— Deben buscar el metal. Deben hallar al ladrón sin rostro. Él tiene el metal.

— Dinos dónde podemos encontrar a ese ladrón —Melikelben adelantó su rostro entre los barrotes—. Demetria, es necesario que nos digas algo más.

— El ladrón sin rostro se lo robó al hechicero renegado. El metal es su solución. Solo el hechicero renegado puede abrir sus secretos.

Otra pausa. Demetria levantó el espejo y lo acercó a su rostro consumido por el tiempo. Una máscara de barro cruzada de arrugas que podría deshacerse con la más ligera brisa.

— Deben apurarse –musitó Demetria y la superficie del espejo se llenó de su aliento—. La muerte está cerca de ustedes. Aún no me dice quién caerá primero. Si la muerte me oculta algo, entonces lo que está ocurriendo no puede ser nada bueno. Para ustedes, por supuesto.

— Disculpa –dijo Greg, ubicándose junto a Melkileben. Brittany estaba tan concentrada en lo que decía Demetria, que no lo había visto pasar a su lado—, pero debes ser más específica, mujer. El hechicero renegado, el ladrón sin rostro. ¿Dónde están? Dinos un lugar.

Melkileben no lo dijo, pero esa iba a ser su siguiente pregunta. Asintió hacia la vieja. Las llamas de las velas parpadearon. Demetria se removió en su lugar, cambiando de posición las piernas y apartándose el cabello hacia un costado.

— En una taberna muy conocida. Veo unos enanos. Acero y sangre. La muerte observa desde las gradas. Una guerra. El demonio está ebrio.

Luego de decir esto, Demetria volvió a dejar el espejo en el suelo. Su cabeza dio un giro y su cabellera dibujó un círculo como la cresta de una llama agitándose en el aire. Volvió a adoptar su anterior posición. Observando con las cuencas huecas de su rostro aquel espejo donde parecía ver cosas que no estaban en ese lugar.

— Demetria ha terminado de ver –anunció el encapuchado—. Ahora ella les dirá cuál será el sacrificio que deben hacer.

— Y una mierda con el sacrificio –vociferó Greg golpeando un barrote con la palma de la mano. El timbre del golpe reverberó en todo el espacio, perdiéndose poco a poco en un ascenso cada vez más fino— Esta vieja no nos ha dicho nada. Si vamos a pagar, entonces que sea por información que podamos usar.

— Príncipe Greg –dijo Melkileben—, ten en cuenta que...

Greg dio un puñetazo a Melkileben justo en la boca. El elfo se apartó de los barrotes con la mano cubriéndose los labios. Su ceño convirtió su mirada en el de una serpiente a punto de lanzar su mordida.

— Al carajo con ustedes, elfos. Al carajo con todo esto. Soy el hijo del rey Vannagan de Cadwgan. Me han arrastrado a la fuerza hasta este lugar y han lanzado un conjuro sobre mí. Dense por muertos si me dejan en libertad. Nada podrá salvar a lo que queda de su pueblo de una exterminación. Su maldito rey los ha condenado a todos.

— Demetria está lista para pedirles el sacrificio – el encapuchado habló y hasta Greg mismo prestó atención. Demetria volvió a ser el centro de interés.

— Quiero – susurró Demetria, alisando su cabello con las dos manos— un recuerdo de Brittany.

Brittany se encogió, igual que un animal que ve el cinturón de su amo agitarse delante de él. Tragó aire con la boca muy abierta y dio un paso atrás. Melkileben pasó una fugaz mirada sobre ella, como si a él también el pedido le hubiese afectado de algún modo. Greg sonrió, igual a alguien que se encuentra de repente al final de una cuesta empinada que parecía nunca acabar.

— Vaya –dijo, dirigiéndose a todos—, nos ha costado barato, al fin de cuentas. Terminemos con este circo y dale a la vieja lo que quiere, niña.

— Espera –atajó Melkileben—. Demetria, ¿es necesario lo que pides a la niña? Después de todo, es para devolverla a su mundo la razón por la que estamos aquí. Si algo le llegara a ocurrir a ella, todo esto sería en vano.

— El sacrificio fue pedido –dijo el encapuchado—. Deben cumplirlo o todos morirán aquí mismo. Ese es el precio.

— ¡Denle lo que quiere! –gritó Greg—. ¿Acaso son estúpidos? Ya vieron lo que pasa afuera. Un montón de lunáticos torturando a sus dioses. Vamos, niña. Entrégale un recuerdo a la vieja. ¿Eres una mocosa, que tantos recuerdos importantes puedes tener?

— No quiero –farfulló Brittany. Su corazón galopaba enloquecido. Estaba a punto de llorar, de pedir ver a su madre, de pedir volver a casa, a su habitación o al enorme árbol de su plaza, un lugar conocido, lejos de ese mundo tan siniestro— No quiero...yo, tengo miedo.

— Debes hacerlo, niña –dijo Melkileben sin mirarla—. No te preocupes, no te lastimará. Después de eso, podemos buscar ese metal y regresarte a casa.

Brittany se enjugó los ojos y se obligó a no llorar más. ¿Qué podía hacer? Si ese era el precio por volver a su hogar, entonces lo pagaría. Un solo recuerdo. La anciana no estaba pidiendo un brazo o una pierna de ella que era algo que seguro la mataría del dolor. Nada más que un recuerdo y estaría otro paso cerca de casa. El encapuchado sacó unas llaves de su manga y abrió la puerta de la prisión. El metal chirrió cuando la vieja puerta se deslizó hacia la izquierda. Brittany tomó aire y avanzó hacia el interior de la prisión. Sus

zapatillas dejaban una huella casi perfecta sobre la alfombra de polvo y costras de ese habitáculo. Las rejas volvieron a cerrarse detrás de ella. Se asustó cuando vio que solo veía las sombras de los demás, alargadas hasta desaparecer en las tinieblas superiores de ese sitio. Sentía frío y ganas de acostarse a dormir.

— Acércate, Brittany —dijo Demetria, haciendo rizados en su cabello con un dedo—. Ponte a mi lado así puedes darme lo que ahora es mío.

Brittany obedeció. Con miedo, con frío, se ubicó tan cerca de Demetria que si estiraba un dedo podía tocar su apergaminada piel.

XXV

Llevaban media mañana avanzando a una velocidad moderada, siguiendo el camino, atentos a cualquier punto movedizo que alcanzaran a ver adelante. Habían parado un par de ocasiones para alimentar a los caballos y dejarlos recobrar fuerzas, pero no querían desperdiciar ningún segundo. El cazarecompensa podía estar de regreso, inspeccionando los lugares en busca de la presa fugada. Por eso, Pearce tenía los ojos siempre clavados adelante. Cualquier poblado al que se aproximara debía ser rodeado. El grandulón podía estar hospedado en alguna taberna, esperando, sentado en la última mesa, con el rostro oculto bajo un sombrero o una capucha. A Pearce se le venía a la mente varias imágenes de este tipo. Solitarios desconocidos que nadie veía, en los que nadie reparaba. Tanto podían estar muertos como vivos recostados sobre la silla, exhalando vaharadas de humo blanco que se contorsionaban mientras ascendían a la nada. Cuando notabas su presencia, era demasiado tarde. No sabía de dónde provenían esas imágenes, pero parecían salir del interior de un cuadro, donde los dibujos estaban en movimiento. Algo raro. Ese cuadro no era un cuadro, tenía otro nombre.

—Película —dijo Bradley cuando habían disminuido la velocidad de sus caballos para comer una de las manzanas que habían recogido en el camino.

—¿Qué? —Pearce lo miró con desconcierto. En realidad lo había escuchado muy bien y lo que hubiese querido decir era “exacto”.

—Nada —Bradley sorbió el jugo de la fruta que se desbordaba pro sus labios.

—Dijiste algo, dilo de nuevo, vamos.

—No dije nada —dijo Bradley, sonriendo—, o bueno, sí lo dije pero no recuerdo qué.

—Película. Dijiste película.

—¿Lo hice? —Bradley miró hacia arriba como si quisiera encontrar en el cielo el momento justo en que había soltado esa palabra.

—¿Qué es película? —preguntó el músico luego de una pausa.

—No sé —Pearce mascullaba y Bradley apenas podía cazar algo de lo que decía —.Pero estoy seguro de que ninguno de los dos ha visto jamás una película. Creo que es algo parecido a un cuadro, una pintura, pero las

imágenes se mueven y hay sonidos. Hasta música.

—¿Música?— Bradley arqueó las cejas—. Parece algo asombroso. ¿No se tratará de algo mágico?

—No, es otra cosa— Pearce creía estar seguro de lo que decía. Había visto todo tipo de magia en su corta vida de estudiante en la torre, pero nada como esa imagen que se había instalado en su mente.

El caballo de Bradley relinchó cortando la meditación de Pearce. El mago detuvo su montura, al igual que Bradley, al ver lo que había asustado al animal. Un enorme cerdo sabueso se había parado delante de ellos cortándoles el paso. Por lo que Pearce sabía, un cerdo sabueso tenía más cuerpo que un cerdo común, y la nariz era el triple del tamaño, la misma casi le cubría todo el rostro. Los pequeños ojos del animal caían como dos gotas a los costados de su nariz y su boca tenía la forma de un embudo cuando se abría y de una delgada línea curvada hacia abajo cuando estaba cerrada. Se podía usar un cerdo sabueso para hallar casi cualquier cosa que tuviese su aroma. Los cazadores usaban los cerdos sabuesos para perseguir a sus presas, los soldados hacían uso de esos animales para descubrir la ubicación del enemigo o capturar un criminal. Los comerciantes disponían de varios de estos animales para recuperar artículos robados por clientes conocidos o para buscar raíces comestibles en sitios salvajes que se podían vender muy bien en los mercados y en las cocinas de los palacios. Pearce sabía que no era barato hacerse con uno de estos bichos. No cualquiera poseía un cerdo sabueso, al menos que dispusiera de mucho dinero para comprarlo y luego para mantenerlo. El animal tenía una única dieta. Glandias verdes. Una fruta que solo crecía en el sur de Gimm y no en abundancia. La fruta era parecida al limón, pero con una cáscara cubierta de hebras del color del heno y para obtenerla se debían cortar las ramas espinosas que la contenían como un cofre en forma oblonga con afiladas espinas como dientes de dragones marinos. Para el cerdo sabueso era muy sencillo cortar esas espinas con sus dientes en forma de alicates, y también era muy fácil hallarlas, aunque no se podía decir lo mismo para los humanos. Si no se disponía de un cerdo sabueso para hallar las glandias verdes, entonces un grupo de treinta personas podrían tardar tres días en encontrar una media docena de las mismas. Por eso el animal era costoso, y por eso también era muy codiciado. Además de su peculiar dieta, el cerdo sabueso poseía una salud muy frágil. Podía morir de hambre si no comía sus glandias cuando el dispusiera, podía morir de un resfriado si su hogar no estaba bien climatizado de acuerdo a las elevadas temperaturas de las estepas

desiertas del sur, y también podía morir del susto si algún bromista lo amenazaba con un palo o lo sorprendiera con un grito mientras el cerdo estuviese haciendo alguna búsqueda de cualquier tipo.

El cerdo sabueso que estaba parado delante de ellos tenía un collar de tres piedras azules que colgaban debajo del robusto y rosado cuello del animal. Los observaba elevando su nariz para olfatear mejor a los extraños y sus caballos. Cuando se enteró de que nada tenían que ver con sus asuntos, cruzó el camino y siguió buscando entre los árboles y hojas muertas que se extendían del otro lado.

—¡Vladimir!—gritó una mujer que había salido de detrás de un matorral que estaba a pocos metros del camino, hacia la izquierda— Ven aquí, cerdo del demonio.

Era una mujer con un vestido rasgado y sucio, sobre la cabeza sobresalía una maraña de cabellos endurecidos por la mugre que saltaban en todas direcciones como las serpientes de una gorgona. El rostro estaba ennegrecido al igual que sus manos. Uñas largas y llenas de tierra que se acumulaban en sus puntas indicaban que había estado escarbando. Cargaba una bolsa de considerable tamaño sostenida por una correa que le cruzaba desde el hombro a la cadera. El cerdo se detuvo al oírla y se quedó olfateando en círculos entre piedras y raíces. La mujer miró a los hombres montados y mostró una sonrisa desprovista de dientes. Bradley hubiera jurado que había visto asomar algo amarillento y fino en la profundidad de esa boca, pero quizás quiso darle algo de crédito a la pobre desgraciada con algo de imaginación.

— Buenoz diaz caballerozzzzz —dijo la mujer sacudiéndose el vestido. Un hongo de humo se levantó como un espectro perezoso a quien le costara hacerse presente ante los otros.

— Buenos días, mujer —Bradley había adoptado un tono cortés, por más que ella fuese una campesina. Pearce creyó que los bardos tenían ya incorporado ciertos tratos y etiquetas ante algunas circunstancias — ¿Puedes decirnos si estamos cerca de algún poblado?

La mujer observó a Pearce y saludó con una mano. El mago alzó la suya apenas por sobre la cabeza del caballo y la volvió a bajar con rapidez.

— A unas doz horas hazia adelante ezta Green Table —dijo la mujer— Hay una taberna adminiztrada por prostitutaz. Hay mucha diverzion para doz guapoz como uztedez.

Luego de decir esto, la mujer se rió a carcajadas ocultando a veces su

rostro con su cabello y dando vueltas como un perro contento.

— ¿Conoces ese lugar? —preguntó Pearce a Bradley.

— Algo, pasamos por allí, rumbo al espumoso. Pero solo nos detuvimos a comprar provisiones de un almacén con escasas provisiones.— Colin, había ido con Colin. Bradley trataba de ocultar sus emociones por la reciente muerte de su mejor amigo. No quería sonar acongojado, de lo contrario, caería en una depresión.

— No sería buena idea que entremos a ese lugar. Podría estar ese imbécil cazarecompensas.

— Oye, mujer —dijo Bradley— ¿Puedes decirnos si hay alguna manera de rodear ese pueblo y volver a cruzar el camino principal más adelante?

La mujer dejó de dar vueltas y reír. Se sacudió las manos, de nuevo el vestido y silbó a su cerdo. El animal dejó de husmear y se dirigió hacia ella.

— Puez... a decir verdad, zi conozco otro camino que lez puede ayudar.

— Perfecto —dijo Bradley—. Dinos cómo.

— Tienen que zeguir a Helga, linduraz.

— Tú eres Helga —Bradley la apuntó con la punta de una daga que había sacado de debajo de su chaqueta.

“Bien hecho”, pensó Pearce, así Helga sabría que al menos uno de los dos estaba armado y pensaría dos veces jugarles una broma pesada.

—Zi, mi vida —dijo Helga mostrando los fantasmas de sus dientes en una sonrisa que suponía derramar sensualidad— Zigue a Helga. Vladimir y ella te guiarán.

Bradley intercambió una mirada con Pearce. El hechicero era un libro abierto en donde se podía leer todas las advertencias conocidas por los sabios a través de los siglos.

—Tiene un cerdo sabueso —dijo Bradley, encogiéndose de hombros, con las palmas de las manos hacia arriba—. ¿Cuán mala puede ser?

Pearce pensó que el comentario irónico de Bradley no carecía de razón. A pesar de vestirse con harapos y pertenecer a la clase más baja de los pobres, Helga era dueña de un cerdo sabueso. Por supuesto, no creía que ella pudiera costearse ese animal. Su señor se lo había dado para que trabajara buscando algún comestible. Era una campesina, algo loca, pero

nada más y ellos eran dos hombres. Tenían armas y él era un hechicero. Los campesinos se mostraban siempre muy temerosos de la magia así que podía asustar a Helga y a su marido si intentaban pasarse de listos con ellos.

—Vamoz, linduraz, vamoz —Helga comenzó a correr con Vladimir trotando y bamboleándose detrás, como si el cuerpo del animal contuviera cientos de litros de agua a punto de escaparse en uno u otro momento.

Pearce y Bradley la siguieron, manteniéndose a unos cuantos metros de distancia. Pronto el camino quedó oculto detrás de ellos cuando el terreno comenzó a descender y los árboles a hacerse más numerosos.

El murmullo del agua les llegó con una fresca brisa que animó a Bradley y a Pearce. Se dieron cuenta de lo cansados que estaban cuando volvieron a escuchar el agua que corría entre rocas y recodos. Encontraron el arroyo unos cuantos cientos de metros más adelante. Helga y Vladimir se habían alejado un poco más, pero era porque los dos habían disminuido la velocidad. Se habían alejado del camino principal. Si algo los asaltaba allí, sería el fin. Pero lo mismo se podía dar si iban pasando de poblado en poblado. En lo que a Pearce respectaba, los enemigos estaban en todas partes. Lo único que les quedaba era encontrar atajos y lugares pocos transitados. Así que ahora dependían de la amabilidad de Helga. Pearce se sonrió viendo como la mujer empujaba al cerdo cada vez que éste la adelantaba. Esa era su guía, una loca sin dientes, cuyo animal era más limpio que ella. Ni Pearce ni Bradley lo decían, pero ambos albergaban serias dudas acerca de si habían tomado la decisión más inteligente al confiar en Helga y Vladimir.

Para sorpresa de los dos, el hogar de Helga era decente, si esa era la palabra que estaban buscando para describir una cabaña en medio del bosque a pocos pasos del arroyo. El mismo había cobrado más bullicio a medida que se acercaban hacia ese lugar. La cabaña estaba bien construida sobre una colina cuyo césped estaba cortado al ras y tenía ese frescor de las hebras que recién conocen el sol. La luz caía directamente sobre la cabaña por el círculo dejado en medio de las copas de los árboles que rodeaban la colina en un deliberado orden para que el sol cayera directamente al mediodía sobre el hogar de Helga. Igual que

muchos templos de Hullia, el dios del sol, en cuyo interior, la cúpula que formaba el techo del templo tenía un pequeño agujero ubicado en el centro por donde el haz luminoso caía sobre el sacerdote que entregaba sus sacrificios a Hullia para que se los llevara cuando la luz se moviera. Pearce no creía que una persona como Helga fuese adoradora de Hullia, ni mucho menos que hubiese dispuesto los árboles de ese modo para realizar un ritual al dios.

—Detrás de la caza está el corral —informó Helga—. Tal vez quieran ayudarme a alimentar a los pollos de puz.

—La verdad, no —dijo Bradley—. Estamos apurados, mujer, así que dínos dónde está el camino que rodea Green Table.

—Oh, vamos — Helga le dio una patada a Vladimir para que entrara a la casa. La puerta estaba semiabierta— No sean tímidos.

—Ya te dije que no — Bradley le indicó a Pearce que lo siguiera, había empezado a dar un giro por el lado izquierdo de la casa cuando desde el interior, una joven con el torso descubierto salió a recibir a Helga.

—Por fin volviste, Hel —dijo la joven. Pearce miraba sus ojos y le pareció que en ellos estaban contenidas porciones de la superficie del mar, vistas desde un acantilado en un día despejado.

Bradley estaba calculando su edad. Tenía ojo para ello. No le daba más que quince años por el rostro pequeño, aunque sus pechos y piernas no decían lo mismo. Bradley se enjuagó la boca y creyó que no tenía tanto apuro por llegar a Cadwgan ni a la torre de hechicería.

— ¿Y a ti que te importa, maldita metiche? —reprochó Helga— Ahora tenemos vizitaz, Dilly. Prepárale a los señores dos copas de vino.

— Hola, yo soy Dilliana —dijo la jovencita y se dirigió a Pearce extendiendo su mano.

— August —soltó Pearce como si el nombre le quemara la boca.

Quería decirle que estaban aprisa. Quería decirles que el vaso de vino no sería necesario y seguir avanzando pero algo le detenía. Algo le hacía demorar esas palabras y la sonrisa de Dilly hizo que Pearce soltara las riendas del caballo y se bajara como si hubiese escuchado el llamado de la naturaleza en sus tripas. Bradley enarcó las cejas. No pensaba que Pearce estuviese tan sediento como para aplazar su urgente viaje a Cadwgan. También le

sorprendió cuando el mago besó la mano de la muchacha como si se tratase de una reina o la mujer de un caballero.

Dilly tomó la mano de Pearce y se metió dos de sus dedos a la boca hasta que todas las falanges desaparecieron. Bradley vio que los pezones de Dilly se erectaban como dos pequeños labios que se adelantaran para buscar el beso, dos pequeños labios sobre delicados promontorios de algodón. Luego lo llevó hasta el interior de la casa. Pearce miró a Bradley al pasar y su rostro preguntaba qué era lo que acababa de hacer aquella belleza.

Adentro, la cabaña era fresca. Había alfombras de pieles por todo el suelo y una enorme cama en el centro de la cabaña, forrada con cuero y plumas dentro de telas de varios colores. La cama no estaba vacía. Pearce quedó boquiabierto cuando vio tres mujeres enredadas sobre ella, holgazaneando. Una de ellas de largo cabello negro, mascaba con la mitad de su boca lo que el mago suponía que era tabaco u otra de esas hierbas que los campesinos tienen como dieta principal. Tenía las piernas dobladas sobre la cabecera de la cama y miraba hacia arriba, con ese aire de olvido tan particular de las jovencitas. Otra, con un tono más claro en su cabello que le llegaba a los hombros, estaba boca abajo con la barbilla apoyada en las manos. La curvatura y la prominencia de su trasero eran como dos colinas sobre la que podías apreciar la llanura de su espalda, una delgada línea pálida que formaba un valle con los frágiles omóplatos, una hermosa concavidad donde hundir el rostro. La otra tenía los pies cruzados sobre la espalda de la anterior. Una rubia con pecas en los pómulos redondeados, también entre los labios y la nariz. La rubia silbaba una canción que Pearce no conocía pero Bradley sí. Era muy popular entre las mujeres. Cuando vieron a Pearce, las tres se levantaron y se sentaron al borde de la cama. Dilly lo llevó ante ellas quienes le extendieron la mano y lo jalieron hasta que su cadera quedó a la altura de sus rostros. Rápidamente lo desvistieron. Pearce no sentía que su ropa iba abandonándolo. Lo único que su piel captaba eran las manos de las mujeres, cálidas y suaves tocándolo en los lugares que hacía que su sangre fluyera hacia su cabeza como si alguien estuviera apretando sus venas para que aquella ascendiera con mayor presión. De pronto todo lo que era él funcionaba en esa parte que se había endurecido y que bien le podía servir de lanza contra un enemigo. Lo tumbaron en la cama y Pearce solo sintió el aroma de las tres mujeres, su piel frotándose con la suya, sus labios y lenguas dejando su marca en cada parte, dura o blanda. Cuando Bradley entró, Pearce ya estaba desnudo. Todo abía ocurrido demasiado rápido. El rostro del mago era el de un retrasado que no recordara ni cuál era

su nombre. Helga estaba en el extremo derecho de la casa, donde había un caldero y una tabla sobre una mesa, con frutas partidas y tarros con jaleas de diverso tipo. Sonrió y a la vez sintió que la decepción le daba un guiño. No creía que los hechiceros se lanzaran tan rápido a los placeres de la carne y sin prever las intenciones de las mujeres, que por más deseables que fueran, eran tres y muy jóvenes para confiar en los propósitos que albergaban.

—¿Quiénes son estas doncellas? —preguntó Bradley contemplando la orgía que tenía a Pearce como centro del placer

—Miz hermanaz —dijo Helga metiéndose una buena ración de mermelada de arándanos en la boca—. Si quierez, cuando termine tu amigo, tú puedes divertirte con ellas, o unirte a la fiesta ahora.

Bradley no contestó enseguida. No era mala la idea. Estaba algo cansado y angustiado por la muerte de Colin, aunque trataba de ocultar esto último con un interés tácito en los objetivos de Pearce. Sabía que el hechicero era listo y podía ver detrás de su máscara pero no le importaba. Al menos el esfuerzo de aparentar le hacía sentirse fuerte ante la pérdida de su mejor amigo y le permitiría encarar mejor lo que se presentara.

—No lo creo —dijo mientras apartaba a Vladimir con un ademán para sentarse en un pequeño banco forrado con la piel de un ciervo—. Cuando mi amigo termine, seguiremos nuestro camino.

—¿Quierez vino?

—Eso sí no te lo rechazaré, Helga.

Helga le alcanzó una copa cuyos bordes tenían un color cárdeno, como si un trozo de carne cruda se hubiera adherido y solidificado en el recipiente. El vino era espeso y tenía ese aroma añejo que Bradley podía identificar en esas tabernas donde Colin y él iban a festejar, pagando por lo mejor que el cantinero guardase, ante la mirada de envidia de los otros borrachos que dejaban de beber cuando veían que otro cerca de ellos iban a saciar sus gargantas con algo que no sabía a orín de gato o agua con alcohol.

—Bueno, Helga —dijo Bradley, dando un sorbo al vino—. No tendrás los dientes más bonitos de Gimm, pero haces un vino que puede hacerte rica, mujer.

—Oh, bueno —dijo Helga haciendo un gesto que indicaba lo poco merecedora que era del halago del bardo—. La receta no ez mía. Me la dijo un comerciante una vez y mi marido noz ayudó a mejorarla.

Bradley levantó la mirada que había posado sobre la superficie del vino, agitada lentamente por los movimientos de su mano.

—¿Marido?

—Zí —Helga aprobó con la cabeza— Cheeze, debe estar...

Y la puerta se abrió como si le hubieran dado una patada. Rebotó en la pared y casi se cierra de nuevo pero un hombre con el rostro picado y grandes bolsas negras debajo de los ojos, la apartó de un manotazo y entró dando tumbos a cada paso. La puerta se cerró con el mismo estruendo con la que había sido abierta. El hombre cayó al suelo luego de no encontrar asidero para el baile de su borrachera. Pero se volvió a levantar con tal rapidez y agilidad que uno creía que su estado era pura actuación.

—¿Dónd ...tá ese ...¡glup!...maldito animaaal? —dijo el hombre dibujando círculos con su cabeza.

Helga se rió agarrándose a la mesa. Un par de melones cayeron y se alejaron rodando. Vladimir fue tras ellos con las orejas en punta, agitando su pequeña cola sobre su trasero rosado.

—Ese hijo de ¡glup!...perra me ha traicionado— el hombre entrecerró los ojos observando la cama, luego llevó la cabeza hacia atrás como si un gas se esforzara por salir por su boca y caminó de costado hacia la derecha, aunque Bradley estaba seguro de que no quería ir en esa dirección.

—Eze ez Cheeze, nueztro marido —dijo Helga haciendo una pausa en su carcajada para hacer las presentaciones—. Dezconozido, Cheeze; Cheeze, Dezconozido.

Bradley se levantó para extender la mano a Cheese, que había rebotado en el muro y ahora venía siguiendo la dirección del rebote justo hacia él.

—Y una mierda...yo quiero a ese hijo de puta, ¿dónde está? —Cheese sacó una espada larga de su espalda.

Bradley se asombró porque se le había escapado este detalle. El pomo había estado oculto por la melena despeinada de Cheese cuando entró pero cuando cayó al suelo, el músico no reparó en el arma. Adjudicó ese error a su estado de angustia, a la diversión de Pearce o a que Cheese era un puto borracho al que no valía la pena darle la menor importancia.

Bradley se alejó, sabiendo que cualquier saludo que intentara Cheese en ese estado le podría costar su mano, su brazo o todo Bradley. Con suerte, también se podía cercenar él mismo. Casi tropezó con el cerdo que pasaba detrás de él con la mitad de un melón sobresaliendo de su boca. Rodeó la cama y se colocó detrás. La cabeza de Pearce estaba enterrada en los pechos de una de las hermanas de Helga. Los lóbulos de sus orejas tenían el color de las fresas maduras.

—Hey, Pearce —siseó Bradley pero era inútil, los sentidos de Pearce se habían abandonado por completo a una sola actividad.

Cheese perdió el equilibrio y dejó caer su espada. Quedó arrodillado y con una mano apoyada en el suelo. Gateó hasta donde había caído la espada y la tomó. Costó varios segundos antes de que otra vez se irguiera sobre sus piernas.

— Ahí estás hijo de puta — Cheese blandió la espada en dirección a Vladimir pero un melón le dio de lleno en la frente, haciéndole soltar la espada y caer de culo con la cabeza rebotando sobre su cuello por el impacto.

— Deja a eze zerdo en paz, borracho inútil.

Bradley pensó que eso estaba a punto de ponerse feo. Debía salir con Pearce de inmediato. Rebuscó entre los brazos de las chicas amigo hasta que dio con uno de Pearce, lo levantó en vilo y el torso de Pearce se elevó entre tetas y vaginas. Tenía la cara roja y sus párpados estaban casi cerrados. Una sonrisa de satisfacción hacía que sus orejas se movieran unos centímetros hacia atrás de su cabeza.

—¿Qué carajo hacen ustedes con mis esposas? —preguntó Cheese, con su picado y furioso rostro clavado en Bradley.

Con las manos temblándole, Bradley desenvainó su daga. Cheese se puso de pie y con la perilla pegada al pecho, avanzó, dándose un impulso de sus manos contra el suelo, hacia la espada larga.

—Mierda, Pearce —dijo Bradley sacudiendo al hechicero y apartando a las mujeres con empujones que hizo a una salir rodando de la cama—. Vámonos de aquí, me parece que esto...

Bradley tuvo que soltar a Pearce porque una ola de dolor recorrió su cerebro y se estrelló contra la parte delantera de su cráneo. La cabaña de Helga adquirió un movimiento oscilatorio y el rostro de Pearce se estiraba y se contraía como si fuera una masa de pan manipulada por un niño.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Bradley abriendo sus ojos todo lo que podía para evitar que las cosas no cambiaran de forma. No le sirvió de mucho.

Cheese había llegado al otro extremo de la cama y miraba a dos de sus esposas sonriéndole, sentadas erguidas con los pechos surcados por las marcas rojas de los dedos de Pearce. Sus párpados pesaban tanto como si de abajo, unos hombrecitos pequeños tiraran de cuerdas atadas a ellos. Agitó la espada delante de él de la misma forma que una mujer histérica levantaría una escoba contra el mujeriego de su marido.

—Esos ...hombr...no deberian estar ahí— farfulló Cheese y levantó la espada por encima de su cabeza con las dos manos.

Bradley se puso de pie provocando que un puño invisible le diera un golpe en la boca del estómago. Abrió su boca para vomitar pero lo único que salió de ella fueron arcadas, seguidas de un insoportable ardor en la garganta. Cuando cerró los ojos para amortiguar el esfuerzo que le suponía expulsar aire y baba, vio luces de todos los colores estallar, como fuegos artificiales, sobre una nada negra.

—Pearce —su voz parecía que llegaba de afuera de la casa, atravesando gruesas cortinas de viento—. Me han drogado...cuidado...

Cheese todavía sostenía su espada en alto como si en lugar de querer descargarla en el hechicero estuviera enseñando un trofeo mientras que sus piernas no se decidían a quedarse en posición vertical.

—Esa maldita cerda —dijo Cheese, esta vez las palabras estaban tan bien articuladas entre los efectos del alcohol que Pearce lo miró, por primera vez, saliendo de su trance sexual. En pocas fracciones de segundo comprendió que sucedía.

En esas pocas fracciones de segundo, su mente le ordenó que saltara de la cama, le describió lo que había estado haciendo y le reprodujo todas las palabras que Bradley había estado intentando comunicarle. La espada de Cheese trazó una curva que no aterrizó sobre el blanco que el borracho había querido, sino que rebanó la mitad de una pierna a la muchacha de cabello corto. La sangre cayó sobre las pieles, el suelo y los otros presentes, antes de que los gritos de la muchacha llegaran hasta los oídos de los caballos que estaban en el palenque de afuera, los cuales, corearon su dolor.

—Ahí tienes —dijo Chesse casi en un susurro inaudible—, maldito cerdo traicionero.

Dio dos pasos hacia atrás antes de desplomarse sobre la alfombra. Sus ojos se cerraron después. Ya no podía oír los gritos de la muchacha que había dejado lisiada ni la voz de Helga que lo insultaba y le arrojaba ollas y cubiertos desde la cocina. Cheese se durmió con la boca semiabierta y eso fue todo para él. Pearce, recuperado por completo, no pudo, a pesar de su entrenamiento mental como hechicero, pasar por alto el hecho de que esa pierna cercenada que estaba en la cama y por la que las otras mujeres se espantaban como si fuera una serpiente venenosa, pudo haber sido su propia cabeza. Tomó aliento antes de poder seguir pensando en cómo actuar. El aire hinchó sus pulmones hasta agotar su capacidad, recordándole que todavía

estaba vivo, recordándole que el metal estaba en manos de ese ladrón de Rodam. El aire lo codeó para recordarle que estaba desnudo. Miró a Bradley que yacía casi inconsciente a sus pies, moviendo sus brazos encima de él, con los movimientos de alguien que está tratando de espantar algunos insectos. Pearce no halló ninguna herida en el músico, así que supuso que estaba ebrio o algo por el estilo.

—Helgaaaaaaa— aulló la de cabello negro que había puesto un pie fuera de la cama, mientras la sangre avanzaba hacia ella, permeándose en las pieles y en la tela—, ven a ayudar a Dolly, por favor.

—¡Que horror! – manifestó la otra muchacha, la rubia, alejándose de inmediato de la cama, saltando sobre Cheese y ocultándose en el otro extremo de la cabaña, junto a una pila de leños que rozaba el techo. Se quedó allí, sollozando, evitando mirar el lugar donde su hermana perdió una pierna.

Helga se acercó sin decir nada. Abrazó a Dolly que era toda, lágrimas y gritos, ocultando el rostro de su hermana en su pecho. Le acarició la cabellera mientras Pearce se ponía su túnica y daba patadas a Bradley para que tratara de incorporarse. El bardo se quejó como si creyera que alguien le estaba queriendo despertar de su descanso.

—Ya, prezioza –dijo Helga besando a Dolly en la cabeza—, ya dejaráz de zentir dolor.

Con un movimiento rápido, un haz de sombra pasó por debajo de la barbilla de Dolly cuando Helga la apartó un poco para mirarla a los ojos. Enseguida, el líquido bermejo se desbordó por una franja abierta en su cuello. Dolly miró a su hermana con los ojos de un perro que no comprende por qué su amo le quita la vida. Luego murió. La muchacha de cabello negro se llevó las manos a su cabellera y estalló en un grito de terror.

—Ya no noz zirve para nueztroz propózitoz— explicó Helga a su hermana que movía la cabeza de un lado a otro agarrándose, con fuerza, mechones de cabello.

Pearce había logrado que Bradley se sentara y estaba abofeteándolo. Tomó su daga que estaba debajo del cuerpo del bardo y lanzó una rápida mirada a Cheese, de cuya boca se formaba una burbuja de saliva cada vez que respiraba.

—Bradley, debemos salir ya mismo de aquí, ¿me oyes? –otra cachetada y Bradley miró a Pearce, abriendo su boca con dificultad, como si quisiera decir algo pero la lengua no le respondiera.

Pearce buscó en los bolsillos del bardo y encontró algo que podía servirle.

El bardo tenía tres pedazos de goma de mascar hechos una bola en un bolsillo de su pantalón. El hechicero puso dos en la boca de Bradley y abrió y cerró su mandíbula unas cuantas veces hasta que el músico continuó masticando solo. Eran de menta, y Pearce sabía que esa planta servía para estimular los sentidos de alguien que se sintiera muy apegado a la almohada. Se lo había dicho un maestro hechizero especializado en conjuros de elementales de tierra, en uno de sus primeros días en la torre. O lo había visto en un comercial. Pero, ¿qué era un comercial?

—Quedate aquí, voy a ver si encuentro algo en la cocina.

Pearce arrastró a Bradley hasta una columna a un par de metros de donde había caído y lo dejó masticando la menta, tratando de mantener su espalda recta contra la madera que chirrió un poco cuando recibió el peso del músico. Luego rodeó la cama. Vio como Helga cortaba el cuello a su hermana y como ésta se iba yendo de este mundo con un signo de interrogación tallado en su rostro. Miró a Cheese mientras pasaba un pie por encima de su barriga que, al ascender, amenazaba con cortar un botón de su chaqueta. Pero al andar dos pasos se detuvo porque sus ojos habían visto algo que ahora su mente estaba considerando. La imagen mental de lo que había visto era el equivalente de un conejo bebiendo agua de un arroyo, visto desde la altura de un águila surcando las nubes. Pero ahora ese punto titilaba con una luz roja en medio de un fondo gris. Pearce frunció el ceño y giró sobre sus talones. Se agachó junto al cuerpo de Cheese y llevó la manó al conejo visto desde el espacio. Era una hoja de pergamino enrollada, pero a través del espiral de su rollo había visto las runas. Runas de la antigua lengua de los hechiceros. De los que habían adquirido los poderes para producir magia de los Sabios Desaparecidos. Eso era absurdo. Que hacía un pergamino como ése en el bolsillo de ese borracho despreciable. Algo así valía mucho y en la torre guardaban esos pergaminos en estantes bajo llave, custodiados por trampas mágicas para que ningún aprendiz sabelotodo quisiera tirárselas listo. Pearce no pudo resistir la tentación de abrirlo y ver de qué se trataba. Helga había soltado a Dolly que cayó hacia adelante con la cabeza colgando al borde de la cama. Helga estaba de pie, toda salpicada por la sangre de su hermana. La muchacha de cabello negro la observaba, como si fuera un demonio que se sentara a su lado en la cama y la obsequiase con una mirada comprensiva, inocente que le decía que la muerte de Dolly era necesaria, para que ellas pudieran seguir sobreviviendo como lo habían hecho hasta ahora.

—Comprende, Dina —dijo Helga tomando una de sus manos luego de que

Dina la rechazara varias veces antes de rendirse al llanto y al miedo que sentía por su hermana.

“No lo puedo creer”, pensaba Pearce después de leer la primera línea del pergamino, donde estaba el título del conjuro. Es un conjuro de transmutación equina. Häesto Baegindaë. El caballo alado. Pearce conocía algo de la lengua antigua, no para darle clases a nadie, pero el idioma de los Sabios Desaparecidos se enseñaba en la torre de hechicería desde el primer año y aunque a Pearce siempre le había costado la pronunciación de muchos vocablos, aprendía rápido el significado de las frases y deducía otras a partir de las que había aprendido. Se guardó el pergamino en uno de los bolsillos secretos de su túnica, corrió hasta la cocina, removió frutas, verduras y trozos de carne seca hasta encontrar algo que le podía ser útil. La mitad de una papaya con algunas de sus semillas negras como canicas diminutas. No estaba tan madura pero no importaba. Pearce volvió junto a Bradley que para su fortuna había adquirido un poco más de color y sus ojos eran los de alguien cansado pero que todavía conservaba su lucidez.

—Come esto —le indicó Pearce entregándole la papaya.

—¿Para qué? —preguntó Bradley tomando la fruta.

—Tú cómela y después larguémonos de aquí antes de que el borracho despierte.

Bradley le dio un mordisco y luego otros tres más, seguidos. Toda la fruta, ahora estaba en su boca, siendo triturada por los dientes. El jugo se le choreaba por sus labios y la barbilla.

—Eze borracho es nueztro marido —dijo Helga, abrazando a Dina. Estaba llorando y Pearce se sorprendió de que lo hubiera escuchado. Había hablado de tal manera para que solo Bradley lo oyera.

—Haze unos mezez que llegó con Vladimir, camino a Greet Table. Iba a vender unaz glandiaz verdez a un mercader que encontraría en eze pueblo. Quería algo de comida antez de zeguir pero luego de zaziar zu eztómago ze quedó otro día, y otro más.

—Y está aquí desde entonces —añadió Pearce, con los mordiscos de Bradley de fondo.

—Vladimir ez muy valioza para nozotraz. Noz ha hecho ganar mucho dinero. Zi zeguimoz azí, no nezezitaremos de otro hombre de nuevo. Hullia por fin noz ha enviado nueztra recompensa.

—Adoran al dios del sol, ¿eh? —Pearce confirmaba las suposiciones que había tenido al ver los árboles que rodeaban a la cabaña para recibir la luz del

sol de mediodía.

—Eramoz ezpozaz de Hullia, hazta que deztruyeron nueztro templo, y noz acuzaron a nozotraz de haberlo hecho.

—Debemos irnos —dijo Pearce—. Como te dijimos, necesitamos que nos digas el camino que rodea al pueblo. No podemos perder más tiempo.

—Zigan el arroyo hazta que encuentren un barranco, luego zigan derecho la línea del barranco y ze toparan de nuevo con el camino prinzipal, a unoz cuantoz kilómetroz de Green Table.

Pearce levantó a Bradley, quien ya se hallaba más recuperado y pudo sostenerse solo una vez de pie.

—Tenía la ezperanza de que uztedez ze convirtieran en nuestroz nuevoz ezpozoz. Cheeze no ez máz que un borracho que pienza que el zerdo lo ha traizionado porque trabaja para nozotraz ahora.

Pearce caminó en dirección a la puerta, con un brazo de Bradley rodeando sus hombros para que el músico no se tambaleara ni se olvidara de avanzar. Antes de abrir la puerta, se detuvo y resopló. No sabía que Bradley pesara tanto.

—Deja de darle esos brebajes a tus esposos y quizás te sean más útiles. Le han robado a Vladimir, y está todo el día drogado intentando recordar quién carajo es y su cerdo es una maldita bestia traicionera que se olvidó de su amo. No se dio cuenta de que es un prisionero de ustedes, brujas de Hullia. Me pregunto si el templo del que hablaste, alguna vez existió.

Afuera, un viento con el aroma a uvas hizo que su túnica ondeara como la holgada vestimenta de un espantapájaros.

— ¿Volvemos a los caballos? —preguntó Bradley, dando un bostezo.

— Solo por unos pocos metros, Brad, lo suficientes para alejarnos de estas brujas.

— ¿Y luego qué? —Bradley se limpió la boca en donde quedaban algunos restos de la papaya.

— ¿Has volado alguna vez un pegaso, Bradley? — la pregunta entusiasmó tanto a Pearce, como si alguien se la hubiera dirigido a él.

XXVI

—¡Abran la puerta, maldita sea! – gritaba Reed. Le hizo una seña al ciego Camus que sostenía un pesado tronco con Gian, Dess y otros dos hombres con los rostros hinchados por el esfuerzo.

Ninguna respuesta. El grito de Kuff había sido el puntapié de que todo el “Demonio embriagado” abandonara su rutina diaria, hiciera salir a los sirvientes y personal de limpieza e hicieran entrar a dos guardias más de los que no estaban de servicio en las habitaciones destinadas a la fuerza bruta de Kuff. Algunos clientes, abandonaron sus cuartos, temerosos de lo que ocurría. Todavía faltaban más. Reed esperaba que Terry se les uniera pero nadie lo había podido encontrar. Después de que lo había visto salir, ninguno de los vecinos o vigilantes sabía hacia dónde se había ido. Reed repasaba los números en su cabeza. Veinte hombres, veinte tipos más o menos avezados en el arte de defender y matar. Unos más que otros, pero todavía seguían siendo veinte. Contra cinco enanos. No tenía nada que temer. No sabía qué querían esos enanos con Kuff. Si era una deuda de algún tipo, ese no era su problema. Pero le hubiese gustado saberla con tiempo para haber estado preparado para un evento como ese. Terry había estado preocupado por algo. Tal vez él sí sabía algo, o intuía. El bastardo era inteligente, por eso Kuff siempre lo elegía para las tareas más complicadas. Sabotear alguna taberna importante en un pueblo cerca de Rodam, interceptar alguna caravana de mercaderes extranjeros y hacer que ante el rey, éstos le echaran la culpa a algún enemigo de Kuff. Cosas como esas, en la que las espadas y la fuerza no servían demasiado si antes no se usaba la cabeza, y no precisamente para romper bloques de piedras como alguno de los guardianes hacían por diversión. Pero ahora Terry no estaba, así que Reed podía hacerse cargo de la situación. No hubiera pensado que el ciego Camus lo iba a obedecer cuando le pidió que buscara el ariete, pero el tipo se llevó a Ginn y Dess y volvió con el tosco tronco junto con otros dos hombres más de las habitaciones. Vio la mirada de desaprobación de Camus cuando en vez de dar la señal para que derribaran la puerta, les gritaba a los enanos para que lo hicieran. Si la habían trabado, era porque no querían ser molestados para hacer gritar a Kuff. No era que tuviese miedo de derribar la puerta para enfrentarse a cinco enanos, pero mejor sería ser precavido y esperara a que los otros guardianes llegaran y se aprontaran

para la pelea. Veinte contra cinco. Estaba esperando que eso sucediera para sentirse tranquilo, para poder bajar el brazo como si sostuviera una bandera, y permitir que el ariete diera inicio a la lucha. Pero los segundos empezaban a amontonarse a su alrededor y lo miraban con burla, con el cinismo de alguien que conoce cuando otro es un cobarde pero lo trata de ocultar queriendo parecer que tiene todo bajo control.

—Vamos Reed —dijo Dess—, hazte a un lado y déjanos tirar la puta puerta.

—Espera que lleguen los otros – fue más una súplica que una orden.

Hasta el más estúpido podría haberse dado cuenta de eso. Reed suplicó a Dess, quien arrugó el rostro para resistirse a dejar caer el ariete y darle una patada en el culo. De repente escuchó puertas abrirse y cerrarse, pesadas botas acercarse por el parqué del bar y el tintineo del metal contra el metal que le decía que esos veinte ya eran una realidad. Los segundos se distendieron y desaparecieron como un público aburrido que abandona una obra de teatro de baja calidad. Era el momento. Miró hacia atrás y vio a todos los hombres que conocía, con sus armaduras, sus espadas y sus ballestas listos para enfrentarse a cualquier amenaza que los esperara del otro lado de la puerta. Reed se sentía como un mariscal que estuviese por dar la orden de atacar al enemigo, amedrentado por su numerosa fuerza, con el miedo tatuado en sus rostros y viviendo la derrota aún antes de comenzar la batalla.

—¡Ahora! —gritó y su garganta casi sale disparada por su boca.

No hizo falta ni un golpe para que la puerta se abriese. Es más, las enormes hojas de madera, con relieves en oro y plata alrededor de cuatro cuadrados que sobresalían con una superficie más oscura que el resto de la puerta, se abrieron en el instante anterior a que el ariete siquiera las rozara. Los primeros en entrar fueron Gian y Dess, que sostenían la parte más liviana del ariete. También fueron los primeros en morir, privados de sus cabezas. Los enanos que lo hicieron, retrocedieron hasta reunirse con los otros tres. Todos estaban dispuestos en forma de flecha, con sus hachas y espadas listas. Reed dio la orden para que avanzaran, sin esperar que lo fueran a hacer pero el ciego Camus lanzó un alarido de batalla y todos lo siguieron al interior del despacho de Kuff.

—¡Alto, estúpidos! – una voz ahogada por la saliva se alzó por entre el estruendo de la entrada.

Adentro estaban el ciego Camus con otros cinco hombres que habían podido atravesar el umbral. Camus fue el único de todos que reconoció la voz y se detuvo, frenando con sus brazos a dos de los hombres que tenía al lado. El

resto se detuvo por inercia, como si fueran la cola de un mismo animal, y Camus la cabeza.

La voz ahogada pero potente era de Kuff, que estaba arrodillado detrás del primer enano en la punta de flecha de la formación. El enano se había hecho a un lado para que sus hombres pudieran reconocerlo. Estaba con vida, pero una de sus manos había desaparecido. Se había vendado la herida con un pañuelo, tiñéndolo totalmente de rojo. Las mujeres estaban todas muertas, amontonadas en una pila junto a una columna de piedra.

—¿Qué pasa? —preguntó Reed desde atrás. Cabeceaba entre los cuerpos apretados de los otros hombres para poder atisbar lo que sucedía.

—Van a tenerrrr que escucharr a su jefe —dijo Harold, pasando la dura palma de su mano por el filo del hacha, cuya hoja terminaba formando dos H en los extremos.

—¿Dónde está Terry? —preguntó Kuff. Le dolía las rodillas y el ardor que sentía en el corte le hacía tener náuseas.

El ciego Camus le hizo un ademán a los de atrás. El nombre de Terry empezó a retroceder de boca en boca. Reed también lo llamo a regañadientes. Su jefe ni siquiera sabía que él había organizado su rescate. No había querido entrar con Camus, después de ver cómo las cabezas de Dess y Gian lo miraban algo confundidos desde el suelo.

—No sabemos dónde está Terry— fue la respuesta que regresó con diferentes voces y que fue pronunciada por el hombre a la derecha de Camus, porque éste no decía nada. Sin embargo, su atención estaba fija en Kuff.

—Maldita sea, me cago en todos ustedes —dijo Kuff entre rabia y lo que Camus pudo identificar como un sollozo. El gordo contemplaba la ausencia de su mano como una imposibilidad que sin embargo le hablaba en los latidos de sus venas y su carne cercenada.

—Serrrra mejorr que hables con los que tienes aquí —apuró Harold.

Kuff lo observó con desprecio. Era el ser que lo había dejado lisiado y que no se detuvo con eso. Ahora le pedía algo estúpido, algo que era imposible. Algo que le parecía suicida, dada su posición y la protección de las autoridades de Rodam que poseía. Siguió el juego porque aún estaba con vida. En algún momento, soldados del rey rodearían el demonio y sacarían a los enanos en pedazos si hiciera falta.

—Bueno, Camus —dijo Kuff, fingiendo una compostura que nadie se tragaba—, creo que contigo estará bien. Escúchame. Estos enanos creen...

Harold carraspeó llevándose una mano a la boca. Kuff tomó aire, asintió y

continuó.

—Estos enanos saben que nosotros asesinamos a un grupo de sus...¿cómo le dicen? —preguntó a Harold.

—Camarradas —expuso el enano.

—Sí, camaradas. ¿Te acuerdas de ellos?

Camus asintió. Mostró cuatro dedos con su mano. Ni Harold ni Kuff entendieron a qué se estaba refiriendo.

—¿Qué dices, maldito mudo? —preguntó Kuff

—Crrrreo que quierrres que te detengas —dijo Kyr.

—No, me parrrece que ha escuchado algo y quierre que guarrredemos silencio — opinó Bur.

Camus señaló los dedos de su mano con el índice de la otra.

—Sí, los cuatro enanos que estuvieron aquí el día anterior, maldita sea — refunfunó Kuff levantando su muñón ensangrentado—. Pues bien. Me van a dejar con vida si todos ustedes confiesan haber participado de sus muertes.

Un silencio emergió en el despacho de Kuff y se extendió mientras los hombres iban pasando las palabras de su jefe a los que estaban más atrás.

—Hijo de puta —dijo Kuff—, ¿Acaso no hay alguien que pueda hablar que no sea este mudo de mierda?

Ninguno de los otros hombres dijo nada. No se atrevían a mirar a Kuff tampoco. Nadie quería confesar algo que era una mentira. Ellos no habían asesinado a ningún enano. No podían decir lo mismo de su jefe, por su tendencia a exagerar sus manías persecutorias. Nadie habló. El ciego Camus observaba a los enanos. Conocía bien a unos guerreros diestros cuando los veía. Sus armas estaban forjadas con el mejor acero, de un modo que solo su raza podía hacerlo. Sus brazos estaban fortalecidos a base de luchas, no por cargar fardos de patatas, ni arar la tierra. Esos eran músculos nacidos de la batalla. No se podía decir lo mismo de sus hombres. La mayoría apenas había matado a alguien alguna vez, y no en la guerra. El aprendizaje en la lucha con armas se reducía a unas cuantas semanas con él, Terry y Reed en el uso del arco. Camus siempre pensó que Reed sabía usar el arco de la misma forma que un perro usaba un libro, pero nunca dijo nada. El ciego Camus nunca decía nada. Obedecía, e informaba lacónicamente a sus dos hombres más confiables, que eran los únicos que sabían leer. Éstos le leían el mensaje a Kuff, siempre delante de Camus, como si el papel fuese su segunda boca. Por eso él no podía estar ausente cuando su boca hablara. Cada enano de esos valía cinco de los suyos, si no era más todavía. Además los enanos estaban amenazando a su

jefe. A quien les pagaba para que sacaran a los problemáticos del bar y robaran a indefensos mercaderes que preferían entregar lo que llevaban en sus caravanas a perder sus suntuosas vidas. Una vida muy sencilla. Tenían un techo y comida todos los días. En esos tiempos, donde la guerra se estaba abriendo en todos los frentes entre humanos y elfos, entre monstruos y humanos, Camus se consideraba muy afortunado y creía que sus compañeros también. Pero aunque hubiese podido hablar, aunque su lengua se hubiese movido en ese instante para poder articular las palabras que Kuff quería escuchar, él hubiese mantenido su boca cerrada.

—Abran paso —dijo Reed empujando a los guardias, con el rostro congestionado por una alegría que trataba de pasar por discreta. Era su momento de demostrarle a Kuff que él podía ser muy útil para asuntos de tanta delicadeza como el presente. Quizás de ahí en adelante, Terry no pareciera tan importante para ciertos trabajos. Reed iba a salvar a su jefe. Después de todo eran veinte contra cinco. Si Kuff moría, ellos lo acabarían, y si lo dejaban con vida, él sería un hombre importante en el demonio. La lógica de Reed lo convenció para ponerse delante de Camus y hablar.

Habitación veintidós. Allí estaba Wade Gibbs, el recaudador de impuestos del rey de Rodam. El tipo que causaba más horror que cualquier guerra o forajidos que llegaran para saquear la ciudad. Un vejstorio con la boca torcida, la frente prominente y unos lentes que le daban a sus ojos tres veces el tamaño que tenían. A su lado había dos guardias del rey. Dos soldados enfundados en armaduras de bronce, con yelmos que le dejaban una delgada ranura para ver el exterior. Los dos hombres estaban de pie al lado de la silla de Wade, con las dos manos apoyadas en el puño de una espada. En la hoja de la espada se podía leer, en caracteres dorados que se extendían a lo largo del centro del metal PROPIEDAD DEL TESORERO REAL. Era la guardia de Wade Gibbs, tan feroz y leal como la guardia personal del rey. Hombres entrenados desde muy pequeños para defender el patrimonio y los intereses de la corona. Los perros del dinero, en palabras de Virk. Después de esconder el cuerpo de Terry debajo de unas telas de arpillera que habían encontrado rasgadas dentro de unas enormes cajas de madera, Todd y Virk aguardaron a que el “Demonio embriagado” no tuviera vigilantes en el exterior, ni arriba ni abajo. Todd se había puesto la vestimenta de Terry, el uniforme de los guardias del demonio. A pesar de que Todd era de una talla menor al difunto pudo arreglárselas para que la remera se ajustara más a su cuerpo, poniéndosela

arriba de un jubón de casi el mismo color. Esto le daba más cuerpo, pero evitaba que la remera se vieran tan holgada y levantara algunas preguntas entre los que lo vieran. Las botamangas del pantalón las escondió todo lo que pudo dentro de unas botas que no eran las oficiales para su fingido puesto pero que de lo contrario le iba a estorbar si tuviera que hacer movimientos rápidos y precisos. Cuando se escuchó el grito de Kuff, amortiguado por los muros, las voces y la distancia, Virk y Todd contaron hasta veinte antes de entrar. El muchacho entró primero. A su derecha se estaban congregando los guardias en el pasillo que conducía al salón—despacho de Kuff con todas esas mujeres que habían pasado fugaces encuentros de placer con Virk. Nadie le prestó atención. Virk vio a Reed pasar corriendo, luego de bajar las escaleras. Como todos los demás, había dejado su puesto para acudir al grito de dolor de su jefe. Virk llevó a Todd al área de alojamiento, reservada para las altas autoridades de Rodam. Donde los condes iban a tener aventuras lejos del hostigamiento, donde los sacerdotes cometían sus faltas por unas cuantas monedas y su iglesia, que prohibía llevar a la cama a las prostitutas no se enteraba, bueno, la mayoría de las veces. Era parte del plan pergeñado por Todd, gracias al aporte oportuno de Virk quien le había informado que el viejo Gibbs había ido la noche anterior, con sus guardias para tener una conversación privada con el granjero Claude a razón de cierta falta en la parte del diezmo correspondiente a la cebada con la que Claude debía cumplir. Los rumores se le pegaban a Virk como si estos fuesen agua, y él una esponja viviente. Según había dicho, Claude había abandonado la taberna a altas horas de la madrugada, llevando consigo el palo tallado en donde Wade Gibbs había dejado la marca que garantizaba a Claude, no perder las dos manos por ladrón de la corona. Gibbs siempre tenía razón, nunca había dejado pasar ni un gramo menos a los siervos o mercaderes de Rodam. Gracias a él, el rey podía estar seguro de que sus arcas siempre iban a estar llenas y de que los ladrones iban a pensarlo dos veces antes de dejar que Gibbs visitara sus hogares. Llegaron a la puerta con el número veintidós tallado sobre un rectángulo de hierro. Virk golpeó dos veces. Todd estaba parado a su lado, con sus rizos rojos, recogidos en una banda elástica. Uno de los soldados de armadura abrió la puerta lo suficiente como para que Wade Gibbs, sentado delante de un escritorio, con decenas de palos tallados dispuestos en filas, con esquelas en cada uno que llevaban el nombre de un ciudadano de Rodam, pudiese ver de quién se trataba la visita.

—¿Qué quieres? —preguntó Wade que ya conocía a Virk. El funcionario no

era la primera vez que visitaba el demonio para sus reuniones especiales. Como había dicho Virk, el grito de Kuff parecía no haber llegado hasta esa parte del hotel. Allí estaban las habitaciones más caras y sus inquilinos exigían tranquilidad y silencio.

—Disculpe, señor Gibbs, pero necesitamos decirle algo que le interesará mucho —Virk usaba ese tono jovial y al mismo tiempo respetuoso que en él quedaba como una irreverencia que caía simpática.

—¿En serio? —Gibbs rio con la mitad derecha de su rostro, la única que usaba para reír, hablar y ordenar— Pues necesito un poco de buenas noticias. La recaudación de esta temporada ha bajado aproximadamente unos cero coma cero seis por ciento con respecto al mes pasado y en la ciudad han entrado más comerciantes. Ni hablar de que el pago de cosechas no es menor.

—Entonces, esta noticia le alegrará el día, quizás el año, o quizás se convierta en la mejor noticia de toda su vida.

El optimismo que quería contagiar Virk, le parecía algo exagerado a Todd, pero todavía no le habían cerrado la puerta en las narices e incluso Gibbs se había abierto un poco con respecto a los datos de su oficio.

No hubo respuesta del otro lado. Todd se estaba impacientando. Podía oír el tenue sonido de la voz de Terry llegar en pausas a través del pasillo. A pesar de que las gruesas paredes y el relativo aislamiento de esa parte de la taberna, el oído del ladrón podía captar un hálito de lo que ocurría más allá. El tiempo lo era todo en esta situación. En cualquier momento todo podía terminar en un desastre, o en una exitosa empresa. Todd quería reír, quería quedarse sin aire con el estertor de la carcajada. Extrañaba estas tensiones donde jugaba a burlar a la muerte y ambos siempre tenían la misma ventaja. Pero el juego se había puesto en marcha y quería saber hasta dónde llegaba esa vez. La puerta se cerró un poco. Ahora Virk era el único de los dos que podía ver a Gibbs. Del otro lado, donde los enanos estaban reteniendo a Kuff para cumplir con su parte del plan, no lograba distinguir las palabras de Reed. Lo que sí oyó fue un golpeteo proveniente del área donde, de acuerdo a Virk, se hospedaban los guardias del demonio que no estaban cumpliendo su turno. Pronto iban a salir para unírseles a Reed y los pocos que estaban junto a las puertas de la oficina de Kuff. Tenían que entrar ahora, antes de que el escándalo se agigantara haciendo que Gibbs y sus guardias abandonaran el demonio para buscar un lugar más seguro o acudieran directamente al castillo para informar al rey de que los enanos estaban invadiéndolos o algo por el estilo.

—Vamos —dijo Virk cuando Todd estaba trazando en su mente otro giro en la trama de su plan—. Debes entregar tus armas a los soldados.

Todd entregó su espada, su daga y un par de navajas que llevaba escondida al costado de sus botas para mostrar que ni él ni Virk tenían malas intenciones. Lo único que se dejó consigo fue su hoja oculta debajo de su muñequera de cuero. Si la entregaba, los soldados sabrían que se trataba de un ladrón profesional y ni él ni Virk contarían la historia. Además siempre era bueno tener secretos cuando estabas delante de dos gigantes envuelto en metal y un viejo que al menor indicio de duda podía seguir con su vida, con dos cabezas más cercenadas en su haber.

Todd y Virk se sentaron frente a Gibbs y cada uno de los guardias se puso a su lado, con los muslos enfundados en el acero a la altura de sus rostros. Todd se presentó como un mercader que viajaba por el mundo buscando artículos exóticos y únicos para llevar a países lejanos que nunca habían oído hablar de ellos. Se había convertido en una especie de Merton pero con la apariencia de un mercader al que no le amedrentaba meterse en problemas cuando veía una situación que podría forrar sus bolsillos.

—Estoy aquí para ofrecerle a usted y al reino de Rodam, una oportunidad de negocios que los enriquecerá de un modo vertiginoso. Así que escúchenme primero y después dígalos a sus dos gorilas que me maten. Sé que arriesgo mi vida, pero esta es una oportunidad que ni usted ni yo podemos dejar pasar.

Gibbs había apartado sus palos tallados hacia ambos lados del escritorio, luego colocó sus codos sobre la superficie del mismo y unió las manos formando un solo puño. Fueron solo segundos. El reloj de arena que se veía detrás de Gibbs, en una pequeña biblioteca sin libros, así lo aseguraba. Para Virk y Todd, el sol había surcado un buen trecho del cielo.

—Tienen el tiempo que indica ese reloj para convencerme —dijo Gibbs—, antes de que los envíe a los calabozos, por engaño a las autoridades, intrusión en los negocios reales y lo más importante: hacerme perder el tiempo.

Todd le contó la visita de los enanos. Le habló de Harold del Puño Nevado, le habló de la búsqueda de sus camaradas y cómo había sorprendido a los hombres de Kuff asesinarlos y arrojarlos en la granja de Vulture, con quien Kuff compartía turbios negocios hacía años. Gibbs había oído del incendio la noche anterior. Todd se enteró de que se produjo un malentendido entre Kuff y Vulture, en el que estaba involucrada la esposa de este último y una ridícula sospecha que tenía Kuff sobre Vulture. Pensaba que el granjero estaba utilizando su contacto en el palacio para ir ganando terreno sobre el

demonio. El incendio y el asesinato de Vulture y su esposa fue el resultado, junto con el cuerpo de los enanos que también alimentaron las llamas. Virk había sido el informante de Todd por una suma mayor a la que ganaba en la taberna en todo un año.

Gibbs seguía escuchando. Los granos de arena seguían acumulándose en la recámara inferior del reloj. Los soldados eran dos rocas que no emitían ningún ruido. Ni siquiera su respiración podía señalar a Todd que ellos estaban allí.

Entonces Todd habló de la gersek y la mirada de Gibbs se abrió, por primera vez, mostrando un interés que no estaba teñido por la duda que le provocaba la bella historia relatada por Todd. Le habló del polvo que se extraía de las plantas que solo crecían en las Montañas Anilladas y con el cual se preparaba la gersek. Le dio algunos datos específicos que Harold le había administrado para que su historia sonara verídica, creíble hasta para el más escéptico. Gibbs no dijo nada. Sus ojos aumentados por el cristal de los lentes eran dos caparzones esféricos y marrones que temblaban como si un animal estaría despertándose debajo de ellos. Cuando el último grano dio fin al tiempo encerrado en el reloj de arena, se oyó “¡Ahora!”, con una voz chillona y ronca. El grito de un hombre nervioso. Aunque amortiguado por las gresas paredes y la distancia, Todd estaba seguro de que el viejo lo había oído, sin embargo no pareció nada sorprendido por eso.

—Si quieres tener esa cerveza, debes mantener con vida a esos enanos, señor Gibbs —dijo Todd, pensando que había hablado muy rápido, pensando que el tiempo del reloj lo había obligado a ser conciso y creíble. Pocos segundos, esquivando la guadaña de la muerte, para convencer a un tipo que jamás había visto en su vida, pero que tuvo que imaginárselo muy bien para que las palabras de Todd, de Merton, de Betlic se infiltraran en su codicia.

Gibbs carraspeó e hizo un ademán a sus guardias. Virk miró a los dos soldados, y se preparó para recibir el castigo o el premio.

—Bueno, Phil— dijo el comisario Faccardi— ¿Estás listo?

Phil Thompson se estaba acomodando el chaleco antibalas debajo de una campera rompevientos. Delante de él tenía el espejo. Un hombre de cuarenta y tres años que deseaba tener sesenta y cinco para jubilarse de una vez. El cabello le llegaba hasta los hombros y la barba candado le daba el aspecto de actor de reparto en alguna película de acción ochentera. De esos que interpretan a personajes que comienzan siendo graciosos pero a los veinte minutos son el primer blanco de los chicos malos. Antes de oír la voz de

Faccardi, Phil estaba pensando en atacar primero al soldado junto a Virk si todo se iba a la mierda. Pero los pensamientos se volvieron absurdos cuando su imagen se perfilaba en el espejo, y el cierre de la campera subía para ocultar el único escudo que se interponía entre el suicida de la tienda y su vida.

—¿Cónoces a un tal Virk, Paulie?— preguntó Phil alisándose el cabello con las manos. No había traído su peine por culpa de esas pesadillas. Las estaba teniendo con recurrencia y todas las veces se levantaba intentando recordar que significado tenían esos sueños. Pero lo que permanecía en su mente eran fragmentos que no encontraba manera de conectarlos.

—¿Virk? —Paulie pasaba la lista de todos los maleantes que había registrado en los últimos meses— Tendré que revisar los archivos. ¿Es un alias?

—Eso quisiera saber, yo —Phil palpó su Ruger cuarenta y cinco que descansaba en la parte trasera de su cadera. Casi nunca la usaba en su trabajo, porque pocas veces había tenido que abandonar su discurso y recurrir al plomo, pero jamás prescindía de ella cuando tenía que calmar a los tarados que querían volar una tienda con personal y todo porque su jefe era un hijo de puta.

—¿Conoces la taberna “Ddemonio embriagado”? —era uno de los pocos fragmentos que había guardado Phil como pedazos de rocas dentro de un cajón para examinarlo cuando tuviera tiempo.

—¿Qué pasa? —sonrió Paulie— Ah, ya sé. Estuviste en esa taberna, conociste un travesti con medio metro de ferrocarril, se la chupaste en la zona de los besos y ahora quieres localizarlo para pedirle que él te haga lo mismo.

— No confundas mis noches con las tuyas, gordo de mierda. Haciendo a un lado las bromas, ¿conoces la puta taberna o no?

—No, si me preguntas ahora. Después echaremos un vistazo. ¿Estás listo?

Phil tenía la sensación de que si no hacía bien las cosas esa mañana, podía ser su último día como negociador de la policía metropolitana y como ser humano en La Tierra. Sentía un gusto amargo en la boca, como si hubiera estando chupando clavos o tornillos oxidados. Era raro en él tener esa visión nefasta sobre su futuro inmediato pero sentía como si el aire pesara más desde que Paulie le había hablado. Al principio no sabía quién era ese sujeto con el cabello de corte militar y finas patillas que se ocultaban debajo de la mandíbula. Creía que tanto el comisario como todo lo que le rodeaba, incluido el espejo, se había materializado de repente y que su reflejo en él había

surgido como algo espontáneo, igual que cuando se enciende el televisor en la oscuridad y de repente todo queda iluminado por el trozo de mundo que proyecta la pantalla. Antes no había ningún Phil en el espejo, ningún espejo y menos todavía, podría decir que conocía al comisario Paul Faccardi. Un rostro había quedado impreso en su cerebro. Un hombre, con la boca torcida que tenía las manos unidas adelante en una actitud de súplica o de oración, o quizás solo estuviera cómodo de esa manera. Otro fragmento sin sentido, excepto que esta vez no estaba dormido. Esa vez estaba a punto de entrar en una situación de negociación con Murphy Doncastle, empleado del departamento de informática de la tienda de electrodomésticos “Escape from the Stone Age”, un nombre muy extenso para una tienda de esa índole, si le preguntaban a Phil.

—Está bien, ¿cuántos rehenes dijiste que hay dentro? —Phil ya estaba avanzando por un corredor que pertenecía a una elegante tienda de ropa de alta costura, prestada generosamente por sus dueños para organizar el aparato logístico necesario que debería dar un resultado óptimo en bajas de civiles y daños materiales. La tienda era contigua a “Escape from the Stone Age” por lo que Phil no tuvo que caminar mucho para ubicarse justo ante las puertas corredizas de la misma que te daban la bienvenida con la caricatura de un mouse con líneas que formaban sus brazos y piernas y que te decía: “Cuando salgas de aquí con tu compra, habrás dejado atrás la Edad de Piedra”. La puerta se abrió para dejar que Phil entrara en el edificio repleto de televisores curvos, smart phones, consola de video juegos de última generación, e—readers, equipos de audio que convertirían tu casa en una disco muy envidiable para la competencia. Cinco eran las personas que no habían podido escapar de la tienda antes de que Murphy comenzara con sus amenazas que al principio no fueron tomadas en cuenta ni por los clientes ni por sus compañeros, pero cuando sacó su pistola y le disparó a en la pierna sana a un hombre con muletas, todos salieron como una estampida sumida en el pánico. Murphy amenazó a dos clientes y tres compañeros de que no abandonaran la tienda si querían ir a dormirse a sus casas esa noche. Cuando la policía llegó, Murphy Doncastle enseñó a los oficiales su bello cinturón hecho con varios kilos de explosivos, los suficientes como para demoler la tienda y hacer que los dueños obtuvieran una cuantiosa indemnización de la compañía de seguros. Entonces llamaron a Phil, al perspicaz y elocuente de Phil, que siempre debaja bien parado al departamento de policía de South Sherley y acrecentaba la competencia de Paul Faccardi ante el alcalde de la ciudad. Phil había

trabajado en otras ciudades antes de establecerse en South Shirley, al oeste de los Estados Norteamericanos, como negociador estrella en situaciones de secuestro, toma de rehenes y suicidios. Este era su trabajo número ciento y pico en sus quince años de servicio. Casi todos sus esfuerzos hicieron que el desastre siempre se evitara, a excepción de algunos casos en que hubo algunas víctimas o el suicida llevó a la acción sus amenazas, cosas que pocas veces ocurría. Generalmente querían reunir a un público entusiasta para brindarles un drama. El drama del empleado despedido, o del empleado explotado, o del marido cornudo y sin hijos porque su mujer adúltera se los había ganado en la corte. Había de todo, pero esos eran los shows más frecuentes. “Mírenme –se burlaba Phil con sus compañeros luego de que el sujeto de riesgo fuera reducido y llevado a prisión o al psiquiátrico—, míren mi dolor y entiéndanlo, soy un pobre diablo que necesito hasta de su puta aprobación para suicidarme”. Para Phil, los sujetos de riesgo eran seres humanos venidos a menos que se habían enloquecido cuando comprendieron hacia donde corría todo el río de mierda en el que uno estaba flotando. Pero era muy bueno en su trabajo, porque sabía moverse dentro de toda esa pantomima donde unos suspiraban por la ansiedad desde lejos y otros rogaban a un dios con el que nunca habían hablado que el francotirador le volara la cabeza a ese hijo de puta, y no importaba si él se salpicaba con sangre y sesos con tal de seguir viviendo.

— Hola Murphy –dijo Phil con la voz de un maestro de escuela, de un sacerdote dentro de un confesionario, de un recepcionista en un hotel de cinco estrellas—, yo soy Phil, y estoy aquí para que me cuentes qué necesitas y cómo te sientes.

Siempre había que mostrarse como alguien que está ahí para salvar la vida del sujeto de riesgo, como un amigo que había sido enviado para mediar entre la sociedad que quería verlo como una figura de cartón llena de agujeros de balas y él, que no era más que un ciudadano que había perdido el rumbo y la desesperación lo había llevado a actuar de un modo que su razón sabía que era reprobable. Pura mierda, para Phil. Todo tenía que ver con qué tan buen actor eras, así el sujeto de riesgo creía en tu bondad y repensaba sus acciones. Y después que se encargara el rudo brazo de la ley.

— Sé quién eres –dijo Murphy—, un maldito esbirro del aparato de represión policial que quiere cerrarme la boca, y mandarme con grilletes al mundo mientras el hijo de puta de mi jefe, mi ex jefe quiero decir, sigue enriqueciéndose mientras mi salario debe ascender cuando a él se le antoje.

—Vamos, Murphy, sé que estás cansado, tienes razón. Seguro tu jefe no te paga lo que vale tu esfuerzo, tu dedicación. A todos nos pasa. Mírame a mí, apenas sí me alcanza para pagar el alquiler y comer. Y olvídate de las vacaciones. Tengo suerte si consigo un fin de semana para pescar y distenderme de todo.

—Ese es tú problema, amigo —Murphy caminaba en línea recta de derecha a izquierda. Los rehenes estaban arrojados boca abajo en el suelo como él les había ordenado y no levantaban la cabeza del suelo—. Ese es el problema de todos ustedes, no el mío. Yo voy a hacer algo al respecto, voy a hacer algo que cambie mi vida.

—¿Y qué es eso? —siempre había que dejar que el sujeto de riesgo se desahogara y no interrumpirlo. Había que permitirle decir todo lo que quería decir. Era preferible que soltara palabras y no que hiciera volar todo el puto lugar— Quiero oírlo, Murphy. Tal vez me ayudes con lo mío. Tal vez puedas mejorar la vida de muchas personas con lo que digas.

Murphy dejó de caminar y miró a sus rehenes. Ninguno sabía lo que estaba haciendo. Todos estaban mirando los puntitos negros sobre fondo blanco de los mosaicos de la tienda, negociando con algún dios vaya a saber qué promesas.

—Mi jefe está muerto — dijo con un tono de satisfacción, elevado, para que todos pudieran enterarse. Una mujer que estaba entre los rehenes sollozó y se llevó las manos a la cara. El llanto no dejó de salir, a costa de su propia voluntad—. Así que sé muy bien que no me espera nada bueno cuando salga de acá. No quiero irme a la cárcel y morir allí. Tampoco quiero que se me catalogue como un demente que cayó víctima de la ira o la desesperación. Siempre es lo mismo. Siempre salimos perdiendo de un modo o de otro cuando intentamos llevar un poco de verdadera justicia hacia nuestros males, de todos los días. De los que tú y los demás creen que son males naturales, normales, que han existido desde siempre. Bueno, yo les digo que están equivocados, ahora. No hay ningún mal natural, nosotros los hemos naturalizados al otorgarle el espacio que han venido quitándonos con dinero o con poder, o como ustedes, con negación. Así que ahórrate las palabras, Phil. ¿Quieres escuchar mis demandas?

—Dímelas, por favor. Lo que necesites —Phil estaba pensando en el jefe de Murphy. No estaba entre los rehenes y tampoco los de la policía sabían si estaba muerto o vivo. Ya había una baja en la situación y Murphy no parecía ser un individuo que estuviese abierto a la negociación. La cosa no iba a

extenderse mucho más.

—Está bien —dijo Phil y su pulgar ascendió un par de centímetros sobre el botón que tenía en su mano derecha. Un botón pequeño, como una tapa de botella de cerveza—. No quiero una mierda de nada de ustedes, hijos de pu...

La cabeza de Murphy se dobló hacia atrás como si fuese a estornudar y una burbuja de sangre estalló en su frente. Murphy Doncastle se derrumbó hacia atrás con los brazos abiertos y el botón que despedía un diminuto punto rojo, rodó un par de metros hasta quedarse quieto sobre su base plana. “El sniper se había arriesgado”, pensó Phil. El botón pudo haber caído sobre sí mismo y el suelo hubiese actuado como el dedo de Murphy. El sniper pensó en las probabilidades, en las opciones que tenía y accionó el gatillo. Phil se quedó mirando cómo los rehenes se ponían de pie y se lanzaban a la carrera hacia la salida. La mujer que estaba llorando pasó a su lado con lágrimas en los ojos y lo golpeó en el hombro mientras llamaba a gritos a Bob, quizás su marido, su hijo o su amante. Phil contemplaba a Murphy mientras la sangre formaba un reguero desde su cabeza hasta su zapato. Cuando las cosas terminaban así para Phil, lo cual ocurría en muy raras ocasiones, el negociador estrella se sentía como un estorbo, como un punto insignificante ante un todo cósmico. Se sentía estúpido, innecesario. El plomo era más silencioso, más persuasivo y más rápido que las palabras de Phil. Phil caminó hasta el cuerpo de Murphy guiado por un deseo que no alcanzaba a entender pero que allí estaba, tan evidente como los latidos de su corazón. Escuchaba la voz de Paul atrás pero sus palabras le atravesaban. Se agachó junto a Murphy y miró el túnel que la bala había abierto en su frente. No comprendía porqué este tipo estaba ahí. “No— se dijo tratando de dar un orden a sus pensamientos—, no comprendo que hago yo aquí, en este lugar, con estos objetos tan extraños de luces y metal que muestran imágenes en movimiento con colores. Este no es mi cuerpo y a la vez no imagino tener otro.” Se miró la muñeca de la campera y flexionó los dedos de la mano. Esperaba que algo sucediera, sin embargo sabía que debajo de esa manga estaba la tela de una camiseta y después su piel. ¿Por qué hacía eso?

—Es esa maldita piedra —la voz de Paul lo asaltó desde atrás, una mano del comisario se apoyó sobre su hombro derecho—, la que cargas contigo.

—¿Qué? —preguntó Phil, mirando sobre su hombro.

—Te dije que el gordo ya está muerto —dijo Gibbs, parado detrás de él, con el ceño fruncido.

A su alrededor había espadas y hachas arrojadas en el suelo. Los hombres de Kuff estaban observando a Todd, arrodillado junto al cuerpo de Kuff. En el

cuello del dueño del demonio, había un corte, profundo, desbordando en sangre. Todd miraba la herida que su hoja secreta había abierto y por la cual había huído la vida de Kuff.

—Pero —dijo, pensando en voz alta—, la bala le dio en la cabeza.

— ¿Qué dices? —preguntó Gibbs, transformando su boca en un nudo al costado de su rostro

—Nada —Todd se puso de pie y limpió la hoja en el pantalón de Terry.

—Los enanos salieron. Afuera está el alguacil de Rodam y ese tabernero del bar de mala muerte. Creo que deberías venir para aclarar algunos puntos negros. Y ya sabes...lo más importante.

—Ha actuado bien, señor —dijo Todd con la mitad de su mente atisbando un sitio lejano que se hacía cada vez más borroso—. Gracias a usted, Rodam será el primer reino de Gimm que comercialice la cerveza. Vamos afuera.

XXVII

— Entonces —dijo Hirght, dando un suspiro—, el hechicero al que persigues. Sábes que ha hecho, ¿no?

— Seguro que ha molestado a tipos con los que es mejor no meterse — dijo Blinda, estirando sus piernas y brazos. Había estado practicando sus movimientos luego de que el nuevo Caelond llegara para desterrar al otro —. Son los tipos que podían haberme pagado muy bien por él.

— En este caso, deberías saber qué ha hecho. Puede que te incumba, porque es cierto que nos incumbe a todos.

Blinda dio un salto doble hacia atrás y realizó una estocada al frente, enseguida hizo un corte superior hacia la derecha, pasando el peso de su cuerpo primero a la pierna izquierda y luego a la derecha.

— ¿Cómo lo sabes, tú? —Blinda juntó las piernas, lista para dar una estocada al frente.

— ¿Cómo es que tu cuerpo está preparado para realizar esos movimientos y el de los gusanos, no?

— Así son las cosas, supongo —dijo Blinda, lanzando el golpe hacia adelante, con las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

— Entonces te respondiste a tu propia pregunta. Una de las facultades que poseo es tener un conocimiento de las personas a partir de solo conocer su nombre. Puedo espiar dentro de ellos.

— ¡Ja!— rio Blinda—. Me serviría mucho esa habilidad en lo que hago. Sé cuando están mintiendo, pero no más que eso.

Caelond estaba sacando filo a su espada, sentado en una de las manos de piedra. De vez en cuando miraba a Blinda realizar sus acrobacias y movimientos de ataque. El elfo se sentía animado. Era bueno tener otra ayuda en el Primero. Mantener a las criaturas dentro del sótano era una tarea que a veces se tornaba excesivamente ardua, aunque el optimismo de Hirght fuera de otro parecer.

— Blinda —dijo Hirght, con una voz pausada, teñida de un énfasis que la dríada no se tomó a la ligera. Dejó de moverse y escuchó, sentada con las piernas cruzadas.

— El hechicero —prosiguió Hirght— robó algo de un valor que los mismos hombres que lo poseían, todavía desconocían. Algo parecido a una roca, pero que nunca ha formado parte de la tierra de este mundo, algo que el hechicero solo conoce como “metal”, pero que no es como ningún metal que las razas usan para hacer sus armas y sus escudos. Un objeto raro dentro de la raíz donde vivimos. Algo que no ha sido creado como tú o yo, y que no tiene fin. Un elemento único que existe fuera de nuestro mundo, fuera de nuestro tiempo.

Blinda escuchaba cómo las palabras del anciano permanecían flotando en su cabeza, como una densa nube de ideas y de imágenes a las que no podía encontrarles un asidero en el lenguaje. Se sentía atraída por lo que decía y la vez le resultaba algo incómodo ese misterio con el que Hirght estaba envolviendo el robo que había cometido el hechicero.

— Ese “metal” —continuó Hirght— puede transformarse en un arma, que en manos de alguien torpe o ignorante puede rasgar el mismo velo de lo que nosotros entendemos como existencia. En otras palabras, no solo puede cortar la raíz que nos contiene a todos nosotros, sino todas las raíces que se multiplican bajo el gran Grenmeslit. Y sin sus raíces, tú sabes lo que le ocurre al árbol.

— Espera, espera —dijo Blinda, ordenando toda esa información que si la miraba en pequeña escala, parecía una historia contada por un comedor de hongos moteados, pero dicha por Hirght se dimensionaba en su mente como un paisaje de sombras, que poco a poco iba siendo iluminado por la luz del amanecer—. Lo que me dices es que ese hechicero, si es un idiota, puede destruir todo haciendo uso de ese “metal” del que hablas.

— Él no es un idiota —rió Hight—. Es más, es el único de sus colegas que vio en el metal ciertas posibilidades que podrían brindarnos a todos un mayor conocimiento de nosotros mismos, mientras que sus maestros lo querían utilizar para extraer el potencial mágico que posee y poder dominar el reino de Gimm.

— ¿Ese sujeto? —preguntó Blinda haciendo una mueca de diversión— Discúlpame, Hirght pero creo que tus facultades receptivas están un poco desafinadas.

— No te pases de lista, dríada —gruño Caelond desde su lugar—. Este tipo nos ha estado salvando el culo a todos desde antes de que tú siquiera fueses una insignificante partícula de pólen.

— Lástima que el metal ya no está en poder de Pearce —siguió Hirght.

— ¿De quién?— Blinda hizo una pausa para pensar —Ah, claro, sabía que ese no era su nombre. Así que es Pearce. Gracias por develármelo, Hirght. Igualmente ya no sirve de nada. Ahora que he encontrado una nueva ocupación.

— Otro hombre se ha hecho con el metal. Alguien que nunca se ha sentido cómodo con la presencia que la naturaleza le ha dado y ha caminado en el mundo oculto en otras vidas.

— Bueno, supongo que Pearce no pudo valérselas por sí mismo. Ya me lo suponía. Si esa noche no hubiera estado yo en el bosque morado, el ave rastreadora de los hechiceros lo hubiera localizado sin problemas. ¡El muy tonto estaba viajando por el bosque al anochecer!

— Escucha, Blinda —Hirght se inclinó y todo su rostro adquirió seriedad —, te he dicho antes que cuando vieras lo que pasa dentro del sótano, tus convicciones y prioridades darían un vuelco y verías las cosas desde mi perspectiva y de la de Caelond. Ésto fue así. Ahora tengo que confesarte otra cosa. No lo hice antes porque no lo sabía. He estado siguiendo de cerca a la persona que ahora porta el metal, su nombre es Betlic por cierto. He querido obtener toda la información sobre ese objeto a través de él, porque no puedo penetrar en el metal. Es algo inaseccible a mis capacidades. Lo he intentado, créeme. Todo lo que sé y lo que he deducido es gracias a la información que pude sacarle a Pearce y a los hechiceros de su torre. Ahora entiendo que tendría que haberle dado más importancia.

Hirgh movió su cabeza y por un tiempo considerable sus ojos se posaron en el sótano. Un resplandor amarillo ascendía por el agujero hasta convertirse en la penumbra que dominaba a su alrededor.

— Si el “metal” continúa en este mundo, el problema que tenemos en el Primero parecerá un juego de niños.

— ¿Cómo? —Blinda no había esperado escuchar algo como eso. Hacía solo unas horas no había sabido de la existencia de esa apertura a un mundo donde seres que reducían la razón a un guiñapo indefenso estaban a solo unos pasos de salir hacia los bosques donde ella había crecido, capaces de transformar todo a su antojo, de sembrar la muerte de un modo más rápido y atroz que la magia. Que existiera algo más peligroso que todo eso era algo difícil de creer— ¿Estás seguro Hirght? Ni cuando

me hablaste del sótano te vi tan preocupado.

— Necesitamos impedir que ese “metal” llegue a manos equivocadas, necesitamos tenerlo bajo estricta vigilancia.

— ¿Tú quieres el metal, Hirght? —Blinda parpadeó ante la pregunta, como si pensara que escucharía algo que no le iba a gustar.

— No —dijo Hirght casi antes de que Blinda dijera la última palabra—. Nadie lo debe tener. El metal no debe estar en este mundo, en ningún rincón de él.

— Entonces lo que insinúas es que hay que destruirlo.

— No puede ser destruido —indicó Hirght en un tono que manifestaba decepción. “La decepción de un dios por no saber cómo actuar”, pensó Blinda. Tal vez era la primera vez que Hirght experimentaba algo como eso. Algo ante lo que sus facultades eran inútiles.

— Verás —continuó el guardián del Primero—. Ninguno de nosotros podemos dañar el “metal”. Tiene una existencia que se extiende a todas las otras raíces del Grenmesslit. Por lo tanto, para destruirlo, si es que hubiese alguna oportunidad, se deberían destruir en cada una de las raíces y, como sabemos, las raíces del Grenmesslit son infinitas y en cada instante se crea otra. Además, como ya te dije, su existencia no está atada a las leyes de ninguna de las raíces, de ningún mundo.

— Hay algo que no entiendo —mintió Blinda, en realidad no entendía muchas cosas—. Si me has dicho que ese “metal” siempre ha estado allí, ¿cómo es que ahora está causando problemas? ¿Cómo es que alguien lo encontró o pudo hacerse con él de algún modo?

— Son preguntas que yo mismo me estoy haciendo —Hirght carraspeó. Se oyó el ruido del acero contra la piedra de afilar. Un sonido familiar, se dijo Blinda. Algo que podías escuchar en cualquier pueblo. Objetos que conocía muy bien, y que sabía para qué usarlos. Herramientas con un propósito.

— Creo —siguió Hirght luego de que todos se calmaron, mirando como el elfo sacaba filo a su arma. Las pequeñas chispas que se apagaban antes de tocar el suelo. Era una música que calmaba los nervios—, y es solo una suposición, que el “metal” no debía haber sido hallado. No sé cómo apareció ante la vista de alguien y también creo que si alguien lo ha encontrado en la realidad de esta raíz, también lo haya hecho en cada una de las otras...

— Dimensiones —añadió Blinda.

La palabra le sonó de una belleza exótica y sintió un consquilleo en su paladar al decirla, como si saboreara el jugo de una fruta ácida pero deliciosa que uno no se cansa de comer.

— Iba a decir raíces —Hirght arqueó las cejas y sus pequeños ojos se dilataron un poco, conquistando más superficie en su rostro—. Pero creo que dimensiones está bien. ¿Dónde has escuchado esa palabra, Blinda?

— No lo sé —confesó Blinda—. Estaba escuchándote y llegó volando a mi mente, ¡ja! Creí que calzaba en lo que estabas diciendo.

— Ya han empezado a suceder cosas. Ciertas interferencias. Las raíces de los mundos tiemblan y se revuelven debajo de la tierra del Grenmesslit. Entran en contacto, provocando lo que llamo “intercambios” entre los elementos de este mundo. Algunos seres lo están experimentando, unos más que otros, de acuerdo a cómo actúe el “metal” y por ahora, temo que nadie lo sabe.

— ¿Intercambios? —por un momento el espacio del Primero se iluminó. Todos miraron hacia el sótano. Una flor de luz amarilla se ensanchaba desde la entrada al sótano pero solo duró unos segundos. Blinda y Caelond se disponían a ponerse de pie y esperar a los nuevos visitantes pero el resplandor disminuyó y solo quedó una delgada línea blanca intermitente que ascendía unos centímetros desde el pozo.

— Son pasajes de seres de este mundo al otro, y visceversa, pasajes que muchas veces pueden provocar distorsiones entre los mundos, errores que unos pocos pueden percibir como algo anormal. La naturaleza, en otras palabras, puede dejar de funcionar como creíamos que funcionaba, sin darnos cuenta.

— Creí que no sabías mucho del “metal”—dijo Caelond, guardando su espada en la vaina que había en su espalda.

— Todo lo que sé es por mis deducciones y las de Pearce que también me está ayudando, sin saberlo, a entender esas distorsiones que él ya ha empezado a experimentar.

— Alguien tiene que salir de aquí —dijo Blinda, haciendo un gesto con las manos que indicaba urgencia—, y encontrar a ese tipo. ¿Cómo dijiste que se llamaba? Ah, sí, Betlic. Creo que tú eres el indicado, Hirght. Caelond y yo podemos quedarnos a defender el Primero mientras encuentras a Betlic. Ya debes saber dónde está.

— Si pudiera ya lo hubiera hecho —dijo Hirght, en su voz se notó de

nuevo, ese dejo de derrota—. Pero no puedo existir fuera del Primero. Nací en este lugar con un propósito. Ser el guardián. Es mi hogar, y también mi prisión. Además, ustedes solos no podrán con las criaturas del sótano.

Blinda miró a Caelond para corroborar las palabras de Hirght. El elfo evitó su mirada y entendió que era cierto. Le había creído pero no podía aceptarlo. ¿Un dios, prisionero en un árbol, condenado a defenderlo por la eternidad? Era un dios del bosque, maldita sea y no podía abandonar el lugar aunque su mente pudiese trasladarse donde él quería. ¿Entonces para qué estaba ahí ella? Había accedido a quedarse para defender el concepto de vida del que formaba parte contra criaturas que podían acabarlo con todo y resultaba que en el mundo estaba libre un objeto que podía en un segundo u otro, borrar todo del mapa y que ya estaba haciendo un lío con las raíces, que así llamaban los elfos a las dimensiones que existían además de ésta. ¿Qué debía hacer ahora?

La respuesta le llegó inmediatamente. No en forma de explicación, sino con el ruido de la tierra que estuviese siendo removida desde abajo. Un ruido sordo, proveniente de las profundidades. Después vino un resplandor que la cegó y se sintió arrastrada, como un viento que nacía de su interior y la impulsara hacia algún lugar. Adelante, había un túnel algo triangular, y en medio, la silueta de alguien que estaba de frente a ella. Tenía orejas largas y vestía una túnica que se revolvía a sus pies, como a merced del viento. Quiso gritar, pero antes de darse cuenta, sintió una opresión en el pecho y el aire la abandonó. Cuando abrió los ojos, ya no estaba más en el Primero. Arriba suyo, reconoció el rostro que calzaba en la silueta. Un elfo. Vestía como un sacerdote y la miraba como si estuviera a punto de pisarla.

La tuvieron que retener entre tres elfos. Dos le sujetaban los brazos y el otro las piernas. Estaba tumbada, tratando de escurrirse por las manos de los tres guerreros que ya habían recibido una probada de sus golpes antes de que la apresaran. Su cuello estaba tenso de tanta fuerza que hacía para soltarse. Su pecho se arqueó hasta formar una U. El odio que destilaba sus ojos hacia Duriel, el sacerdote principal de la corte de Kaileif, hizo que éste no se mantuviera tan cerca de la dríada, por precaución. Había visto lo rápida que era y no quería que se soltara por nada del mundo.

—Cuando termines de consumir tu rabia —dijo Duriel, con su delgado y alto cuerpo delante del Primero. Parecía un insecto pegado al tronco de un

árbol—, quiero que me escuches.

Blinda casi logró zafar su brazo derecho. El elfo que la sujetaba tuvo que apoyar sus rodillas sobre el mismo. Blinda auyó de dolor. Pensó que el hueso se había quebrado pero el elfo se apoyó de tal forma que evitó eso. Sabían lo que hacían. Aunque el dolor hizo que su cuerpo temblara y su vista se nublara, luego amainó y entendió que ese brazo ya no le pertenecía por el momento.

—¿Vas a escucharme ahora, guerrera del bosque? – preguntó el sacerdote.

Blinda movió su cabeza afirmativamente. Sentía que el esfuerzo que le requería eso, era mayor a cualquiera que hubiese hecho en los últimos días. Era energía invertida en impotencia, en el orgullo de su fuerza herida. Era la voz de la sumisión.

—Bien –se alegró Duriel—. Te hemos sacado del Primero por dos razones. La primera, que tú puedes que conozcas es que tu líder, Saoirse, no está auotrizada a enviar a nadie dentro del Primero. Ninguna dríada tiene ese derecho. Únicamente el alto sacerdote de Grenmeslit puede abrir el portal de un Primero.

—Me parece que Saoirse lo hizo sin pedirte permiso. Eso es lo que más te molesta, idiota.

Blinda rió, primero con unos pocos espasmos, pero a medida que la risa continuaba, el sonido de su diversión se hacía más alto hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas. Duriel la observaba con un rostro en el que no se dejaba traslucir ninguna emoción. Pero Blinda, que podía observar la verdad escondida detrás de las expresiones, sabía que Duriel podía dar la orden a sus guardias para que la asesinaran allí mismo. Eso le produjo otra corriente de carcajadas.

—En fin –dijo Duriel—. La segunda razón es la que te va a interesar, porque es la razón que te dejará libre.

Blinda no dijo nada. Por un momento permaneció quieta, en silencio. Pero Hirght, Caelond... Estaban allí dentro defendiendo al mundo de las criaturas del sótano. Ella había tomado la resolución de quedarse y ahora estaba de nuevo afuera, de vuelta en contra de su voluntad.

—No me interesa –Blinda habló con tranquilidad, sin recurrir al fuego interno que en ese momento quería liberarse para abrasar a Duriel y a sus guerreros al mismo tiempo—, No quiero la libertad. Debo volver allí adentro. Debo defender al Primero de las criaturas del sótano.

— ¿De qué estás hablando? –Duriel mostró una sonrisa— ¿Qué son las criaturas del sótano?

—¿Cómo es posible que no lo sepas? ¿Estás bromeando?

—Quien sabe lo que hayas experimentado dentro del Primero, pero sea lo que sea, ha sido una ilusión Blindareawen. El castigo del Primero es una ilusión eterna que se vuelve tu prisión y tu realidad.

Blinda meditó las palabras, mientras su corazón convertía a su cuerpo en un solo latido de miedo, de pánico. Duriel debía estar bromeando o intentando que se creyese una mentira. Estaba lejos de considerar a lo que había pasado dentro del primero como una ilusión. Todo su ser se resistía a esa idea y por eso estaba segura de que Duriel mentía o no sabía nada.

—Tú —dijo Blinda abriendo los ojos, mientras el pensamiento alisaba las turbulentas aguas de su mente—, no sabes lo que pasa ahí dentro, ¿verdad?

—Claro que sí —dijo Duriel. Sus cejas le dieron un tóno de enfado a sus palabras—. El espíritu de Grennmeslit me lo ha revelado.

—Pura mierda— dijo Blinda. Esta vez ella fue la que sonrió—. No lo sabes. Crees saberlo, ninguno de ustedes tiene ni la más remota idea de quien vive dentro del Primero.

Duriel movía los labios como si masticara algo. Las palabras se enredaban en su boca pero el sacerdote no quería hablar. Sabía que su voz le mostraría a la dríada que su fe era lo único que daba crédito a lo que él decía.

—Tenemos un trabajo para ti —dijo Duriel, con un suspiro—. Y vas a aceptarlo.

—¿Estás loco? No haré nada para ustedes. En cuanto me suelten los mataré aquí mismo y luego volveré a entrar en el Primero.

—Debes asesinar a alguien y robarle algo que tiene en su poder. Creo que eres buena para eso, ¿no es cierto?

—Hagan ustedes sus propios trabajos sucios. Yo trabajo por dinero pero elijo mis propias búsquedas. Pero ahora todo ha cambiado. Después de lo que he visto dentro de ese árbol, lo que nos acecha, mi meta es otra.

—Esto no se discute — Duriel hizo una seña a sus hombres para que la pusieran de pie —. Beberás esto y comenzarás a buscar a Todd, un vulgar ladrón de Rodam.

Blinda volvió a intentar escapar pero le habían atado las piernas y sus brazos le dolían de tanto forcejear. Gritó, mientras Duriel se le acercaba con una pequeña poción de color amarillo.

—Esto —dijo Duriel sacando el corcho del recipiente—impedirá que olvides tu misión.

—¡No! —el alarido hizo replicar a decenas de pájaros en diferentes

idiomas— No lo hagas, Duriel. Debo regresar al Primero. No entiendes lo que ocurre. Todos corremos peligro.

—Deja ya esos cuentos, Blindareawen. Piénsalo, los Primeros siempre han resistido sin tu ayuda, desde antes de la creación de la vida en este mundo. ¿Realmente crees que eres importante para eso que tu ilusión ha creado mientras estabas atrapada dentro de uno?

No lo había pensado de ese modo. Sin embargo Hirght se había mostrado muy agradecido por su ayuda. Caelond había sobrevivido todo este tiempo gracias a su especial inmunidad a los imitadores. Pero era el único ayudante que Hirght tenía, y aunque el dios fuese poderoso, estaba segura que algún día saldría una criatura desconocida del sótano, contra las que los trucos de Hirght no serían suficientes.

—Es real, Duriel, créelo. Tus creencias son incorrectas. Allí vive Hirght, el guardián del Primero, el cual actúa como un escudo contra las criaturas del sótano, un sitio del que salen toda clase de bestias que pueden infiltrarse a nuestro mundo y traer el caos. Y si no vuelvo para defenderlo, tal vez el poder de Hirght no resulte suficiente para detenerlas.

—Vaya imaginación que tienes, Blinda. Lo que viviste fue un producto de tu cautiverio. Es el castigo de los que entran ahí. Una muerte lenta a través de una ilusión. Es como quedarse dormido hasta que por fin mueres.

—¿Tú que sabes, eres un estúpido? Suéltame —Blinda se lastimó las piernas haciendo fuerza para soltarse de las cuerdas. La fricción le abrió heridas, pero no le importaba. Si tenía que pelarse toda la piel así lo haría.

—Claro que lo sé —dijo Duriel—. Porque yo también estuve dentro de un Primero una vez. Los otros elfos lo observaron con sorpresa.—Fue hace mucho tiempo. También vi algo parecido a lo que tú presenciaste. Fue todo una ilusión, Blinda. No hay Hirght y no hay sótano. La magia de los primeros mantienen unidas todas las cosas de este mundo. Pero ninguna criatura viven dentro de ellos. El gran Grenmesslit no lo permitiría. Ahora, bebe y concéntrate en encontrar a Todd en Rodam, matarlo y robarle un objeto que está en su poder.

—¡No! —gritó Blinda— Aléja eso de mí. ¡Nooooooo!

El golpe en el estómago fue certero. Le dio de pleno en la boca del mismo. El dolor subió hasta su cabeza y sus oídos se cubrieron de un silbido como si alguien hubiese tocado un silbato dentro de su cabeza. No notó que su boca estaba abierta, buscando tragar aire. Sintió que algo bajaba por su garganta. Un líquido tibio y más ligero que el agua. Su lengua apenas sintió su sabor. A

nada. Era una poción mágica preparada por los elfos. Los guerreros la soltaron y desataron sus piernas. Blinda los miraba hacer esto pero no le importaba porque empezó a nacerle una urgencia en su mente. La habían liberado para que pudiera cumplir con esa urgencia. Eso era todo. La estaban ayudando. Debía ir a Rodam, no sabía que hacía ahí, perdiendo el tiempo. Debía llegar a esa ciudad y matar a Todd y sacárle eso tan valioso. Luego tenía que entregárselo a los elfos. Para eso estaba allí. Se frotó las piernas y sacudió los brazos cuando estuvo finalmente libre. Miró a Duriel, quien se había alejado unos pasos, otra vez, por precaución.

— Gracias por soltarme —Blinda dio media vuelta—. En poco tiempo tendrán lo que buscan.

— Blinda —dijo Duriel—, ¿dónde tienes que ir?

— A Rodam, por supuesto —su voz fue haciendo más tenue a medida que se alejaba— ¿a dónde crees?

Corrió, porque le parecía que hacía años que no corría por el bosque. El viento que jugaba con las hojas trató a su cabello como una bandera al final de un mástil. Corrió más rápido, saltando raíces, rocas y pozos ocultos debajo de hojas. Las trampas de elfos y dríadas. Las conocía. Esa había sido su vida antes de volverse cazarecompensas. Hirght, pensó, él me está esperando. Lo he traicionado. Pero la urgencia por cumplir con su misión era mayor. Lo único que importaba ahora. Una parte de ella sabía que la poción la alejaba del lugar que debía defender, de Caelond y de Hirght, atados a una tarea que nadie conocía, y nadie vivo creería. Corrió y las lágrimas se iban con el viento. Mientras más rápido llegara a Rodam y matara a Todd, recuperaría el control de su vida. No tenía otra alternativa. Matar, robar y volver. Eran los tres verbos que la separaban de Hirght. Espérame, amigo, decía Blinda, para que el viento llevara sus palabras al Primero, solo será un momento y volveré contigo. Espérame. Pasó a pocos metros del hogar de las dríadas, pero no se detuvo. Algunas de sus hermanas y amantes la vieron, como la estela que deja una rama, arrastrada por el río. Corría como una liebre, después de olfatear el peligro. Uno de los rootfast que arriaba una dríada se separó del grupo y la siguió. Blinda dio un salto antes de que el animal la atropellara desde atrás, luego, Blinda y la montura, fueron un haz verde que desapareció en la distancia, rumbo al sur.

XXVIII

Se adentraron por el camino tosco, abierto por Helga y sus hermanas. Había pocas huellas en la delgada franja de tierra casi enteramente cubierta por la vegetación. Se veía que solo ellas transitaban por ese lugar. El arroyo elevaba su barullo a pocos metros de ellos. Pearce se quería alejar lo que más pudiera de la cabaña de las brujas para tratar de activar el conjuro. A pesar de que no habían escuchado que nadie los siguiera, ni el hechicero ni el bardo creían que se habían librado de la influencia de Helga. Sentían que cada ave anidando o volando sobre sus cabezas era un vigilante de las adoradoras de Hullia. Hasta las alimantías que cruzaban su camino, como lagartijas o insectos eran el blanco de un examen ciudadano de ambos antes de que los animales huyeran. Llegaron a un punto en que el camino daba un giro de noventa grados hacia el sur, seguramente para empezar a acortar la brecha con el camino principal. A pocos pasos del ángulo se podía ver un barranco del que florecían árboles sin hojas que extendían sus ramas en dirección vertical hacia la otra orilla del arroyo como si quisieran alcanzarla y hubiesen quedado allí, petrificadas.

— ¿Estás mejor? —preguntó Pearce, viendo que Bradley había estado marchando firme en el caballo desde hacía unos minutos. Por suerte no había bebido tanto del líquido y el efecto estaba desapareciendo.

— Sí, ahora tengo una ligera resaca. Nada que no pueda controlar.

— Bien, debemos actuar rápido. Intentaré leer el pergamino aquí. ¿Puedes llenar las cantimploras con agua en el arroyo?

— No veo por qué no —Bradley se apeó del caballo y tomó las dos cantimploras de las alforjas de los animales—. Solo espero no caerme de cabeza en la corriente.

— Creo que hiciste bien en no beber a fondo el vino de Helga.

— No hables de vino, ahora. Daría lo que fuese por estar en una taberna, ahogándome en un tonel.

— Ve por el agua —Pearce no bromeaba. Se dio la vuelta con el pergamino extendido bajo su mirada y empezó a ensayar rápidamente en voz baja, la lectura del mismo.

Afortunadamente, el pergamino tenía la acentuación y las marcas rítmicas

necesarias para el que no lo conocía. Pearce reconoció muchas de ellas de sus días en la torre, pero había algunas con las que no estaba familiarizado. No importaba, improvisaría hasta que le saliera. Los caballos estaban bastante alejados de sí para que el hechizo los afectara a ambos. Estaban alimentándose del césped con vehemencia. Pearce era consciente de que no les habían dado el tiempo suficiente para que comieran adecuadamente durante el viaje. La prisa no les relagaba ni un segundo. Pearce los juntó y les indicó con una voz serena e imperiosa que no se movieran, que permanecieran así. No estaba seguro de que los animales le entendieran pero ¿qué otra cosa iba a hacer? Quería que el hechizo los afectara a los dos. Se ubicó delante de ellos, a unos siete metros de distancia. Si algo salía mal con el conjuro, no quería volar en pedazos junto con las monturas. Si alguno de sus maestros viera lo que estaba por intentar, seguro se hubiera divertido mucho a su costa. Un hechizo de esa índole, solo los hechiceros más avezados podían activarlo. Se necesitaba mucha técnica y precisión en el aspecto verbal, algo que la mente siempre impaciente de Pearce le había impedido dedicarle el tiempo necesario.

Du är född på jorden .

Din starka ben ger dig möjlighet att förkorta långa sträckor med berg och plåtår .

Men du , sova vingar som kommer att leda till galopperande genom molnen.

¡Låt dem växa , vänder sig för att titta på jorden från ovan!

No sucedió nada la primera vez. Fue variando la voz de acuerdo a las marcas que había en cada línea. En algunas frases se debía mantener una misma cadencia en la voz y solo elevarla o hacerla más grave en palabras que eran claves en cada línea o verso. Pero le costaba la fluctuación del sonido de su propia voz. No cambiaba de tono justo a tiempo para enfatizar la palabra clave, y al final, la misma se escuchaba con una ligera modificación con respecto a la frase anterior. Cuando la palabra clave aparecía al principio del verso le costaba menos saltar al ritmo siguiente, pero no ocurría lo mismo cuando la palabra aparecía en medio del verso.

Lo intentó diez veces más. Bradley ya había vuelto con el agua y en adición había traído algunos peces limpios para llevar como provisiones. Se había sentado detrás de Pearce, sobre un tocón que se movía bajo su peso. Observaba los movimientos de las manos del hechicero que parecían trazar símbolos en el aire. Se entretuvo adivinando que figuras se formaban, pero no

pudo reconocer ninguna. Las palabras que pronunciaba tampoco le decían nada. En ninguno de los poblados que había visitado, había encontrado una sola persona que hablara en esa lengua, aunque creía que era muy similar a cierto dialecto que había escuchado en aldeas de Naphatek, a pocos kilómetros del límite con Gimm. Pero no pudo traducir ninguna de las palabras que el hechicero recitaba. Se preguntó si al entrar en la torre de hechicería, le enseñarían a leer algún pergamino. Aunque fuese solo un conjuro pequeño, inofensivo. Imaginar que él pudiese ser capaz de producir magia, por más que el conjuro fuese el más sencillo, lo embargaba de una euforia tal que sentía deseos de ponerse a tocar la guitarra, junto con Col... El recuerdo, lo amargó. Se dijo que no debía interrumpir a Pearce. Lo que estaba haciendo debía arrebatar toda la concentración del hechicero.

Du är född på jorden .

Din starka ben ger dig möjlighet att förkorta långa sträckor med berg och plåtår .

Men du , sova vingar som kommer att leda till galopperande genom molnen.

¡Låt dem växa , vänder sig för att titta på jorden från ovan!

Funcionó en el decimoprimer intento. Al principio creyó que debía empezar de nuevo y estuvo a punto de decir la primer palabra del conjuro pero los caballos se encabritaron y se pusieron a relinchar. Luego empezaron a saltar y a sacudirse como si quisieran tirar un jinete invisible que estuviese intentando domarlos. Finalmente corrieron dando largas vueltas por el camino y la vegetación que los rodeaban. En un momento, Bradley y Pearce pensaron que iban a lanzarse contra ellos, dando coces y mordiscos pero no les hizo falta alejarse ni esconderse porque a tres metros de alcanzarlos, se volvieron cuando las miradas entre animales y hombres se cruzaron. De repente los caballos se tranquilizaron y bajaron las testas hasta que sus hocicos tocaron la tierra. Entonces, entre la cruz y los hombros de los animales, se trazó una abertura y de allí comenzaron a emerger, como el capullo de una planta que crece y se abre en pocos segundos, los huesos y las plumas de las alas, cada par del color de los animales. Alas negras para el caballo de Pearce y marrones para el de Bradley. Los animales las miraron al comienzo con aprensión. Pearce nunca había visto los ojos tan abiertos en los caballos, tan extraviados en el terror como esos dos animales que observaban esas alas como si fueran bestias que los estuviesen devorando vivos. Pero mientras más aleteaban, más se iban tranquilizando hasta que finalmente, solo emitieron

unos suaves rebuznos mientras expulsaban olas de aire hacia Pearce y Bradley que estaban maravillados viendo cómo sus monturas, tan ordinarias, se habían convertido en animales que hasta los reyes codiciaban. Pearce gimió cuando el pergamino que todavía estaba en sus manos ardió en llamas y el fuego le lamió los dedos. Lo soltó y lo único que llegó al piso fueron cenizas y un humo blanco que no tardó en disolverse en el éter. El hechizo ya había cumplido su función. Y él, Pearce, un hechicero raso, había activado un conjuro que recién iba a conocer luego de muchos años de estudios en la torre. Comprendió que tanto en la torre como en el palacio del rey, la burocracia controlaba la vida de los hombres. Se sentía orgulloso, no lo iba a negar, pero también sentía un alivio. El alivio de alguien que sabe que puede valerse de sí mismo para alcanzar la sabiduría que está buscando. No había más intermediarios entre uno y la meta que los que uno mismo se ponía en el camino. Pearce entendía que no necesitaba ningún maestro ni ningunatorre para adquirir el conocimiento y el control de la magia. Solo tiempo y el acceso a las herramientas necesarias para practicar, para forjar su propia formación. El deseo de hallar el “metal” se tornó más imperioso que nunca. Daría con él, lo sabía. Había muchas formas de encontrarlo. Solo había que pensar y encontrar el instrumento justo para hacer retroceder la oscuridad en el asunto. Se acercó a su caballo que, acostumbrado a sus nuevas partes, ahora se mataba el hambre con los matojos de césped. Pearce trepó sobre su lomo y le hizo una seña a Bradley para indicarle que era hora de partir.

—¿Quieres que suba en eso? Mierda, Pearce, yo no se dirigir un pegaso. — Bradley tenía esa expresión que los niños ponen cuando por primera vez en su vida ven un animal de regiones lejanas.

—¿Y tú piensas que yo sí? —ironizó Pearce, palmeando el cuello del pegaso.

—Estos animales vuelan sobre las nubes —explicó Bradley arqueando sus cejas para señalarle a Pearce la obviedad de la cuestión—. ¿Acaso tienes unas alas de emergencia en el caso de que al animal se le antoje que eres demasiado pesado a miles de metros de altura?

— Aprenderemos rápido. Debemos llegar a Cadwgan pronto, Bradley. En estos animales llegaremos en un parpadeo, además de que estaremos más seguros en las nubes, lejos de cualquier mercenario que haya advertido a sus contactos de nuestras presencias.

Bradley no tuvo objeciones a ese respecto. Pearce tenía razón, pero él también en relación a morir estampado en alguna roca o ensartado en alguna

rama al caer como una estrella hacia la tierra. Tampoco quería encontrarse con desquiciados como Helga por el camino, u orcos que lo forzaran a unirse la religión de Azwan. Quería estar en Cadwgan para el casamiento del rey, pero sobre todo para estar un paso más cerca de la torre de hechiceros de Rodam. Luego de cumplir con su palabra y llevar a Pearce ante el rey, podría incursionar, como siempre lo había querido, en el mundo de la hechicería. Así que montó a su pegaso y tocó las plumas de sus alas. Plumas que eran más grandes que su brazo.

— Bien –dijo Bradley—, hay que sujetarse con uña y dientes de ti amiguito, como si estuviera loco y pensara que mi cuerpo se ha fundido con el tuyo.

— Muy bien dicho – dijo Pearce— Sujétate con fuerza Brad. Arriba estaremos en el dominio del viento, y con él las cosas pueden ponerse un poco rudas.

— Espero que todo esto valga la pena –expresó Bradley, recordando a Colin, y su vida antes de que el hechicero entrara en ella.

Despegaron. Los pegasos desplegaron las alas que resultaron tener la extensión del cuerpo de los animales. Tanto en Pearce como en Bradley, la impresión hizo mella en su mente. Ninguno de los dos había estado tan cerca de alas de ese tamaño, nunca en sus vidas. Cuando el suelo se empezó a alejar de ellos, ambos aferraron las crines del caballo y las piernas a los costados con todas sus fuerzas. Bradley sintió un poco de mareo cuando el viento comenzó a pasar con mayor rapidez y empuje. Pearce estaba contemplando la cabaña de las brujas de Hullia, que se iba empequeñeciendo hasta desaparecer debajo de las copas de los árboles, cuando lo que recordó es que los únicos árboles que él conocía que quedaban en pie estaban en la Isla Bean a miles de kilómetros mar adentro. No sabía por qué estaba pensando en árboles cuando su deber en ese momento era vigilar el yermo que se extendía a lo largo y ancho del paisaje de New Marte. Ya habían revasado los límites de la ciudad de Oasis 22 y ahora estaba seguro de decirle a Mike, que conducía su Scout a unos cien metros de él, que no oía nada raro en el motor del suyo. Esa mañana les habían ordenado ir un poco más allá del cementerio de rocas para inspeccionar la zona, a causa de unos rumores que prodigaban la poco fundada noticia de que los Lizzard'scars estaban levantando un campamento con armamento capaz de sitiar a Oasis 22 por un buen tiempo. Derek, el jefe de operaciones de la ciudad, se rió cuando se enteró de ello, pero como la

precaución constituía una de las cualidades que lo volvían un jefe competente, decidió que no perdería nada más que combustible de los aviones al enviar a Peter y Mike a una misión de exploración. Los dos no eran sus mejores pilotos, pero era mejor la posibilidad de perder dos de los menos eficaces que mandar al infierno a sus mejores hombres junto con los scouts que a estas alturas tenían un precio exagerado en el mercado. Las piezas escaseaban, el metal también. Todos los precios se habían alejado tanto del bolsillo del trabajador que ya ni siquiera un pinche como Peter se preguntaba cuánto tendría que ahorrar para comprarse su propio Scout y largarse de allí.

El aire era caliente, como si uno pusiera el rostro sobre el vapor de un baño maría. Peter se miró su piel. Tostada por el sol creciente del mundo. Un sol que cada año que pasaba era unos milímetros más grande, según los astrónomos. Quería decir que la vieja Tierra tenía los días contados, pero eso no le impedía a la humanidad seguir subsistiendo hasta el último segundo. Miró a Mike, una franja plateada a su derecha que encandilaba su visión. Lo saludó y aunque no podía ver su rostro, sabía que su amigo sonreía con esos enormes dientes que casi no le cabían en su boca, por eso Peter creía que la llevaba siempre abierta. Mike le devolvió el saludo.

— ¿Ves alguna señal de los hijoputas por ahí? —preguntó Peter por el intercomunicador adherido a su oído.

— Nada —respondió, Mike —Oh, espera, creo que ...sí. No perdón, solo un piloto de mierda a mi izquierda. Nada que temer.

Peter le mostró el dedo del medio. Abajo, la planicie desértica era un pulido lienzo desquebrajado por la sequía. Algunos cactus sobrevivían desperdigados como recuerdos de la vegetación que poco a poco fue muriendo en el mundo. Los remolinos de polvo y arena danzaban debajo de ellos, como si ofrecieran un espectáculo a un público fantasma. De noche, se podían oír los gemidos del aire. Su padre le decía que eso ocurría porque el viento hacía el amor con la tierra. Se lo decía riéndose, con una mueca picaresca pero a Peter siempre le pareció algo nostálgico esa explicación. Como si sintiera una pérdida irreparable.

— ¡Hey, Mike! —dijo Peter.

— ¿Qué pasa?

— Creo que he estado soñando con algo. No sé si despierto o dormido.

— ¿Otra vez con tus sueños? —la pregunta fue seguida por un resoplido de fastidio.

— Cállate y dime que opinas. Estaba yo, o creo que era yo, pero vestía una túnica, algo sucia, debo decir, como un cura o esos monjes que prefieren asarse las bolas esperando el fin del mundo. Estaba en un lugar y en un tiempo del pasado. Creo que en la edad media, ya sabes, esa época de caballeros y princesas.

— He visto películas, idiota. Sigue, después de todo, tus estúpidos sueños me entretienen aquí arriba.

— Bien, era todo muy real. El campo, los bosques, los animales, cada sonido, cada olor. Algunos que nunca he sido capaz de conocer porque desaparecieron hace muchísimo tiempo. Pero lo más raro era a lo que yo me dedicaba.

— ¿Prostitución? —Mike no pudo contener una carcajada.

— No, chupa pijas. Era un hechicero. Un mago. Alguien que lanza fuego y rayos con sus manos. Como en los videojuegos.

— Creo que has estado jugando demasiado a esos videojuegos, Peter — Mike hizo que su scout diera un giro completo en el aire— llllllllljjjjjjjj! —festejó alzando los dos brazos sobre su cabeza.

— Hay algo raro en este sueño, amigo. Algo que no calza como un sueño ordinario. Verás, en él, sé que mi nombre es Pearce y tengo recuerdos que no son los míos. He estudiado en una torre de magia, mi padre y madre fueron otros y también sé que he cometido un robo. Sí, he robado algo que conozco como “metal”, un pedazo de roca que contiene un gran poder, pero me lo han robado y lo que hago en el sueño es ir tras él.

— Vaya locura —expresó Mike—. Son tantos detalles, Peter. ¿Estás seguro de que no has estado tomándote algunas píldoras de “Fantasy time”?

— No, hace tiempo que dejé de tener esos viajes. Te digo, amigo, este sueño no es nada parecido a esos que en los que caía con las píldoras. Este tenía...sustancia, sí esa es la palabra. Era tan real como tú y yo sentimos la realidad en estos momentos.

Habían disminuido la velocidad de los scout. Planeaban en las alturas como unas nubes perezosas que no tienen prisa por llegar a la próxima ciudad. Por lo que se veía abajo, parecía que no se habían movido. El mismo color, el mismo relieve de la tierra. Faltaba poco para que llegaran al cementerio de rocas. En la distancia se podía apreciar una franja blanca, formada por el color ceniciento de la tierra y las rocas enclavadas allí, como tumbas de una época marchita.

— ¿Un metal, eh? —preguntó Mike más para sí mismo que para Peter. Como si él intentara buscar un significado al sueño de su amigo.

— Ese metal —dijo Peter, con una voz que se oía como si hubiera sido castigada por el cansancio— es algo importante para Pearce y para los hechiceros de la torre también. Su efecto sobre el mundo puede convertirse en una catástrofe.

Peter miró a tres aves que viajaban en V hacia el oeste. Estaban a cientos de metros de sus scout, pero era notable su plumaje moteado. La imagen era algo que Peter asoció con la soledad. Una inmensa soledad, como el último suspiro de alguien antes de ahogarse en el océano.

— ¿Una catástrofe como todo esto? —la pregunta traía consigo un hálito de indignación.

— No, era otro tipo de desastre, Mike. Pero Pearce no estaba seguro todavía qué secretos escondía el metal, porque no había tenido tiempo de estudiarlo.

— Es un sueño extraño, en verdad, pero no te pierdas mucho en él, Peter, podrías caer con tu scout hacia el bonito paisaje que tenemos abajo.

— Hasta subí a un pegaso, Mike. ¿Sabes lo que es un pegaso?

— Ni idea.

— Un caballo con alas. Un caballo que puede viajar por el cielo. ¿Es genial, no lo crees?

— Eso sí que es genial. No me disgustaría subirme a uno de esos.

— Cuando despierto de ese sueño, tardo en caer en la cuenta de que soy Peter. A veces me asusto porque por unos segundos continúo viendo este mundo como si todavía fuese Pearce.

— Llegamos, Peter —anunció Mike y efectivamente ya estaban sobrevolando por encima del cementerio de rocas.

Nada más que rocas de todos los tamaños y formas se extendían hasta donde la vista era capaz de llegar. El suelo era una alfombra gris y blanca donde las huellas se podrían ver desde muy arriba, si alguien había pasado por allí. Era el lugar más estéril del mundo y abarcaba miles de kilómetros antes de llegar a las Montañas Muertas y después el mar. Y como lo sospechaban, no veían ninguna señal de los Lizzard'scars. Solo la tranquilidad y el silencio de un paraje sin vida.

— Malditos rumores —bufó Mike—. Si Derek continúa dándole algún crédito a esta clase de habladurías, nos quedaremos cortos de recursos

para cuando suceda un ataque de verdad.

Siguieron avanzando un poco más lento todavía, examinando cada roca del lugar. Los lizzard' scars eran muy diestros en el arte del ocultamiento y el camuflaje y con el tiempo habían desarrollado técnicas brillantes para hacerse invisible hasta del rastreo de los mejores radares. Por supuesto, el radar de los scout no era una maravilla, pero había sido modificado por los ingenieros de Oasis 22 para que fuese capaz de detectar movimientos y cambios en la temperatura. En esos momentos, el panel del radar no mostraba nada en sus cuatro cuadrantes. Ninguna luz parpadeaba, ningún pitido llamó la atención de los pilotos.

— ¿Tú que dices? —preguntó Mike— ¿Volvemos y le decimos a Derek que la próxima vez seleccione mejor sus rumores?

— Un poco más y regresamos —contestó Peter—. El estómago me está gruñendo.

Siguieron avanzando por quince minutos más y cuando ambos comprendieron que allí abajo no había nada de lo que preocuparse, a excepción de la misma agonía del mundo, dieron vuelta a sus scout para emprender el viaje de regreso. Las sombras de los aviones los seguían deslizándose por las rocas y el polvo.

—Maldita radio —incurrió Mike, dándole un golpe a su consola de mando—. No quiere encender. Antes de salir la he probado y funcionaba ala perfección. Estaba oyendo a Queen.

Peter probó la suya pero tuvo el mismo resultado que su amigo. La radio estaba muerta y antes de que se pusiera a investigar cuál podría ser la causa, el motor del scout se detuvo y la hélice fue deteniéndose con un ligero traqueteo hasta el final. Peter y Mike se observaron y ninguno vio el gesto de temor dibujados en sus rostros.

— Han podido paralizar nuestro sistema —masculló Peter, mientras el scout iba perdiendo altura.

— ¡Maldita sea! —gritó Mike.

Abajo, Peter vio que algunas rocas, que él había tomado como tales, porque no tenían ninguna diferencia con sus hermanas y el radar así también lo creía, se deshicieron como globos que alguien hace estallar y de su interior, rajando el material con que estaban hechas esas rocas falsas, salían los grupos de lizzard's scars apuntando con sus armas a los dos pilotos que intentaban hacer que sus aviones se alejaran lo más posible del cementerio antes de tocar

el botón que desprendía los asientos propulsores.

—Dile adiós a los scout Peter —se lamentó Mike— ¡Maldita sea!

Peter asintió, preparándose para salir expulsado, despidiéndose en silencio del scout que siempre había piloteado, desde que Derek lo había elegido como piloto para la fuerza aérea de Oasis 22. Acarició el flanco derecho del avión, pasando sus dedos sobre la O pintada al costado y luego por el número 22. Enseguida sintió que lo que estaba tocando su mano ya no era algo metálico, sino suave y blando. Plumas, se sorprendió Peter, estaba tocando plumas.

XXIX

Dejaron que los soldados del alguacil alejaran a los curiosos del Demonio embriagado. Cuando Todd había salido de la taberna, había varios aldeanos que cabeceaban por sobre la barrera de soldados para enterarse qué había ocurrido en el lugar más famoso de Rodam. Ninguno recibía una respuesta. La guardia de la ciudad había recibido órdenes de impedir que nadie se acercara al lugar y mucho menos que supieran que el dueño del negocio había sido asesinado y abandonado por sus propios hombres. Una noticia así generaría rumores que el rey quería impedir a toda costa. Todos sabían que el gordo Kuff estaba protegido por el poder real y si se enteraban que había sido asesinado y que el culpable había salido libre del lugar, sumado a que ahora se encontraba dialogando con el alguacil y el tesorero de la corona, los rebeldes podían utilizar esos ingredientes para hacerse un succulento plato de revueltas. Tiraría todo el temor que debía causar la autoridad máxima de la ciudad por el drenaje. El alguacil de Rodam se llamaba Ovidio, su rostro era recio y marcado por el mal humor. Tenía un bigote recto que tenía el mismo tamaño de sus labios, resecos y pálidos. Una barba ajustada a la punta de su barbilla parecía mantenida bajo un estricto control para evitar que se expandiera. El cabello blanco de Ovidio estaba recortado al ras, dándole a su cabeza el aspecto de un bloque de cemento, y tan dura como éste para quien se dejara llevar por las asociaciones. Vestía los colores de Rodam. Rojo y blanco. En el centro del pecho de su armadura, llevaba el dibujo del escudo de la casa real: Un caballo aplastando a un dragón sobre fondo azul. Cuando vio a Todd, su semblante se endureció más de lo que cabía en aquel hombre y miró al ladrón como quien ve aproximarse a un enemigo jurado que llega burlándose y pavoneándose sin vergüenza. Los enanos estaban reunidos formando un semi círculo a pocos pasos del alguacil y de Leof que estaba con su camisa remangada, cruzado de brazos a la derecha de Ovidio. Todd vio cómo el cantinero no se sentía muy agusto allí. Se dio cuenta porque miraba como si unos extraños hubiesen invadido su casa. No tenía su habitual expresión sardónica.

—Todd – dijo Leof mirando a todos a su alrededor. El cantinero se había separado del alguacil, muy nervioso aunque intentara ocultarlo. En cierta manera se sentía aliviado por no tener que soportar más el peso de la mirada

inquisidora de Ovidio sobre él—. No sé si hicimos bien –susurró Leof a los oídos de Todd. No quería que Gibbs oyera—. Ese Ovidio no me ha quitado los ojos de encima desde que me mandaron a buscar con Virk. Dijeron que me necesitaban para...

—Aclarar unos puntos negros –completó Todd— y hablar de ya sabes qué.

—¿Cómo lo sabes? –preguntó Leoff, con un tono de agravio.

—Eso es lo que quieren –dijo Todd disminuyendo el tono de voz en las últimas palabras. La imagen de Kuff muerto era el único fragmento que se presentaba en su mente. Antes, las piezas de sus recuerdos se mezclaban sin ningún orden y no le mostraban nada significativo, como si los hechos anteriores hubiesen sido cortados en pequeñas piezas y revueltos, sin posibilidad de que él los uniera, para enterarse de qué había hecho, de cómo había llegado hasta el momento de la muerte de Kuff.

—¿Confías en ese que tienes al lado? –preguntó Leoff, refiriéndose a Gibbs, que fingía que no les prestaba atención.

—Claro que no –musitó Todd, sonriendo—. Pero ahora debemos seguirles la corriente.

Luego de que Ovidio le diera unas indicaciones a la guardia, una veintena de hombres armados y firmes para ejecutar cualquier acción que su alguacil les ladrase, siguió a Gibbs, Todd, Leof y Harold de vuelta al “Demonio Embriagado”. Los demás enanos se quedaron afuera, apoyados contra las columnas en el pórtico de la taberna o en los escalones de la misma, a esperar, como Harold les había pedido.

Un hombre de Kuff le informó a Gibbs que ya había retirado el cuerpo de su jefe del despacho y también los cadáveres de las mujeres apiladas por los enanos. Gibbs hizo una señal para que se largase y también el resto de vigilantes de la taberna. Solo pidió a sus dos gigantes enguantados en sus armaduras de bronce, que se quedaran a su lado.

— Ese Kuff –emepezó Gibbs, apoyando un codo sobre la mesa para ocho personas donde nos habíamos sentado—, era un hijo de puta que siempre trataba de robarnos. Y a veces lo dejábamos, porque tanto el rey como yo y también Ovidio hacíamos mucho dinero con él. Estaba loco, cada día esa sensación que tenía de que todos a su alrededor estaban conspirando en su contra se estaba volviendo un obstáculo para el correcto funcionamiento del negocio. Teníamos pensado quitárnoslo de encima si continuaba deshaciéndose de clientes con mucha pasta porque creía que llegaban aquí para quitarle el negocio. De igual manera, lo que han hecho

ustedes, con intervención de los señores enanos, sin nuestra aprobación, es algo inexcusable. La mitad de lo que hicieron hubiese bastado para decapitarlos a todos y arrojar sus cuerpos a los buitres y cuervos para que se hicieran un festín. Sin embargo —dijo Gibbs y su voz se rasgó en un suspiro de alegría—, nos han traído un obsequio. Y vaya que obsequio —Gibbs miró a Harold con un brillo de agradecimiento en los ojos—. Ni un rey en todo Gimm, ni en las lejanas tierras de Naphatek podría igualar este regalo.

— ¿Podemos decir entonces —preguntó Todd aprovechando que Gibbs había hecho una pausa quizás para tomar conciencia de que sus palabras no eran simples ornamentos de una esperanza— que el asunto de Kuff es agua debajo del puente.

— Yo no estaría tan seguro —dijo Ovidio moviendo su enorme pecho al compás de su respiración. Todd pensó que con el aire que salía expulsado de esos pulmones podrían hervir el agua de una olla en cuestión de segundos.

Ninguno habló. Estaban esperando a que el alguacil soltara lo que se había estado guardando desde que había acudido al llamado de Gibbs.

— Primero, no me gustan los putos enanos —señaló a Harold con el pulgar sin dirigirle la mirada. Para mala suerte de todos, el enano se hallaba sentado al lado del alguacil. Si querían, podían ensartarse allí mismo y la gersek seguiría por siempre en poder de los enanos, sin contar que serían un enemigo activo más con los que guerrear en Gimm. Todd celebró en secreto la contención que Harold estaba ejerciendo contra sus deseos de probar la sangre de Ovidio con el filo de su hacha—. Segundo, no me gustan que los putos enanos entren en mi ciudad y asesinen a quien se les plazca. Tercero, no me gusta que un donadie como tú —señalando a Todd—, y un muerto de hambre como éste —refiriéndose con un movimiento de la cabeza a Leoff— hagan negocios a escondidas mías con putos enanos que entran a mi ciudad y asesinan a quien se les plazca. Estoy aquí ...

— Ovidio —interrumpió Gibbs entrecerrando sus ojos y sonriendo ampliamente, como queriendo aderezar con genileza el carácter del alguacil—. Creo que el punto que tratamos de discutir aquí no es ese. Sabemos de tus... opiniones acerca de los extranjeros y de cómo esto afecta a tu trabajo, pero estamos aquí para abordar cuestiones de mayor

importancia para el enriquecimiento del reino. Después podemos discutir los hechos ocurridos en el demonio y que a ti te competen.

Ovidio quiso seguir hablando pero su boca se torcía, expresando asco. Todd creía que el alguacil estaba a punto de escupir delante de Harold, para hacer oficial su desprecio, pero su pecho se infló otra vez y al exhalar todo el aire, permaneció tranquilo, pero con el disgusto laténdole en la piel.

— Bien —siguió Gibbs—. Ahora quiero preguntarte a ti, Harold del Puño Nevado. ¿Es cierto lo que Todd, aquí presente, me ha dicho sobre tus intereses de traer a Rodam, la gersek para su comercialización?

— No te ha mentado, humano —contestó Harold. Tod notaba que los párpados del enano le pesaban un poco, quizás por el rencor hacia las palabras de Ovidio o porque Gibbs no le caía nada bien—. Estos dos hombrres fuerrron los únicos que nos han ayudado a encontrrrrrrrrr a los asesinos de mis camarradas. Hicimos un trrrato con ellos. Kuff, el humano que asesinamos, fue quien mató y luego rrrrobó a nuestrrrros herrrmanos. Porrr ayudarrnos en la venganza, la taberrrna de Leoff puede venderr nuestrrra cerrrveza, perrrrro nadie más. Debo hablarr con mi rrrey primerrro para hacerr los prrreparrrativos, perrro cuando se enterrren de lo que ha pasado aquí, no serrrán adverrrsos a cumplirrr con la obligación que yo contrrraje con estos hombrres. Es nuestrro honorr lo que está en juego si se negarrra.

Gibbs miró a Leoff. Era la primera vez que veía a ese hombre. Un tipo común, vestido con una camisa sucia con machas de cerveza y vino, la sonrisa de alguien que no halla ningún valor en las cosas de la vida y asintiendo ante la perspectiva de verse millonario en muy poco tiempo, ocupando un lugar que, para la opinión del tesorero, le quedaba muy grande.

— Muy bien, Harold, muy bien. Creo que has tomado una decisión muy inteligente al pensar en expandir tu negocio por nuestros lares. Sin embargo, tenemos que ponernos de acuerdo con el modo de administrar nuestras empresas, ya que aquí, en Gimm, el rey tiene una manera particular de permitir que los proyectos floezcan o se marchiten.

— Ese no es mi prrroblema —replicó Harold—. Nosotrros enviarrremos nuestrro carrrgamento a Leoff y a Todd. Lo que quierran obtenerrr de ellos, no es de mi incumbencia. Solo tengo una condición.

— ¿Y cuál es esa condición, gran señor enano? —preguntó Gibbs con una sonrisa que hacía poco convincente la denominación que había hecho de

Harold.

— Si nos llegamos a enterrarr de que la gerrsek está siendo comerrrrcializada porrr otrros humanos además de Todd y Leoff, el trrrrato se anula y su ciudad se queda sin nada.

— Es un trato justo –intervino Leoff. Todd se rió y luego lo siguió Gibbs con una mezcla de duda y diversión. Harold y Ovidio permanecían imperturbables. Solo Todd era conciente de lo poco que faltaba para que esos dos se trenzaran en una pelea.

— Entonces –dijo Gibbs extendiendo su nudosa y blanca mano hacia Harold—. Sellemos el trato con un apretón de manos, y de mi parte, como tesorero del rey Cerdric de Rodam, le aseguro que toda la ciudad será honrada por recibir su exquisito producto, y no encontrarán ninguna traba que perjudique sus condiciones.

Por un momento Harold contempló esa mano y se preguntó si lo que había hecho no reduciría en despecho para su reino. Él le había dado su palabra a Todd. La gerssek a cambio de vengar el honor de sus camaradas. No tenía sus cuerpos, pero Todd le había prometido que lo llevaría al lugar donde Kuff se había deshecho de ellos. El pelirrojo había cumplido con su parte. A él le quedaba hacer lo mismo aunque si lo hubiese tenido que hacer de nuevo, no hubiese estado seguro de pagar un precio tan alto. Harold estrechó la mano de Gibbs y una gota de sudor frío bajó por la mejilla de Todd.

Habían salido cabalgando unos minutos después de terminar la reunión. Solo los dos. Todd montaba un frisón que le había prestado el alguacil y el enano un mustang obsequiado por Gibbs que había salido de la taberna con una sonrisa que podría asustar a cualquier niño. Todd había creído que ese hombre hacía uso de la risa por primera vez. Su boca se ensanchaba a un costado de su rostro, dejando el otro vacío y con las líneas que marcaban el estiramiento de la piel. Al principio, Harold no quería aceptar su caballo ni nada de Gibbs. Según él, no había hecho tratos con el anciano, sino con Todd y Leoff, pero terminó por ceder por pura formalidad, algo que los enanos tenían muy desarrollado, y más en ciudades foráneas. Ambos iban camino a la granja de Vulture, a cumplir otra parte de la promesa que Todd le había hecho a Harold en secreto. El jefe enano aprovechó el viaje para recordarle a Todd que él no se había olvidado del otro succulento costo que todavía quedaba saldar por el

beneficio que les reportaría a él y a Leoff la venta de la gersek.

— En cuanto a la mina de las Montañas Lunarrres –soltó Harold con la mirada fija en el camino. No confiaba mucho en los caballos aunque no había tenido ningún inconveniente con el animal al trepar sobre su lomo. El caballo no se quejó ni mostró ninguna señal de incomodidad por llevar a Harold. Era bien conocido que los enanos no se llevaban muy bien con los caballos que criaban los humanos.

— Eso me va a llevar un poco más de tiempo, pero no tanto como para que tú te precupes, Harold. Cuando tenga todo listo, te haré llegar mi mensaje. Entonces tú podrás venir y adueñarte de tu mina. Gracias por no revelar esa parte de trato a Gibbs, por cierto.

— Dos meses –replicó Harold como quien no quiere la cosa.

Todd iba a preguntar que significaba eso, pero sabía muy bien de qué hablaba Harold. Los enanos eran implacables a la hora de cobrar su parte de los tratos. No admintían dilaciones indefinidas, ni promesas que no pudieran medir en días y horas. El ladrón observó las casas por las que pasaban. Achatadas, grises y frías, iguales que la noche anterior, cuando Leoff lo llevó en su carreta para deshacerse de los cuerpos de los enanos. La peste había pasado no hace un tiempo y había diezgado la población. Adentro vivían los más pobres de la ciudad. Muchos de ellos pasaban hambre, y los que no, se mataban como mulas trabajando por una paga miserable para engañar al estómago. Miró al enano y se preguntó si la peste también había llegado a su reino alguna vez.

— Dos meses serán más que suficientes –en realidad, Todd creía que en solo unas tres semanas tendría resuelto ese problema pero siempre era mejor que le sobrara el tiempo. Un hombre nunca podía saber que obstáculos encontraría, inclusive en una corta franja de camino.

Harold movió la cabeza en señal afirmativa. Continuaron cabalgando en silencio el resto del camino. El sol estaba algo fuerte a esas horas de la tarde y antes de llegar a la granja, los recibió el olor de las cenizas y de la paja chamuscada. La cabaña de Vulture estaba en ruinas. Los muros ennegrecidos y el techo había desaparecido, devorado por las llamas. Del granero solo quedaban pedazos de madera carbonizada en la base de las paredes. Adentro, el suelo estaba negro y todavía humeando. Los animales habían escapado, enloquecidos por el fuego o bien los habían hurtado los vecinos de Harold o los habían confiscado los hombres del rey. Harold observaba todo con una

mirada cargada de angustia. Por un momento Todd pensó que el enano rompería en llanto, pero no llegó a eso. Sí suspiraba mucho, como alguien que tratara de ahogar el llanto por vergüenza o por orgullo. Todd le señaló dónde se había enterado de que Vulture había dispuesto los cuerpos con los hombres de Kuff, y Harold descendió del caballo, sacó su hacha, sostenida en forma horizontal con sus dos manos, ingresó en el área que antes había sido el interior del granero y se quedó mirando el terreno abrasado. A unos pasos detrás de él, desde su caballo, Todd no podía ver ninguna señal de los enanos. Seguramente, ya habían saqueado cada objeto de valor que se hubiese salvado de las llamas y el resto se había fundido con las cenizas de la madera y la paja. Harold caminó lentamente por el lugar, con la cabeza en alto y Todd pudo oírlo decir algunas palabras en el idioma enano. Tal vez fuera una oración para los muertos de su raza, o tal vez estuviera hablando con ellos, despidiéndose. Después, el enano se arrodilló y el hacha cayó de sus manos. El arma hizo un ruido sordo al caer sobre la alfombra de cenizas y polvo. Harold removió algo en el suelo hasta que sus manos se detuvieron y se cerraron sobre algo. Todd no podía ver qué era porque el cuerpo de Harold se lo impedía. Entonces esta vez sí lo escuchó. Harold rompió en llanto y su cabeza se hundió sobre lo que había encontrado. Cuando el llanto fue menguando, Harold se dio vuelta, todavía de rodillas y mostró lo que había encontrado. Un cráneo. Un poco más alargado y ancho que el de un humano. Por supuesto, Todd ya había visto cráneos así. Reconocía su forma. Harold había hallado la calavera de uno de sus camaradas debajo de las cenizas. Estaba limpia de carne, con sus cuencas oscurecidas por la mugre y su mandíbula con gruesos dientes paralizada en una sonrisa sin expresión.

— ¿Por qué has venido a estatumba? —preguntó Harold, sosteniendo el cráneo con una mano arriba y otra abajo.

— ¿Qué? —Todd estaba sorprendido. No sabía de qué estaba hablando Harold. Claramente la pregunta estaba dirigida a él aunque también pudiera ser que el enano estuviese ensayando algún ritual fúnebre, aunque debería hacerlo en su idioma, y no en el común como para que Todd lo entendiera.

— Te pregunté que has venido a hacer a esta tumba. ¿Lo conocías a él?

Entonces Harold señaló algo que había detrás de él, pero Todd vio enseguida que el dedo que señalaba no era el de Harold, sino el de un hombre. Un hombre vestido con un traje azul con corbata. El hombre no tendría más de

treinta años, de cabello negro y lustroso, peinado hacia atrás en ondas. Lo conocía. Por alguna razón, él, ¿Todd? ¿Phil Thompson?, veía todavía, superpuesta y translúcida, la imagen de un granero en ruinas. El olor a vegetación quemada le inundó sus fosas nasales y miró asustado a su alrededor, pensando que había fuego cerca de él. Se fregó la vista con los dedos, pensando que se trataba de un efecto del sol y de su ánimo turbado, entonces solo quedó delante de él, aquel hombre, Santino Verdi, un integrante de la mafia americano—romana. Y la tumba que señalaba era la de su hermano, Mario Verdio, asesinado hacía un par de días mientras dormía plácidamente en su cama. Phil se había enterado por Faccardi del caso y por alguna razón había atraído su interés. Si bien, él no tenía ningún papel que cumplir en la investigación de ese asesinato, lo había seguido de cerca, como si todo lo que girara en torno a él le competiera. Hacía preguntas a Faccardi, a los detectives a cargo del asunto, que lo miraban inquisitivos por el entusiasmo que Phil ponía en sus preguntas, en fin, a quien pudiera sacarle algo de las averiguaciones que se estaban haciendo se acercaba, aunque recibiera silencios o datos parcos. Faccardi le había preguntado por qué tanto interés de aficionado en la muerte de Verdi, pero lo único que podía contestar Phil, ya que ni él mismo tenía claro el por qué, era que le parecía entretenido, y que era un fanático de las películas de gangsters.

— No —contestó Phil, notando la presencia de Verdi, ahora, como algo que no podía negar—. Solo estoy dando un paseo.

Santino Verdi, lo observó con extrañeza y desprecio. No parecía convencido con la repuesta de Phil. Bueno, no lo culpaba, ni el negociador se creía tal estupidez.

— Es mi hermano —Santino remarcó la palabra hermano, como si todos debiesen conocer el peso sentimental que eso tenía para él—. Lo han quemado vivo mientras dormía. Esos bastardos le hecharon gasolina y le prendieron fuego. Todo su departamento quedó destruido.

Santino lloraba mientras hablaba, como si las lágrimas fueran inherentes a lo que estaba contando. Phil sentía un deja vú, no el primero que había estado sintiendo desde hacía unos días. Esa sensación que va y viene cuando lo que ocurre parece encajar perfectamente con un recuerdo que no uno no sabe que posee. Miraba a Santino y sentía que estaba reviviendo algo que desconocía. Pero no encontraba palabras para explicarse por qué estaba allí, visitando la tumba de un hombre que nunca había visto, al menos personalmente, y con el

que nunca había cruzado palabra.

— Los que hicieron eso, ¿ya los atraparon? —preguntó Phil después de que Santino se secara el rostro con la manga de su chaqueta azul.

Santino frunció el ceño. Ahora su rostro expresaba desconfianza. Phil le había hecho una pregunta que tipos como él no tenían por qué responder a un extraño. Santino podía ser capaz de atacarlo en ese instante, de zurrarlo para que se le quitara lo atrevido, pero el negociador estrella de la policía de South Sherley, sabía que Santino no lo haría, por más que su sangre de tipo duro estuviera hirviendo en ese momento.

—No, aún —respondió Santino pausadamente—. Pero no descansaremos hasta tener sus cabezas medidas en sus propios culos.

— Quiero ayudarte —dijo Phil con seriedad, como si el tono de su voz fuera la firma de la garantía—. Trabajo para la policía y quiero ayudarte a encontrar al asesino de tu hermano.

—¿La policía? —se rió Santino. Era ridículo que lo tomara en serio ahora, pensaba Phil. Estos tipos no dejaban que la policía se bañara en las aguas turbias de sus piscinas y lo más seguro era que Santino terminara la conversación y se marchara recordando su rostro para tratarlo de otra forma si se lo encontraba en un futuro— Estás loco, viejo. No los necesitamos. Nosotros tenemos nuestro propio equipo de investigación.

— De igual manera voy a ayudarlos —dijo Phil y volvió a sentir el aroma de la paja chamuscada— Lo quieran o no.

Santino corrió su chaqueta hacia un lado para mostrarle a Phil el arma que descansaba en la funda de cuero marrón.

— ¿Por qué no sigues tu paseíto, policía? —Santino tenía esa mirada viperina que Phil asociaba con el asesino. Esa mirada que decía que tú, no valías ni un moco de perro.

— Encontraré a quién le hizo eso a tu hermano —dijo Phil y se dio media vuelta para retirarse, caminó unos pasos y volvió la mirada—. Y cuando lo haga, lo llevaré directo a ti.

Phil se alejó. Santino todavía permitía que Phil observara su arma, pero dentro de él, se preguntaba quién era aquel policía y por qué se interesaba de forma tan personal por su hermano. Ni bien saliera del cementerio, lo averiguaría.

— Ya podemos irrnos —dijo Harold, pasando una mano ante los ojos de Todd. El ladrón se había quedado como ausente, mirando el escenario

que había servido como pira para los enanos asesinados.

— Es un cementerio —dijo Todd, cuando su mirada se posó sobre el enano.

— ¿Cómo dices? —Harold llevaba todavía el cráneo consigo y el mango de su hacha sobresalía detrás de su cabeza, un poco teñido por el color grisáceo de las cenizas.

— Me parece que he estado viendo un cementerio —dijo Todd, ahora que había recuperado un poco la claridad y quería arreglar un poco sus palabras para no sonar como un insensato ante el jefe enano.

— En parrte eso es lo que es —contestó el enano, preparándose para subir al caballo demasiado alto para su talla—. Perro el asesino ya está muerto y he visto sus cuerrrpos. Esto es lo único que quedó de ellos. Lo llevarrré a mi rrreino parrra darrrle una digna despedida fúnebrre enana.

— Harold —dijo Todd. No se había movido de su lugar. Tenía la impresión de que estaba hablando con otra persona además de Harold, pero no era nada más que eso. Una impresión.

— ¿Qué? —preguntó el enano trepando lomo del caballo, dándose impulso con un gran salto.

— Siento todo esto —Todd apretó sus puños hasta que la uña se hundió en la carne—. De verdad.

— Volvamos, humano —indicó Harold, mirando ahora hacia el camino, por el que tenían que volver—. Volvamos a nuestrrras vidas.

— Sí —asintió Todd, sin comprender por qué había dicho eso. ¿Sentirlo? No lamentaba la muerte de los enanos, eso le había dado la oportunidad de hacerse rico. Sin embargo lo había dicho, y aún más, pudo sentir cómo un arrepentimiento hacía mella en su interior. Pero ese sentimiento había pasado como un relámpago y ahora era él de nuevo, Betlic. Se subió al caballo y empezó a caminar detrás de Harold. Mientras se alejaba, se rió al comprender cómo había transformado aquella granja incendiada, en la riqueza que iba a obtener. También pensó en los enemigos que se haría a partir de ahora. Se imaginó sus rostros y sabía que se había abierto otra temporada de cacería en su vida.

XXX

— Dame tu mano, Brittany —pidió Demetria—. No tengas miedo, preciosa, nada de esto te dolerá.

Brittany observaba el espejo que la anciana tenía en el suelo. Quería ver que había allí, en su superficie pulida. Estaba segura de que no era un espejo normal, sino algo mágico, como en la película de blancanieves o también podría tratarse de un espejo maligno como en esa película de terror donde una mujer despeinada y de ojos completamente negros salía para asesinar al hombre que se afeitaba en el baño. Quería tener la aprobación de Melkileben para obedecer a la anciana y ofrecerle su mano como pedía. El elfo era el único en el que ella podía depositar algo parecido a la confianza. Pero atrás, se proyectaban las sombras de los que estaban del otro lado de los barrotes, excepto por el encapuchado. No lo había notado antes, pero la niña podía ver al tipo que los había guiado allí, todavía en su lugar, contemplando impasible lo que sucedía dentro de esa prisión. Sabía que era inútil pedirle a él un consejo. No hacía nada más que controlar que se pagara el precio por la ayuda brindada por Demetria.

— Brittany —dijo Demetria. A la niña le sorprendió que el tono de voz de la diosa le resultara tan familiar, como la de una vecina o una tía—. Dame la mano, y deja de preocuparte.

Entonces Brittany accedió y su pequeña palma fue encerrada por el apretón de esos viejos dedos finos y nudosos. La anciana sonrió y un viento helado y precipitado casi la tumbó hacia atrás. Brittany tuvo que cerrar los ojos porque la fuerza del viento amenazaba con barrérselos. Sintió unas punzadas de dolor en las sienas como cuando el frío de una bebida a punto de congelarse se instala en la parte superior de la nariz. Después no sabía si estaba todavía de pie o se había desplomado en el suelo. Cuando el malestar desapareció, Brittany tardó en darse cuenta de que no estaba en la celda, sino en el interior de otro sitio. El suelo era muy duro, formado por ondulaciones de roca gris y estalagmitas de todos los tamaños. El lugar estaba en penumbras, más alumbrado que la celda, pero igual de escalofriante. Escuchaba algunas goteras pero no veía señal del agua. Tal vez caería más lejos de donde estaba ella y el eco de ese lugar cavernoso intensificaba el sonido. Cuando ella había

visitado unas grutas históricas con su familia en una de sus vacaciones, también uno podía oír la voz de otro que se hallaba a varios metros de distancia, sin que éste estuviese gritando. Estaba sentada, con ambas piernas dobladas hacia la derecha. Su remera estaba salpicada de sangre, de su pantalón colgaban unos pedazos de carne sanguinolentos que estaban pegados a la tela. Instintivamente se pasó las manos por todo su cuerpo, en busca de alguna herida, de un dolor que se disparara por el tacto. Aunque allí no había nadie, bien pudieran estar cerca de ella, vigilándola. ¿Por qué estaba en ese estado? ¿Qué había pasado con Demetria? ¿Le había hecho algo y ahora no lo recordaba? De algo estaba segura. Tenía mucho miedo de estar allí, sola, en un lugar frío y oscuro, salpicado únicamente por la luz que despedían algunas antorchas colgadas de los muros de esa caverna. Así había bautizado Brittany a aquel sitio. Una caverna. Y si estaba en una caverna, debía existir una entrada a la misma. Se puso de pie, todavía con los brazos cruzados delante de su cuerpo y caminó con cuidado tratando de encontrar el modo de salir. A los pocos pasos la asaltó un dolor mordiente en una de las piernas. Buscó la fuente y hayó que debajo del hueso de la rodilla derecha, había un corte que seguía la curvatura del hueso. No parecía ser profundo, pero le dolía al caminar y pudo ver que un hilillo de sangre empezó a descender cuando ella puso sus dedos alrededor de la herida. No tenía nada con qué limpiarse. Intentó buscar su remera por algún lado de la caverna, entre las estalagmitas o en partes del suelo donde se formaba un hueco, pero no tuvo suerte. Siguió buscando la salida. Siguió las antorchas, dispuestas en intervalos cada vez más próximos. Caminaba muy lento por temor a llamar la atención de alguien. Tal vez de los que la habían dejado allí, abandonada o prisionera. Llegado a un punto, los muros de la caverna se estrechaban hasta formar un pasillo en cuyo centro se extendía una franja de agua que circulaba hacia adelante. Algunas gotas cayeron sobre el cabello y el rostro de Brittany. Ahí estaban las goteras que había escuchado al comienzo. Vio que su piel se había puesto de gallina. Tenía frío pero el miedo hizo que no le prestara atención al mismo. Abrió un poco la boca y sus dientes castañetearon. Otra molestia también la sorprendió. Sintió deseos de orinar pero no quería hacerlo allí. Las lágrimas se acumularon en sus ojos hasta desbordarse. ¿Qué le había pasado? ¿Por qué no recordaba nada? Estaba sola, no podía gritar pidiendo ayuda porque podía atraer a los individuos responsables de que ella estuviera en ese estado. Siguió caminando, sollozando, llevando a cuesta el frío y el dolor. Finalmente llegó al final del pasillo de la caverna. Una puerta angosta de un metro de

altura le cerraba el paso. No había picaporte de su lado y en el centro de la misma, justo delante de sus ojos, había una placa de chapa por la que Brittany podía ver un resplandor que se colaba por sus costados, proveniente del otro lado. Pensó que ese pedazo de metal podía ser corredizo y por lo tanto ser usado como una ventanilla. Tocó la puerta para comprobar si estaba cerrada, y así lo fue. Dio un empujón, apoyando su cuerpo sobre la madera pero tampoco así cedió. No se animaba a golpear. Si del otro lado había alguien vigilándola tal vez se enfurecería con ella y la lastimara. Una parte de ella sabía que esa sangre con la que estaba cubierta y los trozos de carne que se despegaban mientras andaba, tenían un significado horrible, pero no quería profundizar demasiado en ello. La caverna podía provocarle miedo a la oscuridad y a la soledad que la rodeaba pero lo otro le llenaba sus pulmones de pánico, haciendo que sus manos y piernas empezaran a temblar. Por eso era mejor no pensar mucho de dónde habían salido esa carne cruda ni en cómo se había hecho esa dolorosa herida. No tenía muchas opciones más que tratar de forzar la hoja de madera hasta que la cerradura zafara. Así que Brittany tomó carrera y arremetió contra la puerta con todo el peso de su cuerpo. La madera hizo un crujido cuando recibió la estampida del pequeño cuerpo de Brittany, quien rebotó y cayó sentada sobre el agua que continuaba su curso por debajo de la puerta. Quedó algo mareada y luego llegaron las oleadas de dolor por el impacto que había recibido el brazo derecho en el que se había concentrado toda la fuerza del embate. Brittany se frotó con suma premura su miembro dolorido y se puso de pie. La puerta estaba abierta. Se dio cuenta que el pestillo de la llave estaba escondido dentro de la cerradura, por lo que solamente estaba cerrada con el de la manija. Tal vez solo hubiera bastado con un empujón más enérgico al comienzo, pero ya estaba hecho. Al parecer no había nadie del otro lado, de lo contrario hubiesen entrado para preguntarle qué hacía de ese lado de la caverna. Brittany abrió un poco más la puerta hasta dejar una franja libre para espiar. Del otro lado, la caverna se abría para recibir la luz del sol y antes de llegar a la salida de la misma, Brittany vio como en el suelo rocoso había rastros de arena. Siguió caminando con cautela, viendo como el diminuto arroyo que discurría bajo sus pies continuaba hasta la salida. Allí no había antorchas, pero por suerte era de día y en esa parte, el sitio estaba muy iluminado. Antes de salir, la recibió el aroma salobre del mar y el sol la encandiló cuando puso sus pies sobre la arena de una costa. La playa se extendía a su izquierda y derecha. Kilómetros y kilómetros de arena cubierta de algo que al momento de verlo la hizo vomitar. La sangre llegaba

hasta el agua y allí se adentraba al mar y volvía a lamer la costa que no era otra cosa que un amontonamiento de cuerpos, miembros y armas de guerra en sumayoría quebradas o enterradas entre el amasijo de la carne. Y por supuesto las cabezas de hombres y mujeres que miraban en todas direcciones con las facciones desencajadas por el horror o el llanto. No pudo encontrar ningún cuerpo sano, con todas sus extremidades en su lugar. La caverna era un oasis en aquel campo de la masacre. Si alguien pudiese verlo desde las alturas, debía parecer un plato con salsa de tomate y pequeños pedazos de carne flotando en la misma.

Sobre el arco de la caverna, un árbol jorobado inclinaba sus ramas hacia adelante. Detrás de ella la vegetación adquiría la forma de arbustos y árboles enanos distribuidos por el suelo arenoso y cubierto por una capa más delgada de cuerpos aplastados y triturados. Más allá se alzaba un risco de roca, formado por una pendiente que se volvía más pronunciada a medida que llegaba a la cima. ¿Qué era ese lugar? Si Greg y Melkileben la habían dejado allí, era porque ya no querían saber nada más de ella. O tal vez todo eso fuera obra de Demetria, que con el hombre encapuchado habían obrado de mala fe y engañado a los elfos para hacerla desaparecer. Todo era muy confuso y Brittany no podía pensar en nada coherente que satisficiera sus dudas. Miró alguna dirección por la que podía empezar a abrirse paso por aquel lodazal de sangre en busca de ayuda pero ninguna la convenció. Todas tenían la misma marca de lo desconocido, de lo salvaje y se estremeció al pensar que debía viajar en ese estado lamentable por un mundo que no era el de ella. El olor era insoportable. La sangre y la descomposición se mezclaban con el aire salobre del mar convirtiendo a la respiración en un martirio. De vez en cuando, una ráfaga fuerte hacía desaparecer por unos segundos ese hedor penetrante pero cuando su nariz volvía a llenarse de él, Brittany creía que iba a caer rendida ahí mismo. Antes de que decidiera que paso siguiente dar, un temblor atravesó el viento e hizo que sus pies vibraran. Luego el temblor tuvo dos réplicas seguidas que se repitieron cada vez con más intensidad hasta que el sonido de lo que Brittany se imaginaba como enormes rocas desplomándose en el suelo luego de caer de un risco, pudieron distinguirse cada vez más cerca.

Dos gigantes emergieron en el terreno encima de la caverna. Las cabezas eran tan asimétricas y diferentes entre sí que Brittany se figuró unos cráneos quebrados y desfigurados debajo de aquellos rostros. La cabeza de uno parecía una mano de tres dedos, con tres ojos que si se trazara una línea para unirlos se formaría un triángulo. La del otro se asemejaba al asiento de un

retrete asentada sobre enormes hombros peludos. Desde la parte posterior, el cráneo se elevaba un poco, como si fuese el respaldar del asiento que alguien hubiese cortado, dejando apenas unos escasos centímetros. En esa parte del cráneo estaban los ojos. Dos garabatos negros que miraban en distintas direcciones. Brittany sabía que la habían visto y la impresión que le causó la fisonomía grotesca de esas bestias le impidió en un principio escabullirse a su visión pero cuando uno de los gigantes la señaló, ella se movió con rapidez hacia atrás, devuelta sobre sus pasos hacia el interior de la caverna, pero su pierna dolorida le falló y sintió que algo debajo de la herida que tenía en esa extremidad estallaba. El dolor la invadió como una neblina de múltiples colores. Estaba en el suelo, entre trozos de carne y huesos rotos, cuando los dos gigantes aterrizaron en el lodazal de muerte con tal estruendo que cada célula de Brittany tembló como si el interior de su cuerpo estuviese hecho de tornillos agitados por una sacudida enérgica.

—Ha quedado uno —dijo el gigante con la cabeza de asiento de retrete—. No es tan importante, pero no podemos dejarlo con vida. No sabemos qué clase de criaturas son éstas.

—Se ha ocultado en esa cueva de allí —indicó el gigante con la cabeza en forma de mano—. Tendríamos que hacer algo si hay otras ocultas ahí dentro. Sellar la entrada o enviar algunas ratas para que eliminen las que quedan.

El gigante—retrete levantó una de sus piernas y su pié ocultó la luz del sol que caía sobre Brittany. La planta de su pie era como una porción de territorio delimitada en un mapa a una escala desmesurada. La sangre caía en lluvia de gotas y algunos cuerpos aplastados se habían quedado adheridos como insectos en la suela de un zapato. Brittany sabía lo que se proponía el gigante. Que ella formara parte del lodazal. Arriba en el cielo, las gaviotas se avisaban a gritos que habían encontrado un tenedor libre sin límites de tiempo.

Entonces Brittany gritó hasta que cada porción de aire abandonó su cuerpo. Sus oídos se taparon y su rostro se enrojeció. Gritó como nunca en su vida, hasta que su vista se nubló y su mente se sumió en la oscuridad. Cuando pudo ver otra vez, Demetria tenía los ojos cerrados y sus labios temblaban, a veces sugiriendo una sonrisa y otras, una mueca de tristeza.

Brittany estaba llorando pero no hizo nada para apartar la mano de Demetria. La sentía cálida y la anciana ya no la asustaba, al contrario, quería quedarse allí y buscar consuelo en sus caricias.

—El tiempo —dijo la anciana sin abrir sus ojos—, posee caminos que van y vienen, que forman círculos y se cruzan, que no empiezan ni terminan. Por

esos caminos deambulo todos los días, pequeña. Ahora he recorrido los caminos de tu tiempo y ya me he cobrado uno de tus recuerdos.

— Tengo mucho miedo —gimió Brittany—. Esos monstruos, ¿por qué mataron a toda esa gente? ¿Dónde ocurrió eso?

—No tendrás que preocuparte por esos monstruos dentro de poco Brittany. Cuando los pierdas en el camino de tu tiempo, ellos no te molestarán más.

La anciana soltó la mano de Brittany que no podía dejar de llorar y volvió a mirar su espejo. Sus párpados se abrieron para dejar entrar ese enigma que solo ella podía percibir allí.

Por un momento Greg permaneció agarrado a los barrotes, observando como Brittany se acercaba tímidamente a Demetria. Quería ver de qué manera la vieja se iba a cobrar su parte, pero cuando se dio cuenta de que los dos elfos que estaban a su lado se habían quedado absortos ante la escena que se desarrollaba en esa celda, entrevió una posibilidad para ejecutar su escape.

Ni Melkileben ni el otro parecían prestarle atención. Greg lo había comprobado al alejarse unos pasos en dirección a la salida. Nadie se había volteado a verlo, ni siquiera el encapuchado que también era un espectador más de lo que ocurría del otro lado de los barrotes. Pensó en darse a la carrera. Recorrer los intrincados pasillos de esa mazmorra y encontrar la salida, pero había muchas chances de que se perdiera en el intento, dándoles una oportunidad a los elfos de que lo persiguieran y lo trataran con menos consideración de ahí en más. ¿Entonces cómo? La respuesta llegó cuando por casualidad, cuando sus ojos pasaron por el pomo de la espada de Melkileben. El arma cruzaba la espalda del elfo, invitando a Greg a que se apoderara de ella. El príncipe entendió que primero tenía que dejar libre el camino de atrás para poder huir. Se acercó en silencio hacia el elfo y se sonrió de que fuera tan sencillo. Melkileben parecía paralizado viendo la brujería operada por Demetria. Por una vez, Greg agradeció que esa fascinación de los elfos por la magia y las cosas divinas se tradujera en alguna ventaja para él. Con un movimiento rápido, sacó la espada de la vaina y con el otro brazo enlazó el cuello de Melkileben y apretó su cuerpo contra el de él. Antes de que el elfo pudiera intentar librarse de Greg, el príncipe ya había hundido la hoja del arma en la parte baja de la espalda, haciendo que la hoja cortara tejido, carne, tripas y saliera teñida en sangre por el otro lado. Era un arma muy afilada y Greg retorció el arma dentro el cuerpo del elfo para hacer más dolorosa la muerte de su captor. El otro elfo reaccionó cuando su compañero lanzó el primer estertor de agonía, y su sangre se derramaba por sus labios al inundar

su boca. Miró a Greg sorprendido y se lanzó al ataque, pero era demasiado tarde. Greg ya había retirado la espada del cuerpo de Melkileben y ahora se preparaba para arremeter contra el otro. El elfo contaba con su arco, pero comprendió que debía actuar rápido y el arco no era lo más eficaz en ese momento, así que sacó una espada corta que llevaba colgando en su cadera. Desenfundó el arma y la blandió delante de Greg. El cuerpo de Melkileben estaba entre ellos, con una aureola carmesí en torno a él, que cada vez se ensanchaba más. Ahora estaban mano a mano. Greg había matado muchos hombres durante las batallas que su reino había enfrentado, a pesar de que se dijera de él que era un flojo y un amante de las putas antes que guerrero, pero lo cierto era que la lucha con la espada era una virtud que los más cercanos a él no podían negar. Al sentir de nuevo el peso del arma en su mano, la energía del guerrero alforó en él y se sintió mejor. El otro elfo tenía una mirada de serpiente, estaba furioso por la suerte a la que Greg había empujado a su amigo. Greg, en cambio, sentía vigor y sus fuerzas habían rejuvenecido. Dejó que el otro atacara. El elfo rodeó a Melkileben hacia la derecha para que el cadáver no le estropeará sus movimientos. Greg no se movió. El lugar era muy estrecho para hacer maniobras que requirieran demasiado uso del mismo, por lo que Greg se alegró aún más, ya que le iba mejor luchar en la refrega apretada del choque de cuerpos en el corazón de la batalla. Sin embargo el elfo tenía la ventaja de poseer una espada más corta que la de Greg, que en un espacio tan cerrado como aquel era más fácil de maniobrar. Pero al príncipe no le importo demasiado eso. Estaba sediento de venganza y la muerte de Melkileben le había dado toda la confianza necesaria. No sabía si podía decir lo mismo del otro elfo, cuyo jefe yacía muerto por un descuido de ambos.

El elfo lanzó una estocada rápida hacia adelante. Se movió tan espontáneamente que Greg casi no llegó a frenar la hoja que iba dirigida a su riñón. El elfo retiró el arma y volvió a atacar, esta vez en un arco descendiente que amenazó con abrir a Greg desde el hombro hasta las costillas. Greg también paró ese golpe y con un grito empujó la hoja de la espada hacia arriba y enseguida lanzó un golpe que alcanzó al elfo en el pecho, dibujándole una línea que descoció su chaqueta abotonada y atravesó el cuero debajo de ella. El elfo volvió a recuperar su posición defensiva pero no pudo evitar soltar un chillido. Sus párpados se cerraron de dolor por un segundo. La sangre empezó a teñir la tela de su chaqueta y algunas gotas cayeron sobre el suelo polvoriento. Greg sonreía. Era una sonrisa torva, cargada de malicia. Saboreaba el dolor que sentía el elfo.

— Aún estás a tiempo de salvar tu vida – le dijo viendo como el elfo estudiaba otra manera de atacarlo, ahora seguro de que no se enfrentaba contra un amateur. No respondió, sus ojos eran dos diamantes que despedían el brillo de la rabia.

— No digas que no te lo advertí – volvió a burlarse Greg.

Esta vez no quiso esperar a que el elfo atacara. Hizo una finta hacia la derecha pero el elfo captó su engaño y frenó el ataque por la izquierda que fue por donde Greg quiso meter la hoja de la espada.

— Bien, hecho –dijo Greg. El elfo se limitaba a atender cada uno de sus movimientos. Podría haberlo insultado pero él no hubiera siquiera escuchado ninguno de esos insultos.

Fue entonces cuando supo que el elfo no estaba muy entrenado en el uso de la espada. Era un arquero experto, pero en cuanto a la lucha cuerpo a cuerpo, era un poco más que un principiante. Cualquier guerrero se podía dar cuenta de ello. El elfo estaba seguro de que su rival había descubierto sus limitaciones y tenía el rostro de esos campesinos o jóvenes que observaban los movimientos del maestro, concentrando toda su energía en evitar los golpes, con el cuerpo tenso, además de la mente embutida y temerosa a causa de la rapidez con que los atacaban. Si hubiese sido al revés, si Greg hubiese despachado al elfo en primer lugar para después enfrentarse a Melikeben, estaba seguro de que hubiese estado en una lucha entre pares. La sangre seguía saliendo del pecho del elfo, aunque éste tratara de ignorarla, tratando de mostrar una actitud feroz ante su oponente, que para Greg no parecía más que la máscara de valentía de un niño muerto de miedo. Los elfos eran inmortales, y Greg sabía por los informes que los exploradores y espías de su reino le enviaban, que cada vez sus filas mermaban más de lo que crecían. Entonces la muerte para ellos debía ser el triple de espantosa que para los hombres. No morían de viejos, y muy pocas veces por alguna enfermedad. Su destino era la eternidad, por eso, morir, era un fenómeno totalmente extraño para sus mentes. Melikeben estaba muerto y el otro elfo había recibido una mordida de ese monstruo que no tenía la carne de elfo en su dieta, pero que sin embargo, muy de vez en cuando se daba sus gustos.

Greg volvió a atacar, impulsándose hacia adelante, con la hoja disparada hacia el cuello del elfo. Éste, algo sorprendido por ese movimiento, no atajó más que a pararlo, pero Greg utilizó su mano libre para aplastarle un puño en la nariz y sin perder tiempo, con un movimiento rápido, hizo perder la espada

al elfo. El metal chocó contra el metal, y el arma del arquero salió despedida hacia un costado. Greg se apartó unos pasos de su rival y observó cómo el tabique del elfo había quedado desviado, y una pequeña catarata de sangre había cubierto su boca y su barbilla. El elfo jadeaba y miraba a Greg con una mezcla de miedo y cansancio.

—Te lo dije —señaló Greg, y acto seguido hizo un tajo de derecha a izquierda con el arma, rebanando el cuello del elfo, quien no se movió para nada. Y Greg comprendió que no eran ojos de cansancio los que había visto, sino de resignación.

Ya estaban los dos muertos. Greg era libre por fin de encontrar la forma de volver a su reino. Se acordó que aún estaba allí el encapuchado pero su figura parecía no haber presenciado la refriega, y en cambio todavía contemplaba a Demetria y a Brittany. La niña estaba de espaldas, tenía una de sus manos entre las de la vieja. Después de eso, no parecía ocurrir nada más. Greg se rió y escupió hacia los dos.

—Malditos locos —dijo Greg—. Volveré y convertiré este lugar sagrado en cenizas y después levantaré una nueva ciudad que tendrá mi nombre. Hey, tú —dirigiéndose al encapuchado, pero éste no se inmutó.

—Te estoy hablando —reiteró Greg y al ver que no recibía ninguna respuesta, agarró al encapuchado por la nuca y estampó su rostro contra los barrotes —Si no quieres que te meta esta espada por el culo, es mejor que me saques de esta mierda de lugar, ¿me oyes?

Ninguna respuesta. Greg lo hizo girar para mirar su rostro pero la oscuridad absoluta en que lo sumía su capucha le hacía imposible ver nada. Un escalofrío trepó por su columna vertebral hasta hacerlo estremecer. Por un momento pensó en dejarlo allí y buscar una salida por su cuenta, pero no quiso demostrar que tenía miedo, no quiso enseñar debilidad luego de que había dado muerte a los dos elfos. Greg echó la capucha hacia atrás y ahogó un grito al no encontrar ninguna cabeza allí. Cuando dejó de sujetarlo y luego de dar dos pasos hacia atrás, la túnica del encapuchado, se precipitó al suelo, como si hubiese caído desde un perchero. Greg no se dio cuenta que estaba alejándose de aquel sitio caminando en reversa, hasta que llegó a un recodo del pasillo, entonces comprendió que tenía que ingeniárselas para hallar el modo de salir. La impresión que le había dejado el encapuchado todavía lo perseguía pero mientras discurría por los sinuosos pasillos de la mazmorra llevando la espada de Melkileben en su mano, se dijo que todo se debía a un truco de esos timadores. Te sacaban tus riquezas, engañando tus sentidos o tal

vez se tratara de hechiceros que habían decidido levantar una aldea de mala muerte para generar riquezas con la desesperación de los pobres diablos. Magia o trucos, ¿qué otra cosa había? ¿Pero por qué sentía el temor, todavía latir en sus venas? Él había presenciado muchas veces la magia, ¿por qué la de estos locos, lo perturbaba de aquella manera? Una parte de él le decía que no era magia lo que ocurría allí, era algo distinto. Pero hizo caso omiso de esa voz y se enfocó en recordar el camino que había seguido el encapuchado para conducirlos a Demetria. Aunque a veces a Greg le parecía que estaba caminando al azar, continuó de todas formas. Luego de unos minutos, Greg se topó con una puerta de rejas, con un picaporte largo y oxidado. Del otro lado de las rejas, el príncipe reconoció las escaleras por donde él y los demás habían subido, guiados por el encapuchado. Con buen ánimo, bajó la palanca del picaporte y la puerta hizo un chirrido de siglos de óxido al abrirse. Ahora, tenía que pensar en regresar a Cadwgan, pero un dolor que estalló en su cabeza se lo impidió y unas nubes negras le apagaron su visión.

Table of Contents

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX

XX
XXI
XXII
XXIII
XXIV
XXV
XXVI
XXVII
XXVIII
XXIX
XXX